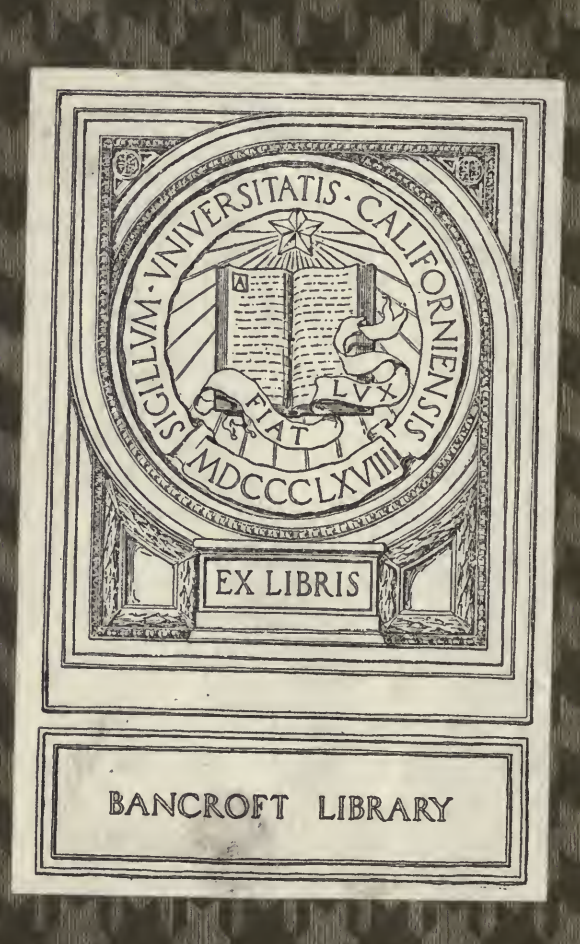
AMÉRICA.

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MAS MODERNOS

• ESCRITA POR •

RODOLFO CRONAU.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
BANCROFT LIBRARY



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Digitized for Microsoft Corporation
by the Internet Archive in 2006.
From University of California Libraries.
May be used for non-commercial, personal, research,
or educational purposes, or any fair use.
May not be indexed in a commercial service.



CERRO TRAQUÍTICO DE NUEVO MÉXICO

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MAS MODERNOS

POR RODOLFO CRONAU

Obra dedicada á solemnizar

el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón

---

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

—

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1892

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

LOS DERECHOS EXCLUSIVOS DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LA PRESENTE OBRA
SON PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Bancroft Library

9417

LOS SUCESORES DE COLÓN

Al poco tiempo del regreso de Colón de su primer viaje, ya el rey Fernando de España pensaba que los contratos hechos con el Almirante eran para él altamente incómodos, pues le dificultaban en gran modo la explotación por cuenta propia de los nuevos países descubiertos. Sobre todo la condición de que no se permitiese á nadie navegar por los mares de la India, y que éstos fuesen sólo exclusivo monopolio del genovés, era decidido obstáculo para la pronta explotación de las supuestas Indias. Este punto del contrato fué también el primero que quiso quitar de enmedio el poco escrupuloso monarca, dando permiso en la primavera del año de 1495 á todo el mundo que quisiera hacer una travesía á las Indias con tal de que los emprendedores pagasen á la corona la parte que estipulaba de los beneficios que les reportasen sus viajes, desatendiendo con esto completamente los párrafos del contrato celebrado con Colón. Como es natural, alzóse éste contra tal arbitrariedad, considerándola como una grave ofensa á sus derechos, y consiguió que en el verano del año de 1497 se derogase el edicto real. Pero que esta derogación no era formal, sino que, por el contrario, el rey Fernando no pensaba ni remotamente en impedir ni dificultar en modo alguno las empresas de aquellos aventureros que quisieran explotar las regiones ultramarinas, había de verse claramente cuando Colón mandase el informe de su tercer viaje y grandes descubrimientos en la costa de Paria. Acompañando á este informe había enviado Colón á la corte gran cantidad de valiosas perlas y objetos de oro, con lo cual, y con las entusiastas descripciones que hacía de aquellos países, se comprenderá que se avivase el deseo de personas emprendedoras de adquirir los tesoros de aquellas regiones apenas descubiertas.

El primero que elevó una solicitud de esta clase fué Alonso de Ojeda, aquel caballero que acompañó á Colón en su segundo viaje, y que se había distinguido diferentes veces durante el mismo.

Ojeda es en la historia de los descubrimientos españoles una personalidad demasiado simpática para que no nos ocupemos minuciosamente en ella.

Descendiente de una noble familia de Castilla la Nueva, había tenido

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hartas ocasiones en la servidumbre del duque de Medinaceli, durante la sangrienta y larga guerra contra los moros, de demostrar su intrepidez y fortaleza, y proporcionarse una excelente escuela en el manejo de las armas. Estaba familiarizado como pocos con el uso de la espada y de la lanza; en todos los ejercicios corporales demostraba desacostumbrada fuerza y seguridad; era un excelente jinete y un ágil combatiente á pie; nadie le aventajaba en valor temerario é intrepidez osada. Su vida entera es una cadena de hazañas y aventuras extraordinarias.

Lo que demuestra su temeridad es el hecho de que, habiendo subido un día la reina Isabel con su comitiva á la torre de la catedral de Sevilla, Ojeda, á fin de ver bien la multitud desde arriba, subióse en una viga que sobresalía á más de seis metros fuera de la torre. Con la mayor seguridad caminó en aquella vertiginosa altura hasta llegar al remate de la viga, dando la vuelta allí sobre un pie para volver por el mismo camino al lado de la reina, que se hallaba presa de la mayor ansiedad é inquietud.

Una aventura aún más temeraria fué la captura del cacique indio Caonabo, del cual se apoderó con la mayor serenidad estando éste en medio de millares de sus guerreros.

Como hemos mencionado en el relato del segundo viaje de Colón, aquel cacique era un gran peligro para las colonias, siendo su alejamiento de aquellos sitios de imprescindible necesidad. ¿Mas cómo hacer inofensivo al poderoso cacique?

Mientras los españoles se devanaban los sesos buscando solución á este difícil problema, ya lo había resuelto Ojeda. Acompañado tan sólo de diez hombres bien armados habíase presentado un día á caballo en medio del campamento de Caonabo, distante sesenta leguas de las colonias, para establecer, según parecía, tratos amistosos con el cacique. Por la circunstancia de haberle prometido como prenda de paz la campana de la capilla de Isabela, que era extraordinariamente admirada por los indios, no sólo supo captarse Ojeda la benevolencia del cacique, sino convencerle también de que fuese á Isabela, donde se terminarían las negociaciones de la paz. Pero si Ojeda llegó á creer que el cacique haría el viaje con poco acompañamiento sufrió una decepción al ver que Caonabo emprendía la marcha á las colonias á la cabeza de todo su ejército.

A pesar de esto, había de ser el cacique durante la marcha víctima de la astucia de Ojeda. Un día enseñóle este último un par de esposas de acero bruñido, asegurándole que éstas eran una distinción especial que sólo en grandes fiestas llevaba la reina de España. Ofrecióselas como regalo á Caonabo, y el incauto cacique se las dejó poner, y hasta montó voluntariamente en el mismo caballo de Ojeda y detrás de éste para aparecer ante sus guerreros con aquel adorno regio. Pero en vez de entrar en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el campamento indio hizo de repente Ojeda, acompañado de sus hombres, una evolución con el caballo, se apoderó por completo del cacique, que estaba ya medio preso, y lanzóse al galope, seguido de sus fieles, hacia las lejanas colonias, donde pudo entregar á Colón su prisionero después de muchos peligros y penalidades.

Tal era el heroico carácter de Ojeda, que no retrocedía ante ningún peligro.

Cuando Colón volvió en el año de 1496 por segunda vez á España de regreso de su viaje, acompañábale también Ojeda, mas no se hallaba entre su servidumbre en el tercero. Permaneciendo en la corte española, y siendo favorito del obispo Fonseca, que era el director de los asuntos de la India, fué impuesto por éste en los informes dados por Colón sobre sus grandes descubrimientos hechos en la tan rica en perlas costa de Paria, y estos informes exaltaron de tal manera el aventurero espíritu de Ojeda, que formó el plan de emprender por cuenta propia una expedición á aquellos ricos países. Todas las circunstancias habían de mostrarse propicias al buen éxito de esta expedición; Colón había caído ya casi totalmente en desgracia en la corte.

Con recelosos ojos seguía el rey Fernando todos sus movimientos, prestando oído demasiado propicio á las sospechas de los enemigos del Almirante. Los contratos llevados á efecto con éste se le iban haciendo cada vez más insoportables, pues se había acostumbrado á mirarlos como cadenas, é indudablemente hubiera prescindido del todo de ellos á haber podido hacerlo sin menoscabo de la dignidad real. Si ya había demostrado el rey Fernando por el edicto dado en la primavera del año de 1495, concediendo permiso á todo el mundo para ir á la India, que no se cuidaba gran cosa de compromisos para él tan pesados, indudablemente que proposiciones de la índole de la de Ojeda merecían por completo su aprobación.

Si bien el nombre del rey Fernando no aparece debajo del escrito por el cual obtuvo Ojeda el permiso para hacer aquella travesía, se comprende que estuviera conforme por cuanto llevó éste en su viaje una copia de aquella carta geográfica que hizo Colón durante su tercer viaje de Trinidad y de la costa de las perlas de Paria. Un poderoso protector tenía además Ojeda en la persona del obispo Fonseca, el cual le había dado el resguardo del permiso para su empresa. Este permiso sólo imponía una condición, y era que Ojeda no podía visitar aquellas regiones que habían sido descubiertas por Colón hasta el año de 1495.

Con este pleno poder, y con las recomendaciones de Fonseca, no le fué difícil al joven caballero encontrar algunos capitalistas que le ayudasen en su empresa; del mismo modo pudo adquirir bastantes de los marinos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que habían acompañado á Colón en su travesía á lo largo de la costa de Paria, y que acababan de llegar, entre ellos el piloto Juan de la Cosa, que le había acompañado en su segundo viaje. Agregóse además á la expedición Américo Vespucio, aquel florentino que más tarde, á causa de sus vivas descripciones, logró que su nombre fuese conocido en el mundo entero.

Bien aparejada, el 20 de mayo de 1499 se hizo á la mar desde el puerto de Santa María la flota de Ojeda, compuesta de cuatro barcos, y siguiendo las indicaciones de la carta de Colón llegaron al cabo de veinticuatro días de navegación al Continente Sudamericano, á las costas de Surinam. Siguiendo la llana costa en dirección Norte, llegaron primero á las embocaduras de los ríos Esequibo y Orinoco, admirándose sobremanera al ver que las grandes masas de agua que éstos afluían al mar endulzaban las de éste en una gran distancia.

Maravillosos paisajes se descubrían por todas partes ante los ojos de los descubridores. Los poderosos ríos mostrábanse rodeados de ilimitados bosques vírgenes, impenetrables al parecer; en mil formas diversas una exuberante vegetación cercaba los gigantescos árboles cubiertos de musgo, cuyas envejecidas ramas estaban entretejidas por plantas trepadoras y matizadas orquídeas. Diferentes especies de palmeras erguían sus esbeltos troncos sobre la espesura, reflejando sus copas en las obscuras ondas de los silenciosos canales de ambos lados, cubiertos de maravillosas plantas acuáticas.

Doscientas leguas navegaron bordeando esta magnífica costa hasta llegar á la del país de Paria, cuyos habitantes están descritos más detenidamente por Américo Vespucio. Estos eran una rama de los caribes, altos, fuertes, bien formados y familiarizados con el manejo de arcos, lanzas y rodelas. Sus viviendas en forma de campana estaban hechas de ramas y hojas de palmera, y ofrecían excelente abrigo contra el viento y la lluvia. Algunas de ellas eran tan grandes que podían dar cabida á seiscientas personas; y si hemos de creer las afirmaciones de Vespucio, en un solo lugar hallaron ocho de estas casas, que todas juntas podían albergar á cerca de diez mil hombres.

Las riquezas de estos salvajes consistían en perlas, piedras de colores, magníficas plumas de las aves tropicales y diferentes ornatos y objetos de adorno hechos de huesos de pescados.

No permanecieron mucho tiempo en aquellas costas, sino que, pasando por la temida Boca del Dragón, se dirigieron á la isla Margarita, que ya había sido descubierta por Colón, y que poseía gran riqueza en perlas; investigáronla con mayor detención y cruzaron otra vez el Continente, cuyos numerosos ríos encontraron llenos de aligátores.

Después que á intancias de los indígenas libraron felizmente una ba-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

talla contra los caribes, navegaron más hacia Occidente y descubrieron la isla de Curazao, llegando poco después á la entrada de aquel extraño golfo formado por las dos penínsulas de Paraguana y Guajira, y que es conocido con el nombre de golfo de Venezuela. Este golfo está en comunicación por medio de un estrecho en forma de ziszás con el poderoso lago de Maracaibo, que se extiende muy al interior del continente, y en cuya costa occidental, en el sitio donde más tarde se elevó la ciudad de Maracaibo, vieron un pueblo indio compuesto de veinte chozas, que excitó por su construcción especial el interés de los españoles. Todas las chozas, que tenían



Antiguas vasijas de barro de Venezuela

la forma indicada, estaban hechas sobre una empalizada en forma de parrilla profundamente enclavada en el légamo del lago. La comunicación entre las diferentes casas se efectuaba por medio de canoas y puentes levadizos; estos últimos podían ser elevados con facilidad en el caso de un ataque del enemigo. Estas raras construcciones de empalizadas, que hay que advertir que conservan aún los indios de la península de Guajira, recordaron tanto á los españoles la maravillosa ciudad de Venecia, que dieron al pueblo indio el nombre de «Venezuela», el cual nombre se extendió más tarde por toda la costa, transmitiéndose también á toda la república que comprende ésta.

Con los habitantes de este extraño pueblo tuvieron un sangriento encuentro, que terminó con la rendición y fuga de los indígenas. Más tarde lograron establecer un tráfico amistoso, durante el cual rivalizaron los in-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dígenas en demostrar á los para ellos portentosos extranjeros los mayores honores y atenciones.

Después que Ojeda hubo dedicado algún tiempo á investigar en todas sus partes aquel hermoso lago, prosiguió su travesía á lo largo de la costa Sudamericana hasta llegar á un hermoso promontorio que remataba á bastante distancia dentro del mar y al que dió el nombre de Cabo de la Vela.

Aquí pusieron término á los viajes de exploración, pues tanto el mal estado de los barcos como la escasez de provisiones hiciéronles pensar en el regreso. Navegando directamente hacia el Norte alcanzaron la costa de la Española después de siete días de navegación, y Ojeda, haciendo caso omiso de la prohibición de no desembarcar en ninguna de las islas descubiertas por Colón hasta el año de 1495, envió á tierra parte de la tripulación de sus barcos para cortar una carga de palo campeche, puesto que los beneficios del viaje hasta entonces habían sido muy insignificantes, en contra lo que se esperaba.

Por más que los barcos de Ojeda hubiesen anclado en una parte muy inhospitalaria de la isla, llegó, sin embargo, la noticia hasta Santo Domingo, dando lugar á diversos embustes, que no hicieron más que aumentar las muchas pendencias que tenía que sostener entonces Colón con Roldán y su gente. Ojeda vióse al fin obligado á abandonar la isla que contra todo derecho había ocupado. Continuó su viaje, según toda probabilidad, á través del grupo de las islas Bahamas, de las que secuestraron algunos centenares de indígenas para venderlos en España como esclavos. En junio del año de 1500 entró otra vez la escuadrilla en el puerto de Cádiz, pero los beneficios obtenidos en este viaje fueron tan insignificantes que, descontados todos los gastos, quedaron sólo 500 ducados para repartir entre 55 personas.

Incomparablemente mayores que los materiales fueron los resultados geográficos obtenidos del viaje de Ojeda, pues la suposición de Colón, de que las costas de Paria pudiesen ser un continente, convirtióse casi en certeza, la cual por último confirmaron las investigaciones de los españoles Pedro Alonso Niñón y Cristóbal Guerra, que abandonaron el puerto de Palos algunos días después que Ojeda para buscar riquezas en los mares occidentales. Guiándose también por la carta geográfica de Colón hiciéronse á la vela con un solo barco y 33 tripulantes, siendo tan feliz el resultado del viaje que en abril del siguiente año volvieron cargados de tesoros á España.

Si bien con este viaje no fueron descubiertos nuevos é inexplorados territorios, en cambio una tercera expedición, emprendida también el año de 1499, fué, por el contrario, incomparablemente significativa é importan-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

te. Fué dirigida por Vicente Yáñez Pinzón, que había sido comandante de *La Niña* durante el primer viaje de Colón. Con cuatro barcos abandonó, á principios de diciembre, el puerto de Palos, pasó el Ecuador tomando rumbo Sudoeste, y el 29 de diciembre del año de 1500 vieron en lontananza un promontorio al que pusieron por nombre Santa María de la Consolación, (hoy cabo de San Agustín). Allí desembarcó Pinzón para tomar posesión en toda regla del nuevo país descubierto.

Que este país estaba habitado, no sólo lo demostró el hecho de haber hallado huellas de pies humanos, que parecieron de extraordinario tamaño á los españoles, sino el resplandor de grandes fogatas que eran visibles á larga distancia por la noche, y que procedían de un lugar algo apartado de la isla. No consiguieron entrar en tratos pacíficos con los indígenas, sino que tuvieron que sostener con ellos numerosas escaramuzas, en las cuales fueron muertos algunos marineros, apoderándose además los indígenas de uno de los botes. Navegando con rumbo Norte llegaron, después de haber caminado 40 leguas, á un sitio en que el agua del mar era tan dulce que pudieron llenar los vacíos toneles con agua completamente potable.

Como se hallaban á 40 leguas de distancia de tierra, claro es que debían de hallarse frente á la embocadura de un inmenso y caudaloso río, pues no era posible interpretar de otro modo esta extraña aparición. ¿Quién puede describir el asombro de los descubridores al ver que acercándose á tierra entraron al cabo de algún tiempo en aquella embocadura de río sembrada de islas, que tenía más de 30 leguas españolas de extensión, y cuyas orillas se divisaban á larguísima distancia como débiles y pálidas líneas?

Era la embocadura del Marañón, río el más potente y caudaloso de todos los de la Tierra, y ante cuya majestad habían de quedar mudos de asombro todos los demás descubridores y viajeros. ¿Quién puede extrañarse de que los sabios de aquel tiempo moviesen incrédulamente la cabeza al oir la descripción que hacían de este monstruoso río los descubridores á su regreso á España, considerándola como fábula, y diesen una explicación á este fenómeno diciendo que sin duda habían tomado equivocadamente á un brazo de mar por un río? Sólo después de haber asegurado los viajeros que cuanto más habían navegado río arriba, más dulce habían encontrado el agua, convenciéronse los incrédulos, y uno de ellos, el cronista Pedro Mártir, dice en sus *Décadas*, presintiendo sin duda, las palabras siguientes: «¿Quién puede impedir á la Naturaleza que cree cosas aún más portentosas que este río?»

Mientras permanecieron en la embocadura del río fueron sorprendidos por un reflujo rápido, cosa muy común en la salida del río Marañón ó

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Amazonas, que es el nombre que lleva hoy día, pero que llenó de terror y angustia á Pinzón y sus compañeros. Estos reflujos rápidos son originados por el choque violento de las monstruosas masas de agua que van río abajo con las olas del mar en el período de la pleamar. En un momento se hinchan las encontradas olas hasta formar enormes montañas cuyo espantoso estruendo se oye á muchas leguas de distancia.

Sólo á fuerza de trabajo pudieron escapar los navegantes de este espantoso espectáculo, ganaron la orilla derecha, y navegando á lo largo de la costa llegaron por el camino seguido ya por Ojeda á la embocadura del Orinoco hasta alcanzar el país de Paria, donde cargaron los barcos de palo brasil.

Hiciéronse de nuevo á la mar, y atravesando la Boca del Dragón, descubrieron la islita de Tobago, situada al Nordeste de Trinidad; después de una corta permanencia en la Española, llegaron á las islas Bahamas, dedicándose allí á la caza de hombres, ya que los beneficios obtenidos hasta entonces no bastaban á cubrir los gastos. Durante un furioso huracán se fueron á pique dos barcos con toda su tripulación; los sobrevivientes llegaron al fin con toda felicidad y con las otras dos carabelas al puerto de Palos hacia fines de septiembre del año de 1500.

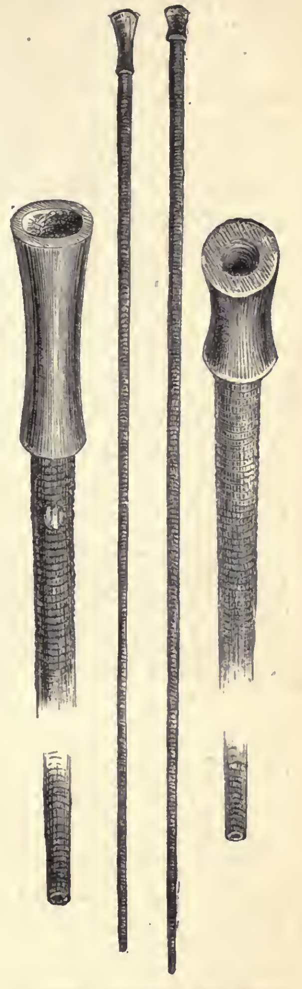
Las ganancias materiales de esta expedición fueron casi nulas. No habían hallado oro, ni otro metal precioso, y el cargamento de madera que traían resultó en su mayoría sin valor alguno. A esto hay que agregar la pérdida de los dos barcos, así como la de la tripulación, circunstancia esta última que dejó á muchas familias de Palos sin padres y sin apoyo. Pinzón vióse tan cargado de deudas á causa de su malograda expedición, que fuéle preciso implorar el favor del rey para poder librarse de las garras de sus acreedores. Pero aunque la travesía había sido un fracaso total bajo el punto de vista financiero, en cambio habíase descubierto un importante trozo de aquel misterioso mundo occidental, el Brasil y el río mayor del mundo, y se había asimismo resuelto el antiquísimo problema de si eran ó no habitables para los hombres los países situados bajo el Ecuador.

Tenemos que mencionar una cuarta expedición del año de 1499, llevada á cabo por Diego Lepe, natural de Palos, que abandonó el puerto de este nombre con sólo dos barcos poco después que Pinzón. Poco sabemos referente á esta travesía, y esto poco es que navegó al rededor del cabo de Santa María de la Consolación, que ya había sido descubierto por Pinzón, y que le dió el nombre de Rostro Hermoso. Lepe regresó por el mismo camino que Pinzón, llegando á Palos por el mes de noviembre del año de 1500.

En este mismo año tuvo lugar el descubrimiento de la costa meridio-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nal del Brasil, llevado á cabo por Pedrálvarez Cabral hacia mediados del mes de abril. Pedrálvarez, que se hallaba al servicio del rey de Portugal, hacía con una gran escuadra una travesía á la India, donde pensaba llegar por el Cabo de Buena Esperanza. Arrastrado por la corriente ecuatorial más al Sudeste de lo que deseaba, llegaron impensadamente, el 21 ó 24 de abril, á la costa de un país montañoso situado bajo los 18° de latitud meridional, y que, según las apreciaciones de los viajeros, distaba 450 leguas de la costa oriental del Africa.



Cerbatanas brasileñas para flechas envenenadas, que se conservan en el Museo Etnográfico de Munich.

Siguieron por espacio de muchos días las costas de este país desconocido, el cual estaba muy poblado de bosque, entrando también en tratos con los indígenas, que iban casi totalmente desnudos, poseían sólo armas muy primitivas, desconocían por completo los metales y se albergaban en miserables albergues, construídos con hojas de palmera, que los defendían contra el viento y la lluvia. Bajo sus inclinadas techumbres colgaban las hamacas, que fabricaban con cordones de algodón.

El país era muy rico en palo campeche, al que á causa de su coloración encarnada, que parecía carbones encendidos, diósele el nombre de palo brasil, del cual tomó más tarde el nombre toda la costa. Cabral, que tomó este país por una gran isla, puso á la costa el nombre de Santa Cruz, tomando posesión de ella en nombre de Portugal. Mientras proseguía su viaje á la India, después de una corta permanencia en aquellos lugares, envió á uno de sus capitanes á Portugal para llevar la noticia de su descubrimiento.

En octubre del mismo año abandonó también Rodrigo de Bastidas el puerto de Cádiz, en compañía del piloto Juan de la Cosa, con dos barcos, visitando el golfo de Venezuela é investigando desde el cabo de la Vela toda aquella desconocida parte de la costa hasta llegar al istmo de Panamá. Tanto la embocadura del poderoso río Magdalena como el golfo de Darien fueron descubiertos por él, que prosiguió su camino si-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

guiendo la lengua de tierra de este nombre, con la esperanza de hallar un paso occidental para llegar hasta el actual cabo de San Blas. Descubrió por lo tanto el istmo un año antes que Colón, el cual llegó á él en noviembre del año de 1502 en el transcurso de su cuarto viaje.

Durante el regreso vióse obligado Bastidas á abandonar en la costa de la Española sus carcomidos barcos, y al emprender el viaje á Santo Domingo á pie, y en compañía de sus tripulaciones, fué preso y encadenado por Bobadilla, que era entonces gobernador de la isla, el cual, considerando ilícito su viaje, envióle á España cargado de cadenas. Mas habiéndose comprobado al cabo de algún tiempo que había obrado con permiso de la Corona, no sólo le pusieron en libertad devolviéndole los pingües rendimientos producto de su viaje, descontada la parte que correspondía al tesoro real, sino que en recompensa de sus servicios concediéronle una pensión de 50,000 maravedises, que cobraría de los rendimientos que diesen los países situados en el golfo de Urabá (Darién) y Barú. Más tarde parece que fué distinguido también Bastidas con el título de almirante; la losa sepulcral del descubridor, que existe aún en la catedral de Santo Domingo, ya muy desgastada á causa de servir de grada al altar, tiene una inscripción muy borrosa, que reproducimos nosotros en el grabado siguiente. Dicha lápida, que fué grabada algunos siglos después, está empotrada en la pared de la primera capilla lateral á la izquierda de la catedral, y dice así:

Aqví yaze el mvi magnífico Señor Don Rodrigo de Bastidas, primero Adelantado y Governador e Capitán General de Santa Marta, el qval el año de 1502 *descvbrió en la Tierra Firme por mandato de los Reies Católicos desde el Cabo de la Vela hasta el Darién. Fallesció á* 28 *de jvlio de* 1527 *annos.*

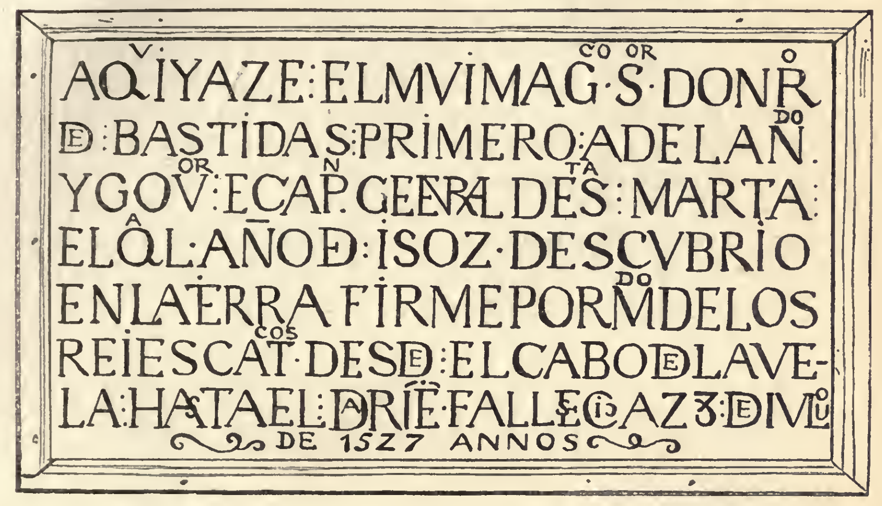
Si á causa del viaje de Rodrigo de Bastidas fué completado el descubrimiento de la costa Norte de la América del Sur, las expediciones posteriores, emprendidas en los años de 1502 y 1505 por Ojeda, en el de 1504 por Juan de la Cosa y Cristóbal y Luis Guerra, y en el de 1509 por Ojeda y por Diego de Nicuesa, más que el descubrir nuevas comarcas, tuvieron por objeto la fundación de colonias, y por lo tanto pueden ser pasadas por alto por nosotros.

Todas estas expediciones tuvieron sin excepción un fin desastroso, sangrientos combates con los guerreros indígenas, hambre, fiebres, borrascas y todo género de penalidades, que arrebataron á la vida centenares de hombres, y entre ellos Nicuesa y Juan de la Cosa. El primero sucumbió sin duda durante una tempestad que echó á pique su barco, y el segundo, en compañía de 96 de sus compañeros, bajo las envenenadas flechas de los habitantes de la costa en las inmediaciones de la actual Cartagena. Su

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cadáver, acribillado de flechas y atado á un árbol, fué hallado más tarde por las gentes de Ojeda, y á consecuencia de su horrible aspecto, fué tal el horror que inspiró á los españoles, que huyeron precipitadamente de la temible costa.

También Ojeda tuvo que sufrir terribles peripecias. Fué el único sobreviviente de una gran hueste que había salido en contra de los indígenas.



Lápida conmemorativa del almirante Rodrigo de Bastidas, existente en la catedral de Santo Domingo (Dibujada del original por Rodolfo Cronau)

nas. Sólo á una casualidad debió el ser encontrado por la expedición de Nicuesa, sumamente oculto entre la maleza, extenuado por el hambre y sin poder articular palabra á causa de su profundo abatimiento. Su rodela, que mostraba 300 flechazos, atestiguaba bien claramente el reñido combate en que había tomado parte.

En un segundo encuentro con los indios recibió también Ojeda un envenenado flechazo en un muslo, y lo que mejor demuestra el indomable valor del hidalgo es el que ordenase que le quemasen la herida con un hierro candente, envolviéndosela después con vendas empapadas en vinagre, enérgico procedimiento con el que logró salvar su vida.

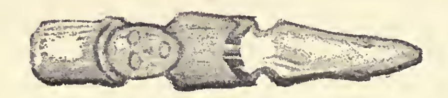
Indecibles fueron los sufrimientos que tuvo que soportar cuando, al emprender una travesía á la Española para proporcionarse refuerzos y provisiones, fué arrojado por la tempestad á las costas de Cuba, teniendo que abandonar allí el destrozado barco.

De las setenta personas que naufragaron con él sólo treinta y cinco se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

salvaron; las otras hallaron una muerte horrenda en las dilatadas lagunas y pantanos que tuvieron que atravesar en su viaje. A la feliz circunstancia de hallar un pueblo indio tuvieron que agradecer los pobres náufragos su salvación, pues á no ser por esto hubieran sucumbido como sus compañeros. Los indígenas no sólo les dieron víveres, sino que pusieron á su disposición un bote para conducirlos á la Española.

Todas estas penalidades quebrantaron las fuerzas de Ojeda, de aquel valiente y verdadero caballero sin miedo y sin tacha, muriendo, al cabo de algunos años de enfermedad y achaques, en Santo Domingo, tan pobre y tan solo, que no dejó ni lo necesario para sufragar su entierro. Reconociendo que todos sus planes de alto vuelo se habían frustrado por un trágico destino, y que él mismo se había convertido, como dice acertadamente Ruge, en un fastasma que causaba terror á todos los aventureros, ordenó en sus últimas disposiciones que fuese enterrado su cadáver á la entrada del convento de San Francisco, para que todo el que entrase en el templo tuviera que hollar su sepultura. Hasta en la tumba quería Ojeda humillarse para castigar su pasado orgullo.



Arma de mano, de piedra, de la Española
(Se conserva en el Museo Etnográfico de Copenhague)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Amerrigo vespuchi
piloto mor

AMÉRICO VESPUCIO Y LA DENOMINACIÓN DEL NUEVO MUNDO

Un puesto particular y extraño, digámoslo así, ocupa en la historia del descubrimiento de América el hombre con cuyo retrato encabezamos este capítulo: Américo Vespucio. No siendo descubridor en manera alguna, ni teniendo el carácter de un Ojeda, de un Pinzón ni aun de un Lepe, sólo por haber tomado parte en algunas de las travesías descritas en el capí-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tulo anterior había de llevar su nombre, por un extraño capricho del destino, el nuevo continente situado al Oeste del Océano Atlántico.

Nacido en Florencia el 19 de marzo de 1451, recibió una buena educación en la escuela de su tío, el fraile dominico Jorge Antonio Vespucio. Más tarde dedicóse al comercio, estando al servicio de la poderosa é influyente Casa de los Médicis. Probablemente como encargado de esta casa, que mantenía muchas relaciones con España, fué Vespucio á Cádiz hacia el año 1492, donde no tardó en entrar al servicio de la casa comercial de Berardi, que estaba en íntima relación con el tráfico de la India, arreglando algunos asuntos de ella, entre los que figura el aparejamiento de los barcos que habían de ir á las Indias Occidentales.

El desarrollo de estas negociaciones parece que quedó á cargo de Vespucio por muerte de Berardi, y esta circunstancia avivó tanto su interés por los viajes de descubrimiento, que al cabo de algunos años abandonó sus negocios financieros y se agregó á algunos de los viajes que hemos relatado en el capítulo anterior.

En cuántos de éstos tomó parte es problema que no se ha resuelto aún á causa de las contradicciones que existen en los datos legados por Vespucio, y en los cuales consigna que realizó cuatro viajes al Nuevo Mundo, y que durante el primero, que emprendió el día 10 de mayo del año de 1497 desde el puerto de Cádiz, llegó después de veintisiete días de navegación á una costa que, á causa de su dilatada extensión, parecía pertenecer á un continente. Si esta travesía descansase sobre hechos ciertos, habría que conceder á Vespucio el mérito de haber descubierto el primero el Continente Americano, puesto que hubiera llegado á la tierra firme dos semanas antes que Sebastián Cabot y cerca de catorce meses antes que Cristóbal Colón.

Esta prioridad, reclamada por Vespucio, de haber sido el primero en descubrir la tierra firme, ha sido objeto de numerosas investigaciones, de las que, á pesar de algunas afirmaciones que existen en contrario, se ha demostrado con bastante seguridad que el supuesto viaje de Vespucio no tuvo efecto.

No sólo consta que no existe escrito alguno en los archivos españoles ni en los portugueses que traten de tal viaje, sino que tampoco los cronistas de aquella época dicen una palabra acerca de él; hallándose tan sólo confirmado en un escrito original de Vespucio, impreso el año de 1504, en el cual relata la supuesta travesía.

Dice haber hecho ésta por mandato del rey Fernando de España, al cual había entregado un informe de ella á su regreso.

Muñoz ha demostrado con documentos irrecusables que entre mediados de abril de 1497 y últimos de mayo de 1498 absorbía por completo la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

atención de Vespucio el aparejamiento de los barcos para la tercera expedición, y que por lo tanto no podía tener efecto el tal viaje de mayo de 1497 á octubre de 1498 (1).

Hay otra circunstancia en contra del viaje. En el año de 1512 hizo constar Diego Colón sus derechos, como hijo del Almirante, á la regencia y á parte de los beneficios que reportasen los países de la costa Norte de la América del Sur. La Corona de España rechazó la pretensión de tales derechos alegando que aquellas regiones no habían sido descubiertas por Colón, y que por lo tanto no tenía que cumplir deber alguno con sus herederos. Desarrollóse, por consiguiente, un largo proceso, durante el cual puso el Gobierno de su parte cuanto pudo para menoscabar los derechos de los herederos del Almirante. Por lo tanto, si Américo Vespucio hubiese sido encargado por el Rey, el año de 1497, de hacer un viaje á las regiones occidentales del Océano Atlántico, y durante él hubiese descubierto el Continente Sudamericano, entregando al Rey á su regreso un detallado informe de su travesía, seguramente que no hubieran desaprovechado esta circunstancia, sino que la hubiesen empleado, por el contrario, como un arma principal contra los herederos del Almirante.

En todo el examen de testigos, en el cual fueron escuchados bajo juramento cerca de cien personas, no existe la menor noticia que mencione el supuesto viaje y descubrimiento de Vespucio, y sólo una vez se pronuncia el nombre de éste por Alonso de Ojeda, llamado también como testigo, el cual declaró bajo juramento que en el año de 1499, y como primer sucesor del almirante Cristóbal Colón, había visitado la costa de Paria, descubierta por aquél; que como pilotos había llevado, entre otros, á Juan de la Cosa y Américo Vespucio, y que se habían guiado por una carta de Colón enviada por éste al Rey y á la Reina en unión del informe de su descubrimiento.

Si se ha demostrado la participación de Vespucio en el viaje emprendido por Ojeda el año de 1499, en cambio su pretensión de haber hecho una travesía á los mares Indico-Occidentales en el año de 1497 halló ya entre sus contemporáneos violenta oposición. Las Casas llama á esta pretensión una grosera injusticia y un proceder sacrílego contra el recuerdo del Almirante; tampoco Guicciardini, Segni, ni Sebastián Cabot, creen en las afirmaciones del florentino; y, por último, Herrera llama á Vespucio repetidas veces estafador, que indudablemente había falsificado los datos de su viaje.

Á éstos se agregan otros respetables sabios hasta los tiempos presentes, entre ellos Muñoz, Alejandro de Humboldt, Wáshington Irving y

---

(1) Windsor, *Narrative and critical History of América*, vol. II, p. 142 ff.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Santarem, mientras que los esfuerzos de otros por librar á Vespucio de la sospecha de semejante falsificación apenas consiguieron nada Por ejemplo, la tentativa de su caluroso defensor el barón Adolfo de Varnhagen nos parece completamente frustrada, así como la ruta hecha por él é indicada por Vespucio en su supuesto viaje nos parece fundada sobre una base demasiado endeble para que sea digna de llamar nuestra atención.

Así como no podemos desprendernos de la idea de que el primer supuesto viaje de Vespucio fué sólo una superchería, tampoco nos parece digno de elogio el que omitiese constantemente en los relatos de sus viajes los nombres de los marinos que hubiesen tomado parte y dirigido éstos. Sólo habla de su persona, viéndose claramente, con harta frecuencia, que el orgullo y la sed de gloria eran los rasgos distintivos de su carácter.

Vespucio escribió una serie de cartas sobre sus viajes, en las que relata los acontecimientos y cuanto había visto con gran habilidad. Dichas cartas las dirigió á diferentes amigos y bienhechores suyos, entre ellos al cardenal Lorenzo de Pierfrancesco de Médicis, á Renato II, duque de Lorena y rey titular de Anjou y Jerusalén, y á otros varios. Fueron impresas repetidamente, algunas ya en vida de su autor y otras después de su muerte. No concuerdan unas con otras completamente, y choca sobre todo la diferencia que existe entre algunos datos.

De las cartas se deduce que Vespucio tomó parte en cuatro grandes viajes de descubrimiento en el período que media entre los años de 1497 á 1504. Que la primera de estas expediciones tiene un carácter más que problemático ya lo hemos demostrado, y nuestra opinión es que el florentino ha redactado las peripecias de este primer viaje valiéndose de las observaciones y acontecimientos del segundo. Esta opinión nuestra se ve confirmada por la circunstancia de que en la carta dirigida á Médicis, y reproducida por Bandini en italiano, dice que llama á su viaje «la tercera travesía» (*giornata terza*) por haber escrito *dos* volúmenes sobre otro que había hecho en buques españoles (1).

Como hemos demostrado suficientemente nuestra incredulidad respecto del primer viaje de Vespucio, efectuado, según él, el año de 1497, pasamos por alto la descripción que hace del mismo, y vamos á ocuparnos del primero que tuvo en efecto lugar, y que él llama *segundo*, realizado el año de 1499. Aunque tampoco hace mención en él Vespucio del nombre del verdadero capitán de la expedición, no sólo por el relato que hace de este viaje, sino también á causa del proceso que hemos hecho constar anteriormente, se deduce que fué Alonso de Ojeda, y que Vespucio le acompañó en calidad de *piloto y cosmógrafo*.

(1) Bandini, *Vita e Lettere di Amerigo Vespucci*, Firenze, 1745, p. 119.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Al regreso de esta travesía tomó parte el florentino en aquella otra emprendida á principios de mayo del año de 1501 en buques de nacionalidad portuguesa, y que tenía por objeto continuar el descubrimiento de la costa del Brasil hecho por Pedrálvarez Cabral en el año de 1500. Tampoco dice Vespucio quién fué el guía de esta expedición; es posible que lo fuese Gonzalo Coelho. Sobre este viaje faltan datos de otras personas, y no tenemos otras noticias que las descripciones del florentino. Según éstas, el día 10 de mayo salió la escuadrilla, compuesta de tres carabelas, de Lisboa, navegando, después de haber desembarcado en la costa africana y en las cercanías de Cabo Verde para tomar provisiones, con rumbo á Occidente por el Océano. En medio de éste tuvieron que sufrir la violencia de un fuerte temporal que exponía á los barcos á cada paso á sumergirse, y el cual duró cuarenta y cuatro días.

Hasta el 16 de agosto no vieron tierra en lontananza, y ésta fué la del cabo de San Roque, perteneciente á la costa brasileña y situada bajo el 5° de latitud meridional. Navegaron desde entonces á lo largo de la costa y dieron nombres de Santos á diferentes puntos notables; por ejemplo, al río situado bajo los 10° de latitud meridional diéronle el nombre de río de San Miguel; están consignados además los nombres de río de San Francisco, cabo de Santo Tomás, Angra dos Reis, puerto de San Vicente, etc.

Es posible, mas no está comprobado, que descubriesen también en este viaje la magnífica bahía de Río Janeiro. Vespucio afirma que siguieron la costa hasta más allá de los 52° de latitud meridional, adquiriendo con esto la prueba de que el país considerado isla por Cabral era en realidad un inmenso continente. Mas en estas latitudes meridionales viéronse obligados á emprender el regreso á causa de las borrascas y grandes

Facsímile de la firma de una carta dirigida por Américo Vespucio al Cardenal Arzobispo de Toledo Jiménez de Cisneros y fechada en Sevilla en 9 de diciembre de 1508

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

fríos, volviendo á Europa por Sierra Leona, en la costa occidental del Africa. El 7 de septiembre del año de 1502 ancló la escuadrilla de regre-

Von der neü gefunden Region die wol ein welt genent mag werden/durch den Cristenlichen künig von portigal/wunderbarlich erfunden.



Portada de la edición alemana de la carta escrita por Américo Vespucio á Pedro Francisco de Médicis refiriendo su tercer viaje (Biblioteca Real de Dresde).

so en el puerto de Lisboa. Una carta descriptiva de este viaje dirigida por Vespucio á su protector Médicis, y la cual carta vió la luz en París en el año de 1503, impresa en latín por Juan Lambert, llamó extraordinariamen-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

te la atención mucho más por decir en ella el florentino, cegado por el orgullo, que la expedición había surcado la cuarta parte del mundo y descubierto países completamente desconocidos para los antiguos, países que debían ser considerados como un nuevo mundo. También dice en

Albericus Vespuccius Laurentio Petri

Francisci de medicis vil gruß.

In vergangen tagen hab ich dir eben weyt geschryben von
i meiner widerfart von den neuen lantschafften die ich mit
Clasen versambneter schyffen mit schwerem kosten von ge
bot des durchleuchtigisten Künigs von Portigal durchsucht ha-
ben vnd funden/Die man mag die neuen welt nennen/ So bey vn
sern vorfarñ vetterñ dauon keyn wissen gewesen/vnd allen den die
solichs hörñ aller ding ein neus sey/Sünder auch das alle meinūg
vnser eltern über trifft.so doch der merteyl der selben spricht / das
vber die gleichmitnechtige lynien genant Equinoctialis / vnd ge-
gen mittag keyn wonung der leutten/sünder alleyn das groß mer
inhalten/Das sy nennen das attlandisch mer/ Vñ ob yemand der
selben wonungen daselbs.sein geredt so habē sy doch aus vil sachē
das do wonhafftig land vñ ertrich sey widerredt/Aber das solich
ir maynung falsch vnnd der warheit wider sey in alle weg hat diß
mein letzte schiffung bewaist/ So ich in den selben gegnungē gegē
mittag menschliche inwonung funden hab mit vil volcks vnd vil
thieren bewert/dañ vnser Europa oder Asiam oder Affricam/vñ
so vil mer gefunden temperierten lufft schon vnd lauter mer vnnd
lustiger dañ in eynicher andern lantschafft die wir wissen/ Als du
hernach sehen vnnd verstan würst/ so ich kürtz die obern ding be-
schryben vnd die ding so vermerckens vnnd gedegnuß aller wirdi
gest vnnd von mir gesehen oder gehört in dieser neuen welt synd/
Als hernach gezeygt würt.

Facsímile de una página de la carta anterior

tono enfático y con aires de triunfo que la opinión de Tolomeo, referente á que al otro lado de la zona tórrida no podían existir países habitables para la raza humana, podía considerarse errónea en absoluto después de sus descubrimientos.

Las ediciones latinas de la carta fueron traducidas también al alemán, apareciendo una en Nuremberg el año de 1505 con el título de *Von der neu gefunden Region, die wol ein welt genant mag werden, durch den Cris-*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tenlichen Künig von Portugal wunderbarlich erfunden (1). También es interesante el título que dedica el cronista Ruchamer en el capítulo CXXI de su obra *Vnbekanthe landte und eine Newe Welt* (2) al viaje de Vespucio: *Wie Alberich den vierten Teil der Welt entdeckt hat* (3).

Al cabo de poco tiempo de su regreso, emprendió Vespucio una nueva travesía á los países ecuatoriales, también con bandera portuguesa. Este viaje duró desde principios de mayo del año de 1503 hasta junio de 1504, y parece que fué también Gonzalo Coelho quien la dirigió. Vespucio, siguiendo su costumbre, no menciona para nada al capitán.

Esta expedición, si hemos de creer al florentino, tenía el determinado objeto de buscar las islas de la Especería (Malacca), «que se sabía estaban situadas en el mar á los 33° del polo Sur.» Era, por lo tanto, el mismo plan que Magallanes había de llevar á efecto diez y seis años más tarde.

Después de haber salido de Lisboa, dirigióse la escuadrilla, compuesta de seis barcos, á Sierra Leona, tomando desde allí rumbo Sudoeste para llegar al cabo de San Agustín. Bajo los 4° de latitud meridional descubrieron una isla, á la que bautizaron con el nombre de Fernando de Norhona, y en la cual naufragó la mayor de las carabelas. El barco en que iba Vespucio hallábase aún á cuatro leguas de distancia del lugar del siniestro, y recibió orden de seguir hasta el continente y buscar allí un puerto. Con toda felicidad llegó á la bahía de Todos los Santos (Puerto de Bahía), donde esperó inútilmente la llegada de los demás barcos, hasta que, habiendo permanecido sesenta y cuatro días en completa inacción en aquel punto, decidió navegar en dirección Sur á lo largo de la costa, fundando en Cabo Frío una colonia en la que dejó 24 hombres bien armados y doce cañones. Después de haber tomado un cargamento de palo campeche regresó á Portugal, donde llegó el 18 de junio de 1503. Poco á poco fueron regresando también los otros barcos, que habían proseguido inútilmente sus investigaciones para encontrar un paso meridional á Malacca.

Parece que Vespucio hizo otro viaje posterior al Nuevo Mundo; mas los escritos que contienen las indicaciones sobre él no dicen nada de que en esta travesía se hiciera descubrimiento alguno de importancia.

Vespucio volvió á entrar al servicio de España en el año de 1505, y fué nombrado piloto superior del reino en el de 1508, siendo de su incumbencia no sólo efectuar en las costas marítimas los asientos de los nuevos

(1) *De las nuevas regiones halladas que pueden ser llamadas un mundo, milagrosamente descubiertas por el Cristianísimo Rey de Portugal.*

(2) *Países desconocidos y un Nuevo Mundo.*

(3) *De cómo ha descubierto Alberico la cuarta parte del Mundo.*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

descubrimientos, sino examinar también las aptitudes de los pilotos. Continuó en este cargo, que estaba remunerado con 200 ducados, hasta su fallecimiento, que tuvo lugar en Sevilla el 22 de febrero del año de 1512.

Sólo nos resta aclarar la conexión particular que hizo que el Mundo Occidental descubierto por Cristóbal Colón llevase el nombre de *América* en recuerdo del nombre de pila de Vespucio. Si no admitimos precisamente que este hecho fuese provocado con determinada intención por Vespucio, tenemos que hacer constar, sin embargo, que tuvo gran parte de la culpa.

Nũc ꝟo & hę partes ſunt latius luſtratæ/& alia quarta pars per Americũ Veſputiũ(vt in ſequenti bus audietur)inuenta eſt/quã non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore ſagacis ingenij viro Amerigen quaſi Americi terrã / ſiue Americam dicendã: cũ & Europa & Aſia a mulieribus ſua ſortita ſint nomina. Eius ſitũ & gentis mores ex bis binis Americi nauigationibus quæ ſequunt̃ liquide intelligi datur.

Ameri-ca

Facsímile del párrafo de la *Cosmographiae Introductio* en que se estampa por primera vez el nombre de América

Esta parte consiste primeramente en que el florentino coloca falsamente su primer viaje en el año de 1497, apropiándose así la prioridad del descubrimiento del Continente Americano; y en segundo lugar, en el constante silencio que guarda sobre los nombres de los jefes de las expediciones de descubrimientos en que tomó parte. Precisamente esta circunstancia es la que hizo nacer equivocadamente en los cronistas extranjeros, italianos, alemanes y franceses, la idea de que Vespucio había sido el director de todas estas expediciones, habiendo descubierto como tal antes que nadie la tierra firme del Nuevo Mundo. Esta opinión vióse aún más reforzada con la circunstancia de que no se tenía noticia alguna en el extranjero de los viajes de Colón al país de Paria y Veragua, y en cambio las cartas de Vespucio dominaban en el mercado reproducidas profusamente, y se leían con avidez. Estaban escritas con gran habilidad, haciendo resaltar lo más interesante, y relatando á veces algunos hechos con picante estilo. Sus descripciones de la vida de los pueblos, animales y plantas de aquellas regiones eran nuevas, y subyugaban tanto más por la circunstancia de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que, fuera de la lacónica carta de Colón sobre su primer viaje, no había llegado á imprimirse nada relativo al Nuevo Mundo.

Así fué que la errónea creencia de que Colón había sido sólo el descubridor de algunas islas, y que Vespucio lo había sido de todo el continente,



Carta geográfica de la América del Sur sacada del globo terráqueo de Schoner

extendióse cada vez más, tanto que cuando en el año de 1507 se hizo la proposición de dar el nombre de *América* al Nuevo Mundo en honor del supuesto descubridor, fué aceptada unánimemente con gran alegría. El autor de dicha proposición fué el alemán Martín Waltzemüller, que residía en la corte de aquel duque Renato II de Lorena á quien había dirigido Vespucio una de sus cartas. Este duque sostenía en la ciudad de Saint-Dié (Lorena) un Gimnasio al que estaba unida una imprenta que imprimía es-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

critos importantes. Uno de éstos era la *Cosmographiae Introductio* de Waltzemüller, que era una especie de guía para el estudio de la Geografía. En el capítulo IX de esta obra escribe Waltzemüller, ó *Hylacomylus*, que es su nombre latinizado, lo siguiente: *Nunc vero et haec partes sunt latius lustratae, et alia quarta pars per Americum Vesputium (ut in sequentibus audietur) inventa est, quam non video cur quis jure vetet ab Americo inventore sagacis ingenii viro Amerigen quasi Americi terram,*



Canoa indígena del país de Paria
(Copia de un grabado en madera del siglo XVI)

sive Americam dicendam, cum et Europa et Asia a mulieribus sua sortita sint nomina: «*Verdaderamente que ahora que estas regiones han sido exploradas más extensamente, y ha sido descubierta por Americus Vesputius otra parte del mundo, como puede verse por las adjuntas car. tas, no veo ningún motivo para que no se llame á esta con justicia Amerigen, es decir, la tierra de Americus, ó América, por su descubridor, hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia han recibido ambas nombres de mujeres.*»

Esta proposición de Waltzemüller fué bien acogida, y en el año de 1509 apareció el nombre de *América* en un *Globus mundi* impreso en Estrasburgo, así como en una carta geográfica de la misma época que se conserva en Viena.

El año de 1511 ya era este nombre bastante conocido en Inglaterra; en el de 1512 usólo Joaquín Vadianus; en 1515 escribiólo Juan Schoner sobre su célebre globo; en 1516 consignólo Leonardo de Vinci en su carta

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

geográfica, y principalmente después que los grandes cartógrafos Juan Stobnicza, Ortelius y Mercator hubieron empleado en sus obras el nombre de *América*, fué aceptado éste rápidamente por todos (1).

Réstanos sólo mencionar lo que significa el extraño nombre de pila de Vespucio. Humboldt dice en sus *Investigaciones Críticas* que el nombre italiano Américo es idéntico al alemán Almarich, Amalrih ó Amulrich, que á su vez proceden de los nombres góticos Almaric, Amalrih, Amalrich ó Amulrich. A esta misma conclusión viene á parar el sabio italiano Govi, el cual dice que los florentinos tenían la costumbre de alterar los nombres de pila. Por ejemplo, el nombre del Dante es una alteración del de Durante; Stagio significa lo mismo que Anastasio; Goro equivale á Gregorio, y Beco á Dominico, y por lo tanto el nombre de Américo sólo es una transformación del de Emerico, y el nombre de América habría que traducirlo como *Tierra de Almarico ó Emerico.*

De este modo un capricho de la suerte robó á Cristóbal Colón el honor de que aquel Nuevo Mundo por él descubierto llevara su nombre. Echó, por el contrario, este honor en el regazo de un hombre que había sido sólo un agregado á los viajes de exploración de otros, que no podía alegar derecho alguno al título de descubridor, y que sólo merece la gloria de haber contribuído con sus observaciones y acertadas descripciones al conocimiento de aquel inmenso territorio.

(1) Debemos advertir que se han hecho también tentativas para derivar el nombre de *América* de supuestos nombres indígenas de países de la América Central y de la América del Sur, como *Amarca*, *Tamarca* y *Caxamarca;* pero estas pretensiones han sido desechadas con razón por todos los investigadores modernos.



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Vasco Núñez de Balboa
Según un grabado de la *Historia general de los hechos de los Castellanos,* de Herrera

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA
Y EL DESCUBRIMIENTO DEL GRAN OCÉANO

Entre los aventureros que habían ido con Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa y Fernández de Enciso para implantar su pie en los ricos países de Veragua y Urabá, y fundar colonias, hallábase un hombre que por su valor, perspicacia y energía habíase distinguido repetidas veces, alcanzando pronto autoridad y mando. Este hombre era Vasco Núñez de Balboa, noble empobrecido, oriundo de Extremadura, y al que circunstancias

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

precarias habían obligado á abandonar su hogar y atravesar el Océano. Había ya acompañado á Rodrigo de Bastidas en su viaje de exploración, viviendo después largo tiempo en la Española sin haber podido conseguir que mejorase su situación, viéndose, por el contrario, tan agobiado por las deudas, que no tenía la más remota esperanza de poderlas llegar á pagar nunca. Acosado y martirizado por sus acreedores, concibió el proyecto de librarse por la fuga de tan intolerable situación; mas como, según la ley, ningún deudor podía abandonar la isla sin conocimiento de sus acreedores, y era muy severa la vigilancia que se ejercía con los barcos que salían del puerto de Santo Domingo, decidido Balboa á buscar su suerte en las colonias que iban á fundar Ojeda y Nicuesa, hízose meter dentro de un cajón de provisiones y llevar á bordo de un barco que al mando del letrado Fernández de Enciso había de llevar el año de 1510 provisiones y refuerzos á las colonias de Urabá. Cuando estuvo el buque en alta mar salió Balboa de su escondite, llegando así á aquellos países de cuyas fabulosas riquezas esperaba, lo mismo que todos los demás individuos de la expedición, una mudanza tan completa como favorable de su suerte. Ya hemos dado á conocer, al tratar ligeramente de la historia de estas colonias, las calamidades que sufrieron, sucumbiendo la mayoría de estos aventureros á las penalidades y privaciones, pues en vez de las soñadas riquezas hallaron sólo hambre, enfermedades de todas clases y, por último, un solitario sepulcro. Durante los numerosos enredos que dominaban en las colonias habíanse sublevado repetidas veces contra sus gobernadores. En una de estas rebeliones logró Balboa ponerse á la cabeza de los rebeldes, y no sólo supo quitar de en medio á Enciso, sino que embarcó también á Diego de Nicuesa con diez y siete compañeros de penalidades en una miserable y endeble carabela que, según todas las apariencias, se fué á pique durante una tempestad, pues no volvió á hallarse huella alguna de estas gentes.

Sobre el valor y previsión de Balboa descansaba todo el buen resultado de las empresas, y á causa del terror que inspiraba á los indígenas, que le temían más que á cien puntas de espada, consiguió organizar más sólidamente la colonia de Santa María de la Antigua, situada á orillas del río Darién. Desde allí emprendieron varias excursiones al interior del país para enterarse del estado del mismo; en el año de 1511 envió Balboa á Francisco Pizarro, que se hallaba á sus órdenes, en compañía de seis hombres, para adquirir noticias acerca de la provincia de Coyba, situada á 30 leguas de distancia hacia el Oeste. Mas como estos exploradores fuesen batidos en retirada por los indígenas, púsose él mismo en camino acompañado de ciento treinta hombres, y sometió al cacique de Coyba, llamado Careta, penetrando después hasta la provincia de Comagre, cuyos habi-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tantes salieron con gran amabilidad al encuentro de los españoles y los condujeron á su pueblo.

En éste excitó vivamente el interés de los extranjeros la vivienda del cacique, no tanto por su tamaño cuanto por su extraña construcción. La casa tenía 150 pies de largo por 80 de anchura, y estaba construída sobre fuertes troncos de árboles y rodeada de una muralla de piedra. El piso superior mostraba adornos de talla y enrejados, y constaba de multitud de aposentos destinados los unos para vivienda y los otros para despensa.



Momia envuelta en vestiduras (según Reiss y Stubel)

Uno de éstos guardaba gran provisión de pan, frutas y carne seca ó cecina; en otro había grandes jarros llenos de vino de palmera y otras bebidas parecidas á cerveza, preparadas con maíz y varias raíces; en un largo corredor, que seguramente era el santuario de la casa, hallábanse los bien conservados cadáveres de sus antepasados y parientes, que habían sido momificados al fuego y estaban envueltos en grandes mantas de algodón, y adornados cada uno con una verdadera mina de oro, perlas y piedras preciosas. Estaban colgados de las paredes y del techo, sujetos por fuertes lazos, y este lugar no era visitado por los descendientes sin dar grandes muestras del religioso respeto que les inspiraba.

El hijo mayor del cacique regaló á los españoles gran cantidad de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

adornos de oro, y al ver que éstos reñían por la repartición, admiróse grandemente y díjoles: «Si este oro es tan valioso ante vuestros ojos que sólo por amor á él abandonáis vuestra patria exponiéndoos voluntariamente á toda clase de peligros, voy á hablaros de un país en el que podréis saciar por completo vuestra ambición. Detrás de aquellas montañas que se elevan al Sur hay un extenso mar, surcado por un pueblo que posee barcos con velas y remos como vosotros, cuyo rey come en vajilla de oro, y cuyo país está cruzado de ríos que poseen gran riqueza de oro. Este metal es tan común allí como entre nosotros el hierro.»

Poderosamente impresionado por esta noticia, trató Balboa de inquirir más sobre dicho país y supo por su anfitrión que el viaje á él era muy peligroso y arriesgado, necesitando muchos más hombres de los que llevaba consigo. El camino era á través de intrincados bosques casi impenetrables, teniendo que escalar asimismo escarpadas montañas sin senda alguna, y atravesar comarcas cuyos caciques eran eminentemente guerreros y disponían de considerables fuerzas para el combate.

Todos estos obstáculos no lograron desanimar al atrevido hidalgo, sino que, por el contrario, avivaron en su corazón el deseo de descubrir aquel Océano y aquel reino; pues, convencido como estaba de que era sólo un usurpador que se había apropiado á viva fuerza la dirección y el mando superior de la colonia, comprendía que necesitaba realizar alguna alta empresa para lograr en parte el perdón de su conducta. Ofrecíasele ahora ocasión de borrar el mal efecto producido por su traición contra Enciso y Nicuesa, y por lo tanto, concebido y pensado su proyecto, no tardó en realizarle. El 1.º de septiembre del año 1513 púsose en marcha, acompañado de ciento noventa españoles y seiscientos cargadores indios, saliendo de Santa María en busca de aquel país misterioso. La pequeña hueste llevaba también consigo toda una jauría de perros de presa, pues en el transcurso de los diferentes combates sostenidos contra los indígenas había comprendido lo mucho que éstos temían á aquellos animales.

Con un bergantín y nueve grandes canoas hízose á la vela la expedición, dirigiéndose primero con rumbo Noroeste á lo largo de la costa del istmo de Darién hasta llegar al pueblo del cacique amigo Careta, con cuya hija se había casado Balboa. Casi la mitad de su gente dejó allí custodiando los barcos, y el 6 de septiembre emprendió resueltamente la marcha hacia el interior.

Si el lector echa una ojeada á la costa que insertamos al final de este capítulo, verá que Balboa, después de adquirir noticias precisas por medio de los indios, eligió para cruzar la lengua de tierra el sitio más estrecho, que es donde tan sólo están separadas las costas una de otra por la insignificante distancia de nueve leguas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Por más que el trayecto que había que recorrer no era en manera alguna considerable, los obstáculos que tuvieron que vencer fueron tan inmensos y casi insuperables, que tan sólo por esto, y sin tener en cuenta el resultado conseguido y las consecuencias á él anejas, había que considerar esta hazaña como una empresa y descubrimiento de primer orden.

Si bien las eminencias que hay que escalar en aquel sitio apenas exceden de 700 metros de altura, el obstáculo más poderoso es el bosque virgen, que se desarrolla en este istmo con más exuberancia que en parte alguna de la Tierra, cubriéndolo todo con su verde follaje. Poderosos troncos envejecidos por el tiempo, unidos unos á otros, entrelazados y envueltos



Carta del descubrimiento del Mar del Sur por Balboa

por enredaderas y plantas trepadoras, elévanse por todas partes en tan apiñado haz, que los rayos del sol no pueden traspasar su follaje. Sólo un pálido reflejo delata al viajero errante en esta espesura la claridad del día. A cada paso interceptan el camino los tallos de las lianas, tan gruesos como un brazo y duros como el acero, y los frutos de las plantas parásitas; por todas partes hay que trepar sobre gigantescos árboles derribados, vadear lagunas y cruzar torrentosos arroyos y ríos.

Con cuántas dificultades tendrían que luchar Balboa y su comitiva, se puede apreciar mejor mencionando diferentes é infructuosas tentativas hechas en nuestro siglo para cruzar el istmo por otros sitios.

En el año de 1853 intentó el célebre viajero Carlos de Schérzer penetrar desde Angostura al puerto de Limón, distante diez leguas solamente; y á pesar de que le acompañaban treinta cargadores y varios ingenieros, tuvieron que desistir al cabo de diez y seis días de ímprobo trabajo (1).

(1) *La República de Costa Rica* por Wágner y por de Schérzer, páginas 359 392.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

No obtuvo mejor resultado una expedición inglesa que salió el 23 de diciembre del mismo año desde la costa del Pacífico y desde la embocadura del río Savana. El año de 1854 penetró cierto número de hombres, guiados por el doctor Cullen y Gisborne, tan sólo seis leguas al interior, y eso á fuerza de indecibles trabajos; y menor aún fué el resultado obtenido por el ingeniero Codazzi, que al intentar cruzar el istmo perdió muchos de sus hombres, teniendo que desistir de su empresa al cabo de algunos días (1).

La marcha de Balboa estaba expuesta aún á mayores peligros, como era el tener que caminar por comarcas cuyos guerreros caciques oponían por todas partes la más enérgica resistencia al paso de los españoles. Sobre todo el cacique Quaraqua reunió á su alrededor gran número de sus guerreros tratando de acabar con los españoles, extenuados por el hambre y los trabajos pasados. Mas ¿qué podían hacer las primitivas armas de los indígenas, sus mazas, lanzas, arcos y flechas, contra las armas de fuego europeas, que llenaron de terror á los indígenas haciéndoles creer que arrojaban por sus bocas rayos y truenos?

Por lo tanto, el ejército de Quaraqua emprendió precipitadamente la fuga, no reconociendo límites su terror al ver que los extranjeros azuzaban contra ellos los perros de presa, que corrían detrás de los indígenas ladrando furiosamente y despedazando espantosamente á muchos de ellos. Seiscientos cadáveres, entre los cuales había el del cacique, cubrieron el campo.

Entre los muchos prisioneros que cayeron en poder de los españoles, hallábanse el hermano del cacique y otros jefes de menor importancia, que se distinguían de los demás por llevar vestiduras de algodón á guisa de faldas de mujer. También éstos fueron condenados á muerte, y por orden de Balboa echados á los perros, que pronto dieron fin con aquellos desgraciados.

Por último, el 25 de septiembre llegaron al pie de la cordillera desde cuya cúspide, según afirmación del guía indio, podía verse el otro mar. Balboa disponía sólo de sesenta y siete hombres, por haber hecho regresar á los que enfermaron en el camino, y con esta pequeña hueste emprendió muy temprano la difícil ascensión por la montaña. Hacia las diez de la mañana alcanzaron la loma de la montaña, faltando tan sólo subir á un pelado pico desde el cual se divisaba el mar del Sur. Allí ordenó Balboa á su comitiva que se detuviese, pues quería ser el primero en saludar al desconocido Océano. Con el corazón palpitante subió el con-

(1) Headley, *Lieutenant Strains Darien Exploring Expedition*. Harpers Franklin Square Library No. 430. p. 2.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

quistador hasta la cúspide, y una vez en ella, al divisar el panorama de indecible grandeza y el inconmensurable Océano á sus pies, cayó de rodillas profundamente conmovido, y cruzando las manos en señal de oración dió al cielo gracias por la gran merced que le había concedido al darle la gloria de hacer descubrimiento tan importante.

Entonces llamó á su gente, y luego que ésta hubo saciado su vista con el grandioso espectáculo que tenía ante sí, erigieron con toscas piedras un altar, el sacerdote Andrés de Vara entonó el *Te Deum Laudamus*, y al terminar el solemne oficio divino levantaron sobre el pico más elevado del monte el símbolo de la religión cristiana: una Cruz. Bien se comprende el júbilo de los españoles, extenuados por las privaciones y trabajos, al hallarse en el punto de sus deseos después de aquella tremenda marcha de veinte días á través del espantoso bosque entre cuya verdinegra espesura había caído más de uno preso de mortal abatimiento. ¡Y cuántas esperanzas no se enlazaban con el descubrimiento! ¿No estaba ahora abierto el camino de aquellos ricos países del Sur, cuyo pueblos, según los datos adquiridos, poseían grandes ciudades, mercados y puertos? ¿No era éste el Océano cuyas olas bañaban las playas á las islas de la India, de aquel maravilloso país de la tierra que, á causa de sus incalculables riquezas en oro, perlas, piedras preciosas y especias, era desde remotos tiempos el blanco de todas las naciones comerciales del Oriente?


Collares del antiguo Perú (Museo Etnográfico de Berlín)

Con el pecho henchido de entusiasmo descendió Balboa, cual otro Aníbal al frente de su hueste, á la llanura cubierta de bosque y sabanas, y cuando al cabo de cuatro días de marcha llegaron, el 29 de septiembre,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á la embocadura del río Sabana, que vierte sus aguas en el golfo de San Miguel, y vieron el torrentoso mar cuyas espumosas olas jugueteaban en las costas, Balboa, armado de punta en blanco, y en la mano un estandarte con la imagen de la Vírgen llevando en brazos al Niño Jesús, metióse en las olas hasta la rodilla, desenvainó su espada, y tomó posesión, en nombre de la corona de España, del nuevo mar descubierto, de sus costas, puertos, islas y países adyacentes, retando con voz tonante á combate á todo aquel que quisiera disputarle sus derechos.

La solitaria selva no dió respuesta alguna, y entonces, en señal de la verificada toma de posesión, grabaron cruces en los árboles vecinos y cortaron de ellos algunas ramas.

Bastantes semanas permaneció Balboa en las costas del Océano, al que por hallarse en contraposición del que bañaba la costa Norte del istmo dió el nombre de Mar del Sur. En los botes de los indígenas surcó las bahías, visitó diferentes islas vecinas, entró en tratos con sus caciques, y adquirió, comerciando en parte con unos y á viva fuerza con otros, un gran tesoro en adornos de oro. También adquirió multitud de valiosas perlas, que pescaban los indios en las bahías, y que eran tan abundantes que los indígenas acostumbraban á adornar con ellas los mangos de sus remos. Como se comprenderá, no dejó Balboa de inquirir noticias sobre los ricos países del Sur, y supo, entre otras cosas, que los habitantes de éstos se servían de un cierto cuadrúpedo para llevar grandes cargas. Para hacerle más comprensible su descripción, uno de los caciques fabricó de barro la figura de uno de estos animales, que, según opinión de algunos españoles, recordaba al camello. Esta fué la primera noticia que adquirieron de las llamas, animales domésticos del Perú.

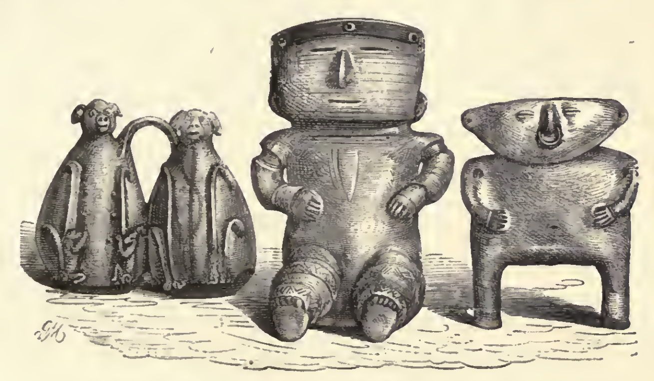
El 3 de noviembre emprendieron el regreso, que fué más dificultoso y precario para la pequeña hueste de estos temerarios conquistadores. Como habían cargado de oro los barcos, las provisiones que llevaban eran muy escasas; los indígenas emprendían por lo general la fuga al aproximarse los españoles, y el hambre era constante huésped de los audaces viajeros. A pesar de esto, no desperdiciaban los españoles la ocasión de despojar á los indígenas que sorprendían, del oro, perlas y otros objetos de valor que tenían, y de ese modo llegó Balboa cargado con un valioso botín á la colonia de Santa María el 19 de enero de 1514, con toda felicidad, sin haber perdido un solo hombre en su temeraria marcha, después de más de cien días de ausencia.

Algunas semanas después envió Balboa á España el informe de su descubrimiento, y supo dar á éste, bastante importante ya de sí, un valor especial, por haber agregado á él doscientas valiosas perlas y una cantidad de oro que representaba la suma de 20.000 castellanos. Pero si Bal-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

boa confiaba acallar de este modo las acusaciones que se habían lanzado contra él por su proceder contra Enciso y Nicuesa, sus afanes eran tardíos, pues antes de que llegase su informe á la corte de España habíase nombrado ya gobernador de Darién á Pedro Arias de Avila, que se hizo á la vela en abril de 1514 con una escuadra de veinte barcos y mil quinientos hombres para ir al lugar de su destino.

Entre su comitiva hallábanse muchísimos caballeros, algunos de los cuales habían de alcanzar más tarde brillante nombre en la Historia, como, por ejemplo, B. Fernando de Soto, el descubridor del Mississipí; Francisco Vázquez de Coronado, el conquistador de las siete ciudades de



Antiguas figuras de barro de Colombia (Museo Etnográfico de Berlín)

Cibola; Diego Almagro, el conquistador de Chile; Benalcázar, el conquistador de Quito y Bogotá, y Bernal Díaz de Castillo, el audaz compañero de batalla de Hernán Cortés durante la conquista de México.

Pedro Arias de Avila tenía el encargo de investigar minuciosamente y con toda severidad el delito cometido contra Enciso y Nicuesa, y castigar á los culpables; mas las negociaciones dilatáronse mucho tiempo, cesando completamente cuando así Quevedo, nombrado obispo de Darién, como la esposa de Avila intercedieron por Balboa. Mientras tanto había llegado el informe de este último á manos del rey, y en recompensa de sus grandes servicios fué nombrado adelantado del mar del Sur, confiriéndole además el mando de los países descubiertos por él en la parte Sur del istmo, pero con la condición de que estuviese supeditado al poder supremo de Avila.

Ambos hombres, tanto Avila como Balboa, organizaron diferentes expediciones destinadas á explorar con mayor detenimiento el istmo. Una de éstas, al mando de Morales y de Pizarro, tenía por objeto la conquista de las islas de las Perlas, situadas al Oeste del golfo de San Miguel; otra

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se dirigía á saquear el templo de Dabayba, repleto, al parecer, de oro, y al cual, en vista de haber fracasado la primera expedición, enviaron otras dos que tampoco obtuvieron resultado. Una de las expediciones más importantes era aquella que á las órdenes de Ayoro estaba destinada á fundar con cuatrocientos hombres una serie de estaciones para establecer comunicación entre las costas Septentrional y Meridional del istmo.

Cuando estas estaciones fueron destruídas por los indios, encargóse Balboa del asunto. Primeramente erigieron en las inmediaciones de Careta el puerto de Acla, y desde éste tomaron disposiciones para una expedición mayor á fin de explorar más ampliamente el mar del Sur. Para esta expedición eran necesarios bastantes barcos, que se construyeron en Acla, arrastrándolos después por el bosque virgen sobre la lengua de tierra con indecibles trabajos. Si bien este transporte costó la vida á centenares de hombres, los esfuerzos fueron al fin coronados por el éxito, pudiendo emprender Balboa con sus dos carabelas una travesía de reconocimiento sobre las aguas del mar del Sur. Este viaje siguió su curso á lo largo de la costa Occidental de la actual república de Colombia, pero desgraciadamente viéronse obligados los barcos, por vientos contrarios, á emprender el inmediato regreso sin haber alcanzado el Perú, el país del oro.

Durante todas estas conquistas cometieron los españoles las más espantosas crueldades con los indígenas, matándolos á centenares ó haciéndolos despedazar por los perros de presa; á otros se les daban espantosos tormentos para obligarles á confesar si tenían tesoros escondidos. Desgraciadamente es un hecho indudable, observando la historia de la conquista, que era tan sólo ruín codicia la que les guiaba á propagar las costumbres orientales, y que los propagadores de éstas eran por regla general hombres sin corazón, brutales y fríos, que no despreciaban la traición, la falta de palabra, ni el asesinato, para llegar á sus fines.

La historia de la conquista española demuestra que muchos de los conquistadores, en su ciego afán de obtener oro y poder, no respetaban á sus propios compañeros, sino que los arrollaban siempre que eran un obstáculo en su camino.

Balboa estaba destinado á ser víctima de una suerte semejante á causa de su enemigo y jefe Avila.

La especial posición de los dos rivales había originado con el transcurso del tiempo entorpecimientos que en vano trataba de salvar el obispo Quevedo proponiendo un casamiento entre Balboa y la hija mayor del gobernador. Por más que se realizó éste, no tardó en renacer la desconfianza de Avila cuando le comunicaron que Balboa proyectaba nada menos que hacerse completamente independiente y erigirse en gobernador

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de las provincias de Panamá y Coyba. Conociendo Avila que con su separación de aquellos ricos países perdía su distrito el valor principal, celoso de su poder, mandó prender á Balboa como traidor y decapitarle en Acla, después de un corto proceso, el año de 1517.

Así murió Balboa, uno de los más excelentes y hábiles descubridores españoles, á los cuarenta y dos años de edad, y cuando tanto podía esperarse aún de su valor y aptitud.

Su apasionado contrario insultó aún el cadáver de su rival mandando clavar en una pica la cabeza de éste y exponerla por espacio de muchos días en la plaza pública.

Como si quisiera demostrar aún después de su muerte la aversión que le inspiraba Balboa, hizo que ignoraba completamente sus planes, cuyo afán, como sabemos, era buscar aquel rico país situado al Sur que lleva el nombre de Perú. En contraposición á tales proyectos, dirigíanse ahora todas las expediciones á la investigación de los países situados al Noroeste del istmo.

Estos descubrimientos y conquistas partían desde la colonia de Panamá fundada el año de 1519 y engalanada con el título de ciudad en 1521; de este modo exploró Bartolomé Hurtado la pacífica orilla del mar de Costa Rica hasta llegar al golfo de Nicoya; aún más allá penetró Gil González Avila, pariente del gobernador, que llegó el año de 1521 hasta Nicaragua, emprendiendo una marcha, que fué coronada de éxito, hasta el interior del país donde gobernaba el cacique Nicaragua. Este recibió á los españoles con la mayor afabilidad, viendo tranquilamente que González de Avila, delante de sus compañeros y de los indígenas reunidos, entrase á caballo en el magnífico lago de Nicaragua, que tiene numerosas islas de origen volcánico, y bebiese agua del mismo, tomando posesión ceremoniosa y solemnemente de él y de todo el país que le rodeaba.

El éxito de esta expedición, de la que trajeron oro por valor de 100 000 pesos, estimuló á González de Avila á proseguir sus descubrimientos, emprendiendo el año de 1524 un segundo viaje á Nicaragua. Esta vez penetró en el país por la costa Oriental, por cabo Honduras, dirigiéndose al lago de Nicaragua en dirección Sur, encontrándose allí con otra expedición enviada por Pedro Arias de Avila, bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba, para someter á Nicaragua, y que había echado los cimientos de las ciudades de Granada y León. Entre los dos rivales origináronse pronto cuestiones, que terminaron cayendo González sobre la hueste de su contrario y quitándole las armas y el botín que había recogido. Más tarde volvió González á la costa Oriental del país, que le fué disputada ahora por Cristóbal de Olid, un partidario de Hernán Cortés.

Fernández de Córdoba, por el contrario, que después de la partida de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

González se había establecido en Nicaragua, tratando pronto de hacerse independiente del gobernador Pedro Arias de Avila, fué buscado y preso por éste, que marchó á Nicaragua á la cabeza de un gran ejército, ordenando su decapitación en la ciudad de León el año de 1526. En la misma ciudad murió también, el año de 1530, el gobernador Pedro Arias de Avila, cuyo nombre, no sólo á causa de la mala administración de los países que le habían sido encomendados, sino sobre todo por la cruel opresión que ejercía sobre la población indígena, ha sido justamente infamado.



Costa del istmo de Darién, para ver la ruta seguida por Balboa en su viaje de descubrimiento

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Retrato de Juan Ponce de León

JUAN PONCE DE LEÓN
Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA FLORIDA

Como ya había demostrado Colón que tanto Cuba como las islas Lucayas ó Bahamas, situadas al Noroeste, ofrecían poco oro, habíanse ocupado, como es natural, los españoles solamente en la exploración de los ricos países situados en la costa Norte de la América del Sur. Lasaguas al Norte de Cuba y la Española fueron despreciadas, y Colón mismo no volvió á visitar jamás las islas Lucayas, descubiertas primeramente por él,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

siendo tan sólo visitado este archipiélago por algunos aventureros que se dedicaban á la caza de hombres y arrastraban á centenares á los pacíficos é indefensos insulares para venderlos como esclavos en los mercados de España y la Española

Durante estas cazas de esclavos tuvieron noticia los españoles de un país ó isla muy grande, que estaba situada al Noroeste de las Lucayas y que llevaba el nombre de *Bimini.* Entre otras excelencias poseía este país una fuente que tenía el don de rejuvenecer á todo aquel que bebiese de sus aguas ó se bañase en ellas, al extremo de otorgarle una eterna juventud.

Aunque á causa de estos datos se consignó en las cartas geográficas este maravilloso país (1), está demostrado históricamente que el primer viaje á él no tuvo efecto hasta el año de 1512. Este fué emprendido por Juan Ponce de León, noble español oriundo de León, que había combatido valerosamente contra los moros, acompañando después á Colón en su segundo viaje y distinguiéndose más tarde como conquistador y gobernador de la isla de Puerto Rico. Cuando por deseo del rey de España tuvo que ceder este último puesto á Juan Cerón, aparejó el valiente anciano, que ya había sostenido más de un sangriento combate con los indígenas, tres carabelas por cuenta propia para buscar nuevo campo donde recoger laureles y riquezas.

Como las noticias de la fabulosa Bimini habían llegado también hasta él, decidió investigar la verdad de este rumor y zarpó con sus tres barcos el día 3 de marzo de 1512 del puerto de San Germán, situado en Puerto Rico. Siguió por algún tiempo la costa de la Española, volviendo después hacia el Norte y tocando en algunas de las islas Lucayas, entre ellas en Guanahani. Tomando luego rumbo Noroeste, vió el día 27 de marzo, domingo de Resurrección, una costa en lontananza, impidiéndole vientos contrarios desembarcar en ella. Hasta el día 2 de abril no consiguieron acercarse á la orilla y anclar. El país que hallaron presentaba todo el esplendor de la primavera: los bosques ostentaban el más hermoso verdor, y las matizadas flores atraían por todas partes la mirada y embalsamaban el ambiente, en unión de las magnolias, con su perfume embriagador.

Como el día del descubrimiento de la isla había sido el domingo de Resurrección, que lleva en España el nombre de Pascua Florida, Ponce de León denominó al país La Florida, nombre muy adecuado por ser en realidad aquél una verdadera *Tierra Florida.*

---

(1) En una carta geográfica diseñada en Portugal, y titulada *Carta de Cantino,* está consignado al Norte de Cuba un continente. También se halla en otra publicada por Pedro Mártir en el año de 1511 en unión de sus *Décadas.* En ésta, un gran país situado al Noroeste de Cuba lleva la siguiente inscripción: *Illa de Beimeni parte.*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Mas si Ponce de León había soñado hallar allí riquezas y nueva juventud, debió de sufrir una decepción amarga, pues aquel país, llamado *Cancio* por los indígenas, no poseía oro alguno, y por más que se bañaba en



Guerreros de La Florida, del siglo XVI, en orden de batalla
(De un grabado de la misma época)

las aguas de sus numerosos ríos, y por más agua que bebía, el milagro de recobrar la perdida juventud no se realizaba.

A estas decepciones agregáronse algunos combates que tuvieron que sostener con los guerreros y heroicos indígenas. Estos, que eran de la familia de aquellos valientes *Semínolas* que con su temeridad y arrojo opusieron hasta el presente siglo tan enormes dificultades á las tropas de la Unión, eran hombres fuertes, bien formados, y muy diestros en todos los ardides de la guerra. Acostumbraban á tatuar sus cuerpos con toda clase de dibujos; alrededor de la boca pintábanse con color azul, y dejaban crecer

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

desmesuradamente las uñas de los pies y de las manos, raspándoselas á ambos lados con conchas, de tal modo que sobresalían en forma de garras mucho más allá de las falanges de los dedos.

En estos salvajes observaron por primera vez el procedimiento de desollar á los enemigos, y un observador de época posterior, el francés Renato de Laudonniere, que visitó aquellas regiones por el año de 1564, da la siguiente descripción, que reproducimos de un escrito del siglo XVII:

«Estos salvajes tienen diferentes modos de hacer la guerra. Cuando el rey Saturiova va al combate, no guardan orden alguno sus gentes, sino que andan diseminadas por todas partes. Su enemigo, el rey Holata Qutina, que significa *rey de muchos reyes*, lleva, por el contrario, á sus guerreros en buen orden de batalla, y delante de él van tres valientes heraldos. El rey se coloca en medio, y está pintado de color rojo. Las alas del ejército las forman jóvenes, entre los cuales los más ágiles están pintados también de rojo y están destinados á espiar las huellas de los pies del enemigo. En vez de tambores llevan heraldos que dan á grandes gritos la señal de hacer alto ó avanzar, de atacar al enemigo, ó de hacer algún otro movimiento belicoso.

»Estos salvajes no suelen empeñar ninguna verdadera batalla, sino tan sólo escaramuzas, pues caen por divisiones sobre el enemigo. En estas escaramuzas son arrastrados los vencidos por unos hombres que con unos pedazos de caña que cortan más que el mejor afilado cuchillo les desprenden la piel todo alrededor de la cabeza, tirando después hasta arrancársela del todo; así es que el cabello, de una vara de largo y recogido en un nudo, queda pendiente de ella. (El pelo de sobre la frente y parte posterior de la cabeza lo recortan alrededor á dos dedos de altura, de modo que parece el borde de un sombrero.) Después, si tienen tiempo para ello, hacen un hoyo en tierra, encienden una hoguera con musgo y la rodean con una piel que llevan siempre consigo, secando por este procedimiento el cuero cabelludo hasta que queda como un pergamino. También cortan con los citados pedazos de caña los brazos y piernas de sus enemigos, abren las piernas con un palo y las chamuscan y secan al fuego, clavan luego la piel del cráneo, los muslos y brazos en sus picas, y vuelven triunfantes á sus pueblos.

»Allí se reunen en un sitio determinado llevando sus sangrientos trofeos, que colocan sobre una elevada estaca ó poste uno después de otro. Mientras que hombres y mujeres se sientan alrededor de estos despojos, se pone en medio de ellos un hechicero con una pequeña estampa en la mano, y empiezan á murmurar, según costumbre, algunos miles de malos deseos contra el enemigo, maldiciéndolo terriblemente.

»Enfrente de la plaza hay tres hombres sentados con las rodillas ar-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

queadas; uno de ellos da golpes con una maza sobre una piedra, contestando á cada palabra del hechicero. Los otros dos hacen ruido con unas sonajas, cantando en su lengua nativa para acompañar al brujo. Estas fiestas acostumbran á celebrarlas cada vez que matan á algunos enemigos.»

Sosteniendo diversos combates con los indígenas, navegó Ponce de León á lo largo de la costa de los nuevos países descubiertos en dirección Sur, y circundó el cabo Cañaveral, siguiendo después el extremo Sur de La Florida, que se resolvía cada vez más en un laberinto de impenetrables pantanos, Los Everglades, así como en una cadena de islas largas y llanas denominadas de «Cay». El grupo más occidental de éstas fué llamado, á causa de la gran cantidad de tortugas que hallaron en él, islas de Las Tortugas; pero como aquellos solitarios páramos no ofreciesen cosa alguna que llamase la atención de los españoles, siguieron algún tiempo la costa oriental de la península de La Florida, hasta que bajo los 27° 30′ de latitud Norte descubrieron una bahía conocida por espacio de algunos siglos con el nombre de bahía de Ponce de León. No se puede afirmar con seguridad que Ponce de León prosiguiese su travesía en dirección Norte; lo que sí sabemos es que el 24 de junio volvió la quilla de su barco para emprender el regreso, desistiendo de buscar por más tiempo á Bimini, el país de la eterna juventud.

A pesar de esto, fueron encargados el capitán Juan Pérez de Ortubia y el piloto Antonio de Alaminos, á su regreso por las Bahamas, de investigar más para ver si hallaban la citada isla de Bimini; pero tampoco los esfuerzos de estos navegantes lograron hallar aquel país maravilloso. Si bien es cierto que las islas descubiertas al Norte de las Lucayas ofrecían el aspecto de una eterna primavera, no había entre ellas ninguna que poseyese la fuente de la juventud.

Ponce de León volvióse á España, y una vez que hubo entregado al rey Fernando un extenso informe de sus descubrimientos, no solo fué agraciado con el título de Adelantado de Bimini y La Florida, sino que obtuvo también el permiso de conquistar y colonizar aquellos países.

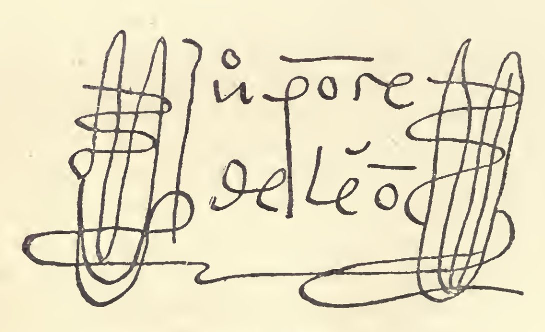
Mas antes de que pudiese realizar dicha conquista y colonización transcurrieron bastantes años, que pasó el anciano campeón, después de una fracasada tentativa de someter á los piratas caribes, desempeñando el cargo de gobernador de Puerto Rico. Difícilmente hubiera vuelto á pensar en proseguir sus descubrimientos si no le hubiesen aguijoneado los grandiosos resultados obtenidos entre tanto por Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, y llegado á sus oídos la noticia de que La Florida por él descubierta no era una isla como había creído, sino un continente con grandes países más al interior, completamente desconocidos aún. Nuevamente volvieron á animarse en el pecho del incansable caudillo los deseos de gloria

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y riqueza, y reuniendo el resto de su capital, empleólo en aparejar una segunda expedición que tenía por objeto la exploración y colonización de La Florida. Los dos barcos con que abandonó á Puerto Rico conducían á bordo, además de doscientos hombres, gran número de caballos, vacas, ovejas y cerdos.

No es conocido dónde tuvo lugar el desembarque después de un viaje algo penoso; sólo sabemos que mientras estaban ocupados los colonizadores en la construcción de sus viviendas, cayeron sobre ellos los indígenas, teniendo lugar un sangriento combate en el que no sólo perdió Ponce de León muchos hombres, sino que fué también gravemente herido en un muslo por una flecha.

Reconociendo que no le era dado recoger el fruto de sus descubrimientos, desistió de todos sus planes y se volvió á Cuba con sus barcos, donde murió, á consecuencia de su herida, después de un prolongado período de penosa enfermedad. Extraño destino el suyo: allí donde creyó hallar Ponce de León el cuerno de la abundancia, gloria, oro y juventud eterna, sólo halló privaciones y heridas que precipitaron su muerte.



Facsímile de la firma de Juan Ponce de León

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Retrato de Juan de Grijalva
Según un grabado de la *Historia general de los hechos de los Castellanos*, de Herrera

DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN Y MÉXICO

Por más que Cristóbal Colón ya hubiese descubierto á Cuba en el año de 1492, quedó aún por bastante tiempo indeterminado el problema de si era isla ó continente. Ya se sabe que el gran genovés murió en la creencia de que Cuba pertenecía al continente asiático y que era idéntico al país de Mangi.

Mas ya en vida del Almirante había personas que opinaban de distinta manera: por ejemplo, en la carta más antigua que existe de América, hecha el año de 1500 por el piloto Juan de la Cosa (1), vemos representada á Cuba como una isla y el cabo occidental de la misma termina en un

(1) Esta carta se halla en el Museo de Marina, de Madrid.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

promontorio en forma de tornillo, cuya característica forma casi hace suponer que Cosa había tenido noticias más precisas de la forma de Cuba por algún aventurero que la había circundado, y cuyo viaje no es conocido. Este problema no fué resuelto hasta el año de 1508, cuando Ovando, que era entonces gobernador de la Española, envió al navegante Sebastián de Ocampo con el encargo de averiguar la verdadera estructura de dicha isla. Ocampo resolvió las dudas que existían acerca del particular, navegando primero á lo largo de la costa Norte de Cuba, rodeando después el extremo occidental, ó sea el cabo de San Antonio, y pasando por la costa meridional para volver á la Española. Como por este viaje se comprobó al fin que Cuba era una isla, no tardaron en proceder á su colonización. Esta comenzóla el año de 1511 Diego Velázquez. Los indígenas indios no pudieron oponer gran resistencia contra los inflexibles conquistadores, siendo en poco tiempo sometidos y repartidos como esclavos entre los españoles. Aquellos que se opusieron á ser dominados, fueron expulsados ó exterminados de la manera más cruel. No influyeron poco los sucesos de Cuba para decidir al P. Las Casas, magnánimo defensor de los indígenas de América, á publicar su obra acerca de la *Tiranía de los Españoles*, la cual obra fué traducida á varias lenguas europeas y produjo la impresión más penosa en su tiempo.

Las Casas relata la historia del cacique Hathucci, fugado de la Española, y que cuando supo que los españoles habían llegado también á Cuba reunió á sus partidarios y salió valerosamente al encuentro de aquéllos, que sólo pudieron rendirle después de algún tiempo. Los vencedores le condenaron á ser quemado vivo.

Ya estaba Hathucci amarrado al palo, cuando un fraile franciscano que se hallaba presente quiso intentar su conversión é inclinarle á recibir el bautismo, diciéndole que si lo hacía iría al cielo, donde reinaba eterna paz y alegría; pero que, si no quería convertirse, su alma iría al infierno y allí sufriría eternos tormentos.

El indio reflexionó un momento, é hizo después al fraile la pregunta de si los españoles iban también al cielo. «Sí, dijo el fraile, y sobre todo los piadosos» Entonces, sin vacilar un momento, dijo el cacique que no quería ir al cielo, sino que prefería ir al infierno para no encontrarse de nuevo con los crueles y tiranos españoles.

Sometida la población indígena, afluían á Cuba de día en día los aventureros sedientos de gloria, siendo pronto la *Perla de las Antillas* el punto de partida de numerosas expediciones para el descubrimiento y conquista de otros países.

Que existieran al Sudoeste de Cuba dilatados territorios, no tan sólo había que deducirlo de los informes dados por Colón sobre su cuarto via-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

je, sino también de las afirmaciones del navegante Juan Díaz de Solís, el cual había visitado en el año de 1506, en compañía de Vicente Yáñez Pinzón, la isla de Guanaja descubierta por Colón, y que, prosiguiendo después su derrota con rumbo á Occidente, llegaron á un gran país. A alguna dis-



Martirio y muerte del cacique Hathucci en Cuba

Copia de un grabado inserto en la obra *Verdaderas descripciones de los países indios tomados y destruidos por los españoles*, de Bartolomé de las Casas

tancia de éste navegaron á lo largo de la costa, pero sin proseguir su descubrimiento.

Más detallados informes acerca de estas regiones desconocidas había de traer andando el tiempo la expedición de Hernández de Córdoba (1), rico hidalgo que el día 8 de febrero de 1517, con sólo tres barcos y ciento

(1) Era primo del Fernández de Córdoba decapitado en Nicaragua.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

diez soldados, salió de Santiago de Cuba y llegó á una costa desconocida después de veintiún días de navegación. A punto de desembarcar vieron cinco grandes canoas aparejadas con velas y remos que avanzaban hacia los barcos. Los botes estaban llenos de indios, que invitaron á los españoles á visitar su ciudad, situada dos leguas al interior. Las palabras que emplearon para la invitación fueron las de *conéx catoch* (venid á nuestra ciudad), y los españoles, creyendo que era el nombre del país, llamaron á la llanura extrema donde habían desembarcado Punta del *Catoche*, cuyo nombre lleva aún en la actualidad la punta Norte de Yucatán.

Los españoles aceptaron la invitación, pero en el camino fueron objeto de una emboscada y sorprendidos, y sólo á la superioridad de sus armas debieron el poder regresar á sus barcos. Sin perder por un momento de vista la costa, que era sumamente llana, navegaron en dirección Oeste, y al cabo de quince días de viaje llegaron á un puerto en cuyas inmediaciones vieron una gran ciudad con casas de piedra, templos y torres. De nuevo fueron invitados por los habitantes, que vestían magníficos mantos de algodón de vivos colores, á visitar su ciudad, y después de alguna vacilación aceptaron. Allí vieron muchos templos construídos de piedra y estuco, cuyas paredes estaban grotescamente adornadas con ídolos, figuras raras, grupos de indios, culebras y cosas por el estilo. En el interior de un templo había grandes aposentos que contenían arcas de madera llenas de ídolos, platos con toda clase de dibujos, coronas de oro, y adornos en forma de peces, reptiles y patos. Al rededor de uno de los altares veíanse charcos de sangre fresca, resto de los sacrificios humanos ofrecidos á los dioses hacía poco tiempo. Los sacrificadores eran unos sacerdotes que, envueltos en largas y blancas vestiduras, y con el cabello enmarañado y revuelto, producían un efecto repugnante en alto grado. Los mechones de pelo estaban pegados unos á otros por la sangre coagulada, de tal modo que no hubiera habido peine capaz de desenredarlos. Dichos sacerdotes llevaron unos barreños llenos de carbones encendidos, sobre los que echaron copal, incensando con este humo á los españoles y ordenándoles, valiéndose de toda clase de gestos, que abandonasen en seguida el país.

Preparativos guerreros de todo género hicieron conocer á los españoles que allí les amenazaba un fin desastroso, en vista de lo cual abandonaron precipitadamente aquel lugar siniestro, llamado Kimpech, situado en el mismo sitio que ocupa el actual Campeche. Siguiendo la costa que volvía al Sudoeste, llegaron á poco á una ciudad llamada Potonchón, el actual Champotón, á una legua de distancia hacia el interior. La escasez de agua obligó á los españoles á ir á tierra para llenar los toneles, y mientras se ocupaban en esta operación fueron sorprendidos por multitud de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

indios que vestían cotas de armas hechas de algodón, acolchadas y con pespuntes muy juntos; iban armados de arcos y flechas, lanzas, hondas y grandes espadones y rodelas. En la cabeza llevaban adornos de pluma en



Ornamentación de un antiguo templo indio de Yucatán
(Según Stephens)

forma de plumeros, y los rostros pintados de blanco, negro, castaño y rojo. Los españoles tuvieron que soportar un verdadero sitio, y hasta el día siguiente no lograron verse libres, y eso á cambio de grandes esfuerzos.

«Entonces, dice Díaz de Castillo, que tomó parte en la batalla, debió de haberse visto cómo corrían los indios detrás de nosotros gritando desaforadamente y arrojándonos flechas que silbaban en el aire, y cómo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nos acosaban y dispersaban con sus lanzas. A lo anteriormente dicho hay que agregar otra desgracia: nuestros botes empezaron á sumergirse por habernos precipitado todos sobre ellos y ser el peso demasiado grande, viéndonos obligados á lanzarnos al agua y, agarrados á las lanchas, salvarnos nadando. A todo esto los indios nos perseguían en sus canoas hiriendo á muchos de nosotros, y sólo con ayuda de Dios pudimos salvar trabajosamente nuestras vidas. Llegados á bordo vimos que faltaban cincuenta y siete de nuestros compañeros, además de veintidós que habían sido hechos prisioneros y cinco que fallecieron á consecuencia de sus heridas. El combate había durado poco más de media hora, y los heridos sufrían dolores terribles, pues sus heridas se hinchaban atrozmente á causa de tenérselas que lavar con agua salada. Cada uno de nosotros había recibido tres ó cuatro heridas; solamente uno salió por completo ileso.»

Hernández de Córdoba recibió doce flechazos. El teatro de este reñido combate fué consignado por espacio de mucho tiempo en las antiguas cartas españolas con el nombre de Bahía de la Mala Pelea.

Las grandes pérdidas sufridas determinaron á los españoles á volverse á Cuba, y sólo después de una larga y penosa travesía, llena de todo género de privaciones, llegaron á Puerto Carenas, la actual Habana. El director de la expedición, Hernández de Córdoba, murió allí, á consecuencia de sus heridas, á los diez días de su llegada. Tal fué el desgraciado fin de la primera expedición á Yucatán.

Las noticias de este nuevo país, y más aún la cantidad de objetos y adornos de oro traídos de allí, dieron á conocer y demostraron la importancia del descubrimiento; así es que Velázquez, el gobernador de Cuba, á pesar del mal éxito de la primera expedición, organizó una segunda, nombrando á su sobrino Juan de Grijalva, joven apto y emprendedor, jefe de ella. A principios de mayo del año de 1518 abandonó la escuadrilla, compuesta de cuatro barcos y doscientos cuarenta hombres, el puerto de Matanzas, en Cuba; pero la corriente impelió las embarcaciones en dirección más meridional que la seguida por los barcos de Córdoba, y arrastró á los navegantes hasta la isla de Cozumel, situada delante de la costa de Yucatán. Desde allí rodeó Grijalva toda la península, tocando en los mismos puntos visitados por su desgraciado antecesor. Por todas partes las grandes ciudades con sus blancas casas que brillaban á lo lejos, sus curiosos templos y santuarios, despertaban la admiración de los exploradores; el cuidadoso cultivo del suelo, los bien trabajados adornos de oro y los finos tejidos de algodón de vivos colores que vestían los indígenas les demostraban que habían llegado á un país cuyos habitantes poseían un alto grado de cultura, mucho más elevado que el de todos los pueblos del Nuevo Mundo conocidos hasta entonces. Mas también por todas par-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tes salíales al encuentro aquel salvaje espíritu guerrero, cuya violencia habían experimentado harto dolorosamente Córdoba y sus compañeros.

Más de una vez viéronse precisados á sostener combates, de los cuales fué el más sangriento el de la Bahía de la Mala Pelea. En cuanto desembarcaron en ella los expedicionarios, afluyeron los indígenas en gran número, demostrando con sus fieros ademanes que no habían olvidado la victoria alcanzada sobre los españoles. Con sus fantásticos trajes



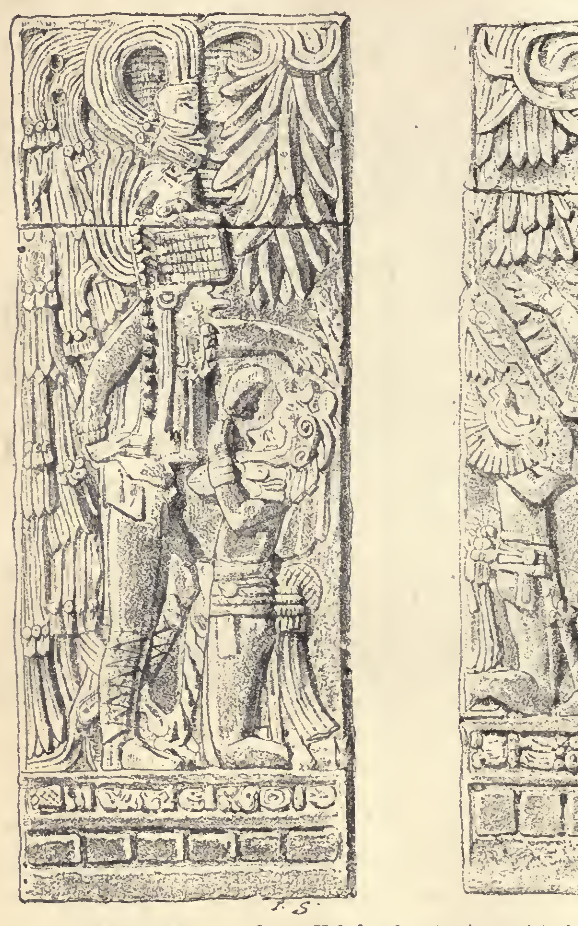
Guerreros de Yucatán
Bajo relieve de un templo derruído en Yucatán (según Charnay)

de batalla, sus gruesas cotas de armas, y las cabezas y rostros adornados y pintados como ya hemos descrito anteriormente, hallábanse apiñados en la orilla los habitantes de Potonchón en actitud amenazadora, lanzando sobre los extranjeros tal número de flechas que muchos de ellos fueron gravemente heridos. Después de un rudo combate lograron al fin desembarcar los españoles, obligando á los enemigos á huir. Luego de haber permanecido bastantes días en el abandonado Patonchón, embarcáronse de nuevo, no tardando en hallarse frente á una ancha bahía á la que llamaron Boca de Término, creyendo al principio, equivocadamente, que el Yucatán era una isla. Tres días después llegaron, más hacia Occidente, á la embocadura de un gran río. Este era llamado Tabasco por los

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

indígenas, del nombre de un cacique que habitaba en un pueblo cercano; los españoles le denominaron Río de Grijalva en honor de su jefe.

Allí lograron tener una entrevista amistosa con los habitantes del país, así como con el cacique de la comarca vecina, que ya tenía noticias por





Bajos relieves encontrados en Kabah referentes á una victoria de los yucatecas sobre los mexicanos

sus espías de la llegada de los extranjeros. Aunque la conversación tuvo que sostenerse por medio de signos y ademanes, pronto conocieron los españoles que los indígenas les preguntaban por el país de que procedían y acerca de las causas y móviles que les habían impulsado á visitar aquellas costas. Obtuvieron diversos objetos de oro, al propio tiempo que la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

agradable noticia de que en un país situado más á Poniente hallarían este metal en gran cantidad. Los indígenas emplearon, al hablar de este país, diferentes veces las palabras *Culba* y *México*.

A orillas de un río situado más al Noroeste hallaron reunidos gran número de indios que habían adornado sus lanzas con banderitas de trapos



Vasijas de Yucatán y de Teotihuacán

blancos, por lo que los españoles bautizaron á este río con el nombre de Río de las Banderas. Aquellos indígenas eran enviados de un poderoso jefe que vivía en el interior, y que, según versiones, era rey de muchas provincias y países. Había recibido noticia detallada de los combates sostenidos por Hernández de Córdoba y Grijalva en Yucatán, y sobre un pedazo de paño burdo le habían dibujado el aspecto que presentaban los forasteros para darle mejor idea de ellos. Entonces ordenó que le tuviesen al corriente de todos los movimientos de los españoles y que indagasen cuáles eran sus intenciones. Lo que más le preocupaba era una antigua tradición del país que anunciaba la venida de un pueblo de Oriente que sometería á su yugo todo el país. El jefe de la embajada india era uno de los gobernadores de aquel soberano llamado Motezuma que vivía en una gran ciudad construída en el centro de un lago.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Los españoles permanecieron bastantes días en aquella comarca cambiando cuentas de vidrio verde y otras cosas sin valor alguno por ricos objetos de oro artísticamente trabajados. Navegando más hacia Noroeste hallaron una islita en la que vieron un templo edificado de piedra. Anchas escaleras conducían á un altar, detrás del cual se elevaban diversas extrañas figuras de ídolos, á los cuales habían sido sacrificados hacía poco tiempo cierto número de personas. Aún yacían los mutilados cadáveres esparcidos alrededor; los cuerpos habían sido abiertos para arrancarles el corazón, y los miembros cortados á hachazos. Los altares chorreaban aún sangre.

Otro espectáculo del mismo género aterrador y repugnante ofrecióse á la vista de los españoles en otra islita, donde cuatro sacerdotes envueltos en amplios mantos negros, y cuyos cabellos flotantes caían en el más asqueroso desorden, acababan de degollar á dos muchachas arrancándoles el corazón para ofrecérselo á un horroroso ídolo. En recuerdo de lo que habían visto dieron á la primera de estas islas el nombre de Isla de los Sacrificios y á la segunda el de Isla de San Juan de Ulúa.

Después de haber enviado desde este punto á Pedro de Alvarado á Cuba con las riquezas recogidas hasta entonces, siguieron aún la costa un buen trecho hacia el Norte hasta que llegaron al actual río de Panuco. Varias veces vieron á lo lejos, tierra adentro, populosas ciudades y pueblos, divisando también á larga distancia grandes montañas de atrevidos y altos picos cubiertos de nieve. Al llegar al río de Panuco viraron los barcos, que estaban bastante averiados, para emprender el regreso. A orillas del rio Guacascualco, el actual río Coatzacoalco, entraron otra vez en tratos con los indígenas, cambiando cuentas de vidrio verde, no sólo por gran número de objetos de oro, sino también por hachas de metal de extraña forma y perfectamente pulimentadas, que á la vez que servían como adorno podían utilizarse como armas de combate. Equivocadamente tomaron los españoles el metal pulimentado por una pequeña cantidad de oro, adquiriendo más de 600 de estas hachas; pero sufrieron una amarga decepción cuando al examinarlas después en Cuba vieron que las supuestas hachas de oro eran de una mezcla de cobre fino y bronce, por lo cual se habían cubierto de cardenillo durante la travesía. En cambio, las riquezas que habían conseguido reunir eran bastante considerables para hacer comprender la importancia de la expedición y echar más combustible al fuego que animaba á muchos españoles de emprender nuevas aventuras y descubrimientos.

Si bien corresponde á Juan de Grijalva la gloria de haber sido el primero que pisó el suelo mexicano y estableció relaciones con los aztecas, no había de ser él, sino otro, el que recogiese el fruto de su descubrimiento.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Dintel esculpido perteneciente á la puerta central de un templo, en Lorillard (Yucatán)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En vez de merecidas alabanzas sólo obtuvo reproches de parte de su tío Velázquez por no haber fundado en aquellas comarcas una colonia, contraviniendo las órdenes recibidas; y por más que Grijalva fuese muy apreciado para jefe por las gentes de una segunda expedición organizada en gran escala, y en la que tomaban parte todos sus compañeros de la anterior, no quiso Velázquez decidirse á concederle el mando, confiriéndoselo después de algunas consideraciones á Hernán Cortés. El desairado Grijalva hizo, por el contrario, en el año de 1523 un viaje á La Florida acompañado de Garay, unióse más tarde á Pedro Arias, y halló con Hurtado su fin en Nicaragua.



Efigie del ídolo Quetzalcoatl

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Retrato de Hernán Cortés

HERNÁN CORTÉS Y SU DESEMBARQUE EN MÉXICO

Entre la serie de héroes que dieron á la historia de la Edad media de España mayor brillo y esplendor, es Fernando, ó Hernando ó Hernán Cortés, con cuyo último nombre es más conocido, la figura principal y sobresaliente. Hombre de férrea voluntad y constancia á toda-prueba, de intre-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pidez nunca vista é indomable fuerza y energía, trae á la memoria involuntariamente á aquellos héroes de la antigüedad que servían de ejemplo á Alejandro de Macedonia, que recorrió como él el mundo con fogoso ímpetu, trastornando reinos poderosos para erigir uno más potente y grandioso.

Nacido el año de 1485 en Medellín, ciudad situada al Sudeste de Extremadura, era Hernán Cortés verdadero hijo de su época. En su niñez resonaba á su alrededor el mundo con bélicos rumores, y millares de valientes corazones competían unos con otros para alcanzar honor y gloria por medio de hazañas temerarias. Jamás habían alcanzado precio tan alto el valor y la fuerza.

Por todas partes piafaban los caballos y salían á relucir las espadas y las lanzas, poniendo á prueba la seguridad de la mano y el ojo certero de los combatientes; empero al lado de estos caballerescos ejercicios aún tenían tiempo los caballeros para dedicarse al servicio de las damas, aspirando rendidos al dulce premio de sus afanes.

De repente, á causa de la intrépida travesía Occidental de Colón, agrándanse los dominios de España con vastos territorios; un nuevo mundo aparece ante los ojos asombrados de los hijos de Occidente, y este nuevo mundo allende los mares derrama sobre España raudales de riqueza.

¡Qué ancho campo para fecundas empresas y hazañas gloriosas habíase abierto al propio tiempo! Y este campo, envuelto en el encanto de lo desconocido y maravilloso, no sólo ofrecía románticas aventuras, sino también promesas de ricas y abundantes cosechas de oro, perlas y piedras preciosas.

¿Quién se hubiera satisfecho con ser simple espectador de tan encantadora perspectiva? Cortés, por lo tanto, agregóse á aquellas huestes que se afanaban por convertir á los países del Nuevo Mundo en teatro de sus hazañas. Por más que de niño no hubiera disfrutado gran robustez, había sabido más tarde acerar sus músculos por medio de ejercicios corporales, obteniendo al mismo tiempo, en su permanencia de dos años en la Universidad de Salamanca, un alto grado de cultura que le distinguía notablemente entre casi todos los conquistadores de su época. Destinado en un principio á la carrera de leyes, desarrollóse de tal modo su inclinación á la de las armas que sus padres, el capitán Martín Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, otorgáronle al fin su consentimiento para ir al Nuevo Mundo, cuyas maravillas y peligros de tal modo habían exaltado su imaginación. En el año de 1504 llegó Hernán Cortés á Santo Domingo, y allí vivió algunos años empleado en la Secretaría del distrito de Azua, hasta que don Diego Velázquez, el conquistador de Cuba, señaló

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

otro derrotero á su suerte, tomándole á su servicio como secretario particular. Velázquez, hombre ambicioso, ocupado siempre en proyectos de alto vuelo, hizo en breve de Cortés su favorito al conocer que éste, con su juicio reflexivo y pronta comprensión y facilidad de palabra y decisión, podía ser un instrumento muy útil y á propósito para la realización



Estatua del dios Tlaloc encontrada en Chichen-Itza (Yucatán)

de sus planes. Si bien es verdad que por algún tiempo perdió Cortés la protección del gobernador á causa de su inclinación á las aventuras amorosas, supo reconquistar más tarde el favor perdido declarándose dispuesto á tomar por compañera á la hermosa Catalina Juárez, causa de la discordia.

Cortés en su entusiasmo juvenil había dado á esta joven palabra de matrimonio; pero amortiguada la llama de la pasión, y á pesar de las instancias de los parientes de la dama y de los consejos del gobernador, mostróse reacio á aceptar las cadenas matrimoniales.

Por espacio de algunos años vivió Cortés feliz y tranquilo al lado de su bella consorte, dedicándose á la administración de sus fincas y desempeñando al propio tiempo las funciones de alcalde en la ciudad de San

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Yago ó Santiago de Cuba, recientemente fundada, con lo que logró reunir una fortuna bastante considerable.

En esto, á causa de los descubrimientos de Grijalva, púsose en conmoción toda la isla en los años de 1517 y 1518. Velázquez, decidido á sacar el mayor partido posible de estos descubrimientos, había logrado alcanzar el permiso del Consejo de Indias para nuevas investigaciones, acelerando por lo tanto cuanto podía los preparativos de una nueva expedición mayor que la primera, y en noviembre del año de 1518 ya estaba la escuadra en el puerto de Santiago de Cuba dispuesta á zarpar, en espera tan sólo de un jefe que la dirigiese.

No se sabe qué motivos tuvo Velázquez para no dar á su sobrino Grijalva, tan querido de sus gentes, el mando de la expedición; lo cierto es que Hernán Cortés fué el designado para proseguir la empresa comenzada por éste y establecerse, si le era posible, en los nuevos países.

Cortés tenía entonces treinta y tres años de edad. De estatura más que regular, era esbelto, de ancho pecho, y miembros musculosos y bien proporcionados; sus obscuros ojos y la palidez de su semblante daban cierta gravedad á su rostro (1). Su carácter, por el contrario, era abierto y jovial, y esta circunstancia, unida á su firme voluntad, le proporcionaba muchos partidarios. Al propio tiempo sabía hacerse obedecer incondicionalmente, y hasta sus mejores amigos no podían desprenderse de cierto respeto que les inspiraba su espíritu reflexivo. Era sumamente ágil en toda clase de ejercicios corporales y caballerescos, y además verdadero soldado, de aspiraciones sencillas, de moderadas costumbres, y muy sufrido para soportar toda clase de luchas y privaciones, sabiendo electrizar de tal modo con su ejemplo y brillante palabra á sus compañeros en la hora del peligro, que los aguijoneaba á realizar las más temerarias empresas. Tal era el hombre elegido por el destino para desempeñar uno de los más importantes papeles en la historia del Nuevo Mundo.

Cortés dedicóse con el más vivo interés á su nuevo empleo, invirtiendo la mayor parte de su fortuna, así como todo su crédito, á fin de dar mayor grandiosidad á la empresa. No sólo consiguió reunir multitud de valerosos guerreros, sino que indujo también á gran número de amigos y compañeros de armas á que se unieran á él. Pero antes de que hubiese Cortés terminado sus preparativos, sus enemigos, envidiosos, hicieron cuanto les fué posible para que fuera retirado su nombramiento, diciendo

(1) El retrato que damos de Hernán Cortés en la pág. 59 es copia de un original que se pintó antes de marchar á la conquista de México, y el de la página siguiente está copiado de una pintura española que se conserva en el Hospital de la Purísima Concepción de Jesús en México.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á Velázquez, que estaba sumamente celoso de su poder, que Cortés aprovecharía la primera ocasión para hacerse independiente, empleando los poderes que se le habían confiado en realizar sus propios fines. Consiguieron, en efecto, poner á Velázquez tan meditabundo que vacilaba en su decisión. Cortés, que observó esto, decidió adelantar el viaje, ordenando en la noche del 17 al 18 de noviembre de 1518 que estuvieran listos los barcos para emprender la travesía; y trasladándose luego á bordo, mandó levar anclas. Aún estaban ocupados en este trabajo cuando, avisado Velázquez de lo que pasaba, apareció en persona en la playa pidiendo conferenciar con Cortés.

Este, que no estaba en manera alguna dispuesto á dejar su empleo, embarcóse en un bote bien armado y se aproximó á la orilla, pero sin desembarcar.

—«¿Es esta, gritóle el gobernador, la manera de despedirse de mí y recibir las últimas instrucciones?»—«En circunstancias especiales el hecho debe de ser más rápido que el pensamiento, contestó Cortés. ¿Tenéis que ordenar algo más?» Al ver que Velázquez enmudecía de ira y furor ordenó Cortés que volviese el bote al buque almirante, desplegáronse las velas, é impulsada por viento favorable, desapareció la escuadra en el horizonte.

Cortés dirigióse primeramente al puerto de Trinidad, al cual envió Velázquez, tan pronto como supo la llegada de los barcos, mensajeros que destituyesen á Cortés del mando. Pero éste, que entretanto se había captado la simpatía de todos sus subordinados, consiguió del alcalde que traía la orden de Velázquez que la retuviese, y abandonó precipitadamente el puerto, dirigiéndose á la Habana. Allí pensaba completar el avituallamiento de la expedición, pues creía que faltaba á ésta todavía gran parte de la tripulación, armas y víveres indispensables á tamaña empresa. Cambiando á menudo de sitio de anclaje, estando continuamente apercibido contra toda clase de asechanzas, y adquiriendo tropas por todas partes, llegó Cortés á la Habana, y á pesar de que Velázquez, furioso por no haber sido obedecido en Trinidad, destituyó formalmente á Cortés de su empleo, dando orden de que le hicieran prisionero, era demasiado querido para poderle quitar el mando de la escuadra. Interesábase también por él el gobernador de la Habana, al cual había dirigido un escrito rogándole le otorgase la confianza que merecía, y añadiendo que al día siguiente se haría á la mar. Y, en efecto, á fin de evitar discusiones, al siguiente día, 10 de febrero de 1519, mandó levar anclas y emprendió su viaje con once barcos. A pesar del borrascoso temporal que reinaba llegaron felizmente á la isla de Cozumel, punto donde Cortés dió una prueba de su fuerza y valentía. Del recuento que hizo de su gente resultó que había 109 marineros para el servicio de los barcos, 550 soldados, entre ellos 32 balleste-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ros, 13 mosqueteros, 10 artilleros, 4 falconetes y 16 caballos. Como cargadores llevaban 200 indios, y, para el arreglo y orden de los vestidos, bastantes indias. Con estos escasos medios emprendió Cortés la empresa de conquistar un poderoso reino que contaba por millones sus habitantes. Verdaderamente que es difícil se haya intentado jamás tamaña empresa con tan pocas fuerzas, y muy problemático es si aún el mismo resuelto valor y entusiasmo de un Cortés no hubiera retrocedido temblando si hubiese tenido idea de los obstáculos y peligros que tenía que salvar antes de llevarla á efecto.

Tanto en Cozumel como en el cercano continente supo captarse Cortés, con su exquisito trato, la simpatía de los indígenas, que huían al principio ante los españoles, y que después de algún tiempo vieron con la mayor tranquilidad que éstos destrozaban unas figuras de ídolos que había en un templo, sustituyéndolas por un altar con un cuadro que representaba á la Madre de Dios.

Por estos indios supo Cortés que en el interior de Yucatán vivían dos españoles prisioneros, que habían naufragado con otros muchos ocho años antes en una travesía de Darién á la Española, siendo arrojados á aquellas costas. Cortés consiguió hacer llegar á ellos noticias suyas, ordenándoles que se presentasen á él. Mas sólo uno obedeció, agregándose desde entonces como intérprete á la expedición, á la que prestó importantes servicios. Durante su permanencia entre los habitantes de Yucatán había adoptado las costumbres y trajes del país, siendo su apariencia la de un indígena. Según decía, su compañero de trabajos habíase acostumbrado de tal modo á los usos de los yucatecas, que en vez de buscar á sus compatriotas prefería vivir entre ellos el resto de sus días. Desde Cozumel dirigióse la escuadra en dirección Norte, circundando la península después de corta permanencia en una lengua de tierra á la que dieron el nombre de Punta de las Mujeres, á causa de los muchos templos que había con pinturas representando á éstas.

Tuvieron que desistir de entrar en la bahía de Potonchón, como habían pensado primero, en la cual sufrieron tan sensibles pérdidas Hernández de Córdoba y Grijalva en el combate sostenido con los valientes yucatecas, por haberse mostrado favorable el viento para llegar al país de Tabasco, que era el verdadero objeto del viaje. El 12 de marzo llegaron al río del mismo nombre, llamado también río de Grijalva, anclando frente á su embocadura.

Con gran extrañeza de las gentes que habían acompañado á Grijalva y sido cordialmente acogidas por parte de los indígenas, vieron que toda la costa estaba ocupada por guerreros bien armados, y cuantas protestas hicieron de que venían en son de paz fueron rechazadas con violentas ame-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nazas. Tuvo lugar un reñido encuentro, que terminó saliendo victoriosos los españoles por la intervención de las tropas de caballería guiadas por Cortés. Los indios no habían visto jamás caballos, y creyendo que éstos y



Antiguas esculturas de piedra mexicanas

el jinete eran un mismo individuo, aterrorizáronse grandemente y huyeron con la mayor precipitación á las montañas. En el lugar del combate fué levantada más tarde una ciudad, á la cual, en conmemoración de la primera batalla sostenida en suelo mexicano, se dió el nombre de Santa María de la Victoria.

Los vencidos tabascanos aparecieron á la mañana siguiente llevando ricos presentes en señal de sumisión. Además de diversas joyas de oro, llevaban 20 mujeres y jóvenes, entre las que destacaba una de singular belleza y que, convertida más tarde al Cristianismo y bautizada con el nombre de Marina, había de prestar importantes servicios como intérprete. Era hija de un cacique, y había caído en poder del jefe de Tabasco, que á su vez se la regaló á los españoles.

Cortés, que quedó prendado no sólo de su singularísima hermosura, sino de su ingenio y dulce y apacible carácter, hizo de Marina su confidente, teniendo más tarde con ella un hijo al que dió el nombre de Martín

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Cortés. El influjo de doña Marina, como la llamaban los españoles, sobre los habitantes de México era muy grande. Sabía dirigirlos á su antojo, siendo, por lo tanto, de gran utilidad para las guerras de conquista de los españoles.

«Sin su ayuda, dice Díaz del Castillo, no hubiéramos podido alcanzar muchas cosas.»

Preguntándoles Cortés á los sometidos tabascanos dónde había oro, señalaron en dirección á Poniente, repitiendo de nuevo las palabras *Culhua* y *México.*

También le hablaron del poderoso *Motecusuma* (1) y de su gran ciudad, situada 70 leguas al interior del país. Llegar allí era lo que deseaba el conquistador, y después de corta permanencia en aquellos lugares, mandó levar anclas para dirigirse rápidamente á las pequeñas islas de San Juan de Ulúa y de los Sacrificios.

El Martes Santo llegaron al puerto de la primera, rodeado de peligrosos arrecifes de coral, y no bien habían anclado en un sitio resguardado de los fuertes vientos del Norte, cuando se acercaron dos canoas al barco almirante preguntando por el *Tlatoán,* ó sea el jefe. Doña Marina designóles á Cortés. Los indios demostráronle su respeto á usanza del país, diciendo después que su amo, que era un servidor del gran Motezuma, les enviaba para preguntar á los extranjeros el objeto de su viaje y enterarse de sus deseos.

Cortés contestó que deseaban conocerlos y entrar en relación con ellos, que á nadie se haría el menor daño, y que no tuviesen el menor cuidado por su llegada.

Satisfechos con tal respuesta vieron tranquilamente los indígenas al día siguiente el desembarque de los españoles y la construcción de un campamento en la llanura, cubierta de montecillos de arena. Es más: de todas partes iban á contemplar asombrados á los singulares extranjeros, llevándoles provisiones y pequeños objetos de oro.

El día de Pascua recibieron la anunciada visita de Teuhtlile, gobernador de Motezuma. Llevaba gran acompañamiento, y una vez hechas las cortesías ó cumplidos usuales, volvió á preguntar á los españoles el objeto de su viaje. Cortés hablóle del emperador Carlos, rey de España, que le había enviado á través de los mares con una embajada para Motezuma y el encargo de alcanzar su amistad.

(1) El nombre de este poderoso soberano azteca aparece escrito de diferentes modos, como, por ejemplo, *Motheuzuma*, *Moctezuma* y *Mothecuhzoma*, es decir, *el Poderoso*, *el Severo*, *el Eminente.* Los europeos usan generalmente la corrompida forma *Motezuma.*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

«Por lo tanto, terminó, guíame á mí y á mis gentes hasta la residencia de tu monarca para que pueda comunicarle el encargo del emperador.» Teuhtlile, por el contrario, contestó con altanería: «¿Apenas has llegado cuando ya pretendes ver á nuestro soberano? Por lo pronto, lo mejor que puedes hacer es aceptar los presentes que te envía mi señor, y decirme lo que necesitas antes de querer hablar con él. Yo enviaré mis correos á Motezuma á preguntarle cuál es su voluntad.» Y diciendo esto entregó á Cortés muchos adornos de oro artísticamente trabajados, magníficas vestiduras, mantos de algodón y plumas de brillantes colores, declarán-



Antiguas vasijas mexicanas encontradas en el cementerio de Nahualac

dose dispuesto á aceptar los contrapresentes del conquistador para Motezuma, que consistían en un sillón en cuyos brazos se veían hermosas pinturas y aplicaciones primorosas, una gorra encarnada adornada con una medalla de oro, y varios objetos de cristal.

Durante estas negociaciones ocupábase un artista indígena, que se hallaba entre el séquito del gobernador, en pintar en un pedazo de tela, hecho de fibras de plantas, los rasgos fisonómicos de Cortés, como también su figura y ropaje, y además algunos oficiales y soldados, á doña Marina, los barcos, caballos, perros, armas, balas, en una palabra, todo aquello que podía interesar á los indígenas, á fin de que Motezuma pudiera formarse idea exacta del aspecto de los forasteros. Cortés, sorprendido por este método de hacer más comprensibles los informes, no quiso desaprovechar la ocasión que se le ofrecía de impresionar lo más vivamente posible el ánimo del soberano indio, é hizo formar á los soldados en orden de batalla y ejecutar todas las maniobras propias de la guerra.

Vistosamente ataviados y puestas las brillantes corazas, empezaron á maniobrar los jinetes, cargáronse los cañones, y con atronador ruído volaron las pesadas balas de piedra por los aires, con gran terror de los indígenas, que trataban en vano de copiar la llamarada y el humo que arrojaban las bocas de las piezas.

Terminado el simulacro, apresuróse Teuhtlile á enviar á su señor las

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pinturas y un detallado informe acerca de los extranjeros. La noticia de la nueva aparición de los españoles en las costas de México propagóse rápidamente por todo el país, llenando de negros presentimientos el corazón del monarca. En el país existía, como ya hemos mencionado, la tradición de que irían de Oriente hombres extraños, de rostros blancos y barbudos, que echarían por tierra la soberanía de los aztecas. Para que la excitación general llegase á su colmo, dió la casualidad de que ocurrieran algunos fenómenos en la Naturaleza, que fueron considerados por los indígenas como mensajeros de la catástrofe.

Cometas de larga cola aparecieron en el cielo iluminando las noches con su fantástica claridad; el gran lago á cuyas orillas estaba la ciudad capital de Tenochtitlán desbordóse repentinamente inundando la ciudad; una torre del gran templo incendióse sin causa conocida; en el rojizo firmamento creían ver siniestros anuncios, tales como nubes que semejaban un ejército combatiendo, torrentes de sangre, y hacinados montones de cadáveres. Decíase además que á Motezuma se le había aparecido por la noche el espíritu de su hermana para notificarle el próximo derrumbamiento del reino.

El angustiado soberano consultó á sus astrólogos sobre el porvenir, pero éstos tampoco pudieron participarle nada consolador. Martirizado por sus presentimientos, y no sabiendo qué partido tomar, reunió Motezuma á sus consejeros más renombrados para acordar con ellos el mejor medio de atajar, si era posible, la catástrofe. Las opiniones de dichos consejeros eran sumamente opuestas: unos defendían que debía de impedirse la entrada de los españoles en el país, empleando para ello la fuerza; otros, por el contrario, creían más prudente recibirlos con toda clase de honores y respetos, pues aquellos hombres indudablemente debían de ser dioses, siendo así que disponían del rayo y del trueno, y tratar pacíficamente de hacerles abandonar el país.

Entre estas dos opiniones eligió Motezuma, para su perdición, un término medio, enviando á Cortés una embajada con el encargo no sólo de llevarle multitud de valiosos regalos, sino también de hacerle desistir de su idea de visitar la capital. Cien esclavos conducían los regalos, cuya riqueza hizo nacer repentinamente en los españoles la certeza de que habían llegado á un país que debía encerrar inacabables riquezas en su seno. Sobre finas esteras de paja muy bien trabajadas fueron colocados los regalos. Había en primer término un disco de oro finísimo, del tamaño de una rueda de coche. Veíase en él un sol circundado de rayos y extraños animales. Otro disco mayor, de plata purísima, ostentaba la figura de la luna. Ambos discos fueron tasados en 20,000 pesos de oro. El tercer regalo era un capacete, enviado por Cortés á Motezuma, lleno de pepitas de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

oro, y cuyo valor sería de 3,000 pesos. Había también 20 patos de oro primorosamente trabajados y copiados del natural, perros, panteras, pumas y monos; después 10 collares, entre ellos uno que tenía más de cien esmeraldas y rubíes, y además un arco de oro con 12 flechas y dos bastones de cinco palmos de largo cada uno, todo del mismo metal; escudos fabricados con unos brillantes palitos blancos adornados con plumas y planchitas de oro y plata; otros estaban bordados de perlas, y con tal pri-



Piedra tumular tolteca

mor que no se podía alabar bastante su finísimo y artístico bordado. Había además plumeros y mosqueros de plumas variadísimas engarzadas en oro y plata, y toda clase de valiosos adornos de armas del mismo metal exornados con plumas verdes y amarillas; algunos cueros bien curtidos y teñidos de colores variados; zapatos y sandalias cosidas con hilo de oro y con suelas de piedras finas azules y blancas; grandes espejos artísticamente tallados; joyas en forma de monedas, cuyo engarce era aún más valioso que el de las piedras preciosas; 30 cargas de telas de algodón entretejidas con plumas de vivos matices, y tapetes y cortinajes de cien colores, más finos y brillantes que la misma seda.

«Toma esto, dijéronle los embajadores á Cortés, con la amabilidad que te lo envía nuestro soberano. Motezuma se alegra de enviaros su saludo,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pues de vuestros hechos se deduce que sois hombres muy valientes. El entraría con gusto en tratos y amistad con vuestro emperador, del cual ya tiene noticia; pero siente no poderos recibir en su capital, pues son demasiado insuperables los obstáculos que se oponen á ello, y además la distancia es muy grande. Motezuma os ruega que os volváis á vuestra patria con estas muestras de su favor y benevolencia.»

Cortés admitió los regalos, dando las más cumplidas gracias, pero dijo que el emperador Carlos, su señor, se admiraría mucho si volviera sin haber visto al gran Motezuma y recibido sus órdenes, y que no podía presentarse ante los ojos de su rey sin haber conseguido el objeto de su viaje.

Los embajadores prometieron llevar á Motezuma la respuesta del conquistador, pero repitiendo nuevamente que la visita de Cortés era innecesaria.

Lo mismo sostuvieron, aún con más decisión, otros segundos mensajeros que le llevaban nuevos regalos de parte de su monarca; y el principal de ellos, tomando la palabra, notificóle lo siguiente: «Nuestro señor ha admitido benévolamente vuestros presentes y os ruega entreguéis á vuestro emperador estos cuatro *chalchichuis* (variedad de piedras preciosas de gran valor), cada uno de los cuales vale más que una carga de oro. No enviéis más mensajeros á México. Es completamente inútil, pues no puede tener lugar entrevista alguna entre nuestro monarca y vosotros.»

Que Motezuma trataba, por todos los medios posibles, de evitar todo contacto con los forasteros, lo demostró además la circunstancia de que los indios de los alrededores, que habían abastecido hasta entonces de provisiones á éstos, desaparecieron una mañana en compañía de sus caciques, por lo cual no tardaron en escasear sensiblemente los víveres.

Aunque desagradó bastante á Cortés que se hubiese rechazado tan fríamente su visita, no era hombre que desistiera fácilmente de sus propósitos, y por lo tanto ordenó que se tomasen disposiciones para establecerse en un lugar de la costa á propósito á este objeto, y que desde allí se emprendiese poco á poco la conquista del poderoso reino azteca.

Por más que estos planes fueron rechazados en un principio por algunos individuos que eran partidarios de Velázquez y deseaban volverse á Cuba, supo Cortés por un audaz golpe de mano someterlos y dejarlos indefensos en parte. Por medio de hábiles maquinaciones y de una comedia perfectamente representada, durante la cual hizo dimisión del empleo que le había conferido Velázquez, consiguió á un mismo tiempo que toda la armada y el consejo nombrado para organizar la nueva colonia le rogasen unánimes, en nombre de S. M. Catolicísima, que aceptase los puestos de autoridad suprema y de juez. Dando modestamente las gracias,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

declaró Cortés que estaba dispuesto á aceptar, prometiendo consagrarse por completo á los intereses del monarca y de la colonia, hasta tanto que determinase otra cosa la voluntad del emperador. Un escribano del gobierno que iba en la expedición levantó acta de estos acontecimientos y declaró que, para mejor servicio de Dios y del emperador, se habían visto obligados á tomar tales medidas.

Esta comedia influyó extraordinariamente sobre la personalidad y posición de Cortés, cambiando su estado de servidor rebelde del gobernador







Cabezas y máscaras de piedra encontradas en Teotihuacán

de Cuba por el de gobernador provisional, y por lo tanto empleado del gobierno, ajustándose en lo posible á las formalidades de la ley; no era ya por consiguiente un aventurero sin derecho alguno, sino que asentaba sus derechos sobre la sólida base de la ley. También estaba rota con tal acto toda dependencia respecto á Velázquez, y todas las empresas futuras que acometiese estarían sometidas exclusivamente á la corona de España.

Sólo faltaba, para asegurar por completo la nueva posición de Cortés, la aquiescencia y confirmación real, y para conseguirla decidieron tomar desde entonces todas las medidas necesarias á este objeto.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos llegaron un día cinco indios, que se diferenciaban por completo, tanto en el traje como en el idioma, de los súbditos de Motezuma. En sus taladrados labios inferiores y orejas llevaban atravesadas turquesas y unas delgadas planchitas de oro; el pelo peinado y atado en un nudo que adornaban con flores; llevaban también mantos y cinturones ricamente trabajados. Eran totonacos, pertenecientes á un poderoso pueblo que habitaba en las tierras situadas entre la costa y las montañas que se elevaban hacia el interior. Por ellos supo Cortés cosas que le fueron de suma importancia para sus futuras empresas. Ante todo le fué revelado que los habitantes de las tierras de México no formaban en modo alguno una nación unida, sino que se dividían en muchas tribus separadas con tan poca ó ninguna conexión entre sí, que á menudo combatían unas con otras. Entre estas tribus habían

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

destacado en el último siglo los aztecas, poco numerosos primeramente, á causa de su valor y habilidad guerrera, unidos á sus hercúleas y temidas fuerzas. Al principio habitaron en la orilla Nordeste de un gran lago situado en la alta planicie de Anahuac, erigiendo después en una isla de aquel lago su capital, Tenochtitlán (véase la pág. 108 del tomo primero), emprendiendo desde allí con gran éxito excursiones conquistadoras contra sus vecinos. Con el tiempo habían extendido su dominio sobre todo el país situado entre el gran Océano y el golfo de México, imponiendo en todas partes su pesadísimo yugo. Numerosos pueblos gemían bajo el azote de los opresores, y sólo á la fuerza pagaban el tributo que les imponían, consistente una parte no pequeña de él en seres humanos, que eran sacrificados en Tenochtitlán al temido dios nacional de los aztecas Huitzilopochtli. No habían conseguido fusionar en uno los diferentes pueblos sometidos; verdad es que tampoco habían trabajado mucho para lograrlo.

El conocimiento de que el poderoso reino azteca no era una nación unida, sino que entre sus diversos individuos no había más lazo que el terror que inspiraba el nombre de este pueblo, no podía pasar inadvertido al ojo perspicaz de un Cortés, que al momento se decidió á aprovechar esta circunstancia como la piqueta que había de demoler y derrumbar aquel poderoso reino.

Pero antes de que Cortés se atreviera á dar un paso, era necesario arreglar los asuntos en la costa y contar con un seguro punto de refugio para en caso necesario. Levantóse el campamento y decidieron trasladarlo á la bahía de Chiahuitzlán, á la cual se ordenó también que fuesen los barcos. El camino á ella era á través del territorio de los totonacos, bastante afectos á los españoles, y se llegaba primero á la ciudad de Cempoala. Una hora antes de llegar á esta última fueron recibidos los conquistadores por veinte indios principales que los guiaron á la ciudad, la cual contaba entonces 20.000 habitantes, quedando pasmados de la extensión y hermosura de aquélla. Algunos jinetes avanzados fueron portadores de la maravillosa noticia de que habían visto por entre las puertas que todas las casas estaban revestidas por dentro de plata bruñida, pero más adelante se vió que esta equivocación había sido motivada por la circunstancia de que hacía poco que habían recubierto los indios las paredes con gran habilidad con un yeso muy blanco y muy fino que relucía como plata á los rayos del sol.

El cacique de Cempoala, que recibió con cariñoso afecto á los españoles, prorrumpió en amargas quejas contra Motezuma y sus gobernadores, añadiendo que este poderoso soberano, al cual nadie se atrevía á resistir, hacía poco tiempo que había despojado á los totonacos de todo el oro y joyas que poseían. Las mismas ó parecidas quejas exhalaba el cacique de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Chiahuitzlán, y ambos fueron convencidos fácilmente por Cortés de que debían formar con él una alianza para librarse del dominio de los aztecas.

Cuán grande era el espanto que éstos inspiraban tuvo el conquistador ocasión de verlo muy pronto durante las negociaciones, que fueron in-



Aspecto de un templo mexicano (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

terrumpidas por la llegada repentina de cinco empleados de Motezuma, que iban á cobrar el tributo.

Pálidos de miedo salieron ambos caciques al encuentro de los recién llegados, que, cubiertos de ricas vestiduras y con gran séquito de servidores, avanzaban orgullosamente dirigiendo despreciativas miradas á los españoles. Apenas hubieron sido albergados y servidos estos huéspedes, cuando los caciques, consternados, participaron á Cortés que, irritados los aztecas al ver el buen recibimiento que habían hecho á los forasteros, exigían, además del tributo, veinte adolescentes y doncellas para sacrificarlos á sus dioses á fin de aplacar la cólera de éstos en vista de que los totonacos habían faltado á su deber agasajando á los españoles.

Los asustados jefes venían á pedir consejo á Cortés sobre lo que tenían que hacer en vista de esto. El conquistador ordenó á los totonacos que no sólo negasen el tributo, sino que prendiesen á los enviados de Motezuma. Al principio retrocedieron espantados los caciques al oir esto; mas luego

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

no sólo obedecieron, sino que hasta se disponían á sacrificarlos en honor de sus dioses: Cortés, muy lejos de consentir esto, proporcionóse en la obscuridad y silencio de la noche una entrevista con los prisioneros, hízose el desentendido sobre su prisión y ayudóles á fugarse, encargándoles saludasen en su nombre amistosamente á Motezuma.

Por medio de esta intriga no sólo consiguió reanudar las relaciones con el temido soberano, sino provocar para siempre la ruptura entre los aztecas y los totonacos. Estos últimos, impelidos á viva fuerza en el campamento de los españoles, no vacilaron en reconocer el dominio y autoridad suprema de éstos, mucho más al ver que no les exigían tributo alguno.

Con alegre afán apresuráronse á ayudarles en la construcción de la nueva ciudad, que fué edificada á media legua de distancia de Chiahuitzlán, sin sospechar que cada nueva fortaleza que se levantaba había de soldar más aquella cadena que, no sólo había de oprimir á todos los pueblos de México, sino á ellos mismos.

Dióse á la nueva ciudad el nombre de Villa Rica de la Vera Cruz (1), nombre que era muy significativo, porque á un mismo tiempo indicaba los intereses religiosos y los materiales por que exponían su vida los aventureros españoles.

Estaban aún ocupados en la fundación de la iglesia, de los almacenes, de la casa consistorial y de la ciudadela, esta última rodeada de fosos, cuando llegó una nueva embajada de Motezuma, portadora de ricos presentes para los españoles, dándoles al mismo tiempo las gracias en nombre de su monarca por haber libertado á los empleados aztecas. Esta vez no se dijo ni una palabra sobre la vuelta de Cortés y su gente á su patria.

Los totonacos, que temían constantemente que Motezuma enviase guerreros que los castigasen por haberse sometido al dominio de los españoles, al ver que en lugar de esto llegaban los embajadores cargados de presentes, apenas podían dar crédito á sus ojos y pensaban: «Verdaderamente estos extranjeros deben de ser *Teules* (dioses), pues hasta el gran Motezuma les teme.»

Para sellar la alianza hecha con los españoles trajéronles los caciques ocho doncellas indias de las más hermosas, hijas de las principales familias, todas ellas ricamente ataviadas con costosas telas, collares y broches

---

(1) Esta primera ciudad de Vera Cruz fué edificada cerca de una bahía llamada Chiahuitzla por los indígenas, pero tres años después fué trasladada, á causa de lo malsano que era aquel paraje, á la embocadura del río de la Antigua. El origen de la actual ciudad de Veracruz, situada frente á la isla de San Juan de Ulúa, data solamente del año de 1600

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de piedras preciosas, y rodeadas de numerosa servidumbre. «Toma á estas doncellas, dijo el cacique de Cempoala á Cortés, para que tú y los tuyos hagáis de ellas vuestras mujeres, y mira este regalo como una muestra de la fraternidad que ha de unirnos de aquí en adelante.»

Cortés aprovechó esta ocasión para dar un serio avance contra el culto á los ídolos reinante entre los indígenas, declarando que no podía aceptar á las jóvenes si no se convertían antes al Cristianismo y prometían los totonacos abstenerse de toda clase de sacrificios humanos, así como también de la antropofagía.

Por todas partes habían hallado muestras de que también en el reino de los totonacos estaban en boga estos sacrificios, que se realizaban en los numerosos *Teocallis* ó templos de piedra y tierra que se elevaban por regla general sobre una pirámide de 3 á 5 pisos de altura, subiéndose á ellos por escaleras. Algunas veces tenían éstas la forma de caracol, por lo cual había que rodear tres ó cuatro veces la pirámide antes de llegar á la plataforma superior. En esta solía elevarse una torre de 15 á 20 metros de altura, en cuyo interior no sólo se veían labrados ídolos de piedra ó madera, sino también aquellas terribles piedras de sacrificio sobre las que desgarraban á las víctimas destinadas al efecto.


Idolo mexicano. (Dibujado del natural por R. Cronau, del original que existe en el Museo de Instrucción pública de Leipzig.)

Por más que se resistiesen al principio los totonacos á renunciar á sus antiguos usos, consintieron al fin que los españoles quitasen del templo principal las contrahechas figuras de sus dioses, los rompiesen en pedazos y los arrojasen escaleras abajo.

En lugar de éstos, y después de haber limpiado cuidadosamente el templo, colocaron en él un cuadro de la Virgen María, rodeándolo de olorosas rosas. Los sacerdotes tuvieron que abandonar sus mantos negros salpicados de sangre humana, sustituyéndolos por largas vestiduras blancas, y cuidar de presentarse siempre muy limpios y aseados. Pronto se inauguró el templo con una solemne misa, á la que siguió el bautizo de las doncellas indias. Para continuar la obra de conversión comenzada bajo tan buenos auspicios, fué nombrado provisionalmente catequista un antiguo lancero.

Había llegado el mes de julio cuando apareció repentinamente un barco en el puerto de Veracruz, el cual barco llevaba la noticia de que Velázquez, el gobernador de Cuba, había recibido plenos poderes de la corte para establecer colonias en los nuevos países descubiertos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Esto alarmó algo á Cortés, que pensó que eran necesarias ante todo dos cosas: primera, continuar su expedición al interior del reino mexicano para tratar de obtener prontos y brillantes resultados que poder presentar á la corte; y segunda, enviar sin pérdida de tiempo algunos leales amigos á España para que informasen al emperador del estado de los asuntos y de los planes que tenía para el porvenir.

En este informe no ocultaba Cortés su situación respecto á Velázquez, pero supo hacer resaltar que éste sólo había perseguido mezquinos fines particulares en un asunto de tan grandiosa importancia, y que trabajando tan sólo en interés de la corona acrecentaría en gran modo el poder y riqueza de la misma.

Relatando pomposamente la brillante perspectiva que se ofrecía, como asimismo el valor, perseverancia y fidelidad de sus compañeros, participaba al propio tiempo que pensaba partir sin demora hacia el interior del país y someter el gran imperio azteca al dominio del cetro español. El consejo de administración de Veracruz agregó otro escrito, extendiendo principalmente su juicio sobre aquellos puntos en que podía aparecer imparcial. Hablaba muy mal de Velázquez y muy bien de Cortés y de su desinteresado sacrificio en pro de la expedición, de sus grandes cualidades, que eran segura garantía de éxito, etc. El informe terminaba pidiendo la confirmación real de todas las medidas y disposiciones tomadas provisionalmente. El mismo entusiasmo por Cortés y su empresa se veía en todas las cartas particulares de las personas principales de su acompañamiento, que conjuraban á sus amigos de la corte para que trabajasen en favor del mismo, interponiendo toda su influencia á fin de que el monarca confirmase todos los empleos y cargos honoríficos que se le habían otorgado, y él aceptado, provisionalmente.

A los embajadores dióles Cortés todas las joyas y curiosidades que había podido adquirir hasta entonces, persuadido de que la magnificencia del regalo favorecería poderosamente á la buena impresión del escrito.

Mas poco después de la partida de los enviados, verificada el 26 de julio de 1519, y á los cuales estaba prohibido todo desembarque en Cuba, debiendo dirigirse directamente á España, se vió que no todos los compañeros de Cortés tenían tan buen ánimo, pues algunos descontentos, secretos partidarios de Velázquez, formaron el proyecto de huir y volverse á Cuba. Ya habían provisto en el mayor secreto un barco con víveres y aparejádole para partir, cuando fué descubierta la conspiración. Cortés condenó á muerte á dos de los más culpables y concibió el atrevido proyecto, á fin de evitar otras tentativas semejantes que minarían su fuerza, de inutilizar todos sus barcos.

Aprovechando la circunstancia de haber dicho los marineros, induci-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dos por él, que los barcos estaban muy averiados, carcomidos é inservibles para el regreso, ordenó sacar todo el hierro que había en ellos, y después de quitarles los cables y las velas, ponerlos sobre la playa para que nadie pudiera pensar en volverse á Cuba.

Hecho de este modo imposible el regreso, Cortés supo con un brillante y entusiasta discurso enardecer de tal modo los ánimos de sus compañeros, que al momento salió de todos los labios el grito de: «¡Vamos á México!»

Facsímile de la firma de Hernán Cortés

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAMPAÑA CONTRA MÉXICO

El día 16 de agosto del año de 1519, Hernán Cortés, acompañado de una fuerza compuesta de 300 soldados de infantería y 15 de caballería, emprendió su memorable marcha hacia el interior. Dejando el resto de su gente, ó sean 154 hombres, entre ellos dos jinetes, para defensa de la colonia de Villa Rica, llevó además consigo 1,300 guerreros totonacos y 1,000 cargadores. Primero atravesaron las hermosas comarcas de Tierra Caliente, cuya encantadora hermosura formaba gran contraste con los áridos y arenosos territorios de la costa, y que causó profunda impresión en el ánimo de los españoles. Por todas partes dominaba una vegetación tropical verdaderamente majestuosa. En todos los colores y formas imaginables enlazábanse unos con otros los inmensos árboles primitivos, entretejidos de maravillosas flores, de plantas tropicales, de orquídeas, musgo y hierbas, extendiendo sus largas ramas y descubiertas raíces, que parecían brazos propicios á sujetar al que osase pisar aquel territorio. Altas cañas de bambú y helechos festoneaban las orillas de los arroyos y ríos; delicadas mimosas y esbeltas palmeras se cimbreaban al lado de grandes y tremendos árboles de bombax y sangre de drago. Y ¡cuán grande era la animación que reinaba en este gigantesco bosque virgen! Pájaros de todos tamaños y de magnífico plumaje saltaban de rama en rama, y como brillantes chispas revoloteaban los relucientes colibríes alrededor de las innumerables flores, de las cuales libaban también su néctar espesas nubes de pintadas mariposas.

Y este hermoso paisaje variaba constantemente. Tan pronto llegaban á dilatadas sabanas cubiertas de verde hierba como á pequeñas cordilleras revestidas de bosque, que cada vez se iban elevando más y más hasta terminar al fin en aquel poderoso cráter de nieve del Citlatepetl (1) que ya habían visto brillar desde el mar los españoles.

Recordando las bellas comarcas de Andalucía, parecidas á éstas del hermoso reino totonaco, convinieron unánimes los viajeros en dar á aquel paraje el nombre de Nueva España.

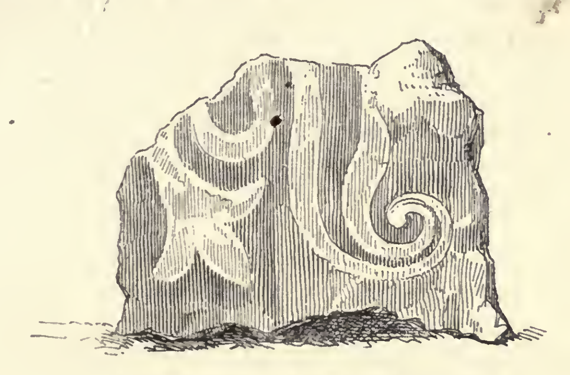
---

(1) Hoy lleva este pintoresco y nevado pico, que mide 5,384 metros de altura, el nombre de *Pico de Orizaba.*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Después de dos días de marcha y de haber pasado Xalapa, Socochina y Textula, llegaron á las altas regiones montañosas, donde les sorprendió desagradablemente un brusco cambio de temperatura. Por ninguna parte se distinguía vivienda humana; fuertes vientos silbadores se sentían más fríos á medida que avanzaban. Por las noches llovía y granizaba, siendo el frío tan intenso que algunos indios llevados de Cuba sucumbieron á la inclemencia de la temperatura.

Cada vez era más agreste y desolado el aspecto del país. Unas veces la senda que seguían les conducía al borde de vertiginosos precipicios, y



Pintura mural de una casa tolteca de Tula

otras al lado de gigantescos peñascos que elevaban al azul del cielo sus nevadas y puntiagudas cúspides. Tan pronto tenían que atravesar por imponentes y estrechos desfiladeros como por altas llanuras en las cuales dificultaban mucho el paso la dura lava de cortantes bordes y la ceniza. ¡Cuántas veces dirigieron afanosas miradas desde aquellas inhospitalarias alturas á las regiones de la llanura que hacía poco habían abandonado, y que veían á sus pies cruzadas de cristalinos arroyos y grandes bosques y sabanas, como un gigantesco mapa que sólo hallaba muy lejana frontera en el horizonte, donde las relucientes olas del Océano, del golfo de México, bañaban el continente!

Habían alcanzado ya una altura de 2,500 metros cuando los soldados, extenuados de hambre y muertos de frío, llegaron por fin, después de haber atravesado un estrecho paso de la montaña, á una ancha plataforma cuyo clima era parecido al del Mediodía de España. Por todas partes veíanse muestras de cuidadoso cultivo. A gran distancia alrededor se divisaban, diseminados entre los campos de maíz, blancos pueblos y ciudades con edificios construídos de piedra y cal, y rodeados de jardines que tenían una empalizada de extraños cactos simulando columnas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Aquí vieron por vez primera los españoles el maguey ó agave americano, con cuyo jugo preparaban una bebida alcohólica llamada *pulque*.

Al lado de estos apacibles panoramas veíanse también espantosas muestras del culto del pueblo mexicano á los sacrificios humanos.

En el pueblo de Yocotlán veíanse á los lados del templo de los sacrificios unos sitios en los que había hacinadas más de cien mil calaveras humanas en filas bien ordenadas. Tres horripilantes sacerdotes, envueltos en negras vestiduras manchadas de sangre, eran los guardianes de este espantoso calvario. Cuanto más se acercaban á Tenochtitlán, capital de los aztecas, más había que acostumbrar la vista á estas terribles escenas.

Los habitantes de los pueblos salían al encuentro de los extranjeros, recelosos y fríos, demostrando todos que no les era agradable su visita. Probablemente temían atraerse las iras de los aztecas si albergaban á los españoles y los proveían de víveres. Todo el país estaba sujeto á aquéllos, y cuando Cortés preguntó á un cacique si era vasallo de Motezuma contestó admirado: «¿Hay alguien que no esté sometido á él?» Habiéndole interrogado si poseía oro, contestó que sí, pero que no se lo podía dar porque provocaría el desagrado de su soberano; mas que, si éste se lo ordenaba, tanto su oro como su persona y todas sus haciendas estarían á disposición de Cortés.

Antes de proseguir su viaje preguntó el conquistador cuál sería el camino más seguro para llegar á Tenochtitlán. Los caciques de los alrededores les habían aconsejado que prosiguiesen la marcha pasando por la ciudad de Cholula, mas los totonacos que iban con Cortés dijeron que los habitantes de aquel gran lugar eran falsos y traidores, y propusieron pasar por el país de los tlascaltecas, que eran amigos suyos y desde hacía largo tiempo vivían en mortal enemistad con los aztecas. Cortés interrogóles más detalladamente sobre este pueblo y supo que habitaba un distrito de cerca de cincuenta leguas de circunferencia, situado en la alta planicie, lleno de escabrosas montañas, dedicándose á la agricultura y comercio en los fértiles valles.

Muy diestros en todas las artes de la guerra, endurecidos por el rudo trabajo, vida moderada é incesante ejercicio de las armas, y ayudados por un clima saludable, habían rechazado con éxito todas las tentativas de los aztecas encaminadas á someterlos, formando en medio del gran imperio azteca una república gobernada por cuatro superiores y por un consejo de nobles que se distinguían por su valor y sabiduría.

Ninguna noticia podía serle tan agradable á Cortés como esta, pues esperaba aprovecharse de la enemistad que reinaba entre ambos pueblos. Para calcular la actitud en que se colocarían los tlascaltecas envió algunos de los totonacos que le acompañaban, y que eran habitantes de Cem-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



MAPA
de la
CONQUISTA DE MÉJICO.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

poala, con regalos á la ciudad de Tlascala, rogando que le permitiesen paso libre por su territorio.

Pero ni los enviados ni la respuesta regresaban, y después de haber esperado algunos días supieron por unos indígenas que los habitantes de Tlascala se habían preparado al combate, dispuestos á impedir la entrada de los españoles en su país, pues temían que, al igual de los aztecas, se entregaran al robo y pillaje.

Con la esperanza de convencerlos de que no era este su intento, hizo Cortés que avanzase con la mayor precaución su pequeño ejército, que se encontró de repente ante una gruesa valla fabricada de cal y grandes bloques de piedra, la cual valla medía tres metros de altura por seis de espesor, é impedía por completo el paso al valle del río que conducía á la ciudad de Tlascala, pues encerraba de un lado al otro la montaña. Un fuerte parapeto extendíase á lo largo de la valla hasta una distancia de diez kilómetros, y sólo tenía un pasadizo espiral de diez pies de ancho y que podía ser defendido con la mayor facilidad contra una respetable fuerza. Esta extraña construcción formaba el muro de defensa de la parte oriental de la república de Tlascala; los demás puntos cardinales estaban defendidos por inaccesibles alturas.

Extrañáronse de no encontrar defendida la valla, y Cortés pudo entrar con sus tropas por la indicada abertura. Pero apenas habían dejado atrás algunas leguas cuando se encontraron con grandes y pequeños ejércitos de indios, que no sólo hicieron sufrir sensibles pérdidas á los españoles con sus repetidos ataques, sino que les detuvieron días enteros en su marcha. Una escaramuza se sucedía á otra, y más de una vez viéronse de tal modo cercadas las tropas de infantería y caballería por los indígenas, que necesitaban emplear todas sus fuerzas para librarse de sus valientes contrarios. Hasta entonces no habían visto los españoles en el Nuevo Mundo semejante ardor bélico, temeridad y desprecio de la vida. A cuantas proposiciones de paz les hacían los españoles, contestaban los tlascaltecas que arrancarían la carne de los huesos de los hombres blancos y se la ofrecerían en holocausto á sus dioses.

A pesar de que en los días 1 y 2 de septiembre tuvieron lugar serios combates, el 5 del mismo mes dióse la batalla decisiva. Los tlascaltecas, al mando del joven jefe Xicotencatl, habían reunido todas sus fuerzas útiles para combatir, y si hemos de creer lo que dice Bernal Díaz del Castillo, que tomó parte en la batalla, ocupaban en unión de los otomises, que eran parientes suyos y habían ido en su ayuda, un espacio de dos leguas cuadradas. ¡Y qué aspecto presentaban! Veíase ondular un mar de guerreros que habían adornado sus desnudos cuerpos con los más vivos colores, limitándose sus vestiduras cuando más á un taparrabos, un par

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de sandalias y un fantástico adorno en guisa de casco, que representaba la cabeza de una pantera, jaguar ó león de la montaña, y por entre cuyas abiertas fauces asomaba el rostro del guerrero. Entre estos atléticos com-



Guerrero antiguo mexicano de alto rango
(De una pintura mexicana existente en la Biblioteca del Vaticano en Roma)

El color de la cota es azul con ornamentos blancos y encarnados. El casco está adornado con cintas encarnadas y dibujos de oro, llevando en la parte superior una fila de plumas de color amarillo verdoso. Los colores del escudo, rodeado por un borde encarnado, son el amarillo y verde.

batientes discurrían de un lado á otro los jefes y guías, que se conocían á larga distancia por sus mantos y sus cascos adornados de plumas de magníficos colores. Estos jefes vestían gruesas cotas acolchadas de algodón en rama, destinadas á defender la parte superior del cuerpo de los golpes y heridas; calzaban sandalias ó medias botas adornadas de oro y piedras preciosas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Tan llamativos y magníficos como las vestiduras eran todos los demás pertrechos de guerra, cuajados de toda clase de adornos. Los circulares escudos de cuero, madera y caña mostraban pintados ornamentos ó caprichosos y ricos mosaicos de pluma de mil diversas formas; los estandartes y enseñas, que unos llevaban en la mano y otros colocados entre los omoplatos, ostentaban, hechos también con plumas, los colores y divisa de los diferentes caciques; entre ellos llamaban la atención las armas de la casa Xicotencatl, que era una garza blanca sentada sobre una peña, así como el estandarte de Tlascala, ricamente adornado con plata, turquesas, ópalos y esmeraldas, y en medio un águila de oro con las alas extendidas.

No menos extrañas que estas divisas eran las armas. Veíanse pesadas mazas de madera llamadas *Cuauholloli;* picas de dos filos; azagayas de tres puntas, que después de arrojadas podían ser recogidas por medio de una correa de cuero; veíanse también arcos sumamente flexibles y flechas cuyas puntas eran de hueso ó de obsidiana; además llevaban hondas, espadas cortas también de hueso, y principalmente el arma nacional, peculiar de los pueblos de las llanuras de Anahuac, llamada *Maquahuitl*, y que no era otra cosa que un palo de madera, de 1,25 metros de longitud, en forma de espada, cuyos filos estaban guarnecidos de cortantes pedazos de negro cristal natural, obsidiana. Los golpes dados con esta peligrosa arma producían heridas gravísimas y difíciles de curar.

Sin duda alguna que el pequeño ejército español sentiría algún miedo al verse ante fuerza semejante. «Nos inquietamos, dice Díaz del Castillo, porque éramos hombres y temíamos á la muerte. Casi toda nuestra gente se confesó durante la noche, é imploramos fervorosamente á Dios que nos concediese la victoria.»

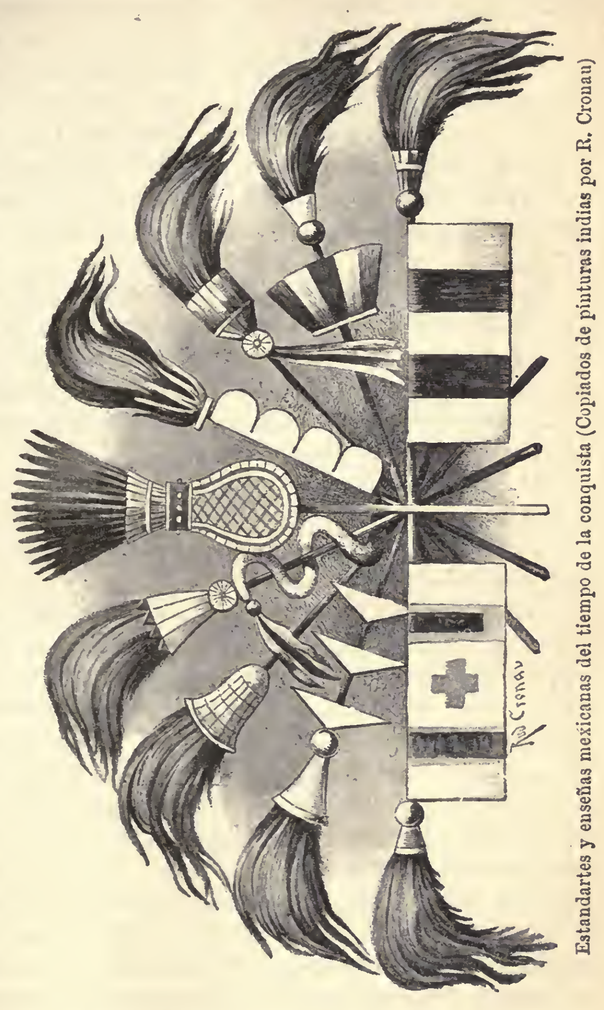
Cortés decidió atacar al enemigo en su propio campamento, y al efecto pasó revista por la mañana muy temprano á su pequeño ejército, recomendó á sus guerreros sobre todo que guardasen orden, y dióles las siguientes instrucciones de combate: los jinetes debían dirigir sus lanzas en línea recta á los ojos de los indios, y de los mosqueteros y ballesteros unos cargarían solamente y los otros dispararían, y mientras durase la batalla la demás tropa sostendría un fuego continuo.

Apenas los españoles estuvieron á la vista cuando salieron á su encuentro por todas partes legiones de indios, que con sus horribles gritos de guerra y el atronador sonido de sus cuernos de combate se arrojaban sobre ellos. Pero sin interrupción contestaban las bocas de las armas de fuego al ataque de los agresores, diezmando las filas de los indios con sus balas de piedra. Todo el que se aproximaba á los españoles era derribado en tierra por las espadas ó por las lanzas.

Pero así como los españoles no conocían el cansancio cuando comba-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tían, tampoco los enemigos cejaban en sus furiosos ataques. Aunque cayesen á centenares con los miembros destrozados, había miles que se disponían á ocupar inmediatamente sus puestos. Cuando se convencieron de que sus legiones se estrellaban continuamente contra las lanzas de los españoles, formaron, contra su costumbre, compacta y terrible masa, arrojándose con centuplicada fuerza, cual desoladora avalancha, sobre la pequeña hueste de los europeos. Flechas, picas y piedras lanzadas por las hondas caían en tan considerable número sobre los españoles, que llegaron á formar grandes montones en el suelo, al mismo tiempo que los tlascaltecas, arrojándose ciegos contra sus enemigos, entonaban su más salvaje himno de guerra.



Estandartes y enseñas mexicanas del tiempo de la conquista (Copiados de pinturas indias por R. Cronau)

Esta terrible acometida hizo vacilar un momento á los españoles, y ya comenzaban á desordenarse sus filas, cuando Cortés, haciendo un esfuerzo supremo, seguido de sus jinetes, lanzóse en medio del tumulto repartiendo golpes á diestro y siniestro. Entretanto apuntaron de nuevo los cañones, dispararon, y otra vez las pesadas balas diezmaron las filas de los tlascaltecas; y cuando la infantería española se replegó y dió un nuevo ataque, no pudieron aquéllos resistir más, y emprendieron la retirada después de cuatro horas de sangrienta lucha.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Los vencedores, de los cuales ninguno había salido ileso, estaban demasiado rendidos para emprender la persecución del enemigo, y se retiraron por lo tanto á su campamento, situado sobre una eminencia.

Al siguiente día envió Cortés un nuevo mensaje á los caciques de Tlascala pidiendo nuevamente que le concedieran permiso para atravesar pacíficamente por su república, amenazándoles con la ruina total de su ciudad si no accedían á su ruego. Los enviados hallaron á los grandes de Tlascala reunidos en consejo con el senado. Uno de los primeros, el anciano Maxixcatzín, opinaba que debía accederse á la petición de los españoles; pero los partidarios del joven Xicotencatl, que estaban en mayoría, ardían en deseos de vengar la ofensa recibida por medio de una brillante victoria.

Los adivinos y sacerdotes del lugar decían que los españoles no eran *Teules* (dioses), sino seres humanos que debían su fuerza sobrenatural á los rayos del sol, y que, en poniéndose este astro, desaparecía aquélla y tenían que rendirse irremisiblemente á un ataque nocturno.

Esta supercheria los iluminó, decidiendo proseguir la guerra y ordenando á Xicotencatl que atacase por la noche, al frente de 10,000 guerreros, el campamento de los blancos. Por fortuna para éstos, no sólo descubrióse á tiempo el nocturno avance de los tlascaltecas, sino que pudieron rechazarlo tan brillantemente, que el ejército de Xicotencatl dispersóse emprendiendo precipitada fuga.

Por tercera vez envió Cortés una embajada al consejo de la república, y después de mucho trabajo se logró que cediese Xicotencatl á los ruegos de los senadores y del consejo, y admitidas al fin las ofertas amistosas de Cortés, hízose la paz. No sólo los senadores, sino también el valiente Xicotencatl, dirigiéronse al campamento español, vistiendo mantos mitad blancos mitad de color en señal de paz. Xicotencatl, que era hombre alto y fornido, de ancho pecho, y de unos 35 años de edad, y cuyo severo rostro mostraba huellas de graves cuidados, tomó la palabra para explicar las causas de la guerra. «Creímos, dijo, al veros venir en compañía de súbditos de Motezuma, que traeríais las mismas intenciones que los aztecas. Por lo tanto, tratamos de combatiros, aunque inútilmente, pues sois invencibles. Ahora que os conocemos deseamos merecer vuestra amistad, esperamos vuestra protección contra los alevosos mexicanos, y os ofrecemos nuestros servicios. Tan constante y decidida como has visto á mi gente en el combate, la hallarás también en la paz.»

Esta explicación satisfizo grandemente á Cortés, pues desde mucho tiempo antes había comprendido que no podría someter sólo con sus propias fuerzas el poderoso reino azteca. Si para vencer á la pequeña república había necesitado emplear todos sus recursos, debiendo la victoria á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la reunión de las más favorables circunstancias, ¿cómo había de aventurarse con su pequeña hueste á desafiar á los ejércitos poderosísimos que llevaría al campo Motezuma?

Así es que no sólo aceptó con júbilo la amistad, tan difícilmente conquistada. de los orgullosos habitantes de la montaña, sino que trató de



Guerrero armado con el Cuauholloli



Tlascalteca armado con el Maquahuitl

(De antiguas pinturas mexicanas)

asegurarla más y más. Y en efecto, sin la poderosa ayuda de los tlascaltecas, sin su fidelidad, que no vaciló ni aun en los días de mayor desgracia, difícilmente hubiera podido llevar á cabo Cortés aquella grande obra que llegó á constituir el único objeto de su vida.

El día 23 de septiembre del año de 1519, ó sean veinticuatro días después de haber llegado á la frontera del país, fué cuando entró el conquistador á la cabeza de su hueste en la capital de la república de Tlascala. Tanto las calles como las terrazas de las casas estaban cuajadas de gentes vestidas con sus trajes de fiesta, las cuales arrojaban á los forasteros olorosas flores de diferentes colores. Cortés fué recibido con la mayor solemnidad por los nobles del pueblo, que le guiaron á una espaciosa sala y le obsequiaron con un suntuoso festín.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Tlascala era en aquel tiempo una de las más importantes ciudades de México. En una carta dirigida por Cortés al emperador Carlos V la antepone á Granada, y dice que aún estaba más fuertemente defendida y poblada que ésta. Menciona también que poseía una gran plaza, en la cual se reunían diariamente más de 30.000 personas, vendiéndose allí toda clase de víveres, prendas de vestir, joyas de oro adornadas con piedras preciosas, leña, carbón, excelentes trabajos de alfarería, en una palabra, todo lo necesario á satisfacer las necesidades de la vida. Dice que había también baños y barberías, en las cuales podía uno mandarse lavar la cabeza y cortar el pelo; alaba además el orden perfecto que reinaba, mantenido por una excelente policía.

Las casas de la ciudad estaban hechas de adobes y de ladrillos de arcilla, materiales que se emplean aún en México para la construcción de edificios. Sólo las casas de los nobles eran de piedra. Las entradas estaban ocultas por unas esteras provistas de flecos de cobre cuyo sonido anunciaba la entrada de los visitantes (1).

Por espacio de bastantes semanas disfrutaron los españoles de la hospitalidad de los tlascaltecas, procurando por todos los medios afianzar más y más el pacto hecho con ellos, y viendo con gran alegría que los caciques les llevaran sus más hermosas hijas para unirlas en matrimonio con los oficiales.

La noticia de las repetidas victorias de los españoles sobre los tlascaltecas aumentaban de día en día en Motezuma la creencia de que los forasteros eran en realidad aquellos hombres que, según la profecía, habían de ser causa de su ruína y la del reino. Que debían ser seres muy poderosos lo demostraba el hecho de haber sometido á la república de Tlascala, cosa que no había podido conseguir él, ni aun poniendo en juego toda su fuerza. De carácter débil é indeciso por naturaleza, envió nuevamente una embajada provista de ricos regalos á Cortés, felicitándole por la rendición de Tlascala, y añadiendo que él también quería ser vasallo del emperador Carlos V y que señalase el tributo que tenía que

(1) Hoy día está situada Tlascala al lado de la parte baja de las grandes líneas férreas que van á México y á Puebla, siendo una capital de provincia de escaso movimiento, que cuenta escasamente de 4.000 á 5 000 habitantes. Del mismo modo que los numerosos restos de ruínas dejan ver aún claramente su pasada grandeza, también el carácter de la comarca es el mismo de antaño, con la sola diferencia de que en el lugar ocupado por los Teocallis, en los que se verificaban los sacrificios humanos, se elevan ahora iglesias cristianas. Algunas reliquias recuerdan aún aquella gran época en la que se decidió el destino de México, y en el archivo de la ciudad se conservan no sólo los documentos, adornados de hermosas pinturas, por los cuales concedieron Carlos V y Felipe II valiosos privilegios á la ciudad de Tlascala, sino también el árbol ge-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Motezuma

(Grabado de la «Historia de la Conquista de México,» de Antonio de Solís)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pagar. Que desistiese, por lo tanto, de proseguir su marcha hacia Tenochtitlán, pues ésta no sólo era empresa sumamente peligrosa, sino que tendría que pasar muchos trabajos y privaciones antes de terminarla.

Cortés, por el contrario, despidió á la embajada declarando con gran decisión que su señor le había ordenado que visitase á Motezuma en su capital, y que estaba decidido á cumplir su mandato.

En Tlascala informóse más Cortés de la fuerza y estado del reino azteca. Dijéronle los tlascaltecas que Motezuma disponía de tan considerables huestes, que para cada campaña aparejaba cien mil hombres. Que tenía fuertes guarniciones en todos los países por él conquistados, y que todos ellos tenían que dar como tributo grandes cantidades de oro, plata, plumas, piedras preciosas, tejidos y esclavos; estos últimos eran destinados especialmente á ser inmolados en honor de los dioses. Que Motezuma era tan poderoso y fuerte que llevaba á cabo cuanto quería, y su corte tan fastuosa que no podía describirse su grandeza. Que la capital estaba sumamente fortificada y construída en medio de un profundo lago, de tal modo que sólo por medio de diques podía llegarse á ella, pues sus travesías estaban cruzadas por muchos puentes, que, una vez levados, dejaban la ciudad sin comunicación alguna con la tierra, rodeada de agua é inaccesible. Todas las casas eran pequeños fuertes y tenían terrados ó azoteas provistos de parapetos, desde los cuales podían los aztecas rechazar con éxito cualquier ataque enemigo.

Mucho satisfizo á los españoles ver confirmada la noticia de que Motezuma y su pueblo eran profundamente odiados por todas las tribus sometidas á su poder, y que sólo á la fuerza satisfacían el tributo que les imponía. Con este odio contaba Cortés, cuyo plan era azuzar á los diferentes pueblos contra los aztecas para luego poder destruir con más facilidad su debilitado poder.

Ocupábase en los preparativos de marcha cuando fué sorprendido Cortés por otra embajada de Motezuma, que esta vez, contra su costumbre, no sólo daba la más cordial bienvenida á los españoles, sino que les invitaba á visitar su capital; añadiendo además que no cerraran trato alguno con los salvajes tlascaltecas, sino que se pusieran en marcha cuanto antes para dirigirse á la ciudad de Cholula, situada á seis horas de distancia al Sur de Tlascala, donde hallarían la más cordial acogida.

---

nealógico de Xicotencatl pintado sobre un tejido hecho de agave, los retratos de los cuatro caciques que gobernaban la república, y el estandarte que llevaba Cortés en la batalla decisiva dada el 5 de septiembre del año de 1519. Aún coronan las ruínas del palacio de Xicotencatl la cima del cerro de San Esteban, que domina la llanura de Tlascala.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En vano aconsejaron los tlascaltecas á Cortés que no aceptase la invitación, detrás de la cual sospechaban hubiese una emboscada contra sus nuevos aliados, pues no se dejó convencer y emprendió la marcha hacia Cholula. Esta ciudad, que contaba unas 20.000 casas, hacía mucho tiempo que estaba sometida á los aztecas, y pasaba por el centro comercial más importante y grande de la alta llanura. A causa de sus hermosos objetos de metal, fabricaciones de algodón y alfarería, era célebre Cholula en todo el país, y más aún á causa de ser el santuario del dios Quetzalcoatl, en cuyo honor se había erigido al extremo de la ciudad un inmenso y piramidal edificio. Sobrepujando en circunferencia y magnitud á las grandes pirámides de Egipto, elevábase esta construcción, hecha de adobes y revestida de estuco, formando cuatro grandes terrazas unidas entre sí por escaleras hasta una altura de cerca de 65 metros, en cuya plataforma superior veíase un magnífico templo que guardaba la colosal figura de Quetzalcoatl, *el dios del viento*. La cabeza de esta estatua estaba adornada con ricas plumas; una cinta de oro le rodeaba el cuello, y en las orejas llevaba magníficas turquesas, en una mano un valioso bastón de mando, y en la otra un escudo de magníficos colores.

Además de este santuario, lugar de peregrinación de todos los devotos de la planicie de Anahuac, contaba Cholula con otros templos dedicados á distintas divinidades, y, según dice Díaz del Castillo, centenares de altas torres y templos de sacrificio con figuras de ídolos. Y añade: «La ciudad nos pareció lo mismo que Valladolid, lo cual nos admiró mucho.»

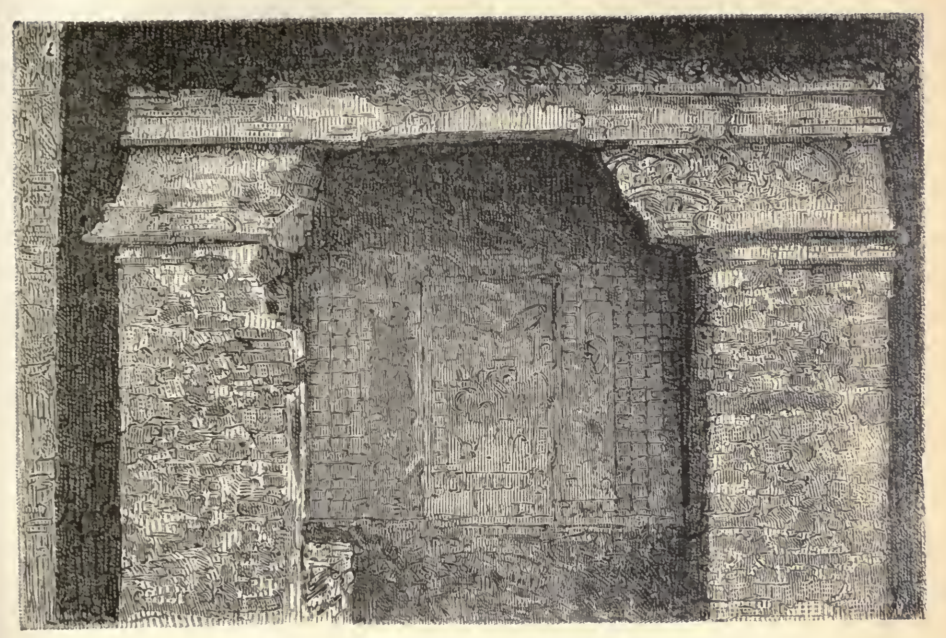
Desde la plataforma del gran templo se disfrutaba del magnífico panorama que ofrecían los alrededores. Hacia el Sur y Oeste se extendían dilatadas y fértiles llanuras cuajadas de jardines, y campos en los que crecían sabrosas y finas judías, y los agaves de que se hace el maguey, bebida nacional de México. Veíanse grandes selvas en que se criaba el ají ó chile, pimiento azteca, y había también grandes espacios llenos de cactos de brillantes flores y donde se cultivaba la costosa cochinilla Gran contraste formaban con estas bendecidas llanuras los dilatados y selváticos terrenos montañosos que se extendían hacia el Noroeste, Norte y Nordeste. Cuatro grandes gigantes de roca divisábanse también á lo lejos; á mayor distancia aún el nevado pico del Citlaltepetl, y hacia el Nordeste las pintorescas cúspides del Matlalcueye (1); á la izquierda elevábanse dos elevadísimos volcanes unidos en su cúspide, el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, como una inaccesible pared ante el valle de México. Grandes

(1) Hoy lleva este monte, en recuerdo á la hermosa intérprete y manceba de Cortés, el nombre de Sierra Malinche, que era el que daban los tlascaltecas á doña Marina, al paso que á Cortés le llamaban Malintzín, *el dueño de Malinche*.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

columnas de humo salían del nevado pico del primero, elevándose sobre las nubes, lo que originó gran asombro en los europeos, que hasta entonces no habían visto ningún volcán.

Todo el día marcharon los españoles por este grandioso paisaje acompañados por un ejército tlascalteca de algunos miles de hombres, ejército



Santuario del interior del templo del Sol en Palenque

to puesto por los jefes de la república á disposición de Cortés Por la tarde llegaron los aliados ante Cholula (1), la meca de los indios de Anahuac, siendo recibidos por gran número de nobles y sacerdotes que, al son de las trompetas y tambores que usaban para el servicio del templo, y entonando cánticos, condujeron á los españoles á la ciudad y los alojaron en las habitaciones dispuestas de antemano para ellos. Por deseo de los cholulas quedáronse los tlascaltecas que acompañaban á Cortés en las afueras de la ciudad en un campamento preparado á toda prisa Después de permanecer los españoles algunos días en la ciudad, comprendieron que la sospecha de los tlascaltecas acerca la traición de sus vecinos era fundada. Misteriosos enviados de Motezuma iban y marchaban sin ver á

(1) Cortés llama á esta ciudad Churultecal en las cartas dirigidas á Carlos V.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Cortés; los nobles y personas principales de la ciudad escaseaban cada vez más sus visitas, y los soldados veíanse muy mal provistos de víveres. Por medio de buenos espías se supo que en las gargantas de los bosques se reunían numerosos guerreros, viéndose al mismo tiempo en la ciudad algunas huellas de que se preparaba algún alevoso ataque. Notaron que muchas de las calles contiguas á las viviendas de los españoles estaban socavadas y provistas de fosos, cubiertos artificialmente, en los que había puntiagudas estacas. Una calle estaba obstruída por fuertes vigas; sobre las terrazas de las casas construían los tlascaltecas grandes parapetos, detrás de los cuales había gran cantidad de piedras, dardos y azagayas. Mujeres y niños abandonaban secretamente la ciudad, que no tardó en quedar solamente habitada por hombres armados.

Pero la seguridad absoluta acerca de los traidores instintos de los cholulas la obtuvieron los españoles por medio de la intérprete Marina, que consiguió captarse la confianza de una crédula cholula. Por ella supieron que los enviados del indeciso Motezuma habían ganado, valiéndose de ricos presentes, á las autoridades de la ciudad para que dieran un decisivo golpe de mano contra los forasteros. Los españoles debían de ser acometidos á su salida de la ciudad é inmolados todos. En el gran templo habían sido ya sacrificadas siete personas para inclinar á los dioses en favor de su empresa, y ya tenían aparejados los collares y cuerdas con que pensaban sujetar á los españoles que cogieran prisioneros, que serían también sacrificados en holocausto á sus dioses.

Era, pues, preciso adelantarse á este ataque. A las tropas tlascaltecas que acampaban fuera de la ciudad se les dió orden de que en cuanto oyesen el estampido de un cañonazo penetrasen en la ciudad; y en efecto, al amanecer, no bien se oyó el disparo, cayeron unidos españoles y tlascaltecas sobre los habitantes de Cholula, haciendo en ellos terrible matanza por espacio de bastantes horas; gran número de edificios y torres, entre ellos el gran templo, fueron presa de las llamas, quedando convertida la ciudad sagrada en teatro de las más salvajes escenas. Unos 3.000 hombres perecieron en las calles, y otros fueron quemados vivos ó arrojados desde la plataforma del gran templo. Al cabo de cinco horas consiguió Cortés apaciguar la sed de sangre y saqueo de las tropas tlascaltecas, que habían dado rienda suelta al odio y rencor que profesaban á sus enemigos.

La noticia de la carnicería de Cholula y de su pronta sumisión produjo gran efecto en todos los ánimos, y sobre todo en el de Motezuma, que, frustrado ya su inicuo proyecto, veía más próxima la catástrofe que presentía.

De nuevo solicitó el consejo de sus dioses y adivinos, pero no obtuvo respuesta que le satisficiera. En vista de ello envió otra embajada con

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ricos regalos para Cortés, encargando á los mensajeros que negasen toda participación suya en la conspiración de Cholula, y al propio tiempo que le invitasen á su residencia, donde le esperaría.

Restablecida en Cholula la tranquilidad, y habiendo vuelto á sus ocupaciones los que habían escapado con vida de la hecatombe, emprendió



Bóveda del palacio arruinado de Comalcaco

Cortés con sus españoles, totonacos y tlascaltecas la marcha contra Tenochtitlán, residencia de Motezuma. El camino que á ella conducía pasaba por la cima de la montaña que unía á los dos gigantescos volcanes, á 5.400 metros de altura. Para indagar la causa, desconocida para los españoles, de las columnas de humo que salían del Popocatepetl, envió Cortés al capitán Diego Ordaz con algunos soldados hasta la cúspide de la montaña, á la que no se había atrevido á subir ningún indio de las inmediaciones. Con grandes esfuerzos lograron aquellos temerarios abrirse paso á través de las cenizas, nieve y hielo, hasta llegar casi á la puntiaguda cumbre, cuando de pronto sintieron retemblar la montaña, que, con terrible estruendo y espantoso y ronco bramido, empezó á vomitar llamas, humo y piedras candentes. Era tan infernal el ruído que parecía derrumbarse toda la montaña. Los audaces españoles esperaron una hora á que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se calmase la erupción, y subieron después hasta el inmenso cráter, que era completamente circular y tenía cinco kilómetros de circunferencia y uno de diámetro. De lo hondo de esta gigantesca caldera, que no tendría menos de 300 metros de profundidad, salían las llamas y el humo con estrépito atronador (1).

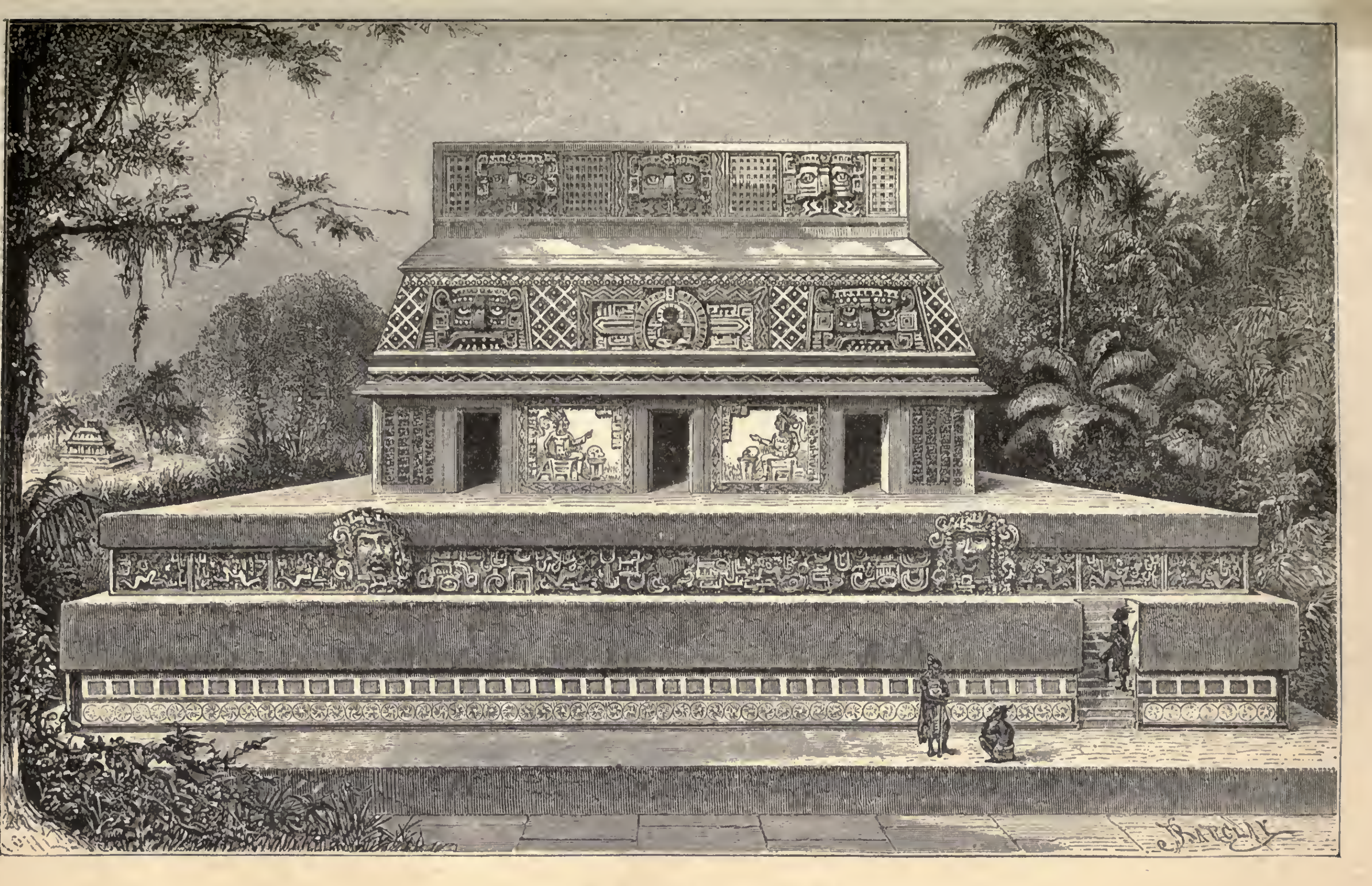
Luego que los españoles, que quedaron mudos de asombro, se hubieron acostumbrado al aspecto de aquella infernal cocina del demonio, contemplaron largo tiempo el sorprendente y dilatadísimo panorama que tenían á sus pies á gran profundidad. ¡Qué maravilloso espectáculo! Como un libro abierto veían ante sus ojos los florecientes países de México con sus ricas y matizadas llanuras, montañas y valles, brillantes ríos y lagos, y numerosas ciudades y pueblos; sobre todo embelesábase su mirada al contemplar un dilatado valle que lindaba con los montes próximos al volcán, y que estaba casi cuajado de inmensos lagos, el cual valle era el objeto de todos los peligros y privaciones sufridos durante la marcha: allí estaba la ciudad de Tenochtitlán, cuyo nombre veían ante sus ojos en todo momento. Distinguíase perfectamente en medio del azulado lago la gran ciudad con sus numerosas torres, por más que la distancia fuese demasiado grande para distinguir sus detalles. Profundamente conmovidos por tan impresionable espectáculo, bajaron los valientes en busca de sus compañeros, que los esperaban en la loma de la montaña, llevando como trofeos grandes carámbanos de hielo que habían arrancado de las paredes superiores del cráter.

Una vez atravesado el escabroso paso de la montaña, donde sufrió mucho el ejército á causa del extraordinario frío y viento arremolinado que reinaba, descendieron, pasando por Tlalmanalco y Amaquameca, á la rica provincia de Chalco. Muchas dificultades tuvieron que vencer aún, pues el vacilante y siempre indeciso Motezuma había dado orden de oponer todos los obstáculos posibles á la marcha de los temidos extranjeros. Los españoles hallaron el camino que conducía á la montaña completamente obstruído, y en las partes en que tenían que atravesarla habían extendido inmensos troncos de árboles que costaba gran trabajo separar.

Por último, apenas llegados al lugar de Tlalmanalco, fueron detenidos por algunos enviados de Motezuma, que conjuraba á Cortés á que no

(1) El Popocatepetl, que se hallaba en completa actividad en el tiempo de la conquista de México por los españoles, ha dado en el presente siglo muy pocas pruebas de su naturaleza volcánica. La última erupción parece haber tenido lugar á fines del siglo pasado. Si bien hoy día no son ya visibles desde la llanura los vapores exhalados por el cráter, no puede considerarse por esto, ni con mucho, al Popocatepetl como un volcán completamente apagado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

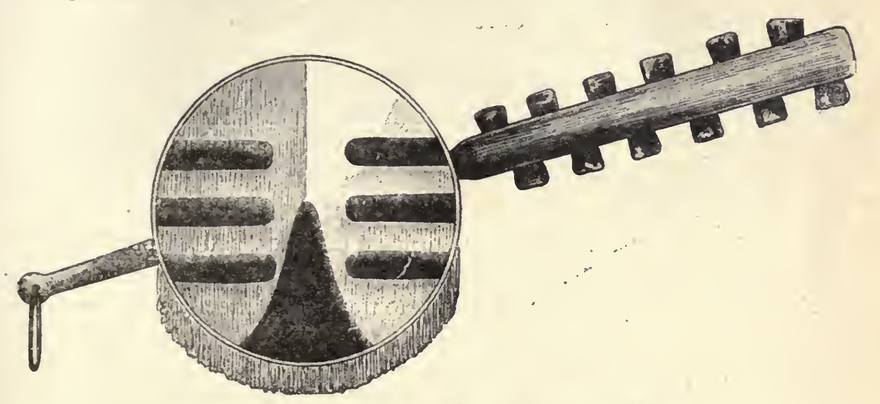


Templo mexicano antiguo (según Charnay)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

fuese á Tenochtitlán, pues su aparición ocasionaría indudablemente terribles agitaciones; añadiendo que, si accedía á este ruego, le enviaría grandes cargas de oro, y que se hallaba al propio tiempo dispuesto á pagar anualmente el tributo que se le indicase.

El ruego del monarca, que estaba por completo obseso por la superstición, no consiguió ablandar el acorazado pecho del duro conquistador, no quedándole otro remedio á Motezuma que seguir el consejo del caci-



Antiguo escudo mexicano y maquahuitl
(Copiado por R. Cronau de unas pinturas que se hallan en México)

que de Tezcoco y recibir amablemente á los españoles como enviados de un príncipe extranjero, y darles la bienvenida.

El pequeño ejército español hallábase en la parte baja del país lindante con el lago de Chalco. Por todas partes hallaban florecientes instalaciones, pequeños pueblos y ciudades construídos mitad en tierra mitad sobre el agua. Pasaron por otros muchos lugares en los que se elevaban las torres cada vez á mayor altura, saliendo templos y casas de entre las olas, lo cual aumentaba más y más el asombro de los españoles, que creían hallarse en un país encantado. «Esto no es realidad, son visiones de la fantasía», decían los unos admirados; «verdaderamente cree uno ver los palacios encantados del libro de caballería de Amadís de Gaula», respondían los otros.

Y en efecto, siguiendo las aventuras de estos temerarios hidalgos, creemos ver convertidos en realidad los cuentos de *Las mil y una noches*. Viniendo de Ajotzinco llegaron á un dique de bástantes kilómetros de longitud que separaba el lago de Chalco del de Xochimilco, lindante con éste por la parte Oeste. Este dique, hecho de piedra y arcilla, era, según los datos de Cortés, tan ancho como una lanza, y conducía en línea recta á una pequeña y bien fortificada ciudad construída en medio del lago y que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

llevaba el nombre de Cuitlahuac. Allí vieron los españoles extraños jardines é islas flotantes, que podían trasladarse á voluntad de un lado al otro del lago, y que con sus magníficas flores y cuadros de hortaliza presentaban encantador aspecto.

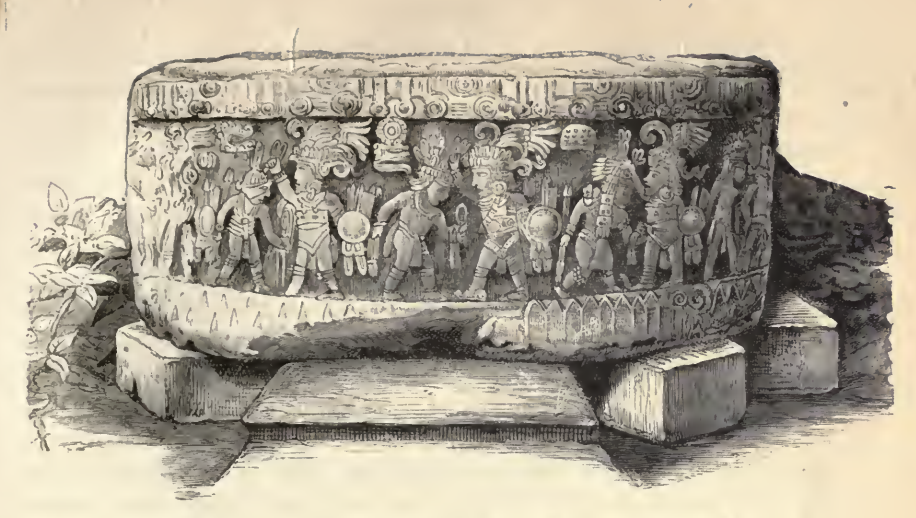
Una vez pasada esta pequeña ciudad, que contaba 2,000 habitantes, siguieron su marcha sobre el dique hasta llegar al continente, donde fueron cuplimentados por los caciques de las ciudades de Coluocán é Iztapalapán. En esta última fué instalado Cortés en un palacio que daba idea completa de la arquitectura mexicana. Los edificios estaban construídos con baldosas muy bien labradas; toda la madera empleada era de cedro y otras maderas finas y olorosas, las paredes estaban revestidas de tejidos de algodón que ostentaban magníficos colores, y además reunía el palacio toda clase de comodidades domésticas.

En muchos aposentos veíanse pequeños jardines matizados de magníficas rosas, con fuentecillas de agua dulce á las que se subía por unas bonitas escaleras. Los edificios estaban cercados por un gran jardín de maravillosa belleza, con grandes cuadros de flores, bosquecillos de rosales y árboles que circundaban un estanque de 1,600 pies de circunferencia, cuyos bordes estaban hechos de piedras de colores y en el cual se veían toda clase de aves acuáticas y peces de brillantes colores. En medio de estas portentosas plantaciones pasó Cortés algunos días, viendo acercarse, con el corazón palpitante, aquel que había de llevarle al objeto de sus deseos y por el cual había caminado meses enteros: á la hermosa ciudad de Tenochtitlán.



Plato de barro pintado
Existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



La piedra del Sol ó de Tizoc, existente en el Museo Nacional de México

LOS ESPAÑOLES EN TENOCHTITLÁN

Era el día 8 de noviembre del año de 1519. El sol de la mañana elevábase radiante de detrás de los altos picos nevados de la montaña desde la cual miraban á la llanura hermosísima de Anahuac (1) las gigantescas cúspides del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. En medio de esta plataforma rodeada de azuladas montañas veíanse diversos transparentes lagos, y en el mayor de ellos hallábase situada aquella ciudad maravillosa donde se disfrutaba de una primavera eterna, y que había elegido por residencia el temido soberano de los aztecas.

Allí se dirigía Cortés con su ejército en las primeras horas de la mañana del mencionado día. El camino se extendía sobre un dique tan ancho que

(1) Esta llanura, situada á 2,200 metros sobre el nivel del mar, y que tiene unos 60 kilómetros de diámetro, es el cegado cráter de un inmenso volcán que, extinto desde hace siglos, debe de haber sido el más terrible del mundo. Sobre el fondo de este inmenso cráter reuniéronse, una vez apagado el volcán, tan grandes masas de agua que le llenaron por completo formando un mar. En el transcurso del tiempo secóse éste en parte, dividiéndose el resto en diferentes lagos que en tiempo de los aztecas cubrían aún la mayor parte de la alta planicie. Los lagos más pequeños de Zumpango y Xaltocán estaban situados en la parte Norte de la misma, y los de Chalco y Xochimilco, en la del Sur, estaban divididos por un dique, pero en sentido hidrográfico totalmente unidos. El centro de la plataforma se hallaba ocupado por el importante lago de Tezcoco. Una extraña particularidad es que los lagos Zumpango, Chalco y Xochimilco contienen agua dulce, mientras que los de Xaltocán y Tezcoco son salados.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

podían marchar juntos y de frente ocho jinetes, pero demasiado estrecho para contener las enormes masas humanas que venían de todos los lugares de los alrededores para ver á los forasteros.

Veíanse espectadores por todas partes, tan apiñados que se tocaban sus cabezas, siendo tal la aglomeración que apenas podían moverse; sobre las aguas del lago cruzaban numerosos barcos llenos de curiosos ataviados con sus trajes de fiesta. Los españoles, en honor de los cuales reinaba tan grande animación, enmudecían, dudando fuese un sueño y no realidad el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Tan pronto veían grandes ciudades edificadas sobre tierra firme, como otras aún mayores saliendo de entre las aguas, y enfrente de ellos, iluminada esplendorosamente por el sol, veíase á la grandiosa Tenochtitlán en toda su magnificencia.

De este modo caminaba la pequeña hueste de los españoles en medio de millares de indios, preguntándose si no hubiera sido más cuerdo seguir los consejos de sus aliados indígenas, que con tanta insistencia habían tratado de hacerles desistir de su temeraria empresa.

Las inquietudes de los españoles no disminuyeron al ver que el dique situado en dirección Nordeste estaba cortado de trecho en trecho y que sobre aquellos cortes se habían echado fuertes puentes de madera que podían quitarse con facilidad, con lo cual quedaba completamente interceptado el camino así para los jinetes como para la infantería.

Después de pasar muchos de estos puentes llegaron á un baluarte sumamente fuerte, donde se unía el dique con otro que venía en dirección Suroeste formando un ancha calle que conducía á Tenochtitlán. El baluarte, llamado Xoloc, tenía dos fuertes torres y dobles murallas guarnecidas de parapetos. La entrada era por dos puertas muy bien defendidas.

Allí salieron al encuentro de Cortés unos mil caciques y nobles ricamente vestidos, que iban á darle la bienvenida en nombre de Motezuma. Pero antes de hablarle saludáronle á usanza del país, es decir, tocando uno detrás del otro la tierra con la mano y besándosela después, ceremonia que los detuvo cerca de una hora. Al fin pudo ponerse nuevamente en marcha el cortejo, yendo por el dique del Norte en derechura á la ciudad. De nuevo fueron pasando algunos puentes, no escapándose á la penetración de los españoles que, una vez dentro de la ciudad, podían ser reducidos á prisión, pues bastaba que se levantaran dichos puentes para cortar toda comunicación con la tierra firme.

Pero no disponían de tiempo suficiente para entregarse á tales meditaciones, por cuanto, apenas pisaron la ciudad, vieron que se dirigía á su encuentro una lucidísima comitiva. Motezuma, el temido soberano de los aztecas, el emperador de México, se acercaba con gran acompañamiento.

Altos empleados del estado, luciendo largos bastones de oro, iban

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

delante del cortejo, compuesto de más de 200 grandes del reino, en medio de los cuales era llevado Motezuma sobre un trono de imponderable magnificencia, sobrecargado de oro y adornos de pluma.

Cuando llegaron cerca de los españoles abandonó las andas, siendo conducido por los principales caciques bajo un gran palio hecho de grandes



India del lago de Tezcoco conduciendo legumbres á la ciudad de México

plumas verde y oro, y adornado con piedras preciosas y adornos de oro y plata.

El cortejo formó entonces dos filas á los lados de la calle, por el centro de la cual iba Motezuma, llevando á sus lados á su hermano y sobrino. El suelo estaba cubierto de ricas alfombras para impedir que su sagrado pie tocase en tierra. Ninguno de los que le rodeaban le miraba, y el pueblo, arrodillado, esperaba respetuosamente con los ojos bajos la llegada de su soberano.

Motezuma era de estatura bastante elevada, delgado y bien formado, y contaría unos 40 años de edad. Su rostro, rodeado de negros y lacios cabellos, era de color más pálido del acostumbrado entre los indígenas de México. En sus ademanes demostraba dignidad y benevolencia.

Un ancho manto de rico dibujo, y adornado de plumas, rodeaba su cuerpo; llevaba además un taparrabos bien trabajado, valiosos brazaletes y ajorcas en los brazos y en las piernas, y en contraposición con su acompañamiento, calzaba una especie de medias botas cubiertas de piedras finas y con suela de oro. Adornaba su frente una alta y reluciente diadema de oro, de la cual salían penachos de pluma de un verde brillante que le llegaban á la espalda.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Entonces halláronse frente á frente aquellos dos hombres destinados á jugar el papel más importante en el gran drama de la conquista de México: de un lado el temido, pero en el fondo de su corazón noble, apacible y benévolo emperador de los aztecas; del otro Cortés, el duro é inexorable conquistador, encerrado en su armadura de acero.

Ambos inclináronse varias veces saludándose, y Cortés, que se había apeado, dijo: «Deseo que le vaya bien al gran monarca de México.» Y Motezuma contestó: «Séme bien venido.»

Por medio de la intérprete Marina conversaron ambos algunos instantes, y al terminar la conferencia rodeó Cortés al cuello de Motezuma un collar de cuentas de vidrio de colores, perfumadas con almizcle. Como hiciese al propio tiempo ademán de abrazar al monarca, los acompañantes del emperador estorbaron al punto esta muestra de amistad considerándola como un sacrilegio contra la sagrada é intocable persona de su soberano.

Motezuma adornó á su vez al conquistador con dos collares de conchas de langosta, de los que pendían ocho langostitas de oro perfectamente construídas.

Después que hubieron saludado también los grandes del reino á los forasteros, fueron conducidos éstos al palacio de Estado del emperador, situado oblicuamente enfrente del privado, y que había estrenado poco antes de la llegada de los españoles. Ambos palacios estaban separados por la gran plaza principal El primero ocupaba un espacio en el que cabían más de 7,000 personas, poseyendo también un gran salón destinado á las grandes ceremonias.

A éste fué conducido Cortés, y Motezuma, luego que le hubo rogado se sentase en un rico estrado y que considerase como suyo el palacio, dióle de nuevo la bienvenida, y después que hubieron extendido ricos regalos á los pies del conquistador, sentóse enfrente de éste y habló así: «Desde luengos tiempos tenemos noticia por nuestros antepasados de que nosotros, actuales habitantes de este país, no somos los primitivos, sino forasteros oriundos de remotas regiones. Sabemos también que nuestros antepasados fueron conducidos aquí por un poderoso soberano llamado Quetzalcoatl, que más tarde se volvió por una temporada á su patria, situada al Este. Como se prolongase bastante tiempo su ausencia, cuando volvió no quisieron reconocerle como señor sus súbditos, que habían construído entretanto muchas ciudades, en vista de lo cual alejóse de nuevo. Hemos esperado siempre que aparecieran sus descendientes para tomar posesión de este país, y tenemos que creer que lo sois vosotros, puesto que la tierra de la cual afirmáis proceder está situada hacia Oriente.

»Creemos también que ese gran rey, que decís os ha enviado aquí, sea

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nuestro primitivo soberano Quetzalcoatl, mucho más si posee, como decís, noticias nuestras desde largo tiempo. Por lo tanto, estad descuidados, pues nosotros os obedeceremos reconociéndoos por gobernador de ese gran monarca. Podéis gobernar el país á vuestro antojo, y todo cuanto poseemos está á vuestra disposición. Sé que los habitantes de Cempoala y Tlascala os han hablado muy mal de mí para alcanzar vuestro favor. Sé que os han dicho que poseo casas con paredes y suelos de oro, y que



Mixteca Huastekina

(Según antiguas pinturas mexicanas de un Códice que se halla en la Biblioteca del Vaticano)

me erijo en un dios dejándome venerar como tal. Mas ya veis que mis casas son de cal, piedra y tierra, que soy de carne y hueso como vosotros ó cualquier otra persona, y que no soy impalpable, sino palpable y mortal.

»Veis, por lo tanto, que os han engañado. Cierto es que poseo algunos objetos de oro que me han legado mis antepasados; pero serán vuestros tan pronto como los deseéis. No os inquietéis por nada: seréis atendidos en todo lo concerniente á las necesidades de la vida, pues os halláis en vuestra casa y en vuestra patria.»

Hernán Cortés, que había notado con secreto placer que la ciega cre-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dulidad de Motezuma acerca de la antigua profecía de la vuelta de Quetzalcoatl, el dios del viento, favorecía en gran manera sus planes, no escaseó respuestas adecuadas que hicieran arraigar más y más tal creencia en el ánimo del atribulado monarca, facilitando así la conquista del reino azteza.

Los primeros días de su estancia en Tenochtitlán empleólos Cortés en fortificar en lo posible su alojamiento, lo cual era poco difícil por estar rodeado el palacio de gruesas murallas y provisto de fuertes torres. Las armas fueron colocadas de modo que todas las entradas del palacio pudieran ser defendidas con facilidad, y al anochecer del primer día mandó disparar algunos tiros para infundir á sus anfitriones el respeto debido al poder de los españoles. Para asegurarse contra cualquier sorpresa, se recomendó ejercer la más exquisita vigilancia.



Un comerciante

(De una antigua pintura mexicana)

Después de haber adoptado todas las medidas de precaución posibles, empezaron á recorrer la ciudad. Para ello no sólo les había dado permiso el amable Motezuma, sino que puso á sus órdenes altos empleados del gobierno para que les sirviesen de guía.

La Tenochtitlán de aquel tiempo, especie de Venecia india, estaba situada sobre una pequeña isla del lago de Tezcoco, en el mismo lugar ocupado hoy por la ciudad de México. Rodeada completamente por las saladas aguas del lago, sólo tenía comunicación con la tierra firme por medio de algunos diques. El que condujo á los españoles á Tenochtitlán guiaba en dirección Sur al baluarte Xoloc, dividiéndose allí en dos brazos que iban á parar á las ciudades de Iztapalapán y Coyoacán. Un segundo dique partía en dirección Norte y conducía al lugar de Tepeyac, y un tercero, construído en dirección Oriente, á la ciudad de Tlacopán. El plano de la antigua Tenochtitlán que reproducimos en la página 115 es copia de un grabado hecho en tiempo de Hernán Cortés, y si bien no da idea exacta de las distancias entre la ciudad y el continente, es de gran utilidad para hacer más comprensible nuestra descripción. Este plano ilustra la edición de las cartas de Cortés á Carlos V impresa en el año de 1524 en Nurenberg, y es, en unión de otro plano azteca conservado en el Museo Nacional de la ciudad de México, el único que, procedente de aquel tiempo, da aproximada idea de la situación de la residencia del poderoso monarca de los aztecas.

Los diques, según ya hemos dicho, estaban cortados, para dificultar ataques enemigos y dar paso á barcos y canoas. En tiempo de paz estaban cubiertos estos espacios por puentes que podían quitarse con facili-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dad. La ciudad, que se extendía en forma de tablero de ajedrez, tenía muchas calles, algunas de las cuales eran muy largas y anchas, y estrechas la mayoría de ellas. Había además muchísimos y anchos canales que cortaban en todas direcciones la ciudad, facilitando en gran modo el tránsito, y que eran surcados diariamente por millares de botes. Lo provechoso que eran dichos canales, bordeados de estrechos caminos de piedra para los transeuntes, lo demuestra el número de botes que hacía servicio en ellos, calculado en 30,000 por varios historiadores de aquella época. A estas embarcaciones hay que agregar las que usaban los habitantes de las cercanías del lago para entrar diariamente provisiones y otros objetos de primera necesidad.



Zapotekina
(Según antiguas pinturas mexicanas de un Códice que se halla en la Biblioteca del Vaticano.)

Los palacios del soberano y de los altos empleados eran generalmente de piedra y estaban adornados ricamente con esculturas y trabajos de estuco, mientras que las casas de los burgueses, de un solo piso, sólo tenían cimientos de piedra, y estaban construídas de adobes, material empleado aún en la actualidad en México para toda clase de construcciones. Las paredes exteriores de estos edificios estaban sencillamente blanqueadas unas, y adornadas otras con diversas y características pinturas.

Es difícil poder apreciar el número de habitantes que tenía la antigua Tenochtitlán. No poseemos datos precisos sobre este punto, y los que han consignado los antiguos cronistas españoles deben acogerse con gran reserva. Si bien son muy exagerados los que aseguran que la antigua Tenochtitlán llegó á contar 120,000 casas con tres á diez habitantes cada una, no nos parece apartarnos mucho de la verdad concediendo á la capital del reino azteca una población de 200.000 almas cuando menos.

Antigua moneda mexicana de oro (Existente en el Museo de la ciudad de México.)

El centro de la ciudad lo ocupaban los edificios del gran Teocalli, la plaza situada delante de éste, el palacio de Motezuma y el del Estado, que habitaban los españoles.

En su excursión por la ciudad dirigiéronse éstos últimos en primer lugar al gran mercado, al Tianquiztli de Tlatelolco, situado en la parte

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Noroeste, donde pudieron formarse idea de las varias industrias de los habitantes de la ciudad-isla. Miles de traficantes acudían diariamente á aquel mercado, que, según datos de Cortés, podía contener unas 60.000 personas. Algunos soldados españoles que habían visitado muchas ciudades afirmaban que ni en Roma, ni en Constantinopla, ni en parte alguna, habían visto un mercado tan concurridísimo y en el cual reinase al propio tiempo orden tan perfecto.

¡Qué gran masa de hombres, qué ensordecedor vocerío para ofrecer las mercancías! Veíanse comerciantes de todos los puntos del país de Anahuac, traficantes en joyas y alfareros de Cholula, plateros de Azcapozalco, tan célebre por su riqueza en esta clase de artistas, vendedores de frutas y verduras de *Tierra Caliente*, cazadores y pescadores de los pueblos convecinos. ¡Y qué diversidad de trajes se ofrecía á la vista! Mixtecas de flotantes y largos cabellos, que llevaban una especie de mantos de algodón; zapotecas ataviados con tejidos de la misma clase, pero con magníficos dibujos; huastecas vistiendo el popular *serape*, especie de poncho todavía en uso en nuestros días, y además toltecas, mazatecas, popolucas y otras tribus.

La plaza-mercado estaba circundada por galerías de columnas, en las que se hallaba sombra y frescura, y en el centro de la plaza elevabase un hermoso edificio en el cual había varios jueces acompañados de sus ayudantes, que no sólo pasaban revista á las mercancías, sino que dirimían todo género de cuestiones entre mercaderes y compradores, castigando además inmediatamente todo exceso que traspasase los límites de la ley. Había también inspectores que andaban entre la multitud á fin de mantener el orden más severo. Se vendía por número y medida, pues parece ser que los mexicanos no conocían el peso. Las medidas falsas eran destruídas inmediatamente, y el comerciante que defraudaba al comprador era castigado con la mayor dureza. El pago verificábase por cambio mutuo de mercancías, ó por medio de monedas acuñadas de cinc, plata y oro, y también eran admitidas pepitas de este metal, que se guardaban en unos cañutos transparentes fabricados con huesos de ganso. El largo y grueso de estos cañutos constituía su valor, y así equivalía al precio de un esclavo, un fardo de tela ú otras mercancías. También se daban y admitían como pago saquitos de granos de cacao.

Cada variedad de mercancía tenía su sitio determinado. En uno veíanse grandes montones de frutas, tales como aromáticas ananas, amarillentas cápsulas de simiente de pasionaria llenas de granos de un sabor muy grato al paladar, cerezas, ciruelas, nueces, etc. Al lado había toda clase de hortalizas: cebollas, ensaladas, hierbas y legumbres. En otros lugares vendíase cera, miel, una especie de jarabe extraído de las mazorcas del

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

maíz, bollos y aquella bebida llamada pulque, hecha del agave, que hemos mencionado en otro lugar. En los sitios destinados á los cazadores veíanse toda clase de aves: gallinas, pollos, codornices, palomas, y además conejos, ciervos y gacelas; vendíanse también perros cebados, pieles de pantera, de jaguar, de puma, de nutria y de chacal; plumas de águila, de buitre, de halcón, etc.; papagayos amaestrados, pájaros cantores, y al lado de esto estaban los pescadores con toda clase de pescados, cangrejos y tortugas, así como millares de aquellos feísimos *axolotlos* de color gris sucio, que á causa de ser mitad pez y mitad salamanquesa han preocupado tanto á los sabios del siglo XIX, pero que á causa de su delicada yblanca carne aún hoy día constituyen uno de los bocados más exquisitos del pueblo mexicano, juntamente con aquellos bollos hechos de los cuerpos y huevos de los mosquitos de agua, artículo muy buscado no sólo en los mercados del antiguo México, sino también en los del moderno.



Leñadores

(De una antigua pintura mexicana)

Las lenguas que se ven delante de la boca significan que ambos sostenían una conversación muy animada

Lindando con el paraje destinado á los cazadores estaba el de los jardineros, en el cual se hallaban todas las especies de trigo y grano, así como toda clase de simientes, raíces y hierbas medicinales que producía el país. En las calles adyacentes tenían sus puestos los leñadores y carboneros. Veíanse grupos de los primeros conversando animadamente mientras se ocupaban en partir la leña destinada al fuego en pequeñas astillas.



Antiguos cascos guerreros mexicanos. (De pinturas de aquella época)

En la misma calle veíanse esteras de colores, destinadas unas á servir de lechos, otras á asientos, y las demás á cubrir el suelo. En otra parte

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

observábanse largas filas de objetos de alfarería, finos los unos y ordinarios los otros, ostentando los primeros grotescas pinturas. Seguían después los carpinteros, que voceaban sillas, mesas, cunas, etc.; hombres con materiales de construcción, pulimentados ó sin pulimentar; cordeleros que vendían zapatos hechos de cordelillo, cuerdas y tejidos ordinarios de corteza de árbol.

También los guerreros tenían ocasión de proveerse de pertrechos de guerra en el mercado, pues allí había gran cantidad de puntiagudas lanzas, azagayas y flechas; al lado de éstas veíanse colgados los temidos maquahuitlos, las espadas mexicanas con sus cortantes filos de obsidiana, como asimismo, pendientes de grandes armatostes, yelmos hechos de cabezas de animales, cuyas anchas fauces estaban dispuestas de modo que asomase por ellas la cabeza del combatiente.

Sobre las mesas había gruesas cotas de algodón y unos ligeros mantos de pluma de magníficos colores que se ponían sobre aquellas. Había también escudos grandes y pequeños, algunos de los cuales podían recogerse desarrollándose en la batalla para cubrir todo el cuerpo. También los aficionados á pinturas y artículos de lujo podían satisfacer sus inclinaciones, pues vendíanse estampas pintadas sobre papel de fibras de plantas, representando escenas de la vida doméstica, de la guerra y de la caza; además había colores, tabaco, pomadas olorosas, adornos, joyas y trabajos de oro y plata en gran cantidad. Los acuñadores estaban también sobre sus pequeñas mesas, dispuestos siempre á admitir encargos de sellos para marcar las mercancías ó adornar los trajes ó el cuerpo. Una parte del mercado se destinaba á los traficantes de esclavos, que estaban allí con su mercancía humana. Sujetos por medio de cuerdas á largas estacas, llevaban los esclavos números y precios lo mismo que todos los demás objetos que se vendían. Como se ve, en el mercado de Tenochtitlán se encontraba todo cuanto producía y construía el país, pues hasta en una bahía que lindaba con la plaza veíanse canoas con excrementos humanos para la venta, artículo que era aprovechado por los curtidores para curtir el cuero. Díaz del Castillo menciona que para recoger esta clase de riqueza había en todas las calles y plazas unas construcciones de caña destinadas á ocultar á la vista de los transeuntes á los que entraban en ellas. También había boticas, en las que se vendían medicinas y bebidas preparadas, y barberías en las que cortaban el pelo y lavaban la cabeza. Por todas partes veíanse hombres robustos que por una pequeña retribución hacían el servicio de correos ó cargadores.

Dejando la animación del mercado, emprendieron los españoles el camino del gran Teocalli ó templo, situado, con sus enormes construcciones, delante de su alojamiento, y en el cual esperaba Motezuma á sus

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

huéspedes. Elevábase en medio de un inmenso terreno cercado por una muralla de dos metros y medio de altura, cuyo muro exterior estaba cubierto de esculturas representando espantosas serpientes. Penetrábase por esta *Coatepantli* ó *Muralla de la Culebra,* como la llamaban, por cuatro grandes puertas muy bien defendidas, que se hallaban una en cada fachada de la misma. Los aposentos que se encontraban después de transponer estas puertas era donde guardaba las armas la guarnición, que se componía de 10.000 hombres, destinados no sólo á defender el templo, sino también á cumplir las órdenes de Motezuma y á sofocar toda clase de agitaciones ó desórdenes.



Parte delantera de un manto de plumas con calavera y señales de sangre

(Según el original, muy defectuoso, que se conserva en el Museo de Instrucción pública de Berlín, restaurado por Rodolfo Cronau).

Las partes más obscuras son ro'as, las medianas verdes, y las claras blancas

El espacio más importante, que era un sitio cubierto de baldosas blancas, estaba ocupado por el Teocalli, construcción de 30 á 35 metros de altura, dividida en cinco terrazas, y cuya plataforma superior coronaban dos grandes torres.

Por desgracia los datos de los contemporáneos de Cortés referentes á este templo no concuerdan por completo. El fraile Sahagún, al que debemos una historia de la conquista de México, vió este templo aún completo, y asegura que tanto la catedral actual como la residencia arzobispal están situadas en el mismo sitio que aquél ocupaba. Cada lado de su cuadrado medía 100 metros y los de la plataforma superior 20. Una ancha escalera de 140 peldaños subía á la plataforma por el lado Oeste, y ofrecía un aspecto muy pintoresco cuando en las grandes solemnidades subía ó bajaba el ejército de sacerdotes por ella. Las terrazas tenían en su interior numerosas y pequeñas cámaras que servían de vivienda á los servidores del templo, y que recibían luz por medio de pequeñas troneras ó claraboyas.

Díaz del Castillo da una interesante descripción de la visita que hizo en compañía de Cortés y sus soldados á este santuario indio. Dice así: «Al pie de la escalera hallamos seis pontífices ó sacerdotes superiores, y dos nobles empleados del Estado, enviados por Motezuma para que ayudasen á apearse á nuestro general, pero éste no lo consintió. Llegados á la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

altura, vimos delante de nosotros la plataforma en la que degollaban á las pobres víctimas que sacrificaban á los dioses en las grandes solemnidades. Todo estaba cubierto de sangre y había un gran ídolo en forma de dragón adornado de figuras, y delante del cual veíanse algunas piedras de sacrificio semicirculares. De una capilla, en la cual se hallaban los ídolos del templo, salió Motezuma acompañado de dos pontífices para saludarnos.

»Estuvo muy amable con nosotros, y volviéndose á Hernán Cortés díjole: «Debes de estar cansado, Malintzín; has tenido que subir á mucha altura.» A lo que contestó Cortés, que los españoles no se cansaban nunca ni por nada. Al oir esto, cogió el emperador la mano del caudillo, y llevóle al borde de la plataforma diciendo: «Mira hacia abajo y verás mi gran capital y los muchos pueblos del lago; desde aquí puedes verlo todo, y también el mercado de Tlatelolco.» En efecto, desde aquel templo digno de maldición se divisaba toda la comarca. Veíamos los tres diques que conducían á México, el de Iztapalapán, por el cual habíamos pasado hacía cuatro días para ir á la ciudad, el de Tlacopán y el de Tepeyac, y vimos también distintamente los puentes que daban acceso de un lado á otro de los diques, que, como se recordará, estaban cortados de trecho en trecho, y la gran conducción de agua que, viniendo de Chapultepek, surtía de aquel líquido á toda la ciudad. El lago estaba lleno de barcas que se deslizaban en todas direcciones; en los pueblos elevábanse los blancos templos de sacrificio sobre las azoteas de las casas, así como las torres más pequeñas y capillas: era en verdad un cuadro de imponderable hermosura. No nos cansabamos de contemplarlo, viendo también desde allí el gran mercado y la inmensa multitud que vendía y compraba. Era tal el murmullo, que se percibía á una hora de distancia. Al ver bajo nuestros pies la ciudad y el país, volvióse Cortés al monarca, diciéndole por medio de la intérprete Marina: «En verdad que vuestra majestad es un soberano glorioso, cuyo poder deseo aumente de día en día. Con gusto hemos visto todas estas poderosas ciudades, y ahora deseamos mucho ver vuestros dioses.» Entonces conferenció Motezuma con sus pontífices, y nos llevaron á una de las torres que se elevaban sobre la plataforma. En ésta había una gran sala, en la que se veían dos eminencias en forma de altar y revestidas con ricos paños, y sobre las que había dos gigantescas figuras. Una de ellas era *Huitzilopochtli*, dios de la guerra. Su cara era ancha, los ojos espantados y grandes, y estaba cuajado de oro, perlas y piedras preciosas. Por su cuerpo enroscábanse grandes culebras de oro y piedras finas, y este horrible espantajo tenía en una mano un arco y en la otra algunas flechas. A su lado estaba su paje, que era un ídolo más pequeño, que le llevaba la pica y el escudo, los cuales eran de oro, adornados con piedras preciosas. El dios tenía un collar del cual pendían caras humanas, y corazones de oro y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Plano de la ciudad de Tenochtitlán

(De un grabado en madera de la edición de las cartas de Cortés al emperador Carlos V, impresa en Nurenberg en 1524)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

plata con adornos de piedras azules. Delante de él había unos incensarios en los que se veían, entre el humo del copal, los corazones de tres indios que habían sido sacrificados aquel día. El ídolo de la eminencia ó altar de la izquierda era tan grande como el primero y estaba tan cargado de joyas como él. Era *Tezcatlipoca*, el dios del infierno, que mandaba sobre las almas de los muertos. Tenía hocico de oso y los ojos hechos de brillantes espejos. Una guirnalda de diablillos con rabos de serpiente rodeaba su cuerpo, y tenía delante de sí corazones humanos. Tanto las paredes como el suelo de la capilla estaban negros por la gran cantidad de sangre, y olían peor que los mataderos de España. En otra capilla había otra figura mitad mujer, mitad lagartija, ricamente adornada con piedras preciosas y cubierta hasta medio cuerpo de semillas y plantas. Era la diosa de las semillas y de los frutos. También aquí apestaba de tal modo que tuvimos que salir precipitadamente al aire libre. En aquel templo había un gran tambor que producía sonido tan lúgubre que parecía el tambor del infierno. Se oía á dos leguas de distancia, y nos dijeron que estaba hecho de la piel de una enorme serpiente. Vimos también sobre la plataforma multitud de diabólicos instrumentos, trompetas de alarma y cuchillas para degollar, todo sangriento, espantoso y digno de maldición.»

A esta descripción de Díaz del Castillo tenemos que agregar algunas observaciones relativas á los dioses de los antiguos aztecas. Si bien este conocimiento es aún limitado y está más bien fundado en hipótesis que necesitan en algunos puntos afirmación, sabemos, sin embargo, que el Olimpo de los mexicanos estaba muy poblado y albergaba dioses principales masculinos y femeninos, así como otros de segundo y tercer rango.

El dios nacional y principal de los aztecas era Huitzilopochtli, la personificación de la fuerza guerrera, el Marte del Olimpo mexicano. Era el que había guiado á los aztecas en sus excursiones hasta su residencia de entonces.

Si bien no existe ya la figura descrita por Díaz del Castillo, se han conservado algunas imágenes de este dios. Una de ellas se encuentra en el Museo Nacional de la ciudad de México y es la que nosotros reproducimos en la página 119, la cual, salvo algunas ligeras variaciones, concuerda con la descripción que hace de ella el citado español. En vez del arco tiene una serpiente de cascabel en la mano.

Tezcatlipoca, el dios del averno, de la noche, del frío y de la aridez y sequía, era considerado como hermano de Huitzilopochtli y tenía el mismo rango que éste. Se le llamaba también *Yaotl*, el enemigo. Las imágenes de este dios son negras como la noche.

Tlaloc era el dios de la benéfica lluvia, el que reunía las nubes. Las nubes que nimban la montaña están simbolizadas, lo mismo que el rayo asolador

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

desprendido de ellas, en la culebra; así es que esta divinidad era adorada en la imagen de una serpiente. Por más que no está directamente representado en esta forma, tiene rostro surcado de espirales en figura de culebra, y por bajo el labio superior sobresalen largos dientes idénticos á los venenosos colmillos de presa de ésta.

El dios del viento era *Quetzalcoatl*, que tenía que allanar el camino al de la lluvia, haciendo también de intermediario entre los hombres y los dioses, y conseguir que los segundos descendieran á los primeros. Era considerado como uno de los mayores bienhechores de la humanidad. Cuando aún andaba por la Tierra producía ésta las más hermosas flores y sabrosos frutos sin necesidad de cultivo alguno; enseñó también á los hombres el uso de los metales, instruyéndoles al mismo tiempo en la agricultura y haciéndoles comprender el valor de una vida regulada y sometida á un gobierno ordenado. Bajo su mando disfrutaron los pueblos de Anahuac su edad de oro.




Sellos para marcar los tejidos y el cuerpo (Existentes en el Museo de Instrucción Pública de Berlín)

Pero no se sabe por qué acarreóse Quetzalcoatl el odio de un dios más poderoso que él, el cual le propinó un brebaje mediante el cual se despertó en su mente deseo irresistible de viajar. Abandonó, por lo tanto, el valle de Anahuac, descansó breve tiempo en Cholula, cuyos habitantes erigieron en su honor aquel gran templo que, como se recordará, estaba consagrado á esta divinidad, y á cuyo santuario acudían peregrinos de todas las comarcas. Más tarde dirigióse Quetzalcoatl desde las orillas del golfo de México, en un barco encantado fabricado con pieles de serpiente, hacia el fabuloso país de Tlapallán, situado al Oriente.

Según la tradición, este dios era de elevada estatura, de rostro pálido, cabello obscuro y barba muy larga y poblada. Ya hemos mencionado que los habitantes de Anahuac, que esperaban siempre la vuelta de este Dios, creyeron ver su personificación en Hernán Cortés, y que esta creencia contribuyó á allanar el camino á los españoles.

La diosa de la productora Tierra era *Coatlicue*. Pasaba por madre de Quetzalcoatl. Las estatuas que la representaban muestran en extraña mezcolanza los atributos y cualidades que creían ver reunidos en ella. La colosal columna, de 2,66 metros de altura y 1,33 de espesor, encontrada el 13 de agosto del año de 1790 al hacer una excavación en la gran plaza de la ciudad de México, y que se encuentra actualmente en aquel Museo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Nacional, tiene grandes probabilidades de ser una estatua de esta diosa, y hasta es posible que sea la misma que menciona Díaz del Castillo como la de la diosa de las semillas y de las frutas. Si bien para los profanos esta columna es sólo una horrible combinación de cráneos humanos, entretejidos cuerpos de serpientes, manos cortadas, cabezas de dragón con dientes de fieras, y patas de pájaros con espantosas garras de buitre, el célebre sabio mexicano Chavero afirma que en esta figura se hallan reunidos todos los diferentes atributos que simbolizan la diosa de la Tierra.

Esta divinidad tenía diversos nombres, tales como *Cihuacoatl*, la *Mujer Serpiente*, y la representaban como un ser femenino con cabeza de este reptil. Esta cabeza ocupa toda la parte superior de la estatua, y muestra los ojos, los salientes colmillos y la partida lengua del reptil. Dos pechos de mujer que se ven más abajo significan que Cihuacoatl fué la madre de la primera pareja humana, de la cual descienden todos los demás hombres de la Tierra.

Su segundo nombre era *Chimalma*, la *dadivosa y fértil Tierra*. Las abiertas manos, que casi cubren los pechos, así como los ornamentos en forma de mazorca de maíz, hay que considerarlos como símbolos de la fuerza productora de la diosa. Su tercer nombre era *Mictlancihuatl*, la *Soberana del reino de los muertos*. Era la cariñosa madre que recibía las almas de los difuntos para que durmiesen el sueño de la paz sobre su seno. La simbólica significación de ésta la demuestran los cráneos que se hallan en la parte anterior y posterior de la estatua. El cuarto nombre era *Coatlicue*, la *Diosa vestida de serpiente*, nombre que está demostrado por los entretejidos cuerpos de este reptil que la cubren.

Además de estas divinidades había otras muchas, entre ellas *Tonatiuh*, el Sol, que era venerado principalmente por los nobles; *Xiuhtecutli*, el Fuego, que encendía la llama del hogar y que era adorado por los comerciantes; *Mictlantecutli*, el dios de la Muerte, y muchos más.

Tampoco era pequeño el número de los dioses lares y familiares, y asimismo eran sagrados algunos animales, principalmente la culebra.

No obstante que muchas de las ceremonias de los pueblos de México eran alegres y animadas, limitándose tan sólo á danzas, cantos, ofrendas de flores y sacrificios de animales, los belicosos aztecas habían introducido con el tiempo sacrificios humanos en sustitución de éstos, que cada vez eran más frecuentes, tanto que no concebían ya fiesta religiosa en que no tuvieran lugar estas sangrientas é inhumanas hecatombes.

Algunos cronistas españoles afirman que tomó tan aterrador incremento esta bárbara costumbre, que, según la crónica de Gomara, ascendía anualmente la cifra de los hombres degollados de 20 á 25,000. Torquemada dice en su obra titulada *Monarchi indica* (VII, 21), que tan sólo niños

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

eran sacrificados anualmente 20,000; que en las fiestas efectuadas para celebrar la consagración del gran Teocalli de Tenochtitlán el año de 1486 habían formado los prisioneros que fueron destinados al sacrificio una procesión de dos leguas de largo, y que el degüello de las víctimas, que eran en número de 70,000, había ocupado varios días!!!

Estos datos, como se comprenderá, son locamente exagerados y casi todos ellos inventados por los cronistas españoles de aquellos tiempos á fin de causar sensación en sus lectores (1).

Los sacrificios se practicaban del modo siguiente. Mientras la víctima ascendía en ceremoniosa procesión las escaleras del Teocalli, abrían los sacerdotes, reunidos en la plataforma, el santuario del dios, á fin de que la figura de éste fuera vista por todo el pueblo. Una vez arriba, era entregada la víctima al sacerdote superior que representaba al dios á que iba á ser inmolada, y que vestía un manto de color rojo, y conducida ante el ara ó piedra de los sacrificios por cuatro ó cinco pontífices vestidos con mantos blancos ó negros.



Huitzilopochtli

(Dibujado por R. Cronau, de una figura que se conserva en el Museo Nacional de México)

Las piedras sobre que eran inmoladas las víctimas estaban siempre colocadas completamente al borde de la plataforma. Parecen haber sido de diversas formas, y por regla general tenían 1,50 metro de largo por uno de ancho; pero había otras más altas y estrechas, como puede verse por el grabado de la página 125.

---

(1) No es difícil demostrar que los cronistas españoles han cometido las mayores exageraciones al tratar de este y otros asuntos. Por ejemplo, el año de 1531 escribió Zumárraga, obispo de México, á Tolosa, que había bautizado á 250.000 neófitos, y en cambio en otras copias é impresos que vieron la luz más tarde aparece esta cifra cuadruplicada.

Tampoco los conquistadores desperdiciaban ocasión de exagerar el valor de sus hazañas y el brillo de sus botines. En su informe al emperador Carlos V dice Cortés que el ejército tlascalteca que le acometió en la noche del 5 de septiembre de 1519 se com-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

También aquel enorme disco de traquita que se conserva en el Museo Nacional de la ciudad de México, conocido con el nombre de la piedra de Tizoc, que tiene 84 centímetros de altura y 8,25 metros de circunferencia, y que está completamente cubierto de esculturas, parece haber servido de piedra de inmolación. Esta piedra, que fué hallada el 11 de diciembre de 1791 en la gran plaza y cerca de la catedral, está, como ya hemos dicho, completamente recubierta de esculturas, formando quince grupos de dos figuras cada uno; de estas figuras una está repetida constantemente y es la de un guerrero victorioso que tiene á su contrario asido por los cabellos. Representa al rey azteca Tizoc, que reinó desde 1481 á 1486, y que tras grandes batallas, todas victoriosas, sometió á gran número de pueblos convecinos, cuyas diferentes divisas ostentan las quince figuras restantes. La superficie de la piedra representa la imagen del Sol, en cuyo centro se halla una hendidura circular de la que parte una especie de surco ó estría que va á parar al borde. El grabadito de la página 127 representa un sacrificio verificado sobre la citada piedra.

Casi todas estas piedras eran de jaspe, ligeramente abombadas, de modo que el pecho de una persona echada de espaldas sobre ella tenía que levantarse, lo cual facilitaba muchísimo el horripilante trabajo del gran sacerdote.

Después que los pontífices, ayudantes del gran sacerdote, conducían á la víctima á la piedra, extendíanla sobre ella boca arriba, sujetándola los sacerdotes brazos y piernas, mientras que otro la oprimía con un yugo de piedra en forma de herradura (1), que rodeaba al cuello del infeliz imposibilitándole por completo de hacer movimiento alguno. Entonces cogía el sacerdote superior el afilado cuchillo de obsidiana, abría el pecho de la víctima de arriba á abajo, arrancábala el corazón para presentárselo de frente al Sol y ponerlo, después de frío, á los pies del ídolo, ó metérselo en la boca, que tenía abierta.

---

ponía de 149,000 combatientes, siendo así que Díaz del Castillo sólo habla de 40,000, cifra que debe ser considerada aún excesivamente alta.

Del mismo modo nos parece que debe de rebajarse á una tercera parte la afirmación que hace Cortés en una de sus cartas, en la que asegura que en el gran mercado de Tenochtitlán se reunían diariamente 60,000 personas.

Cuán grandes eran las exageraciones de algunos cronistas, se deduce de una crítica de Díaz del Castillo, quien, hablando de Gomara, el capellán de Cortés, se expresa así: «Cuando Gomara dice ochenta mil, debemos de escribir tan sólo mil.»

(1) Estos yugos de piedra estaban algunas veces ricamente adornados de esculturas, terminando frecuentemente en una cabeza de serpiente. También había algunos que terminaban en dos planchas que se ajustaban á la forma de la piedra del sacrificio.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Después de esta ceremonia, que no siempre tenía lugar del mismo modo, era arrojado el cadáver de la víctima por la escalera abajo para ser repartido y comido entre el pueblo. Parte de la carne se aprovechaba para comida de las serpientes sagradas y de las ranas. Si se celebraba la fiesta



Bajo relieve de la piedra de Tizoc

de *Xipe* (el martirizado), llamado también *Tlatlauqui tezkal* (espejo rojo), que representaba el símbolo del combate y triunfo sobre el enemigo, los cadáveres de las víctimas destinadas al sacrificio, para el cual escogían exclusivamente enemigos prisioneros, eran desollados, y varios hombres vestidos con la piel ensangrentada de aquéllas simulaban escenas de combate.

Luego que Cortés y sus compañeros hubieron permanecido bastante rato en la azotea del templo, descendieron al gran patio, donde vieron infinidad de edificios de más ó menos elevación, consagrados los unos á otras divinidades y sirviendo los otros de panteón á los grandes y nobles del reino.

Entre los templos llamó de un modo particular la atención de los visitantes el consagrado á Quetzalcoatl, que era redondo y tenía sobre la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

puerta las abiertas fauces de una fiera con salientes colmillos. No menos espantoso era el aspecto del sitio donde se guardaban los cráneos de los hombres sacrificados. En parte se hallaban hacinados en filas y en parte clavados á estacas separadas unas de otras por una distancia de 1,50 metros, las cuales estacas tenían gran número de travesaños en forma de molinillo, en cada uno de los cuales había una calavera. El cronista Gomara, capellán de Cortés, asegura que algunos españoles se habían tomado el trabajo de contar los cráneos, y que sólo en las citadas estacas y en los edificios de las terrazas habían contado 136.000, pero que en el interior había una especie de casa destinada al mismo objeto, y era tan grande el número de calaveras en ella amontonadas que no les fué posible contarlas. Ya hemos mencionado en otro sitio lo aficionado que era este cronista á exagerar las cifras.

Horrorizados abandonaron los españoles el patio del templo y marcharon á su alojamiento, que, como ya queda dicho, estaba situado enfrente del Teocalli.

Si la visita á éste sólo les había ofrecido escenas repugnantes, en cambio el magnífico palacio de Motezuma, que tuvieron ocasión de visitar con frecuencia, ofrecía magnificencia é interés por todas partes.

Estaba situado en el lugar que ocupa hoy el palacio de Estado de la república de México, ocupaba un área inmensa y tenía veinte puertas que daban á la gran plaza y á lás calles principales. Sobre la entrada principal veíase el escudo de Motezuma, que estaba representado por un águila arrojándose sobre una joven pantera. En el interior del edificio, adornado con ricas esculturas, había grandes patios, en uno de los cuales desembocaba la conducción de agua procedente del castillo de la montaña Chapultepek, y que alimentaba numerosos surtidores. El palacio tenía muchas salas, y cien aposentos de ocho metros en cuadro cada uno, en el centro de cada uno de los cuales había una pila llena de agua. Todo el edificio era de piedra, y las paredes de losas de mármol, jaspe y pórfido tan bien pulimentadas que podían servir de espejos. Las maderas empleadas eran el cedro y la palmera con hermosas incrustaciones de ciprés y pino. Un salón de 50 metros de largo por 16 de ancho tenía las paredes adornadas con gruesas planchas de oro y plata cuajadas de piedras preciosas. Servía de oratorio al soberano.

Con interés observaron los españoles la numerosa servidumbre del monarca y las grandes ceremonias que realizaban.

Diariamente, al salir el sol, dirigíanse seiscientas personas principales al palacio del soberano, donde se sentaban ó paseaban por las galerías y salas, conversando para distraer el tiempo. Sus servidumbres llenaban dos ó tres grandes patios, y además la calle, que era bastante ancha. Se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

quedaban allí todo el día hasta la puesta del sol. Los mayordomos (1) tenían orden de estar siempre presentes ante su dueño. Antes de entrar en la habitación de éste era preciso que cambiasen su rico traje por otro sencillo; sólo podían presentarse con los pies descalzos y los ojos bajos ante Motezuma, y después de hacer tres reverencias decían: «¡Magnánimo señor! ¡Magnánimo señor! ¡Excelso magnánimo señor! Lo que tenían que manifestarle lo hacían en pocas palabras y sin levantar la vista, retirándose después andando de espaldas y siempre con la cara vuelta á Motezuma, volviéndose tan sólo después de haber salido de la sala. También los príncipes y grandes que iban á negocios á México tenían que presentarse en el palacio descalzos y con modestos vestidos, y no podían penetrar en él hasta después de haber aguardado un rato ante las puertas en señal de respeto, sin que ninguno dejara de cumplir esta formalidad.



Coatlicue

Antigua escultura mexicana existente en el Museo Nacional de México. (De una fotografía)

Cuando salía Motezuma, cosa que sucedía muy raras veces, todos los que hallaba á su paso se echaban en tierra sin mirarle hasta que había pasado. Tres heraldos con largos y delgados bastones de oro iban delante de él para prevenir á todo el mundo que se acercaba la sagrada persona del monarca. Diariamente vestíase Motezuma cuatro veces de distinta manera, estrenando cada vez trajes que no volvía á ponerse. Cuando comía el soberano

(1) La historia ha conservado los nombres de algunos de estos mayordomos, que transcribimos para solaz de los lectores y para demostrar la especialidad de su idioma.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de los aztecas, le llevaban los innumerables manjares trescientos ó cuatrocientos mancebos; en cada comida presentábanle toda clase de platos, carne, pescados, frutas y legumbres, en una palabra, de todo cuanto producía el país. A fin de impedir que se enfriasen los manjares, eran puestos sobre cacerolas que estaban llenas de carbones encendidos. Todos los platos los ponían juntos en un gran comedor de escrupulosa limpieza y cuyo suelo estaba cubierto de preciosas esteras. Era tan grande la cantidad de viandas, que se llenaba con ellas la sala. Motezuma se sentaba en un pequeño taburete de cuero muy bien trabajado, y sus servidores ponían ante él una mesita cubierta de blancos manteles. Si hacía algo de frío encendían fuego con maderas olorosas, y para preservar al monarca del resplandor de las llamas ponían entre él y éstas un pequeño biombo de oro adornado de fantásticas figuras.

Antes de empezar la comida entraban cuatro hermosas mujeres, riquísimamente vestidas, que llevaban á su señor, en jarros redondos, el *Xicales*, ó sea el agua para lavarse las manos, y le presentaban también toallas para que se las secara. Después dichas mujeres colocaban ante el monarca otro biombo repujado de oro para que nadie le viera comer. El servicio de mesa estaba á cargo de algunos ancianos de rango, uno de los cuales tenía que estar siempre dispuesto á cambiar los platos. Algunas veces, como gracia especial, les daba Motezuma algún manjar de su mesa, que el favorecido tenía que comer de pie y con la mayor modestia y recogimiento. Mientras duraba la comida no podían hacer el menor ruido en las salas contiguas. Durante la misma bebía de un vaso de oro el cacao, bebida favorita de la nación, á la que daban el nombre de *Chocolatl;* luego seguían, como postres, frutas de todas clases. De todo tomaba muy poco el soberano. Después de haberle presentado otra vez agua para lavarse las manos, retiraban las fuentes, platos y manteles, que no volvían á servir jamás, y le presentaban tres hermosos tubitos de oro con tabaco perfumado, de los cuales fumaba un poco antes de echarse á dormir la siesta.

Algunas veces distraíase Motezuma viendo los juegos de manos de algunos prestidigitadores, ó escuchando las chanzonetas de los bufones, ó bien admirando la habilidad de los cantores ó danzantes, que recibían como pago los restos de la comida.

Motezuma tenía muchísimas mujeres, todas ellas hijas de las principales familias. Todas tenían aposento propio, sin que les faltara ninguna de las comodidades de una vida regalada.

Eran los señores Atlixcatzinlacatecatl, Tepnoatzintlacochcalcatl, Quetzalaztatzinticociacoacatl y Totomochtziahucatempatiltzin. (Sahagún, *Historia de la Conquista de México*, I, p. 25.)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Unido al palacio había un gran espacio con muchos edificios llenos de jaulas, en las cuales había toda clase de aves, hermosos faisanes y pavos, rojos cardenales, pintadas palomas y diminutos colibríes. También había una clase de gorriones que tenían plumas de cinco colores, verde, amarillo, encarnado, blanco y azul, y además innumerables especies de papagayos y aquellos hermosos pájaros, semitordos y semimaricas, cuyas pre-



Escena de sacrificio (De una antigua pintura mexicana)

ciosas plumas, de un verde dorado, eran aprovechados para los mantos, adornos de cabeza y divisas de los aztecas.

El edificio tenía también diez grandes estanques en los que se veían todas las variedades de aves acuáticas de México: magníficas garzas, rojos flamencos de cuello de serpiente, gansos y patos de hermosísimos colores, pelícanos, cormoranes, y otras muchísimas.

Las aves marinas nadaban en grandes pilas de agua salada; para los pájaros de río había estanques de agua dulce, que eran desocupados en períodos fijos para renovarles el agua. A cada especie de pájaros se les daba el alimento que les era propio; por ejemplo, á los que se alimentan con peces se les daban éstos, y, según datos de Cortés, en cantidad de 125 kilogramos diarios. Del mismo modo eran cuidados los que comían gusanos y los que granos y semillas. Para cuidarlos había empleados trescientos hombres; otras personas estaban destinadas únicamente á cuidar á los pájaros enfermos. Sobre cada uno de los grandes estanques ó piscinas había hermosas galerías, desde las que se podía contemplar con toda comodidad la vida animada de las aves.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Además de este edificio para los pájaros y los peces tenía Motezuma una casa de fieras, rodeada por un gran patio con anchas losas de piedras de colores colocadas en forma de tablero de ajedrez. Si el interior de esta casa estaba habitado por gran número de personas contrahechas, como enanos, jorobados y albinos, esos extraños seres de albo cutis, ojos encarnados y pelo blanco y sumamente fino, en cambio en el patio veíanse en grandes y seguras jaulas aves de rapiña y bestias salvajes. Gigantescas águilas y buitres, halcones, magníficas panteras y jaguares, leones de la selva y velludos osos, al lado de lobos, zorras, gatos y otros animales. También había una colección de las más diversas especies de serpientes y de lagartijas; enormes boas tan gruesas como el brazo de un hombre, víboras de coral de brillante color, aligátores y tortugas, etc.

Lo que más llamó la atención de los españoles fueron las repugnantes serpientes de cascabel, cuyo chirrido y penetrantes miradas les hacían estremecerse. Estas serpientes sumamente venenosas, que son el terror de las selvas americanas, estaban consideradas como animales sagrados por los aztecas, y aposentadas en unos departamentos cuyo suelo se hallaba cubierto de ricas plumas. Para cuidar de todos estos animales, que eran alimentados con caza, perros, aves y la carne de las víctimas sacrificadas, se empleaban otras trescientas personas.

Con estas magníficas colecciones, desconocidas aún por completo en aquella época en la muy ponderada y civilizada Europa, no se habían agotado ni con mucho las curiosidades que atesoraba el palacio de Motezuma, pues poseía también grandes jardines botánicos que ostentaban los más hermosos árboles y preciadas flores. Tampoco faltaban escuelas en las que se enseñaba el empleo de plantas y hierbas medicinales, así como el de otras que servían para condimentar los manjares. Había además casas de tamaño colosal en las que se ocupaban constantemente en construir armas y pertrechos de guerra, de los que tenían gran surtido que se reponía constantemente.

No poca parte correspondía á Motezuma en el embellecimiento de la ciudad, pues cultivaba con gran afición las Ciencias y las Artes. Bajo su dirección habían alcanzado algunas industrias tan alto grado de cultura, que causaron gran sorpresa y admiración á los españoles. Sobre todo hay que mencionar á los plateros, que habían construído por orden de Motezuma artísticos objetos de oro y plata que se hallaban en poder de éste, y que ponían muy alto el nombre y la habilidad de aquellos artífices.

Veíanse exactas reproducciones de todas las cosas y productos de México, y además piedras preciosas talladas y cortadas tan primorosamente que, según decía Cortés, «la razón no acierta á comprender con qué clase de instrumentos han podido hacerse objetos tan acabados y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

perfectos.» No menos hábiles eran los que trabajaban la pluma y los tejedores, que construían tejidos magníficos de plumas de colores y algodón destinados á trajes y armamentos riquísimos; había también excelentes pintores y escultores que en el reinado de Motezuma hicieron la célebre piedra, de primoroso trabajo, conocida con el nombre de *La piedra calendario*. (Véase el grabado de la página 129.)

Este disco colosal de basalto gris tiene una circunferencia de 4 metros y su peso ha sido tasado por Alejandro de Humboldt en 24,000 kilogramos. El bloque de que fué labrado no pesaba mucho más, y es cosa digna de admiración el pensar cómo pudieron transportar los trabajadores aztecas, disponiendo sólo de tan rudimentarios medios, una masa tan inmensa desde las lejanas canteras de Tenochtitlán hasta la ciudad. Sucedió que durante la conducción, al querer pasar el bloque por el puente de Xoloc, partióse éste con el peso y cayó la piedra al lago. Un gran sacerdote perdió la vida á causa de esto en unión de mucha gente. Este sucedido tuvo lugar el año de 1512. Con indecible trabajo fué extraída la piedra de entre el cieno del lago y llevada al lugar de su destino. Después de la destrucción del gran Teocalli por los españoles, quedó esta piedra en medio de la gran plaza, siendo enterrada en 1550 por orden del arzobispo Montúfar; hallada nuevamente el 17 de diciembre de 1790, fué empotrada en la pared del lado Oeste de la catedral, llamando por espacio de muchos años la atención de todos los visitantes como objeto curiosísimo del antiguo México. Hace poco ha sido llevada, á instancias de algunos anticuarios, al Museo Nacional de la ciudad, en el cual está expuesta juntamente con otros monumentos aztecas.



Escena de sacrificio
(De una antigua pintura mexicana)

No se sabe aún con certeza si esta piedra representaba en verdad un calendario, ó la imagen del Sol. Mucho se ha trabajado para descifrar su significado, y mucho se ha escrito sobre este particular; pero las opiniones expuestas difieren mucho unas de otras, y nosotros no disponemos de espacio suficiente para ocuparnos en ellas con detención.

Está demostrado que los aztecas eran muy dados á la Astrología y te-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nían una clase especial de astrólogos, que eran llamados en cuanto nacía un niño para hacer el horóscopo, por el cual se averiguaba el destino de la criatura recién nacida.

El año de los aztecas constaba de 365 días y estaba dividido en 18 meses de 20 días cada uno; tenían además 5 días bisiestos, que eran considerados como días de desgracia, por lo cual los pasaban entre rezos, ayunos é inmolaciones. Los meses estaban divididos en 4 semanas de 5 días cada una. Los astrónomos sabían perfectamente que el año tenía unas seis horas más de los 365 días, pero este sobrante se lo añadían al final de un *mazo*, es decir, de un período de 52 años, al último de éstos, con lo que este año obtenía un aumento de cerca de 13 días.

Aunque no habían llegado aún á tener signos de escritura como en Yucatán, sabían no obstante representar por medio de la pintura sucesos y objetos de toda clase. Para hacerlos más comprensibles habían ideado diferentes signos, mediante los cuales podían expresar las ideas, cosa que no hubiera conseguido el pintor por hábil que fuese. Por ejemplo, una lengua pintada delante de alguna persona significaba la acción de hablar, y algunas huellas de pies colocadas unas después de otras, paseo ó viaje. También poseían determinados signos para expresar los días y estaciones del año, así como para los diferentes elementos, oro, plata, etc. Para transmitir estos signos ó jeroglíficos de un sitio á otro tenían excelentes andarines que mantenían comunicación constante con todas las comarcas del país.

Cada dos leguas había una estación, donde un andarín entregaba los signos que llevaba á otro, que á su vez los transportaba á la más próxima, y así sucesivamente. De este modo transmitíanse las noticias con tan gran ligereza, que en un solo día llegaban á la capital desde lugares situados á cien leguas de distancia.

Como se comprenderá, en un país tan civilizado como este no podían faltar escuelas. La educación de los niños era por demás severa, y tanto la desobediencia como la falta de respeto para con los padres era mucho más duramente castigada de lo que lo es en nuestros días. Entre las pinturas que se conservan en forma de escritura se encuentran algunas que tratan de la educación de los niños. En ellas está tácitamente consignado lo que debían de comer en una edad determinada, y se ve pintado el número de panes que debían consumir cada año, así como lo que tenían que aprender de uno á otro; la madre enseñaba á la hija á tejer, y el padre al hijo á pescar. También están representados los castigos, y hasta las lágrimas deslizándose por las mejillas del pequeño culpable.

Además de las escuelas había establecimientos benéficos, hospitales públicos dirigidos por médicos experimentados, y casas en las que se al-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bergaba á los heridos ó guerreros inutilizados, cuidándolos y manteniéndolos gratuitamente.

La agricultura florecía y el ejército estaba bien organizado, existiendo á la vez determinadas distinciones equivalentes á nuestras órdenes, y con-



Gran piedra conocida con el nombre de Calendario azteca, que se conserva en el Museo Nacional de México (De una fotografía)

decoraciones destinadas á estimular el amor propio; las leyes eran bien ordenadas, y se administraba la más estricta justicia; en una palabra, el orden más completo gobernaba la vida burguesa, tanto en la vida privada como en la pública, y si bien un sangriento culto á los dioses tenía encerrada en su círculo á la nación entera, no por eso dejó de admirar alta-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mente á los españoles la cultura mexicana. También comprendían cada día más que con su entrada en Tenochtitlán se habían colocado en una situación tan peligrosísima, que cada día podía acarrearles su total perdición; pues por más que Motezuma seguía demostrándoles la mayor amabilidad, no podían asegurar que su amistad fuese duradera ni se debían fiar mucho en ella.

Todos comprendían claramente la violenta posición en que estaban colocados, y Cortés convocó un consejo de guerra para determinar lo que había de hacerse en el porvenir. Unos opinaban que debía abandonarse cuanto antes la ciudad; otros que debían permanecer en ella, y la mayoría no sabía qué decidir.

No se sabe quién fué el que presentó la temeraria proposición de hacer prisionero á Motezuma y tenerle en rehenes para la seguridad de los españoles; lo cierto es que obtuvo la aprobación de Cortés, y decidieron inmediatamente ponerlo en práctica, mucho más por haber tenido noticias poco tranquilizadoras que de la costa habían llevado algunos mensajeros secretos.

Escalante, nombrado gobernador de Veracruz por Cortés, había ido, en unión de sus soldados, en auxilio de una tribu vecina que se negaba á pagar el tributo á Motezuma, pero había sido muerto con bastantes españoles en el combate que tuvo lugar contra los recaudadores y soldados aztecas, los cuales habían enviado á Motezuma la cabeza de uno de los españoles.

Tomando por pretexto este incidente dirigióse Cortés, acompañado de doña Marina y de cinco de sus más resueltos capitanes, al palacio real, mandándose anunciar según acostumbraba.

En la conferencia que tuvo lugar acusó Cortés al monarca de ser el instigador de las agitaciones de Veracruz, diciéndole que la seguridad de los españoles sólo podía creerse afianzada si él se iba á vivir con ellos á su alojamiento. Consternado rechazó el soberano semejante proposición; pero cuando vió la actitud de los capitanes, comprendiendo que su seguridad futura pendía de un cabello y que si no les seguía voluntariamente estaban dispuestos á matarle, cedió, dió orden de que le llevaran sus andas, y rodeado de los españoles abandonó su palacio para no volverlo á pisar jamás. Por habérselo exigido Cortés, tuvo Motezuma que declarar al pueblo, que se reunía al verle marchar, que seguía voluntariamente á sus huéspedes.

Pero si con esta declaración se había evitado por el momento el levantamiento del pueblo azteca, no podía ocultarse por mucho tiempo el verdadero estado de cosas que reinaba. Cada vez aumentaba la efervescencia de aquel pueblo valeroso y guerrero, que al fin comprendió que era un

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hecho la prisión de Motezuma; y cuando Cortés citó por medio de éste al gobernador Quauhpopoca, que había vencido á Juan de Escalante, y le hizo aprisionar y quemar en unión de quince de sus guerreros principales, y tuvo encadenado mientras duró aquel acto el monarca azteca, apenas pudieron contener su indignación. Sólo el convencimiento de que, si se insurreccionaban, podían comprometer la vida de su rey, detenía á los habitantes de la ciudad para no levantarse en masa contra los atrevidos y descarados usurpadores.

Es verdad que, ofendido el príncipe de Tezcoco por las humillaciones que sufría su soberano, concibió el proyecto de sorprender á los españoles; pero fué delatado preso y destituído de su trono por orden de Motezuma, que era dócil instrumento de la voluntad de Cortés.

Motezuma mismo tuvo que prestar juramento de homenaje al emperador Carlos V, lo cual hizo rodeado de sus grandes y con lágrimas en los ojos. Aprisionado completamente en las cadenas de la superstición, creía con fe ciega que se había realizado la profecía de la vuelta de Quetzalcoatl, y fatalmente resignado se sometió á su destino. Apoyado en la debilidad del soberano azteca empezó Cortés á exigir tributos para el rey de España, envió expediciones á diversas comarcas del país para reconocerlas, y ya se habían reunido en el fuerte de los españoles grandes tesoros para ser enviados á la Península, cuando de repente recibieron noticias de Veracruz que aumentaron aún más la peligrosa situación en que se hallaban.

Una escuadra de 18 barcos había aparecido en aquel puerto, la cual escuadra no sólo no llevaba los refuerzos pedidos por Cortés á la corte de España, sino que conducía á su bordo á un enviado del gobernador de Cuba, llamado Pánfilo de Narváez, al que había dado Velázquez el encargo de destituir á Cortés y hacerle prisionero. Narváez disponía para este objeto de un ejército de cerca de mil hombres, entre los que había 80 jinetes, 70 mosqueteros y 90 ballesteros; además llevaba 20 cañones.

Dejando á su bravo capitán Pedro de Alvarado con 140 hombres y las municiones necesarias para guardar y defender la capital, partió Cortés con el resto de su gente para salir al encuentro de Narváez y evitar que prosiguiera su marcha. Luego que Sandoval, que había sido nombrado gobernador de Veracruz en sustitución del difunto Escalante, se hubo incorporado á Cortés con 60 hombres, ya disponía éste de 200 combatientes con los que podía hacer frente á la quintuplicada hueste de Narváez. Este se había apoderado de la ciudad de Cempoalá y repartido por ella sus tropas, completamente convencido de que Cortés no se atrevería á atacarle. Pero el conquistador, que se acercaba á marchas forzadas, presentóse de improviso en una noche tempestuosa y de lluvia torrencial frente á la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ciudad, apoderóse en pocos instantes de las armas é hizo que el sorprendido Narváez se encerrase en un templo de los destinados á los sacrificios. Dentro de él tuvo lugar un reñido combate, que terminó muy pronto á causa de haber caído Narváez prisionero después de experimentar la pérdida de un ojo. En cuanto cundió la noticia de este suceso terminó la resistencia, y sin vacilar pusiéronse los soldados de Narváez á las órdenes de Cortés. Al aparecer éste delante de su contrario herido, Narváez no pudo contenerse y le dijo: «Señor, tenéis verdadero motivo de dar gracias al cielo por semejante victoria.» A lo que contestó Cortés con legítimo orgullo: «Seguramente que doy gracias á Dios por ello, pero podéis estar convencido de que la victoria obtenida sobre vos la considero como la más insignificante de mis hechos de armas en esta tierra.»

Para Cortés era la victoria de tanta más importancia por haber obtenido con ella su pequeño ejército un aumento de 1.300 hombres, entre los que se hallaban 90 jinetes, 80 mosqueteros y otros tantos ballesteros.

Otra desagradable noticia turbó su alegría. Dos tlascaltecas fueron á decirle que tanto la ciudad de Tenochtitlán como sus alrededores se habían sublevado, y que Pedro de Alvarado y sus compañeros habían sido presos y encerrados; que había muchos heridos, y que por lo tanto se apresurase á ir en su auxilio para salvar lo que pudiera.

A marchas forzadas se dirigió Cortés hacia aquel punto, fortaleció su hueste en Tlascala con 2.000 combatientes indígenas, y el 24 de junio del año de 1520 presentóse de nuevo ante la ciudad.



Yugo de piedra y cuchillo de obsidiana
Existentes en el Museo de Instrucción Pública de Berlín

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Asalto del gran Teocalli de Tenochtitlán
(De una pintura de aquella época hecha por Lienzo de Tlascala)

CONQUISTA DE TENOCHTITLÁN

¡Cuán distinto aspecto presentaba ahora Tenochtitlán, comparado con el que ofrecía cuando entraron en ella por vez primera los españoles! Las calles estaban desiertas y nadie salió á darles la bienvenida; un silencio imponente se había apoderado de toda la ciudad.

La causa del alboroto había sido una sangrienta hazaña de Alvarado, el cual ordenó que dieran muerte de la manera más inhumana, con el pretexto de que estaban conspirando, á 600 nobles aztecas que se habían reunido en el patio del gran Teocalli para celebrar una fiesta religiosa.

Semejante conducta exaltó por modo tal la indignación y el deseo de venganza de los aztecas contra los españoles, que al día siguiente éstos se vieron acometidos por aquéllos con tal coraje, que les costó gran trabajo poder conservar su alojamiento. Tan sólo después que Motezuma, intimidado

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por los españoles, hubo dirigido la palabra al pueblo conjurándole á que pensase en la seguridad personal de su monarca, depusieron los aztecas su furor, limitándose á sitiar fuertemente á los aborrecidos extranjeros. El hambre y la miseria reinaban entre los españoles; muchos de ellos habían muerto en el combate, y casi todos estaban heridos.

Tal era la situación cuando Cortés volvió á reunirse con sus compañeros. Motezuma fué á saludar al general y á darle la enhorabuena por su victoria sobre Narváez; pero éste no le escuchó, y el monarca volvióse tristemente á sus habitaciones.

Por más que los habitantes de Tenochtitlán se habían retirado á la llegada del conquistador, el hambre y la miseria quedaron de guardia en el cuartel de los españoles. Las provisiones escaseaban por momentos, cosa que excitaba cada vez más la cólera de Cortés. En este estado de ánimo dejóse arrastrar al extremo de inferir el mayor ultraje á Motezuma, rechazando una conferencia solicitada por el soberano azteca con estas rudas palabras: «¡Qué tengo yo que ver con ese perro de rey que nos deja perecer de hambre ante sus ojos!»

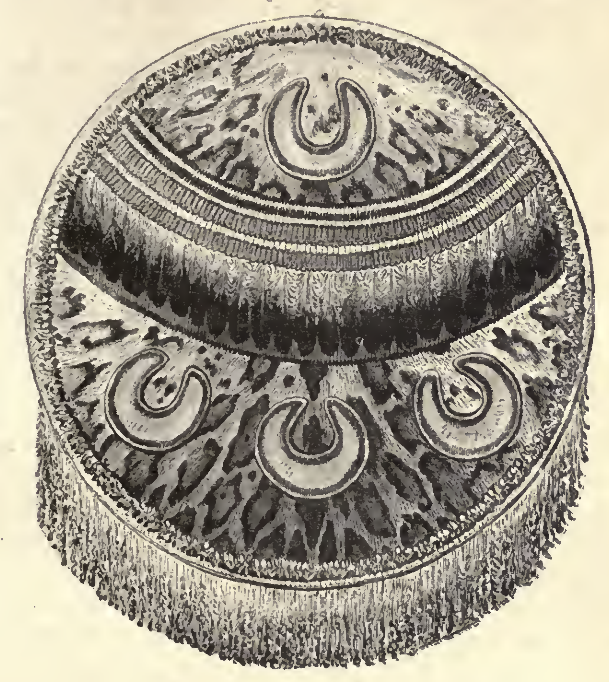
La noticia de este injurioso ultraje á su monarca propagóse con la rapidez del rayo por toda la ciudad, alzándose de nuevo los aztecas para vengar con la sangre de sus usurpadores la afrenta hecha á su emperador. No había transcurrido un cuarto de hora cuando un soldado gravemente herido llevó la noticia de que los indios se disponían á cortar los puentes de los diques, y que se acercaban en gran número para empezar nuevamente el ataque contra el alojamiento de los españoles.

Inmediatamente envió Cortés al capitán Díaz de Ordaz con algunos soldados de caballería y cuatrocientos hombres más para cerciorarse de la verdad de esta noticia; pero no bien habían andado un corto trecho, cuando fueron atacados por todas partes con tal furia, que en los primeros momentos cayeron muertos veinte soldados y quedaron heridos casi todos. Sólo á costa de supremos esfuerzos pudieron volver á su alojamiento.

Y entonces llegaron hasta los sitiados tan horribles gritos que hacían estremecer los corazones más valientes. Fieros aullidos, semejantes al bramido del huracán, llenaban el espacio; de todas las calles y casas salían guerreros armados dispuestos á la lucha, que con la rapidez del viento corrían á tomar posiciones en las terrazas de las casas. Al mismo tiempo, y á los gritos de *¡Dadnos á nuestro emperador, á nuestro Motezuma!*, acercábanse nutridas masas de guerreros cuyo número era imposible calcular, que se situaron ante las puertas del palacio habitado por los españoles. Y entonces empezó un terrible combate que duró sin interrupción hasta el anochecer. En vano hicieron los europeos los mayores esfuerzos

Univ.Calif - Digitized by Microsoft ®

para dispersar al enemigo; en vano los diezmaban con sus disparos de mosquetes: los indios no cedían. A cientos caían los indígenas al pie de la muralla; pero sus compañeros pasaban sobre sus cadáveres sin preocuparse por la suerte que les esperaba. Si retrocedían algunos pasos era tan



Escudo de guerra de Motezuma (1)
(Dibujado por R. Cronau del original que se conserva en el Museo Nacional de México)

sólo para engañar á los españoles y renovar después el ataque con doblada energía; sus fuerzas parecían crecer en vez de disminuir. Algunos guerreros encanecidos en el combate, que habían prestado sus servicios en Italia, Francia y Oriente, juraban no haber presenciado jamás, ni aun entre los turcos, una carnicería semejante.

Indeciblemente tuvieron que sufrir los españoles bajo la lluvia de

(1) Este escudo fué regalado por Cortés al emperador Carlos V, y fué á parar más tarde al Museo de Viena, desde el cual lo llevó otra vez á México el desgraciado emperador Maximiliano en el año de 1865. El escudo está revestido de piel de leopardo y tiene cuatro adornos en forma de media luna de color encarnado muy bajo con los bordes carmín. La tira de plumas que se ve en el centro contiene los colores siguientes, colocados en el mismo orden en que los publicamos: carmín, azul pálido, rojo, verde oro, blanco ceniciento, rojo, zahonado, negro, zahonado y rojo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

azagayas y piedras que arrojaban contra ellos desde los terrados de las casas, en tal cantidad que pronto formaron un gran montón en el patio del palacio. Durante el combate incendióse un ala de éste, y entonces los españoles no sólo tenían que defenderse del terrible y fiero enemigo, sino también de las llamas y del humo que los ahogaba. Felizmente consiguieron sofocar el incendio echando abajo algunos tabiques.

Aunque la obscuridad de la noche puso fin á la espantosa mortandad, no por eso proporcionó descanso alguno. Sin interrupción volaban las flechas de los enemigos al campamento de los españoles, acompañadas de la amenaza de que todos, españoles y tlascaltecas, serían sacrificados á sus dioses.

Al amanecer reunió Cortés á sus guerreros, que se habían ellos mismos vendado de cualquier modo sus heridas, con el fin de intentar un gran ataque. Pero mientras ordenaba sus filas ya había vuelto á reunirse el enemigo en rededor del estandarte de los aztecas, que representaba á un águila con las alas extendidas que, posada sobre un cacto, devoraba una serpiente.

Sacerdotes de fantástico aspecto, envueltos en negras vestiduras y con flotantes cabelleras, discurrían entre las filas de los guerreros aztecas animándoles con ardientes palabras al combate.

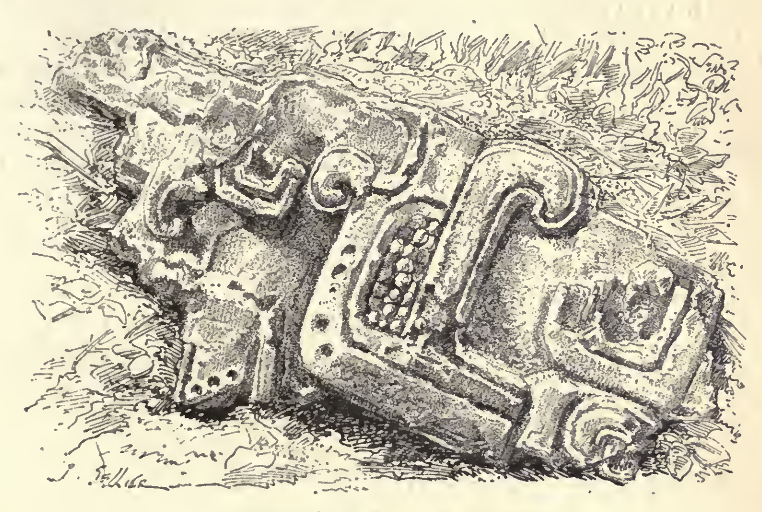
Ya estaban los indígenas frente á las puertas del palacio, cuando de repente abriéronse éstas por orden de Cortés. Una granizada de balas diezmó las filas del enemigo, y detrás salió la caballería pesadamente acorazada, siguiéndola la infantería y los soldados tlascaltecas, pisoteando y destruyendo cuanto encontraban á su paso. Los aztecas, no pudiendo resistir á tan formidable ataque, emprendieron la fuga replegándose tras las barricadas que habían levantado para impedir que avanzasen los españoles.

Y no bien éstos emprendieron la retirada, cuando comenzaron de nuevo los ataques con tal ímpetu que los europeos tuvieron que considerarse muy felices de haber podido llegar á su alojamiento. Lo mismo que el día anterior sufrieron mucho los sitiados á consecuencia de la lluvia de piedras que sobre ellos caía desde los terrados de las casas y templos vecinos. Era de todo punto necesario procurarse algún medio de hacer desalojar las azoteas é inutilizar á los indios en ellas parapetados. Al efecto construyeron unas grandes torres de madera, las cuales torres conducían de un punto á otro 25 hombres que iban en su interior. Estaban provistas de aspilleras por las que podían apuntar los mosquetes, y tenían espacio suficiente para albergar cierto número de mosqueteros. Estos colosos de madera fueron transportados al día siguiente por los forzudos tlascaltecas hasta colocarlos enfrente de aquellas casas desde las que eran

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

más duramente atacados los españoles, y entonces desarrollóse de terraza á terraza el mismo furioso combate que había tenido lugar en las calles. Con indecible trabajo consiguieron los españoles desalojar al enemigo de algunos edificios, los cuales fueron incendiados y arrasados inmediatamente á fin de que no volvieran á servir de punto de defensa á los aztecas.

Pero con el tiempo fueron destruídas también aquellas torres con las violentas é incesantes pedradas de los indios, y hubo que abandonarlas.



Ornamentación de la torre de Comalcaco

Completamente extenuados, y heridos la mayor parte, volvieron los españoles á su alojamiento, sin poder estar muy satisfechos del éxito del combate.

De este modo fluctuaba la balanza: cada día sufrían nuevas pérdidas los europeos, al paso que parecía crecer el número de sus enemigos por instantes. Reconociendo lo desesperado de su situación, decidió Cortés probar un nuevo ataque y apoderarse, si era posible, del gran Teocalli, en cuyas terrazas y plataforma habíanse situado 500 de los más valientes guerreros aztecas, que arrojaban incesantemente una lluvia de flechas y piedras sobre ellos. Para seguir los sitiados en posesión de su alojamiento era preciso apoderarse de aquel baluarte y desalojar de él al contrario. Por tres veces fracasó el asalto dado sobre el santuario, pero al fin consiguieron los españoles penetrar en el patio del templo, rodeado, como se recordará, de una muralla de serpientes. Estaba ocupado por 4,000 aztecas, contra los cuales mandó Cortés arremeter á la caballería. Pero los caba-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

llos no pudieron guardar bien el equilibrio á causa de las resbaladizas baldosas de que estaba cubierto el suelo, y muchos jinetes cayeron, teniendo que ser transportados al cuartel. Entonces avanzaron las armas de fuego, y cuando salieron de sus bocas las pesadas balas, arrasando horriblemente las compactas filas del enemigo, retrocedió la guarnición azteca dejando á los que se hallaban en la plataforma del templo el cuidado de defenderse ellos mismos.

Cortés mandó cercar la formidable pirámide, y hecho esto se dicidieron á subir los 140 peldaños de la escalera de la misma.

Al frente de todos subió Cortés. El día anterior había recibido una herida muy regular en la mano izquierda, por lo cual había ordenado que le atasen el escudo al brazo. De este modo conducía al combate á los más temerarios de sus capitanes y soldados. ¡Y qué horrible lucha se trabó entonces! Con atronador estruendo caían desde arriba pesadas piedras y vigas que mataban en gran número á los asaltantes ó destrozaban la escalera. A este espantoso estrépito mezclábanse el silbido de las flechas, los ayes de los heridos, el estertor de los moribundos y los gritos de los jefes animando al combate á sus soldados. Las escaleras del templo se convirtieron en un río de sangre, que descendía por los peldaños. Verdaderamente horrorizados esperaban unos y otros el desenlace de tan terrible hecatombe.

Al fin llegó Cortés con su gente á la plataforma, y entonces empezaron á luchar uno y otro bando con la furia de la desesperación. La huída era imposible, y ni se concedía ni se pedía tampoco gracia ni cuartel. Aquí y allá caían al profundo lago algunos combatientes que en el furor de la lucha habíanse acercado demasiado al borde de la plataforma, la cual no estaba resguardada por baranda alguna, ó eran arrojados violentamente desde ella abajo por sus enemigos. El mismo Cortés estuvo amenazado de sufrir esta suerte, y sólo con gran esfuerzo pudo librarse de dos aztecas que le sujetaban y empujaban tratando de arrojarle desde la plataforma abajo. Reconociendo la intención de sus contrarios, y haciendo uso de todas sus fuerzas, consiguió librarse de sus agresores: traspasó al uno con la espada é hizo con el otro lo que éste había intentado hacer con él.

Tres horas duraba ya la espantosa carnicería, y cada vez era más débil la resistencia de los aztecas. Su número disminuía ostensiblemente á los golpes de espada de los acorazados españoles; por fin quedó terminada la sangrienta obra, y en señal de triunfo brillaban á lo lejos, como dos grandes antorchas, los pisos superiores de las dos torres, que eran de madera adornada con ricas esculturas. Entre gritos de triunfo arrancaron los españoles las estatuas de los ídolos y las arrojaron desde lo alto de la plataforma.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Armadura de Hernán Cortés
(Existente en la Armería Real de Madrid)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Este asalto del gran templo ha sido reproducido por varios pintores mexicanos en su más primitivo estilo.

Una de estas pinturas, hecha por el tlascalteca Lienzo, es la que encabeza este capítulo (1).

Creyendo que el triunfo de los españoles sobre los aztecas habría hecho profunda impresión en éstos, subió Cortés, acompañado de la intérprete Marina, á la plataforma de una casa, intimando á los aztecas que depusieran las hostilidades, y amenazándoles con reducir la ciudad á un montón de escombros y no respetar niños ni ancianos si se resistían á su mandato.

Mas si creía Cortés que con estas amenazas iba á conseguir algo, desconocía por completo el carácter guerrero de aquel pueblo. Mandáronle por sus jefes la respuesta de que estaban todos decididos á morir con tal de matar al propio tiempo á los españoles, y que mirase hasta donde alcanzaba la vista los tejados, calles y plazas de la ciudad, cubiertos de guerreros que esperaban con impaciencia el momento en que, extenuados por el hambre y por las enfermedades, cayeran en sus manos. «Mirad á vuestro alrededor, añadían; todos los puentes están cortados, no podéis escapar, y vuestra sangre correrá en sacrificio ante los altares de nuestros dioses.»

Y así seguía el combate con la misma furia un día y otro: los españoles luchando con la fuerza de la desesperación, los aztecas con sed de venganza.

Muchas de las gentes de Cortés, principalmente aquellas que habían ido con Narváez, maldecían el instante en que habían llegado á México, perdían la cabeza y parecían locos. Cuando llegó á su colmo la desesperada situación de los españoles se le ocurrió á Cortés la idea de que Motezuma hablase á su pueblo desde la azotea del palacio, recomendándole la paz, y al efecto le envió una embajada con tal objeto.

Con dolorido acento contestó el afligido monarca:

«¿Para qué me desean á mí que no quiero ya ni hablar ni vivir desde que ha caído tan fatal destino sobre mi persona? ¡No quiero volver á ver á Malintzín; no quiero oir sus falsas palabras y promesas: sólo quiero morir!»

(1) Las pinturas de Lienzo de Tlascala, hechas sobre papel de agave, y de las cuales reproducimos algunas en este capítulo, constituyen una valiosísima colección que se conserva en el archivo de la ciudad de Tlascala. Fué hecha en esta ciudad en tiempo de Cortés, como recuerdo de aquellas campañas en que estuvieron aliados los tlascaltecas con los españoles. Estas hojas, unidas en forma de libro, se dividen en tres grupos, de los cuales representa el primero todos los acontecimientos que tuvieron lugar hasta la toma de la ciudad de México, el segundo la expedición de Nuño de Guzmán á Sinacola, y el tercero la conquista de Guatemala. Todas las pinturas están hechas según el

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Y como por orden de Cortés volvieran cerca del monarca azteca, con la mayor amabilidad, el padre Olmedo y algunas personas principales, contestó: «Mi aparición no servirá de nada, y la guerra no terminará por esto. Los aztecas están decididos á no perdonar la vida á ninguno de vosotros. Todos encontraréis la muerte dentro de estos muros (1).»

Continuados ruegos y la promesa de que estaban dispuestos á abandonar la ciudad con tal de que se les dejara franco el camino decidieron por fin al monarca á interponer su mediación, y vestido con sus mejores galas de la dignidad real, dirigióse á la plataforma del palacio para mostrarse á su pueblo. Su aparición fué de maravilloso efecto para las huestes aztecas que rodeaban el palacio. En vez de los atronadores gritos de guerra reinó un silencio sepulcral, y todos se arrojaron á tierra para escuchar con el mayor respeto las palabras de su soberano.

Con amable y reposado acento pidió Motezuma á sus súbditos que depusieran las armas y suspendiesen el combate, pues los españoles estaban decididos á abandonar la ciudad tan pronto como mostraran franco el camino.

Una angustiosa pausa siguió á estas palabras, hasta que al fin cuatro jefes aztecas se acercaron al palacio y hablaron así: «¡Oh, señor y dueño! profundamente sentimos vuestro dolor. Mas sabed que hemos elevado al trono á Cuitlahuatzín, príncipe de Iztapalapán, y que, fieles á nuestras promesas hechas á los dioses, no podemos dar reposo á las armas hasta que hayan muerto todos los *Teules*. Diariamente hemos rogado á Huitzilopochtli que fuera puesto en libertad nuestro monarca; si sucede esto, todavía os reconoceremos y honraremos como soberano aún más que antes.»

Como contestara á esto Motezuma que no estaba prisionero y que se quedaba en medio de los españoles solamente porque éstos eran sus amigos, levantóse una tempestad de indignación; amargas frases de ironía cayeron sobre el desgraciado, y antes de que algunos españoles pudieran correr para cubrir con sus escudos al monarca, fué éste herido tan violentamente por tres pedradas y un flechazo, que cayó sin sentido.

---

característico estilo mexicano de aquella época, que tanto recuerda al del antiguo Egipto. Toda la colección se compone de unas sesenta á ochenta hojas, de las cuales conserva copias el Museo Nacional de la ciudad de México; mas estas copias, hechas el año de 1779 por Yáñez y Yáñez, han sido reproducidas libremente y están reunidas por orden en dos grandes tableros. Se comprende con facilidad que la colección debida á los aliados de los españoles es de extraordinario valor para la historia de la conquista de México, mucho más por no haber ninguna pintura sobre este asunto hecha por artistas españoles de aquella época.

(1) Díaz del Castillo, tomo II, pág. 329.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Trasladáronle en grave estado á sus habitaciones. Cuando volvió de su profundo desmayo, sintió tan hondamente la magnitud del ultraje recibido y la impopularidad en que había caído, que rechazó todo alimento y asistencia médica, expirando poco después. Esto sucedió el 30 de junio del año de 1520.

«La noticia de su fallecimiento, dice Díaz del Castillo, nos conmovió hasta hacernos derramar lágrimas. Nosotros, los que le habíamos visto y tratado con frecuencia, le lloramos como á un padre, y con razón, porque Motezuma poseía muy rara bondad de corazón. Nos dijeron que había reinado por espacio de diez y siete años y que había sido el mejor monarca de cuantos había tenido México.»

El cadáver del desgraciado emperador fué envuelto en magníficas vestiduras y llevado á la ciudad por algunos nobles aztecas que habían sido presos en los últimos días. Posteriormente vieron y oyeron los españoles que los aztecas prorrumpieron en gritos y lamentos al ver muerto á su soberano; mas lo que hicieron con sus restos y dónde los enterraron no es conocido. Una antigua tradición refiere que fueron envueltos en algunas esteras y enterrados por un hombre del pueblo sin cánticos ni música. Un pequeño diseño indígena que se conserva aún en México, y que representa á un plebeyo indio que lleva á cuestas un cadáver envuelto en unas esteras, dícese que representa este suceso.

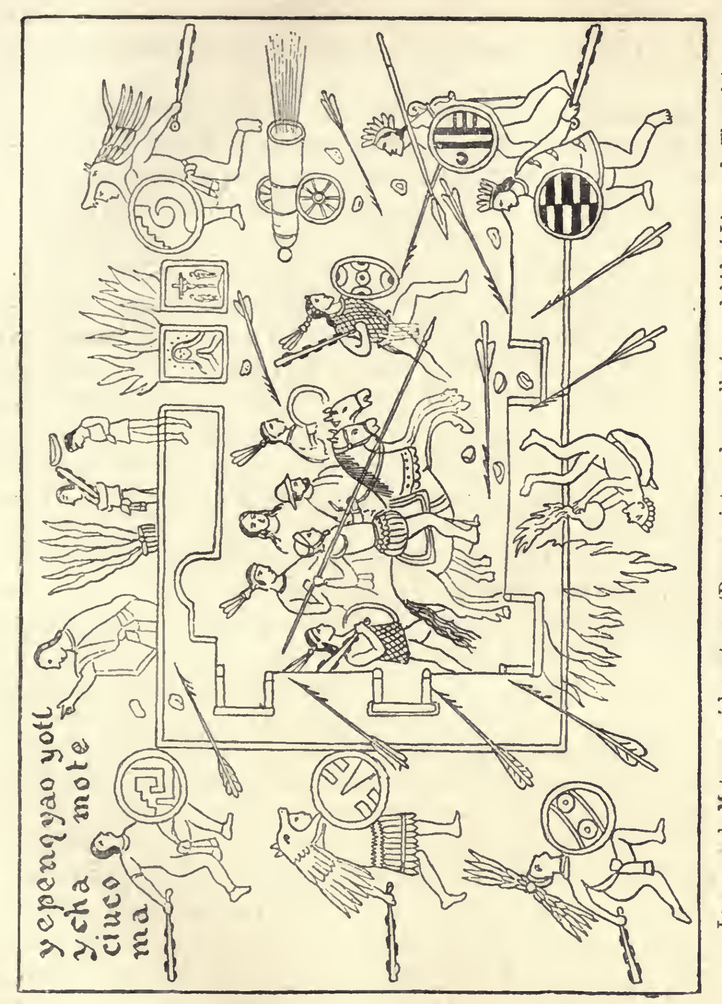
Con la muerte de Motezuma desapareció también el último resto de la consideración que por causa de su rey habían guardado hasta entonces los aztecas á los españoles. Cada vez eran más violentos los ataques contra el albergue de los últimos, quienes, por más que hicieron algunas desesperadas tentativas que causaron muchas pérdidas á los enemigos, veían aumentar de día en día su miseria y que se aproximaba su fin.

Todos comprendían que no podían permanecer más tiempo en la ciudad y que tenían que abandonarla; pero ignoraban en cual dirección debían de probar fortuna y efectuar el regreso. El consejo de guerra convocado por Cortés resolvió emprender la marcha por el dique de Tlacopán, no sólo á causa de ser el más corto que unía á la ciudad con el continente, sino también por estar situado más cerca del alojamiento de los europeos. Sobre la hora de la marcha no pudieron ponerse de acuerdo tan pronto, pues unos opinaban que debía de abandonarse la ciudad de día, y otros indicaban la noche como más propicia á sus designios. El soldado Botello, que era italiano de nacimiento y muy dado á la adivinación, fué el que decidió, diciendo que su ciencia le había asegurado que ninguno de ellos salvaría la vida si no aprovechaban la próxima noche del 1.º de julio de 1520 para la fuga.

Ante todo construyeron un puente portátil que pudiera ser echado so-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bre el espacio que mediaba entre las diferentes partes de los diques, de los que se recordará habían sido quitados los que había. Cuatrocientos tlascaltecas y ciento cincuenta españoles eran los encargados de trans-



La arenga de Motezuma á los aztecas (De una pintura de aquella época debida á Lienzo de Tlascala)

La pintura muestra á Motezuma en actitud de arengar al pueblo desde la plataforma del palacio. En el patio del mismo se ve á Cortés, al que se reconoce por la barba corrida; á su lado á la intérprete Marina, y además á un jinete con una larga lanza y algunos aliados tlascaltecas. Un indio que se ve en lo alto del tejado está en actitud de apagar las llamas del incendiado palacio. Los cuadros de la Madre de Dios y del Salvador crucificado, que se ven arder también, significan que asimismo la capilla arreglada por los españoles fué presa de las llamas. Numerosas flechas y piedras vuelan al patio del palacio, que es asaltado por todas partes por los guerreros aztecas.

portarlo y custodiarlo. Después de convenido exactamente el orden de marcha, mandó recoger Cortés los tesoros de oro, plata y otras riquezas que habían podido reunir hasta entonces, cargó seis caballos con la parte perteneciente á la Corona, y abandonó lo demás á los soldados para que cada uno se hiciera cargo de cuanto pudiera llevar,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Hacia media noche empezó el desfile. Reinaba obscuridad bastante una ligera niebla envolvía la ciudad y lloviznaba. Tan silenciosamente como les era posible iban avanzando los españoles por las desiertas calles y ya habían llegado al llamado Paso de Tolteacalli, que conducía al dique de Tlacopán, cuando se oyeron las trompas de guerra de los aztecas, y al instante el lúgubre son del gran tambor infernal desde la plataforma del gran Teocalli.

Entonces aparecieron á ambos lados del dique millares de botes, cuyos tripulantes lanzaron una verdadera lluvia de flechas y piedras sobre los españoles. Al mismo tiempo aparecieron sobre el dique nutridas huestes de guerreros para cortar la retirada á los fugitivos. Todos avanzaban hacia adelante para escapar á los golpes de lanza de sus perseguidores y llegar al puente portátil que cubría el espacio de agua del dique de Toltecaacalopán, cuando de repente, resbalándose dos caballos sobre las escurridizas tablas, el puente perdió el equilibrio, volcóse y, á pesar de la desesperada lucha de los españoles, fué presa de los enemigos. Entonces apoderóse terrible pánico de los fugitivos, desordenáronse por completo, y sólo pensaron en salvar cada uno su vida. En aquel espantoso tumulto, filas completas cayeron al agua. Muchos se ahogaron, y otros fueron cogidos por los aztecas y llevados en sus canoas para sufrir después una muerte aún más espantosa.

La ancha boca del canal llenóse pronto de caballos y jinetes muertos, cañones, carros de pólvora y bagajes, y sobre aquel horroroso montón pasaban como un gran torrente los combatientes. ¡Qué espantosas escenas tenían lugar en la obscuridad de la noche! ¡Qué desgarradores lamentos se oían! ¡Qué mortal angustia pasaron los españoles! «¡Socorro, que me ahogo!» decía una voz saliendo de entre las espumosas aguas. «¡Salvadme, que me asesinan!» decía otra. Y á estas exclamaciones mezclábase el angustioso relincho de los caballos, el estertor de los moribundos, los gritos de las mujeres, las invocaciones á los Santos y el estridente grito de guerra del enemigo.

«No había más amparo que la huída, dice Díaz del Castillo, y eso es lo que hicimos, pues ¡ay del que hubiera querido conservar el orden! También Cortés y sus oficiales, que iban de avanzada, galopaban desesperadamente para alcanzar la tierra firme, y sin mirar atrás, y en ello no hacían mal, pues los jinetes no podían ayudar á nada porque estaban rodeados como nosotros de huestes enemigas, que presentaban unas largas picas en las que quedaban embotadas nuestras espadas. ¡Qué indecible dolor y angustia pasamos en aquella noche, á la que se ha bautizado con justicia con el nombre de *noche de la tribulación!* Pero peor hubiésemos librado si hubiera sido de día. Sólo por un milagro pudimos salvarnos en parte.»

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Unos cien españoles que no pudieron seguir á sus compañeros sobre los diques se retiraron á la ciudad, atrincherándose en un templo. Tres días resistieron á toda la población, pero al fin tuvieron que rendirse transidos por la sed y extenuados por el hambre, y murieron sacrificados ante los altares de los ídolos aztecas.

Los que pudieron escapar á la muerte y llegar con felicidad á tierra firme reuniéronse, según se dice, en las inmediaciones del actual Popotla. Aún se enseña en aquel sitio un inmenso ciprés que cuenta más de mil años, y cuyo tronco no tiene menos de 18 metros de circunferencia. Dícese que bajo de él pasó Cortés las más amargas horas de su vida en la *noche de la tribulación.* Al rayar el día emprendieron la marcha hacia una eminencia situada á corta distancia, en cuya cúspide había un templo de sacrificios y otras construcciones.



El entierro de Motezuma
(De un antiguo diseño mexicano)

Llegaron felizmente á aquel promontorio, donde levantaron un sólido campamento; cuando pasó Cortés revista á su pequeño ejército, comprendieron todos las grandes pérdidas que habían sufrido aquella noche horrible.

Los datos acerca de la importancia de éstas no están acordes; en sus cartas habla Cortés de haber perecido 150 españoles, más de 2,000 aliados indios y 45 caballos (1). Entre los desaparecidos hallábanse también un hijo y varias hijas de Motezuma, así como otras personas principales. Habían perdido además todos los cañones, todos los bagajes, y gran parte de los tesoros que llevaban.

Con el corazón oprimido pensaba Cortés en el porvenir, preguntándose angustiado qué podría hacer para salvar la vida de todos los que habían escapado á la matanza y que miraban en él al único salvador. Por más que no sabía si la fidelidad de los tlascaltecas subsistía en aquellos días de prueba y de desgracia, decidió volver á aquella república.

Algunos tlascaltecas que habían escapado á la venganza de los aztecas ofreciéronse á servirle de guía, y á la noche siguiente emprendió la marcha la pequeña hueste en dirección Norte para rodear el lago de Tezcoco. Llevando en medio custodiados á los heridos, deslizábanse los fugi-

(1) Thoan Cano, que tomó parte en el combate, dice que murieron 1,000 españoles y 8,000 tlascaltecas; Gomara asegura que fueron 450 españoles y 4,000 aliados.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tivos por la llanura, acechados constantemente por enemigos ávidos de su sangre, que sólo esperaban que se agotaran por completo sus fuerzas para caer sobre ellos.

Apenas recorrieron tres leguas en toda aquella noche y el siguiente día, acampando al anochecer en el promontorio en que está situada actualmente la magnífica iglesia de peregrinación de Guadalupe, para descansar algunas horas. Una hora después de la media noche emprendieron nuevamente el camino por entre los lagos de Xaltocán y Tezcoco en dirección Nordeste. La miseria había llegado á su colmo, teniéndose que alimentar de frutos silvestres y carne de algunos caballos muertos. Lo que les hacía sufrir mayores tormentos era la sed, que no podían apagar en las saladas aguas del lago de Tezcoco.

Esquivándose constantemente de sus perseguidores, llegaron al quinto día de marcha á las llanuras de Otompán (hoy Otumba), en las que vieron las dos formidables pirámides de Teotihuacán.

La mayor de éstas se eleva, formando cuatro terrazas, hasta una altura de 69 metros. La base de la parte de Norte á Sur mide 232 metros, y la de Este á Oeste 220. Sobre la plataforma superior se alzaba un templo en el que había una colosal estatua dedicada al Sol. Cuando salía éste por la mañana detrás de la montaña daban sus rayos sobre una gran plancha de oro bruñido colocada sobre el pecho de la estatua, siendo visible su brillo á gran distancia.

La pirámide consagrada á la Luna es más pequeña, y desde ella parte una doble fila de innumerables cerrillos que pasan por la del Sol, y en cuyo centro hay una ancha calle. Es el célebre camino de los muertos, pues en aquellos cerrillos duermen el último sueño todos los nobles y grandes del reino tolteca, tan floreciente y culto en otro tiempo (1).

Hacía ya una hora que habían cruzado los españoles la llanura cuando de repente volvieron á galope tres jinetes de los que formaban la vanguardia con la noticia de que se veía á lo léjos un poderoso ejército azteca dispuesto á cerrar el paso á los españoles. Y, en efecto, pronto vieron los trajes matizados y blancos de inmensa hueste guerrera que ocupaba el campo. Una espantosa batalla tuvo lugar, en la que de tal modo se confundieron amigos y enemigos que no podían distinguirse unos de otros. Cortés fué herido por dos grandes pedradas en la cabeza.

El combate duró todo el día, y es posible que hubiera terminado muy mal para los europeos á no ser por una valiente hazaña del jinete Juan de Salamanca.

---

(1) En la obra *The ancient Cities of the New World*, págs. 128 á 151, de Charnay, puede verse más sobre este particular. Los templos y santuarios fueron destruídos después de la conquista de México por el fanático obispo Zumárraga.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En medio del tumulto vieron aparecer de repente un jefe azteca ricamente vestido. Sus armas brillaban por el mucho oro que tenían, y enar-



El ciprés de la *noche de la tribulación* (De una fotografía)

bolaba una alta y valiosísima divisa, adornada con plumas de color verde oro En cuanto le vió Cortés arremetióle en unión de algunos de sus más bravos jinetes con tal pujanza que se le cayó la divisa. Rehízose y trató

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de huir con su estandarte, pero fué alcanzado por Juan de Salamanca, que le mató de un certero golpe. Esto decidió la batalla. Los aztecas emprendieron la fuga, siendo perseguidos un buen trecho por la caballería española.

Por fin, sin ningún otro encuentro, llegaron dos días después del combate á la frontera de la república de Tlascala, deteniéndose bastantes días en el lugar de Gualiopán, cuyos habitantes recibieron amistosamente á los españoles. Allí fueron á saludar á Cortés los cuatro caciques que gobernaban el país, para darle la bienvenida y expresar su sentimiento por el desastre sufrido.

En Tlascala no sólo hallaron los españoles la mejor acogida, sino también la asistencia más esmerada, cosa que necesitaban en gran manera, pues ni uno había salido ileso de los combates.

Cortés había perdido dos dedos de la mano izquierda y sufría mucho á causa de las pedradas que recibió en la cabeza en la batalla de Otompán.

Por fortuna, la fidelidad de los tlascaltecas perpetuóse del modo más fiel y constante, y habla muy en favor de la entereza de este pueblo la circunstancia de haber rechazado una embajada cargada de ricos regalos de los aztecas que fueron á proponerles se uniesen á ellos para combatir á los españoles.

Por más que la situación de Cortés fuese bastante insegura en un principio, sobre todo á causa de reinar gran desanimación entre las gentes de Narváez, que querían volverse á Cuba, consiguió al fin, gracias á sus hábiles y brillantes discursos, animarlos para otras empresas, y apenas se les cicatrizaron las heridas, cuando ya emprendieron algunas campañas contra algunas tribus convecinas, en las que no sólo alcanzaron buen éxito, sino que también rico botín.

Igualmente consiguió que se uniesen á él varias de las fuerzas enviadas por Velázquez á Narváez, al que creía dueño del país, y ganó también á la tripulación de un buque enviado por Garay, el gobernador de Jamaica, con lo cual obtuvo un refuerzo de 150 hombres y 20 caballos.

Cortés veía brillar de nuevo su estrella, avivándose con esto su deseo de emprender nuevas hazañas. Decidió dar otro ataque al reino azteca y á su capital Tenochtitlán. Antes de partir mandó desde la nueva colonia de Segura de la Frontera un detallado relato, fechado el 30 de octubre, al emperador Carlos V, de todos los acontecimientos que habían tenido lugar hasta entonces, y proponía que á aquel país, que por su gran extensión, fertilidad y otras muchas circunstancias guardaba gran semejanza con España, se le diera el nombre de la Nueva España del mar Océano.

Hacia mediados de diciembre del año de 1520 volvió Cortés á Tlascala para ultimar los preparativos de su campaña contra los aztecas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Habiendo vuelto victorioso de gran número de campañas y batallas, fué objeto de un brillantísimo recibimiento por parte de los habitantes de la ciudad, y obsequiado con fiestas, juegos y cánticos. Un orador tlascalteca le aclamó delante de todo el pueblo como el *vengador de la nación*. Para la alianza de españoles y tlascaltecas fué sumamente importante el hecho de que los caciques de la república se declarasen dispuestos á abrazar el Cristianismo. Aún enseñan en el convento de Franciscanos de Tlascala, situado en una eminencia, un antiguo púlpito de piedra, desde el cual fué predicado por vez primera el Cristianismo, como asimismo la sencilla pila bautismal, sin adorno alguno, que mide un metro de altura por uno y medio de diámetro, en la cual recibieron el agua regeneradora del bautismo los caciques de la república.



Pila bautismal española existente en el convento de Franciscanos de Tlascala
(Dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

Algunos días después de terminadas estas ceremonias y festividades dispúsose Cortés á marchar. Verdad es que sólo contaba con 550 españoles; pero en cambio vióse reforzado por un gran ejército de tlascaltecas. Este se componía, según datos, de 100,000 hombres, cifra que nos parece por demás exagerada. De gran importancia fué el haber ordenado Cortés que para atacar la ciudad también por los costados, y para que no dependiese otra vez la vida de sus hombres exclusivamente de la conservación de los diques, se construyesen 13 bergantines, que, desarmados en parte, fueron conducidos por cargadores indios hasta las orillas del lago de Tezcoco.

Sin esperar á que estuviesen terminadas estas embarcaciones partió Cortés con el ejército principal el día 24 de diciembre, pasando de nuevo por la loma de la montaña que hay entre Popocatepetl é Iztaccihuatl, y llegó el 31 del mismo mes ante las puertas de la ciudad de Tezcoco, cuyos habitantes salieron al encuentro de los españoles con un estandarte de oro en señal de paz.

Rogaron á Cortés que se albergase durante la noche en un alojamiento de los arrabales de la ciudad, pues su soberano, á causa de su inesperado arribo, no había podido hacer ningún preparativo para recibirle. Cortés

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

accedió á este ruego, pero á la mañana siguiente descubrió que por la noche habían huído casi todos los habitantes de la ciudad, juntamente con su jefe, llevándose todo cuanto poseían, buscando refugio unos en los pueblos vecinos y trasladándose otros en canoas á Tenochtitlán.

De entre los pocos que habían quedado eligió Cortés un nuevo cacique llamado Ixtlilxochitl, que, dócil instrumento de Cortés, contribuyó mucho á asegurar la dominación española en Anahuac.

En Tenochtitlán habían tenido lugar entre tanto diversos acontecimientos. El sucesor de Motezuma, que era su hermano Cuitlahua, murió de las viruelas importadas á México por los españoles. La dignidad soberana recayó, por lo tanto, en su sobrino Quauhtemoctzín ó Guatemozín, hombre sumamente audaz y decidido, de veinticinco años de edad, y que parecía destinado como ningún otro á defender la independencia de los pueblos de Anahuac contra la dominación de los conquistadores españoles. Con gran previsión había tomado todas las disposiciones necesarias para hacer un caluroso recibimiento á los españoles.

Cortés decidió, antes de emprender el ataque contra Tenochtitlán, asegurarse la dominación de los numerosos pueblos situados á las orillas de los lagos, con el fin de que no le sorprendieran sus habitantes por la espalda. Después de sangrientas batallas fueron sometidos muchos de estos lugares, entre ellos Iztapalapán y Chalco; otros se pusieron voluntariamente á las órdenes de los españoles. Terminada esta importante empresa, emprendió Cortés un viaje de exploración en la parte meridional del valle de México y alrededor del lago de Tezcoco, que le condujo á través de Coatepec hasta Quauhnahuac, la actual Cuernavaca.

El regreso lo verificaron pasando por la ciudad de Xochimilco, durante cuya conquista sólo con gran trabajo pudo librarse Cortés del peligro de ser hecho prisionero y sacrificado.

Continuaron su camino por Coyohuacán, Tlacopán y Acolmán hasta volver á Tezcoco, en el que 8,000 trabajadores indios habían construído entretanto un ancho canal de 4 metros de profundidad, que conducía desde la ciudad hasta la orilla del lago, situado á media hora de distancia de ésta, destinado á la botadura de los 13 bergantines. Era el 28 de abril del año de 1521, cuando fueron fletados los barcos, que pronto se balancearon en las saladas ondas del lago de Tezcoco con sus velas hinchadas por el viento y sus orgullosas banderas desplegadas. Cada uno de los barcos iba provisto de un cañón y la tripulación suficiente. El ejército de tierra había sido nuevamente reforzado por una hueste de 200 guerreros procedentes de La Española y que habían ingresado en las filas de Cortés. Este disponía, por lo tanto, de una fuerza de 800 soldados de infantería y 87 de caballería, además de 3 cañones pesados y 15 más ligeros. A esto se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

unía el importante ejército tlascalteca. Esta respetable fuerza fué dividida por Cortés en tres divisiones iguales: la primera estaba al mando de Pedro de Alvarado y tenía que situarse en Tlacopán, al Oeste del lago de Tezcoco; la segunda fué encomendada á Cristóbal de Olid para que se dirigiera á Coyohuacán, al Sur de la ciudad de Tenochtitlán, y la tercera, á las órdenes de Gonzalo de Sandoval, se situó en Iztapalapán. Una vez que hubieran llegado los tres cuerpos de ejército á su destino, podía empezar el sitio de la ciudad.



Casa que habitó Cortés en Coyohuacán durante el sitio de México
(Dibujada del natural por Rodofo Cronau)

Las primeras medidas que tomaron fueron ocupar los extremos de los tres diques que unían la ciudad con el continente, destruyendo también la conducción de agua que, partiendo de Chapultepek, surtía á los habitantes de Tenochtitlán. Mientras tanto trató Cortés con la escuadra de apoderarse del lago, con tan buena suerte que en el primer encuentro que tuvo con las numerosas canoas de los aztecas consiguió echarlas á pique en unión de sus tripulaciones. El mismo día consiguió sin grandes pérdidas asaltar el baluarte de Xoloc, ganando con esto una importante posición de defensa.

Después de esta brillante victoria asentó Cortés su cuartel principal en Coyohuacán, donde aún se enseña aquel edificio de un solo piso que mandó levantar durante el sitio de Tenochtitlán, y que siguió habitando después de la toma de la ciudad.

Dando á cada cuerpo de ejército algunos barcos, ordenó el conquistador cegar los espacios de agua que existían entre los diques á fin de tener un

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

camino recto para la ciudad y no depender de los puentes de madera, que con tanta facilidad podían ser destruídos. Por la posesión de los diques librábanse en todas partes sangrientos combates, pues los aztecas defendían el terreno palmo á palmo con la mayor terquedad, sucediendo con frecuencia que, cuando habían conseguido cegar una abertura, encontraban destruído su trabajo á la mañana siguiente.

Cuanto más se aproximaban á la ciudad, más numerosos eran los fosos y trampas, así como las empalizadas y terraplenes ó vallas construídas por el enemigo. Este mostraba un valor y resistencia á toda prueba; día y noche surcaban los aztecas con sus ligeras canoas los pasos de los diques, arrojando sobre los españoles una lluvia de piedras y flechas, y lanzando al mismo tiempo su estrindente grito de guerra, el cual no podían acostumbrarse á oir los europeos. Al fin, después de semanas enteras de trabajo y á costa de grandes pérdidas, se hicieron éstos dueños de los diques y penetraron hasta la ciudad.

Entonces tuvieron lugar muchísimos y sangrientos combates en las calles, luchándose por ambos lados con igual encarnizamiento y variando alternativamente la fortuna entre unos y otros, pues si algunas veces llegaban á penetrar los españoles en la ciudad, tenían que retirarse ante los violentos ataques de los sitiados. Una vez consiguieron llegar victoriosos hasta el gran Teocalli, cuya colosal masa se elevaba siniestra sobre la ciudad. Pero no era posible todavía conservar aquella plaza, pues tanto de día como de noche tenían que defenderse contra el enemigo, que los rodeaba por todas partes.

Limitáronse en un principio los españoles á renovar de día en día los ataques y á destruir los baluartes y barrios que podían servir de defensa al enemigo. Al propio tiempo cruzaban sin cesar las embarcaciones por delante de la ciudad al objeto de impedir que sus habitantes se proveyesen de víveres, con lo cual sufrían los aztecas grandes privaciones; pero, esto no obstante, seguían combatiendo impertérritos y rechazando toda proposición de paz.

No siempre favorecía la fortuna á los españoles; pues una vez que en el ardor del combate se internaron demasiado y dejaron sin obstruir una de las aberturas de los diques, lo pasaron muy mal. Cortés, que combatía en las primeras filas, se vió en inminente peligro, pues fué vencido por seis jefes aztecas que trataron de apoderarse de su persona; y si no hubiera sido porque algunas de sus gentes se sacrificaron por él sacándole del tumulto y llevándoselo precipitadamente, no hubiera podido salvarse, pues había sido herido en una pierna y no podía caminar.

Aquel día fué de completa desgracia para los españoles, que, enteramente acorralados por los defensores de la ciudad, tuvieron que retirarse

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á su cuartel de Tlacopán. Sin duda había hecho Quauhtemoctzín un supremo esfuerzo para librarse de los aborrecidos agresores. Esto lo demostraban no sólo la desesperada lucha que sostenían los indios, sino el redoble del gran tambor de guerra del gran Teocalli y el toque de las trompetas de alarma con que ordenaba el soberano á sus huestes vencer ó morir.

Más de sesenta españoles y mil tlascaltecas murieron aquel día, como igualmente seis caballos. Y cuando llegó la noche y el lúgubre sonido del gran tambor y el estruendo producido por los cuernos y trompetas de guerra llegaron hasta el cuartel de los españoles, vieron éstos con el corazón desgarrado largas filas de prisioneros que ascendían las altas escaleras del templo. Entre ellos iban algunos que á juzgar por el color de su rostro eran españoles, y el mayor horror se apoderó de los espectadores cuando vieron que los aztecas adornaban con plumas á los desgraciados y les obligaban á bailar ante los ídolos, tendiéndolos después sobre las piedras de inmolación para rasgarles el pecho y arrancarles el corazón. «Tuvimos que presenciar esto, dice Díaz del Castillo, sin poderlos socorrer. No necesito describir el estado de nuestro ánimo, y sin embargo esta pena no era la única que teníamos, pues nuestra situación se hacía cada vez más difícil.»



Tipo de un azteca

Quauhtemoctzín envió después de la victoria las cabezas de los blancos sacrificados, como un trofeo, á los aliados de los europeos, con la amenaza de los más severos castigos si no se separaban de ellos. Intimidados por esto, algunos jefes de las tribus aliadas se alejaron con sus tropas en el silencio de la noche.

Sin desanimarse por esto, y al cabo de algunos días de descanso, prosiguieron los españoles la conquista de la ciudad, llegando al fin, después de un asalto general, hasta aquellas fuentes de donde se proveían de agua los habitantes de la misma. Consiguieron destruirlas, algunos días

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

después fué tomado también el gran mercado de Tlatelolco, y de este modo iban conquistando el terreno paso á paso. Cortés mandó destruir por completo todas las partes de la ciudad tomadas, y cegar con los escombros de las casas los canales á fin de cortar toda defensa al enemigo, que había convertido cada edificio en una fortaleza, y no verse tampoco ellos detenidos en su marcha por el gran número de fosos construídos.

Por más que los aztecas trataron de impedir por todos los medios los trabajos de los sitiadores, la ruina de la ciudad estaba decretada, mucho más por haber obtenido los españoles un poderoso aliado que logró quebrantar la gran resistencia de los aztecas. Era la implacable muerte, que visitaba los pocos cuarteles que habían conservado los sitiados, mermándolos á centenares por medio del tifus, del hambre y de la peste. Todas las inclemencias que arroja la guerra sobre una gran ciudad sitiada llovieron sobre aquellos desgraciados, que trataban de aplacar su hambre rabiosa con raíces, ratas, hierbas y hasta con cortezas de árbol.

A pesar de esto no pensaban en rendirse. Diariamente reuníanse en rededor de su heróico soberano y parecían dispuestos, como él, á no sobrevivir á la ruína de la ciudad. Inútilmente enviaba Cortés mensajeros á Quauhtemoctzín con proposiciones de paz, pues éstas eran fríamente rechazadas, llegando al extremo de que el monarca ordenase, bajo pena de muerte, que ninguno de sus súbditos hablase de paz ó de capitulación. Y así proseguía aquella espantosa guerra hasta el último extremo; cada día caían centenares de templos y palacios bajo las hachas de los españoles, ó eran incendiados. Todo cuanto les era sagrado y querido á los aztecas fué destruído, y Tenochtitlán presentaba el aspecto de una inmensa ciudad en ruinas. En todas partes donde entraban veían los españoles horribles cuadros de miseria y muerte. En las calles, en los rincones de las casas y en los patios hallaban cadáveres espantosamente desfigurados, cuyos escuálidos rostros acusaban bien claro las terribles privaciones que sufrían los habitantes de la ciudad. Ya habían sido conquistadas siete octavas partes de la misma cuando se decidió Cortés á asaltar el último refugio de los sitiados, la parte Norte, llamada Tlatelolco. Cortés, Alvarado y Olid tomaron el mando de la caballería é infantería, y á Sandoval se le dió orden de atacar la ciudad por la parte de los lagos. No bien se dió la señal de ataque, cuando comenzó una espantosa matanza. Por todas partes se oían los disparos de los españoles, y en dirección del lago el estruendo de los cañones, á los que se mezclaban los gritos de los soldados animándose mutuamente al combate y los gritos de guerra de los aliados indios. Ciegos por la desesperación, lanzáronse los aztecas contra los asaltantes, y pronto quedaron las calles y las casas sembradas de cadáveres. Formando arroyos corría la sangre hacia los canales, subían á gran altura

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

columnas de fuego y humo, y se derrumbaban los calcinados edificios, sepultando bajo sus escombros centenares de personas. «Tan espantosa era la matanza y tales los gritos de las mujeres y de los niños, que no había ninguno entre nosotros al que no se le partiese el corazón al ver aquel dolor.» Esto escribe el mismo Cortés, el duro conquistador, en carta dirigida al emperador Carlos V. Según su informe, perdieron aquel día la vida 40,000 hombres. Tan sólo cuando hubo anochecido terminó el combate, retirándose los españoles de aquella parte de la ciudad por no poder resistir el hedor que despedían tantos cadáveres.

Cuando en la mañana del día 13 de agosto, septuagésimo quinto del sitio, fué como tantas veces rechazada la intimación de rendirse, decidióse Cortés á dar el último golpe. Sandoval tomó de nuevo el mando de la escuadra con el encargo sobre todo de evitar que se fugara por el lago el soberano de los aztecas. Cortés dirigió el asalto desde la plataforma de un templo, que fué mucho más terrible y sangriento que el del día anterior. Después de muchas horas de combate fueron acorralados los aztecas con sus barcos en el dique que conducía á Tepeyac, y al verse perdidos arrojábanse á millares entre las olas para no volver á parecer jamás. Gran número de nobles se habían hecho fuertes en algunos templos, pero el nutrido fuego de los pesados cañones los sepultó bajo sus ruinas. De este modo siguió el combate y la matanza hasta la tarde, en que, viendo los aztecas la inutilidad de su resistencia, cogieron á sus mujeres é hijos y embarcándose en los botes que tenían preparados al efecto en los canales, pronto se vió el lago cubierto de embarcaciones. Sandoval trató de obstruirles el paso, y ordenó á los suyos que observaran principalmente aquellos botes en que pudiera encontrarse el soberano azteca. El que le viese debía hacerle prisionero con todo el respeto debido á su persona.


Medalla con el retrato de Hernán Cortés

En efecto, pronto se vieron tres ó cuatro grandes barcas primorosamente talladas y provistas de toldos, que se esforzaban en llegar á la orilla Norte del lago, y que antes que lo consiguieran fueron alcanzadas por el bergantín mandado por García Holguín, que navegaba á velas desplegadas, y que les dió la voz de alto. Los tripulantes de las barcas no qui-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

sieron obedecer, y entonces amenazóles García con disparar sobre ellos, y antes de que pusiera en práctica la amenaza se presentó Quauhtemoctzín dándose á conocer como soberano de Tenochtitlán. La noticia de su prisión puso fin á la resistencia de los aztecas.

Sandoval y García Holguín condujeron al vencido monarca, que era un hermoso joven de 25 años de edad, de rostro sumamente expresivo, ante Cortés, quien recibió á su valiente contrario con la mayor consideración. Con paso firme avanzó hacia él Quauhtemoctzín diciéndole: «Malintzín, he hecho todo lo que estaba en mis fuerzas y en las de mi pueblo para conservar nuestra independencia. Esta ya ha terminado, y podéis disponer de nosotros como queráis. Yo estoy ante tí como prisionero, y te ruego que saques el puñal que llevas en el cinto y me atravieses con él.» Cortés contestó que el valor de Quauhtemoctzín le había hecho acreedor á su mayor aprecio, y que un español sabía también considerar á su enemigo; que continuara siendo soberano de Tenochtitlán, y que esperaba tenerle por amigo. Consolado con esto aceptó el regio prisionero, en unión de los suyos, el banquete que se le ofreció, siguiendo después sin resistencia alguna á Sandoval, que era el encargado de albergarle, juntamente con su familia, en casa de Cortés en Coyohuacán. A ruegos del soberano permitió Cortés á los aztecas sobrevivientes que abandonasen la ciudad, que se hallaba convertida en un verdadero cementerio, pues en todas las calles y en los canales veíanse montones de cadáveres y el aire era irrespirable, por lo infecto, desde gran distancia. Se dió la señal de partida, y al instante viéronse desfilar sobre los diques largas filas de hombres, mujeres y niños, demacrados, con los ojos hundidos, y en tal estado que inspiraban la mayor compasión. Tres días y tres noches duró el desfile del hambre y la miseria, y en cuanto cesó envió Cortés cierto número de hombres á la ciudad para que viesen el estado en que se hallaba.

«Entonces vimos, dice Díaz del Castillo, sinnúmero de muertos por todas partes, y de cuando en cuando se encontraban algunos vivos que por hallarse sumamente débiles no habían podido emprender la marcha.

»Todas las calles y plazas estaban como surcadas por el arado, pues los habitantes de la ciudad habían arrancado todas las raíces del suelo y hasta mondado los árboles, para con la corteza amortiguar el hambre voraz que los dominaba. En verdad que ningún pueblo de la tierra ha soportado jamás tanta miseria y penalidades como éste.»

Para limpiar y desinfectar cuanto antes la ciudad tomáronse las más enérgicas disposiciones. En las plazas se encendieron grandes hogueras, en las cuales se quemaban los cadáveres. No puede precisarse con exactitud el número de hombres que perdieron la vida en aquella ciudad, pues los datos fluctúan entre las cifras de 120,000 á 240,000.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Carlos V

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Las riquezas encontradas no correspondieron á las esperanzas que se abrigaban. Gran parte de los tesoros habían sido ocultados por los aztecas, y otros, según datos, arrojados al lago algunos días antes de la rendición de la ciudad. La parte de botín que correspondió á los soldados fué tan insignificante que algunos desdeñaron aceptarla y culparon á Cortés de haberse apropiado arbitrariamente gran parte de él.

Poco después de hallarse limpia la ciudad comenzó Cortés su reconstrucción. Desechado el proyecto de trasladar la residencia á Tezcoco ó á otra ciudad vecina, aprovechó el material existente para erigir en lugar de la antigua Tenochtitlán la nueva México, aún más magnífica. El teocalli dedicado á Huitzilopochtli, *Dios de la guerra*, fué echado abajo y sustituído por una iglesia consagrada á San Francisco, en cuyo lugar se construyó la catedral actual el año de 1573. La mayoría de los canales fueron cegados, las calles ensanchadas, y se erigió un fuerte para seguridad de la ciudad. Con la tranquilidad del país volvieron poco á poco los emigrados; así es que algunos años después de la conquista tenía ya la ciudad de México una población de 30,000 familias indígenas. Cuando comenzaron á regularizarse los asuntos, muchos españoles emigraron allí, y esto hizo que la ciudad que por tan terribles pruebas había pasado fuese floreciendo de nuevo. Un grabado de la época da una vista de la ciudad poco después de su reconstrucción por los españoles. En el centro de ella se ve el gran mercado, de cuyas inmediaciones ha desaparecido ya el gran teocalli. Aún está unida al continente por medio de diques la antigua residencia del soberano de los aztecas, mostrando su primitiva condición de isla, que debía desaparecer más tarde al secarse parte del lago de Tezcoco; mas no es ya aquella orgullosa ciudad de México de la cual podía afirmar con razón un viajero que hubiese viajado por luengas tierras, que ninguna ciudad de Europa podía compararse con ella en hermosura y riqueza.



Figura azteca de piedra, existente en el Museo de Instrucción Pública de Leipzig.



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Aposento interior del derruído palacio de Mitla (de una fotografía de la expedición Bates)

ÚLTIMAS HAZAÑAS DE CORTÉS Y SU MUERTE

Con suma rapidez cundió por todo México la noticia de la destrucción de la ciudad de Tenochtitlán, y de todas las partes del país acudían emisarios con el encargo de cerciorarse por sus propios ojos de la veracidad de semejante noticia, que parecía increíble.

Entre los enviados había también algunos del cacique de Michoacán, cuya comarca estaba situada al Noroeste de Anahuac. Por ellos tuvo Cortés noticia de un dilatado mar que confinaba con su país hacia Poniente, y por extremo exaltado con semejante revelación, envió á algunos españoles con objeto de que penetrasen en aquel mar y tomasen posesión de él en nombre del rey de España. Partiendo en dos grupos, y por distinto

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

camino, llegaron ambos al mar del Sur: uno al que fué más tarde puerto de Zacatula, y el otro á la costa de Tehuantepec.

Volvieron estos emisarios, y poco después mandó Cortés algunas huestes, capitaneadas por Sandoval y Alvarado, que consiguieron en poco tiempo someter todas las comarcas situadas al Oeste y Sur de la alta llanura de Anahuac hasta el mar.

Mayores fueron las dificultades para vencer á los guerreros zapotecas, que en unión de los mixtecas, con los que les unían lazos de parentesco, habitaban un gran país abrupto al Sudeste de Anahuac. Fuertes y bien formados, valientes y feroces en el combate, habían dado ya mucho que hacer á los aztecas y jugaban un papel importantísimo entre las diferentes tribus de México. Se distinguían por una antigua y especialísima cultura. Su forma de gobierno tenía la particularidad de que al lado del rey había un sumo sacerdote, al que daban el nombre de *Wiyatao*, ó sea *aquel que todo lo ve*, que reinaba en unión del monarca y tenía grandísima influencia en todos los asuntos del Estado. Era más honrado que el mismo rey, el cual le temía y respetaba, y, al igual que sus súbditos, sólo podía presentarse ante él descalzo, envuelto en groseras vestiduras y con los ojos bajos. Decían que ninguna persona de su pueblo podía mirar su rostro sin caer inmediatamente muerto. Todos los asuntos se resolvían con arreglo á sus palabras, que eran consideradas como oráculos, y que salían entrecortadas de sus labios durante sus extáticos arrobamientos. Era mirado como único intermediario entre Dios y los hombres, la fuente de todas las gracias y bienandanzas; era un *dalai-lama* indio ó pontífice. Obligado á hacer voto de castidad, estábale permitido una sola vez al año embriagarse, y entonces le entregaban á la doncella más hermosa del país. Si nacían hijos de estas uniones, recaía más tarde en el mayor la dignidad de gran sacerdote, mientras que los otros tenían que contentarse con puestos secundarios. Mientras que el rey tenía su residencia en Zaachilla-Yoho (Teotzpotlán, en lengua azteca), la del Wiyatao estaba situada en Micla, la actual Mitla del valle de Oaxaca; y las bien conservadas é interesantísimas ruinas del antiguo palacio de estos sacerdotes indios constituyen el punto de reunión de todos los investigadores científicos que visitan á México. La ornamentación interior del palacio y del templo contiguo es sumamente rica, y denota mucho gusto. Todos los muros están estucados y pintados en parte de un color rojo cuyo tono recuerda al de Pompeya.

Los aposentos son, por regla general, largos y estrechos, y su ornamentación, como ya hemos dicho, sumamente rica, realzada por pequeñas piedras labradas con regularidad y formando caprichosos dibujos, tales como líneas meándricas, encasillados y adornos de palitos. Estas ruinas,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que se conservan muy bien en su mayoría, presentan con sus hermosas fachadas un aspecto sumamente pintoresco y recuerdan los monumentos conmemorativos de los antiguos griegos y romanos.

También en otras artes habían hecho grandes progresos los zapotecas. Dedicábanse con preferencia á la cerámica, y sabían hacer muy fieles retratos, figuras de dioses y otros objetos. Por más que al principio se resistiesen vivamente los zapotecas á reconocer la soberanía española, pronto tuvieron que someterse á ella, lo mismo que sus vecinos los habitantes de los distritos de Tutepec y Tehuantepec y los de la comarca de Panuco, que lindaba con el golfo de México; de este modo pudo considerarse Cortés dueño de todos los territorios del centro de México. La recompensa que obtuvo por estos éxitos fué la deseada confirmación de los cargos de gobernador superior y juez supremo de Nueva España, otorgada por decreto firmado por el emperador Carlos V en Valladolid el 15 de octubre del año de 1522. Con esto había vencido brillantemente á sus numerosos adversarios, que tanto tiempo habían tratado de impedir tal confirmación. El gobernador Velázquez, al ver tan terriblemente defraudadas sus esperanzas, tomó tan á pechos el triunfo de Cortés que cayó presa de una melancolía profunda, muriendo pocos meses después de expedido el dicho decreto.



Cabeza de un sacerdote zapoteca, copiada por R. Cronau de una escultura existente en el Museo Nacional de México

A partir de aquel instante consagró Cortés todo su interés á la colonización del país, exigiendo severamente á los colonizadores españoles la plantación de valiosos vegetales.

Además de algunas especies de granos europeos, fué importada la caña de azúcar, que en unión del añil, el algodón y la cochinilla constituía un

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

valiosísimo artículo de comercio. También se plantaron extensos viñedos, pero principalmente se dedicaron á la explotación de las ricas minas de oro y plata, que juntamente con los bancos de perlas dieron á España inagotables riquezas.

Tanto el terreno como sus habitantes fueron repartidos entre los conquistadores, lo mismo que las otras colonias españolas, teniendo que sufrir los indios una penosa servidumbre. Con ardiente afán fué emprendida por frailes llamados de México la tarea de convertir al cristianismo á los indígenas; los templos paganos, en los que tanta sangre se había derramado, fueron demolidos y reemplazados por templos cristianos. Pero aunque se procediese con bastante violencia á esta conversión, destruyendo inútilmente muchas esculturas y ejemplares de escritura y de figuras, poco á poco fueron los indios convirtiéndose á la nueva religión, mucho más por haber sabido los frailes amalgamar, con gran habilidad, algunas reminiscencias paganas con las prácticas evangélicas. También se hicieron algunas concesiones, como por ejemplo permitir algunos bailes y usos paganos hasta en el interior de la iglesia en ciertas festividades, costumbres que aún se observan en la actualidad en México.

Pero los lentos trabajos de colonización no podían satisfacer por mucho tiempo al espíritu ávido de hazañas de un Cortés, pues su antigua inclinación á hacer descubrimientos y conquistas estaba siempre viva en su mente, y fué de nuevo excitada al llegar de España por la noticia del viaje de Magallanes alrededor del mundo. Este intrépido navegante había conseguido, por medio de una atrevida travesía, circundar las partes meridionales del Nuevo Mundo y penetrar hasta las islas de la Especiería. A causa de esto, al mismo tiempo que estaba resuelto el gran problema náutico del siglo, de si era posible llegar á la India por la parte de Occidente, también se había demostrado que la travesía á la India, pasando por el extremo meridional del Nuevo Mundo, era empresa sumamente peligrosa y larga, y que si se pudiera conseguir encontrar un camino recto á la India entre México y el estrecho de Darién, este descubrimiento reportaría inmensos beneficios á España. Todo el pensamiento de Cortés concentróse en hallar un paso que enlazara las aguas del Océano Atlántico con las del mar del Sur, y á este objeto preparó una serie de costosas expediciones que, unas por mar y otras por tierra, se dedicasen á resolver este importante problema.

La primera de estas expediciones debía de partir del puerto de Zacatula, situado en la costa del país de Michoacán; pero un incendio que tuvo lugar en el astillero destruyó los barcos que se habían construído antes de ser botados. Sin desanimarse por este incidente envió Cortés á sus dos capitanes Olid y Alvarado para proseguir los reconocimientos y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ensanchar al propio tiempo más hacia el Sur el reino de Nueva España. Mientras el segundo hacia fines del año de 1523 se internaba por tierra, abandonó el primero, en enero del año de 1524, con cuatro barcos el puerto de Veracruz para dirigirse por mar á Honduras.

Ambas expediciones revisten demasiada importancia para que no nos ocupemos minuciosamente en ellas. Alvarado, que partió de México en compañía de 300 soldados de infantería española, 135 de caballería y 20,000 guerreros indios, llevaba el encargo de conquistar la provincia de Quauhtemallán, hoy Guatemala, cuyos habitantes habían siempre rechazado toda proposición de hacerse vasallos del emperador Carlos V. Sin grandes pérdidas penetró Alvarado hasta Tehuantepec, cuyos caciques se habían sometido voluntariamente á los españoles. Sólo después de haber atravesado la comarca de Soconusco encontraron resistencia, teniendo que librar en las gargantas y estrechos pasos de la sierra, que tenía muchos volcanes en erupción sangrientos combates con los habitantes de Quauhtemallán, defendidos por gruesas y largas corazas de algodón. La batalla más encarnizada fué la de Xulahuh, la actual Quetzaltenango, donde el soberano de Quauhtemallán, llamado Tecum-Umam, á la cabeza de un inmenso ejército, salió al encuentro de los españoles, retando personalmente á Alvarado para que se batiese con él. Después del tercer ataque cayó al suelo atravesado por la lanza del esforzado capitán, expirando á los pocos momentos. Esto decidió la victoria de los españoles, pues el camino á la ciudad estaba franco. Chinanivalut, hijo y sucesor del rey, invitó á los europeos á visitar su residencia, llamada Utatlán, situada en las inmediaciones de la actual Santa Cruz de Quiché, que podía competir por la magnificencia de sus palacios con Tenochtitlán.



Retrato zapoteca

dibujado por Rodolfo Cronau, según original existente en el Museo Nacional de México

Toda la ciudad estaba rodeada de barrancos y sólo dos estrechos pa-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

sos, que podían defenderse fácilmente, daban acceso á ella. En el centro estaba emplazado el palacio real, teniendo á su alrededor las casas de los nobles principales; las de los burgueses estaban más separadas. Si hemos de dar crédito al informe de los españoles, contaba la ciudad con tan gran número de habitantes, que sólo de ella había podido sacar el rey 72,000 combatientes para luchar contra los españoles. El palacio del rey tenía 728 pies de largo por 376 de ancho, estaba construído de piedra labrada y dividido en seis departamentos: el primero, destinado al cuerpo de guardia del monarca; el segundo á sus hijos y parientes; el tercero lo habitaba el soberano y tenía diversos aposentos, pues pasaba en unos la mañana, en otros el mediodía, en otros las tardes y en otros la noche. En dicho tercer departamento estaba el salón del trono, en el que se veía un rico dosel de pluma; y además la tesorería, la armería, las salas de justicia, y una extensa casa de fieras encerradas en grandes y fuertes jaulas. Los departamentos cuarto y quinto eran las habitaciones que ocupaban la reina y las concubinas del rey, y las cuales estaban circuídas por grandes jardines y por lujosos baños; el sexto lo habitaban las princesas reales.

Además de otros magníficos palacios había en Utatlán un colegio, en el que recibían instrucción de cinco á seis mil niños por cuenta del Estado (1).

Alvarado, aceptando la invitación del monarca, trasladóse á Utatlán; pero no tardó en descubrir que semejante fineza no había sido leal, pues se le hizo la confidencia de que los quichúas trataban de llevar á los españoles á su capital para, durante la noche, prender fuego á sus alojamientos y hacerles perecer achicharrados, pasando á cuchillo á los que intentasen huir.

Hiciéronse, en vista de tal aviso, algunos reconocimientos, de los que resultó que en todas las casas había grandes depósitos de leña y otros combustibles, y entonces Alvarado, con el pretexto de que sus caballos no podían albergarse convenientemente en la ciudad, salió de ella y estableció su campamento en unas alturas inmediatas. Al rey, que le había acompañado hasta allí con fingida complacencia, le hizo prisionero y tras breve juicio le condenó á ser ahorcado, concediéndole antes la gracia de ser bautizado (2).

En los reñidos combates que siguieron á este suceso triunfaron los españoles; Utatlán fué tomada y destruídos los palacios y el castillo, sometiéndose todo el país.

---

(1) *Incidents of Travels in Central América, Chiapas and Yucatán*, de Stephens.

(2) Las Casas: *Brevísima relación de la provincia y reino de Guatemala*, Sevilla, 1552.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Desde allí prosiguieron su camino hasta Patinamit, situada donde hoy está la ciudad antigua de Guatemala, que era la capital de los kakchiquelos, cuyo rey, Sinacam, se sometió voluntariamente á los extranjeros, ahorrando con esto á su país los horrores de una guerra.

Menos pacífico fué el cacique de Amatitlán, que había establecido su residencia sobre un fuerte castillo en medio del lago de Atitlán, á mil metros sobre el nivel del mar. Fué vencido también en un glorioso combate, lo mismo que los habitantes de las llanuras bajas de Itzcuintlán ó Izcuintepek y Acayutla. Prosiguieron los españoles su marcha hasta el reino de Cuscatlán, conquistaron la ciudad del mismo nombre, y sobre sus ruinas fundaron la actual San Salvador.



Urna zapoteca representando al dios Ocelotl

dibujada por Rodolfo Cronau según el original, existente en el Museo Nacional de México

Con esto había conseguido Alvarado la sumisión completa de un grande y poblado territorio. Él, lo mismo que sus sucesores, mantuvo el orden entre los indígenas por medio de un gobierno de fuerza: la más pequeña rebelión era sofocada duramente, y esta violencia condujo al país á un grado de decadencia del que aún no ha salido.

Tan brillante como había sido el éxito de la expedición capitaneada por Alvarado, fué desastroso el resultado de la que iba á las órdenes de Cristóbal de Olid.

Perfectamente pertrechada, se hizo á la vela desde el puerto de Veracruz el 11 de enero del año de 1524, con el encargo de conquistar no sólo los países de Honduras é Higueras, sino de buscar también un paso al mar del Sur que acortase el camino para el tráfico de especias. En la Habana, donde se detuvo la escuadra para proveerse de víveres y caballos, parece que celebró Olid algunas entrevistas con Velázquez, siendo inducido por

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

éste á declararse independiente de Cortés. En efecto, no bien hubo llegado á Honduras y fundado la ciudad del Triunfo de la Cruz, á 14 leguas al Este del puerto de Caballos, cuando declaró su propósito de hacerse independiente.

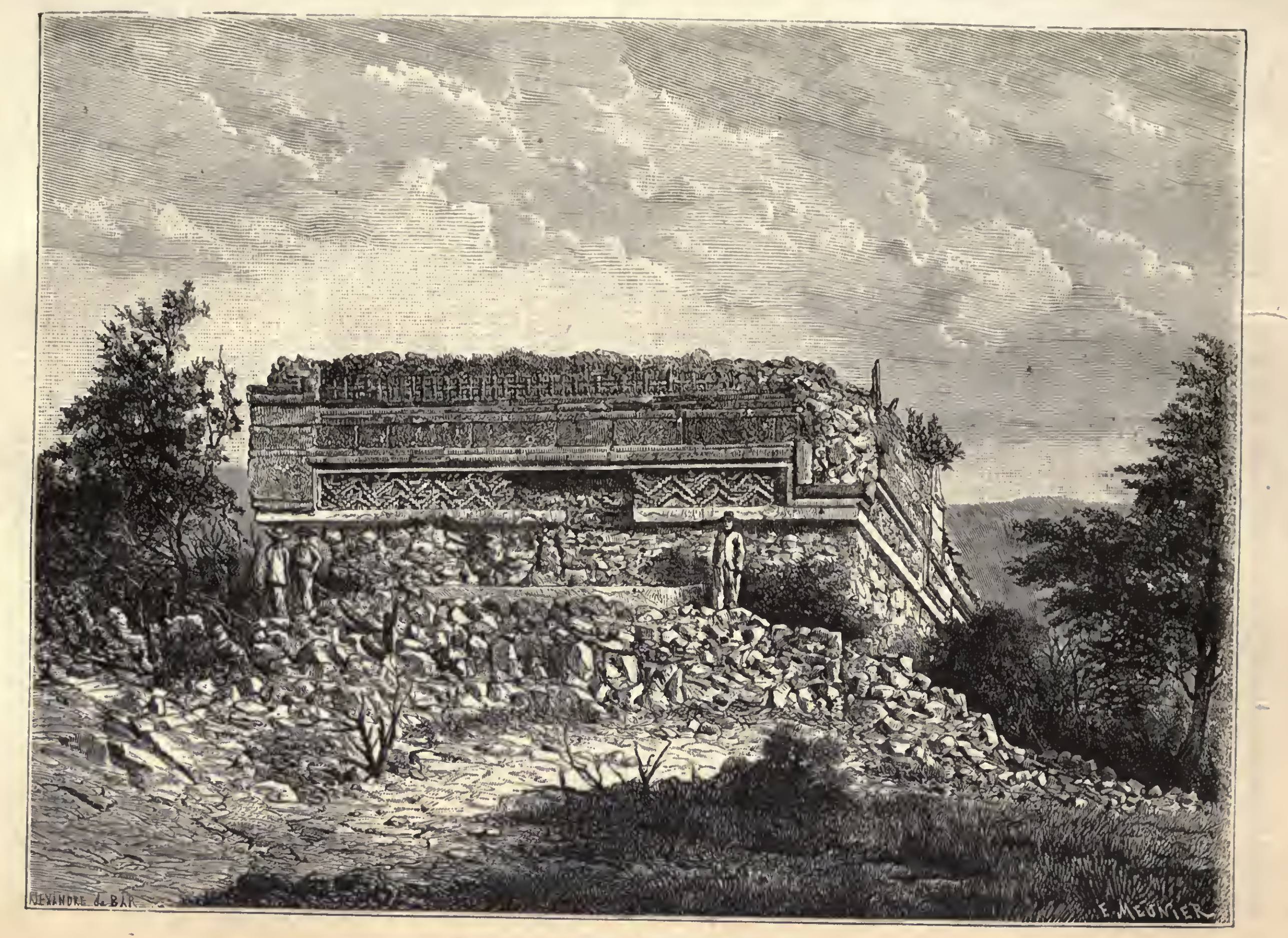
Cuando Cortés tuvo noticia de esto envió á Honduras á uno de sus parientes, llamado Francisco de las Casas, con cuatro barcos y 150 hombres, para que prendiera á Olid. Con toda felicidad llegó á la bahía del Triunfo de la Cruz, donde los buques de Olid intentaron impedirle la entrada. Se trabó un serio combate naval, y durante él perdió Olid una de sus carabelas. Pero desgraciadamente, este triunfo de Las Casas convirtióse pronto en desgracia, pues en la noche siguiente desencadenóse una furiosa tempestad que echó á pique sus barcos, pereciendo en el naufragio 30 hombres y alcanzando los demás con gran trabajo la orilla, donde fueron hechos prisioneros por Olid. Este trató á los náufragos con amabilidad, convidando repetidas veces á comer á Las Casas, que también se había salvado, con lo cual este último tuvo ocasión de ponerse de acuerdo con Gil González de Avila, uno de los capitanes de Olid, y un día se lanzaron ambos sobre él puñal en mano al grito de: «¡Por el emperador y por Cortés!» Olid, con increíble fuerza, levantóse y corrió hacia unos matorrales para esconderse; mas fué cogido y decapitado á usanza de los caballeros en la plaza de Naco. Así terminó su vida Cristóbal de Olid, uno de los más valientes compañeros de armas de Cortés durante los combates por México.

Habían transcurrido algunos meses y como no llegase ninguna noticia de Honduras, decidió Cortés ir él en persona allí para ver en qué estado se hallaban los asuntos. Nombrando suplente suyo en México á Alonso de Estrada, su tesorero, partió en octubre del año de 1524 con 140 mosqueteros, 93 jinetes y algunos miles de soldados indígenas de refuerzo. En su acompañamiento iban, además de la intérprete Marina, Quauhtemoctzín, el soberano de los aztecas, y otros muchos príncipes indios, á los que llevaba consigo en previsión de que no promoviesen en su ausencia algún alboroto.

En la comarca de Guazacualco reforzóse Cortés con un pequeño número de sus antiguos veteranos, los cuales habían fundado como colonizadores algunos establecimientos. Hasta allí había encontrado Cortés caminos llanos construídos por los aztecas, sirviéndole además de guía una gran carta que había hecho diseñar Motezuma por sus dibujantes y regalado á Cortés.

Después de cruzar el citado país llegaron á los territorios de Tabasco y Chiapa, sumamente ricos en agua, y entonces presentáronse ante su paso indecibles obstáculos de todas clases. Principalmente tenían que vadear innumerables ríos, torrentes y brazos de mar, que ponían á prueba diaria-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Ruinas de un palacio de Mitla

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mente la perseverancia y fortaleza de las tropas. A lo ancho y á lo largo estaban cubiertas estas tierras de espesos bosques vírgenes, viéndose tan sólo de trecho en trecho algunas colonias y ciudades indígenas á modo de oasis, que á causa de los casi impenetrables bosques y dilatados pantanos apenas tenían comunicación entre sí. La mayoría de los habitantes de dichas ciudades y colonias huían á la llegada de los extranjeros y hasta incendiaban sus viviendas, para impedirles el paso y no dejarles más que humeantes ruinas. Pronto empezaron á experimentar los españoles las mayores privaciones: agotáronse los víveres, viéndose obligados á alimentarse con frutos silvestres y raíces. Algunas de las tropas indias cogían y degollaban indígenas en la espesura del bosque y con su carne satisfacían el hambre voraz que les dominaba.

Algunas veces les abandonaban los jefes, y entonces quedaban solamente atenidos á las indicaciones de la poco exacta carta india y marchaban en la dirección en que ésta consignaba el asiento de algunos pueblos. Por lo tanto, avanzaban muy paulatinamente; las espinas y las malezas les desgarraban el rostro y los brazos, hundiéndose á menudo los caballos hasta el pecho en el limo de los pantanos, y sólo con gran trabajo podían sacarlos de tan peligrosa situación. Pero todavía tenían que tropezar con nuevas dificultades y que luchar con otros peligros. Al llegar al país de Acalán, un ancho río, probablemente el actual Usumacinta, cerróles el paso. Parecía casi imposible poder atravesar el torrente, que embocaba en un largo brazo de mar perteneciente á la laguna de Términos, y á la vista de aquella desgracia prorrumpieron los soldados en amargas quejas y maldiciones, pues no se les ocultaba que era imposible el regreso por las desiertas comarcas sin perecer todos.

Despreciando toda clase de obstáculos decidió Cortés pasar el río, mucho más cuando vió, después de sondearle, que tenía dos varas de fango y sobre éste había cuatro de agua. Cortés mandó derribar mil árboles y hacer con sus troncos vigas de 20 metros de largo y del grueso del cuerpo de un hombre. Estas fueron trasladadas con la ayuda de primitivas balsas al lugar de su destino, encuadradas en el lecho del río y unidas unas á otras por medio de lianas y travesaños. Aunque el trabajo era sumamente penoso, al cabo de seis días estuvo terminado un puente rústico sobre el cual pudo pasar con toda seguridad el pequeño ejército y llegar á la otra orilla.

En ella empezaron de nuevo las dificultades, pues por todas partes tenían que atravesar peligrosos pantanos, evitando que se hundiesen los caballos gracias á los gruesos haces de ramaje que les pusieron bajo el vientre. Por fin, al poco tiempo llegaron con toda felicidad á tierra firme, y poco después á un pueblo donde les proveyeron de víveres.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

De repente cundió el rumor de que Quauhtemoctzín, en unión de los otros caciques que acompañaban al ejército, había concebido el proyecto de caer en la primera ocasión sobre los españoles con las tropas indígenas y exterminarlos. Cortés mandó prender inmediatamente á los sospechosos, y después de algunas indagaciones que parecieron confirmar la veracidad del rumor, ordenó ahorcar inmediatamente á Quauhtemoctzín y al cacique de Tlacopán.


Tipo de una india de Guatemala

Así murió el último soberano de los aztecas, después de un breve pero brillantísimo reinado. Con razón dijo de él un historiador moderno que la valerosa y perseverante defensa de su ciudad pertenece á las hazañas más gloriosas de la historia universal. Lo vivo que está aún su recuerdo entre los descendientes de sus súbditos, lo demuestra el magnífico monumento del más puro estilo azteca erigido á su memoria en el centro del parque que une á la ciudad de México con Chapultepec, el antiguo castillo de recreo de Motezuma.

La rapidez con que se llevó á efecto la ejecución del monarca no fué aprobada en manera alguna por la mayoría de los compañeros de Cortés. Díaz del Castillo, que formaba también parte de la expedición, declara que fué una injusticia, y dice que Cortés mismo sintióse acometido más tarde de remordimientos que le impedían con frecuencia conciliar el sueño.

Poco después de este suceso llegaron á grandes y desiertas sabanas fronterizas á los distritos de los mazotecas y lacandones, y luego á una pequeña sierra cuyos cantos y piedras tenían sus aristas tan afiladas, que tanto los hombres como los caballos se cortaban los pies con ellas. Ocho caballos se estropearon completamente durante el paso de esta sierra de sílice; un pariente de Cortés se rompió una pierna por varias partes, y todos dieron gracias á Dios en cuanto hubieron salido de las peligrosas alturas.

Bastantes días después, casi aniquilados por un calor tropical, llegaron

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á las orillas del pintoresco lago de Petén, en la comarca de Taiza. Estaba rodeado de montañas de piedra caliza cubiertas de bosque, y partido en dos grandes lagunas por una lengua de tierra que venía del Sudeste. En la península, y en el mismo lugar que ocupa el actual pueblo de Flores, estaba situada la ciudad de Taiza ó Tayasal; y sobre una pequeña isla, al extremo de la lengua de tierra, elevábanse los templos y santuarios, que brillaban á gran distancia.

Después que hubieron descansado cinco días en medio de aquellos pacíficos indígenas, continuaron la marcha hacia el Sur hasta llegar á Tania y Coliste. Allí supieron que á dos días de distancia en la costa se había establecido una colonia de hombres blancos y barbudos, y, en efecto, siguiendo la corriente del río que parte del golfo Dulce, llegaron en poco tiempo á la colonia de San Gil de Buenavista, fundada por Gil González de Avila, capitán de Olid.

El aspecto de los desconocidos jinetes y soldados de infantería causó al principio alarma en la pequeña colonia, alarma que se trocó en vivo júbilo al saber que Cortés, el poderoso general, estaba allí. Por los habitantes, que corrieron á su encuentro, supo éste la muerte de Olid y el restablecimiento de su autoridad. La colonia estaba en muy precaria situación. Faltaban provisiones, y muchos de los colonos padecían fiebres palúdicas. En vez de conceder á sus tropas el descanso que tanto necesitaban, tuvo que enviarlas inmediatamente á proveerse de víveres. Él mismo, sin darse punto de reposo, acompañado de 38 españoles y 20 mexicanos, embarcóse en un bergantín, y seguido de algunas barcas subió la corriente del río Dulce, el cual, en la vertiente del Polochic, que alimenta al golfo Dulce, se abre paso hacia el mar por entre altas paredes graníticas sumamente pintorescas, cubiertas de palmeras y de bosques vírgenes.

Luchando contra la rápida corriente de este profundo río llegaron, después de una penosa navegación de bastantes días, al magnífico golfo Dulce, que está rodeado de altas montañas y que tiene 30 leguas de largo por 12 de ancho. Fueron conquistados y sometidos algunos pueblos de los alrededores del lago, y continuaron luego su viaje de exploración subiendo aún un buen trecho por el Polochic. Hecho esto emprendieron el viaje de retorno, llegando, después de una ausencia de 25 días, sumamente satisfechos á la colonia.

Esta, á consecuencia de sus condiciones insalubres, fué trasladada á la bahía del puerto de Caballos, donde se fundó la ciudad de Natividad de Nuestra Señora.

Desde allí embarcóse Cortés para dirigirse á la ciudad de Trujillo, fundada también hacía poco tiempo, á fin de someter los territorios de la costa de Honduras y penetrar, si era posible, hasta Nicaragua. De pronto

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

un barco procedente de la Habana llevó noticias que obligaron á Cortés á tomar disposiciones para volver inmediatamente á México.

Aquí había cundido el rumor de que Cortés, en unión de su ejército, había perecido en los pantanos de Tabasco y Acalán, y en su consecuencia se habían celebrado funerales y misas en sufragio de su alma. Lo peor era que no sólo sus bienes, sino los de todos sus compañeros, se los habían



Carta de la expedición de Alvarado á Honduras y de Cortés á Guatemala

repartido los demás. Entre los empleados de Cortés habían tenido lugar violentas pendencias, y el factor Gonzalo se había hecho proclamar capitán general de Nueva España. Los recién sometidos zapotecas, así como sus vecinos los mixos ó minxos, se habían sublevado, y en México mismo se temían trastornos á causa de la dura opresión que se ejercía sobre los indios.

Los barcos que debían conducir á Cortés á Veracruz fueron arrojados dos veces por un huracán al puerto de Trujillo; luego hubo que retardar el viaje por sufrir Cortés fuertes fiebres, y hasta el 25 de abril del año de 1526 no pudo abandonar á Honduras, llegando, después de vencer bastantes obstáculos, al puerto de Veracruz á fines de mayo. La noticia de su regreso recorrió como una exhalación todo el país, y de todas partes afluían españoles é indígenas, deseosos de ver y dar la bienvenida á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aquel hombre valeroso á quien creyeron perdido para siempre. Su viaje por el país fué una verdadera y continua marcha triunfal; y cuando en junio llegó á la capital salieron á su encuentro las autoridades y caciques vestidos con sus mejores galas para recibirle del modo más solemne.

La enérgica voluntad de hierro de Cortés consiguió pronto restablecer el orden; pero desgraciadamente no disfrutó mucho del buen éxito obtenido con sus afanes, pues en junio del mismo año llegó un enviado del emperador, llamado Luis Ponce de León, para sustituirle interinamente en el gobierno.

Esto demostró que durante la larga ausencia de Cortés habían hecho sus enemigos todo lo posible para socavar su posición y calumniarle. Le acusaron ante el emperador de haber dado informes falsos, y de haberse apropiado la mayor parte de las riquezas pertenecientes á la Corona ó haberlas despilfarrado en empresas temerarias. Acusáronle asimismo de quererse hacer independiente y proclamarse soberano absoluto de Nueva España.

Cortés se resignó obediente á la orden imperial, haciendo entrega del cargo de gobernador; pero desgraciadamente murió pronto Luis Ponce de León á consecuencia de unas calenturas violentas. Según disposición suya recayó la autoridad en Marcos de Aguilar, y habiendo fallecido también á los pocos meses ocupó su puesto Estrada, enemigo personal de Cortés. Este hombre complacíase en martirizar á su contrario de todas maneras, llegando á tener el atrevimiento de mandarle que abandonase la ciudad. Los partidarios de Cortés, irritados por semejante conducta, intentaron levantarse en armas contra el nuevo gobernador; pero Cortés se opuso enérgicamente á toda insurrección y se retiró entretanto á Coyohuacán. Pero las calumnias contra él no cesaban en la corte española, llegando hasta á acusarse á Cortés de haber envenenado á Ponce de León, á muchos de sus adversarios y hasta á su propia esposa, de la cual estaba cansado. Estas noticias, cuyo fundamento no ha sido confirmado en modo alguno, decidieron al emperador á llamar á Cortés á Madrid. Acompañado éste de algunos de sus fieles compañeros y de bastantes caciques indios, embarcóse en el puerto de Veracruz, llegando á Palos en diciembre de 1527. Allí perdió á uno de sus mejores compañeros de armas, el valiente Sandoval, que á la edad de 22 años había ido con él desde la Habana á México y que tanto contribuyó á la conquista de este reino, siendo, en unión de Alvarado, el más firme y leal apoyo de Cortés. Sandoval murió en la flor de su edad, pues sólo contaba 31 años. Permaneció breve tiempo en el palacio del duque de Medinasidonia, y prosiguió Cortés su viaje á Madrid, donde fué recibido en una audiencia muy brillante por el emperador Carlos V, que deseaba mucho ver por sus propios ojos al hombre que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tan grandes reinos le había conquistado. Aprovechando esta audiencia entrególe Cortés un memorial de defensa escrito por él mismo, que tuvo por resultado que el emperador le nombrara marqués del Valle de Gua-



El monumento á Guatemozín en México (Según una fotografía)

xaca (la actual Oaxaca) y le concediera grandes posesiones en Nueva España, de donde le nombró además capitán general. Pero el gobierno de los países por él conquistados no pudo conseguirlo Cortés á pesar de sus repetidos ruegos.

«Pudiendo competir en gloria con Alejandro de Macedonia y en riquezas con Creso,» según dice un documento de aquella época, podía atreverse Cortés á pedir la mano de una de las más hermosas damas españo-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

las de noble alcurnia. Esta era doña Juana de Zúñiga, y la ceremonia del casamiento fué tan brillante que muchos aseguraban que jamás se había verificado en España boda tan pomposa. El dote que ofreció Cortés á su joven consorte era tan valioso que llegó á causar envidia á la emperatriz Isabel.

Cansado de la vida tranquila volvió Cortés, en la primavera de 1530, al campo de sus hazañas, á Nueva España. Algunos años vivió en sus dilatadas y ricas posesiones ocupándose en la ejecución de un contrato celebrado con la Corona de España, que le dió plenos poderes para hacer durante una serie de años viajes de exploración por el mar del Sur, y de cuyos beneficios le correspondía una parte determinada.

En el año de 1527, antes de emprender su viaje á Europa, había enviado algunos barcos desde el puerto de Zacatula á las Molucas. Estos barcos, que iban á las órdenes de Alvaro de Saavedra, habían logrado llegar al punto de su destino, pero perdiendo muchos de sus tripulantes. Las tentativas hechas para volver á México fracasaron; Saavedra murió, se perdieron algunos barcos, y el último que quedaba tuvo que volverse á las Molucas, donde cayó en manos de los portugueses.

El año de 1532 aparejó Cortés dos barcos en el puerto de Acapulco, destinados á explorar únicamente las costas del mar del Sur. El mando de esta expedición se lo confió á su primo Diego Hurtado de Mendoza, el cual salió de dicho puerto en el mes de mayo para dirigirse á lo largo de la costa en dirección Noroeste. Después de haber descubierto el grupo de islas llamadas Las tres Marías, penetraron hasta el golfo de California, donde se separaron los barcos. Uno de éstos naufragó poco después, y sólo algunos de sus tripulantes salvaron la vida. El otro, mandado por Hurtado de Mendoza, desapareció y no volvió á saberse nada de él.

Para buscar los perdidos barcos envió Cortés el año de 1533 otras dos carabelas, que ya en la primera noche se separaron la una de la otra á causa de una tempestad. Una de ellas fué empujada á gran distancia, llegando al fin á una isla inhabitada situada á los 19° de latitud Norte y 111° de longitud Oeste, á la que dieron el nombre de Santo Tomás, y que es conocida hoy con el del Socorro. Después de haber tomado posesión de algunas islas vecinas, volvió el barco á la costa del continente, entrando en enero de 1534 en el puerto de Zacatula.

En la segunda carabela tuvo lugar, poco después de la separación, un motín en el que fué muerto el capitán Diego Becerra. La tripulación prosiguió su viaje y descubrió la península de Baja California. La tomaron por una isla y le dieron el nombre de Santa Cruz. Por todas partes se les mostraban crueles y salvajes los habitantes, siendo asesinados por ellos, en la bahía de la Paz, el timonel Fortún Jiménez y veinte mari-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

neros. El resto de la tripulación llegó, después de muchas privaciones, al puerto de Chamatla, contando maravillas de la riqueza en perlas del país descubierto.

A pesar de los desastres que sufrieron estas expediciones no se desanimó Cortés, y hasta se decidió á emprender en persona una travesía á Santa Cruz, y, si era posible, fundar allí una colonia.

En cuanto fué conocido su proyecto asociáronse á él gran número de caballeros, haciéndose á la vela el día 15 de abril de 1535 con 320 hombres y tres barcos. El 3 de mayo llegaron á la bahía de la Paz, pero todas las tentativas que hicieron para establecerse en ella fracasaron, por ser el país sumamente estéril y no poderse proporcionar víveres. De las embarcaciones enviadas por Cortés para transportar hasta allí á las mujeres y víveres encallaron dos, y sólo una pudo llegar á su destino. Es verdad que lograron poner á flote los barcos encallados y salvar el cargamento; pero esto no evitó la decadencia de la colonia. Para no tener siempre ante la vista aquella situación calamitosa, emprendió Cortés una travesía por el golfo de California, con lo cual se descubrieron 50 leguas más de la península. A su vuelta á la bahía de la Paz vióse obligado á volver á México, á causa de las noticias recibidas de aquel punto, llegando al puerto de Acapulco á principios del año de 1537.

Una última expedición envió Cortés al año siguiente á las órdenes de Francisco Ulloa, pero también ésta fué perseguida por la desgracia. De los tres barcos que abandonaron el puerto de Acapulco el 8 de julio de 1538, fuése á pique al poco tiempo uno de ellos; los otros dos, encargados de buscar al desaparecido Hurtado de Mendoza, timonearon por espacio de siete meses costeando la península de Baja California sin hallar huella alguna. Ulloa penetró en el golfo del mismo nombre, que fué llamado algún tiempo Mar de Cortés, y más tarde Mar Rojo del Nuevo Mundo, hasta llegar al extremo Norte del mismo, y volviendo á lo largo de la costa oriental de la península hasta el cabo Sur de dicha costa, para después de circundarle emprender la dirección Norte, á lo largo de la costa occidental.

Quedó inservible uno de los barcos, y entonces lo envió á Acapulco juntamente con la relación de sus descubrimientos, mientras él proseguía la exploración. Pero lo mismo que Hurtado, no volvió y quedó para siempre ignorada la suerte que le cupo. Cortés había empleado sumas enormes en estas travesías; pero esto no obstante no escaseó las tentativas de aumentar sus descubrimientos, y ya tenía preparados cinco barcos, que había puesto á las órdenes de su hijo Luis, cuando el virrey Mendoza quiso disputarle el derecho de hacer descubrimientos en aquellas comarcas y retuvo violentamente los barcos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Cortés escribió á la Corte de España reclamando; pero como á esta cuestión se unieran con el tiempo otras, se decidió el conquistador á ir en persona á España para defender sus derechos. Llegó á ella el año de 1540, y aunque fué recibido con todos los honores debidos á su rango, sus asuntos no llegaban nunca á decidirse, alargándose indefinidamente las negociaciones.

Esperando siempre que se resolvieran á su favor las diferencias que existían, permaneció algunos años en su patria, tomando parte en 1541 en la campaña contra Argel; y como ésta terminara desgraciadamente, se ofreció á llevar á mejor término la expedición si le ayudaban con un ejército. Su ofrecimiento no fué atendido, cosa que le disgustó de tal manera que desde entonces fué alejándose paulatinamente de la Corte. En febrero del año de 1544 dirigió su última carta al emperador, rogándole que diera al Consejo de Indias la orden de acelerar el despacho de sus asuntos. «Yo esperaba siempre, dice el cansado conquistador, que los trabajos de la juventud me asegurarían una pacífica y desahogada vejez. Cuarenta años de mi vida los pasé casi sin dormir, mal alimentado y con las armas en la mano. Mi persona la expuse sin vacilar á todos los peligros, sacrifiqué mi hacienda á la investigación de regiones desconocidas para extender el nombre de mi glorioso Soberano cada vez más y someter poderosas naciones á su cetro. Todo esto lo he hecho sin apoyo de la patria y teniendo que salvar miles de obstáculos, arrojados en mi camino por los adversarios ávidos de mi sangre. Ahora soy viejo, me siento débil y estoy empeñado. Mejor hubiera sido si en vez de tomarme tantos trabajos me hubiese dedicado á administrar mi hacienda, pues no tendría ahora necesidad de luchar contra los empleados de la Corona, de los cuales me es más difícil defenderme que contra los enemigos de los países por mí conquistados (1).»

Casi ninguna impresión hicieron estas palabras en el ánimo del emperador; y como Cortés viera que sus asuntos no se resolvían, disgustóse en tan alto grado que se decidió á abandonar otra vez su patria y volver á Nueva España.

Ocupado en los preparativos del viaje sorprendióle en Sevilla una enfermedad que minó rápidamente sus fuerzas. Para sustraerse á importunas visitas retiróse á Castilleja de la Cuesta, en los alrededores de aquella ciudad, y allí tomó sus últimas disposiciones. El que había abierto tantas heridas quería también cicatrizarlas, y destinó, además de otras mandas benéficas, una importante suma á la fundación y manteni-

(1) Esta carta ha sido publicada íntegra en la obra de Prescott: *History of the Conquest of Mexiko*, tomo II, apéndice.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

miento del Hospital de la Purísima Concepción de Jesús, que aún existe en México.

Nombrando heredero universal á su hijo natural don Martín, habido, como recordarán nuestros lectores, con la india Marina, falleció Hernán Cortés el 2 de diciembre de 1547 á los 62 años de edad. Sus restos mortales, que habían sido depositados interinamente en el panteón del duque de Medinasidonia, fueron transportados á Nueva España el año de 1562 y enterrados en el convento de San Francisco de Tezcoco; pero en 1629 trasladáronlos á la iglesia de Franciscanos de la ciudad de México. Tampoco allí habían de hallar reposo duradero, pues en 1794 fueron llevados á la iglesia del Hospital fundado por él, y en 1823, cuando el pueblo de México, en su odio contra los españoles, quiso destruir el sepulcro del conquistador, fueron transportados secretamente á Palermo, donde se hallan en la actualidad, en las posesiones del duque de Terra Nuova Monteleone, último descendiente del héroe español. Si queremos formarnos una idea del carácter del conquistador tenemos que recordar las palabras con que Bernal Díaz del Castillo, el asiduo compañero de Cortés durante la conquista, describe su personalidad. Dice así:



Antiguas armas de pedernal y utensilios de Guatemala
(Existentes en el Museo Etnográfico de Berlín)

«Toda su persona, continente, modo de andar, maneras y elegancia, denotaban al hombre bien nacido y de clase. Vestíase siempre con arreglo á la moda, sencillamente, pero con exquisito gusto. Daba poco valor á los tejidos de gran precio, tales como el terciopelo y la seda, ni recargaba nunca sus trajes de adornos, contentándose con llevar alrededor del cuello una cadena de oro finamente trabajada, de la cual pendía un relicario

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con la imagen de la Virgen y del Niño Jesús. En una mano llevaba una sortija con un grueso diamante, y en el birrete, que era de terciopelo, una medalla de oro con su lema.

» Gustaba mucho de rodearse de espléndida servidumbre, y tenía un maestro de ceremonias, dos mayordomos y gran número de pajes. Comía siempre en vajilla de oro y plata.

» Su voluntad era indomable, sobre todo en asuntos de guerra. Lo que decidía tenía que cumplirse, por más que opusiesen en contra sus capitanes y soldados las mejores razones, y por cara que resultase la empresa. Si se le quiere reprochar esto, no hay que olvidar tampoco que en cualquiera dificultad que se presentaba era el primero en poner manos á la obra, y que en la batalla siempre se ponía á la cabeza para atacar al enemigo. Si bien sus capitanes y soldados le ayudaban con su consejo y concurso, él era el que ordenaba la batalla, su temeridad la que servía de brillante ejemplo, y su ingenio y valor los que dirigían todas las empresas, sabiendo conservar después los beneficios alcanzados.

» Era extremadamente puntual en el cumplimiento de su deber; con frecuencia hacía él mismo la ronda, y acercábase al lecho de los soldados para ver si dormían armados y sin descalzarse, según les tenía ordenado. A los que hallaba sin armadura les llamaba *ovejas que no podían soportar el peso de su propia lana.* Fuera de esto, trataba siempre con gran cariño y amabilidad á sus soldados. Cuando hacía un juramento decía: *¡Sobre mi conciencia!* Cuando se irritaba hinchábansele las venas del cuello y de la frente, y á veces hasta arrojaba la capa lejos de sí, pero nunca salía de sus labios una palabra mal sonante, y por regla general era muy sufrido.

» Cuando alguno de nosotros nos precipitábamos hablando inconvenientemente, no contestaba nunca con violencia, contentándose con decir: *Callad;* ó bien: *Id con Dios y reflexionad sobre lo que habéis dicho á fin de que vuestro lenguaje no os traiga malas consecuencias y tenga que castigaros.*

» Era tan valiente, que nada del mundo le asustaba; en una palabra, era hombre de raras cualidades.»

También en cultura intelectual estaba Cortés por encima de todos los conquistadores que ganaron laureles y riquezas en el Nuevo Mundo. Así lo demuestran sobre todo sus cartas á Carlos V, que á causa de su sencillez y breves descripciones han sido comparadas no sin razón á las célebres cartas de César durante la guerra gálica, y que constituyen indudablemente valiosísimos documentos para la historia de las conquistas españolas. Por todas partes luce en estas cartas un espíritu perspicaz, activo é infatigable, de verdadero hombre de Estado, que sabía utilizar

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cuanto se le ofrecía, mostrando su grandeza no sólo en la destrucción, sino en la reconstrucción de poderosos reinos.

Seguramente hay que colocar á Cortés, á causa de sus extraordinarias hazañas, entre los verdaderos grandes caudillos de la Historia; y si



Altar guatemalco-tolteca en Copán

bien en sus últimos años se eclipsó el sol de su celebridad, no tuvo que soportar, como Colón, el ser olvidado en vida. Que su emperador supo honrar sus aptitudes y los servicios prestados por él á la Corona, lo de-



Inscripción del altar de Copán

muestra el escudo de armas cuyo uso le fué concedido el año de 1524, tan simbólico y característico que ni el mismo Cortés lo hubiera podido soñar mejor. Está reproducido por nosotros en el retrato de cuerpo entero del conquistador, que publicamos en la página 63, y es, como se ve, un escudo coronado dividido en cuatro cuarteles. En el superior de la derecha, sobre fondo oro, se ve la doble águila imperial en negro, mientras que en el de debajo hay un león del mismo color sobre fondo rojo, que simboliza el fiero valor de Cortés. El cuartel negro de la izquierda muestra en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la parte superior tres coronas de oro en señal de que Cortés había conquistado tres reinos: México, Honduras y Guatemala. Debajo de éste y en campo azul pálido se distinguen las torres circundadas de agua de la ciudad de Tenochtitlán. Llaman también la atención las cabezas de siete caciques sometidos, unidas entre sí por una cadena de hierro. Sobre todo esto se destaca la cabeza del Salvador crucificado, cuyas doctrinas con tanto celo había extendido y asegurado Cortés en el Nuevo Mundo.



Bajo relieve de la torre de Comalcaco

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Pórtico en Chichen Itza

CONQUISTA DE YUCATÁN

El drama conmovedor de la sumisión del poderoso reino azteca había concluído. Las escenas allí ocurridas y las brillantes perspectivas que se ofrecían habían reconcentrado sobre México el interés general y relegado al olvido todas las demás empresas durante bastantes años. Cozumel y Yucatán, aquellos países en los cuales había empezado verdaderamente la conquista de México, parecían olvidados por completo. Por fin el año de 1526 volvieron á acordarse de su existencia, siendo Francisco de Montejo, un noble de Sevilla, el que concibió el plan de reconocer más minuciosamente y reconquistar aquellas abandonadas tierras. Montejo no era en modo alguno novicio en el arte de la guerra, pues había tomado parte en la expedición de Grijalva y acompañado también á Cortés en su campaña de conquista, siendo uno de sus más excelentes capitanes. Muy bien considerado por el conquistador, fué enviado por éste dos veces á España como representante suyo, obteniendo el 8 de diciembre del año de 1526, en recompensa de sus servicios, el permiso para conquistar y colonizar *las islas* de Yucatán y Cozumel.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

No dejan de ser interesantes las cláusulas del documento otorgándole dicha licencia; en la primera se le exigía que en el término de un año, contando desde la redacción del mismo, tenía que emprender el viaje á Yucatán y comenzar la conquista; la segunda y tercera nombrábanle gobernador, capitán general y adelantado vitalicio, pasando este último título después de su muerte á sus herederos y descendientes; la cuarta le concedía diez leguas cuadradas de terreno, así como el cuatro por ciento de todos los beneficios que se obtuviesen de los territorios conquistados. A cuantos le acompañasen en su expedición, no sólo se les concedía parte en los terrenos, sino el derecho de hacer esclavos á los indios rebeldes. De los productos de las minas habrían de tributar, en los tres primeros años, sólo la décima parte, y en el cuarto la novena de sus beneficios, cuyos diezmos se destinarían á la fundación de iglesias y objetos necesarios al culto.

Tan extraña como expresiva era la última cláusula del documento, la cual ordenaba que ningún jurisconsulto ni abogado de España ó de cualquier otro país fuese á los territorios conquistados, para evitar los altercados y pendencias que se suscitaran.

Francisco de Montejo, hombre de mediana estatura, de rostro expresivo, carácter jovial, muy inclinado á la esplendidez, empleó casi toda su fortuna en aparejar la expedición con la esperanza, mejor dicho, seguridad de ganar tan cuantiosas riquezas como habían obtenido los conquistadores de México. A principios del año de 1527 pudo hacerse á la vela la escuadrilla, compuesta de cuatro barcos, que llevaban á bordo unos 400 soldados. Después de una feliz travesía ofrecióse á su vista la llana costa de Yucatán, que sólo se elevaba algunos pies sobre el nivel del mar. Desembarcaron primeramente en la isla de Cozumel, donde tropezó con grandes dificultades el adelantado para entenderse con los indígenas por carecer de intérprete; después de corta permanencia allí dirigiéronse á la península de Yucatán, que se consideraba aún como isla, para tomar posesión de ella en nombre de la Corona española con el ceremonial acostumbrado en tales casos. González Nieto fué el que enarboló allí el pabellón real, gritando con voz sonora: «¡España! ¡España! ¡Viva España!»

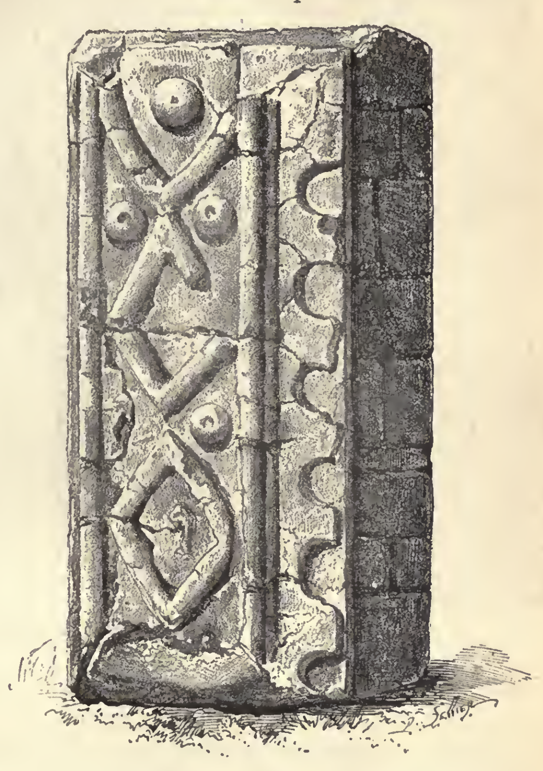
No apareció nadie que se opusiese á la toma de posesión, y nada por lo tanto hacía presentir los inmensos sufrimientos que esperaban á los españoles en aquel país.

Ya durante el transporte de caballos, armas y provisiones á tierra enfermaron muchos á causa del excesivo calor que reinaba, aumentándose estas molestias cuando los españoles, guiados por un indio, emprendieron el reconocimiento del país á lo largo de la costa. Cierto es que hallaron algunas ciudades pequeñas, pero en todas partes hacía un calor insoporta-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ble, y además era grande la escasez de agua. Por más que los indígenas tolerasen en un principio con tranquilidad las exploraciones de los españoles, se echó de ver bien pronto que no pensaban en modo alguno someterse á ellos voluntariamente.

En Coni, lugar situado al Oeste del cabo Catoche, ya trató un indígena de asesinar al adelantado con un cuchillo de monte que había arrebatado á un esclavo negro. Este indígena pagó con su vida semejante atentado.



Bajo relieve de cimento en Aké

Después que Montejo hubo recorrido un trecho más de la costa decidió avanzar hasta el interior del país, dirigiéndose al efecto á la provincia de Choaca. Rendidos por la fatiga de tener que caminar por aquel pedregoso suelo y por entre los espesos bosques de aquel país tan pobre de agua, llegaron hasta la ciudad de Aké, encontrándose repentinamente ante grandes masas de indígenas, procedentes de todos los alrededores, que se habían reunido y ocultado en los bosques. El aspecto de aquellos salvajes, cubiertos tan sólo con taparrabos, horripiló verdaderamente á los soldados de Montejo, algunos de los cuales creían tener que habérselas con verdaderos demonios. En realidad, la apariencia de los guerreros yucatecas era espantosa; llevaban todo el cuerpo pintarrajado con pinturas terrosas, y en la cabeza grandes plumeros que se movían al andar, completando su extraño atavío unos aros de piedra pendientes de las orejas y de la naríz.

Lanzando su áspero bramido de guerra, y al estrepitoso estruendo producido por sus grandes trompetas de concha, arrojáronse los salvajes sobre los españoles, dando grandes saltos y golpeando con sus grandes lan-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

zas y espadas de madera las rodelas, hechas con gigantescas corazas de tortuga. Se trabó un espantoso combate que duró todo el día, ocasionando grandes pérdidas á ambas partes. La noche puso término á la efusión de sangre, pero los indígenas permanecieron sobre el campo de batalla para reanudar la lucha al amanecer, sin que hasta promediar el día consi-



Pirámide en Aké (De fotografía)

guieran los europeos vencer la resistencia opuesta por sus encarnizados enemigos, que habían perdido 1,200 guerreros.

Desde Aké dirigiéronse los españoles hacia Chichen Itza, no pudiendo deducirse, desgraciadamente, de los escasos apuntes que se conservan referentes á la conquista de Yucatán, si aquella derruída ciudad, célebre por sus magníficos templos y palacios, estaba aún habitada en aquella época.

Algunos datos hacen suponer, sin embargo, que Chichen Itza ostentaba aún en tiempos de la invasión española aquella bizarra magnificencia que denotan sus ruinas. No sólo nos parece lógico deducir esto de una carta dirigida por Montejo al rey de España en 13 de abril de 1529, en la cual recalca intencionamente que en la comarca que se hallaba había grandes y maravillosas ciudades (1), como igualmente una importante pobla-

(1) Charnay menciona esta carta, publicada por Dan. Brinton, en sus *Ancient Cities of the New World*, pág. 327.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Pilares de la grau galería de Aké

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ción, sino además de su larga permanencia en Chichen Itza, que duró casi dos años, ocupándose en fundar una colonia y en emprender desde allí la verdadera sumisión de la península.

Désiré Charnay cree haber hallado algunos datos que demuestran que los aposentos, bastante bien conservados aún, estuvieron habitados por los soldados de Montejo, siendo éstos los que, llevados de su fanatismo religioso, embadurnaron gran número de antiguas pinturas mexicanas para no tener constantemente ante la vista representaciones de la Mitología pagana (1).

Hacía ya dos años que permanecía Montejo en Chichen Itza cuando, descuidado por la tranquilidad con que había transcurrido este período de tiempo, cometió la torpeza de dividir su poder, enviando al capitán Alonso Dávila con diez y seis jinetes y cincuenta soldados de infantería á la provincia de Ba Khalal, donde, según datos, había oro.

Parece que los yucatecas habían estado esperando esta aminoración de la fuerza española, pues poco después de la partida de Dávila comenzaron á reunirse en grandes masas alrededor de Chichen Itza y á suspender la entrega de provisiones. Todas cuantas tentativas hicieron los españoles para conseguir ponerse en comunicación con Dávila para que acudiese en su auxilio fracasaron por completo, y pronto comenzaron á sufrir repetidos ataques de los indígenas, viéndose obligados á habilitar un seguro campamento. Es muy posible que se atrincherasen en aquella eminencia artificial que mide 25 metros de altura, 65 de ancho y 67 de largo, sobre la que se ve un templo que reprodujimos en la página 79 del tomo primero y que lleva aún hoy día el nombre de *El Castillo*. Viéndose rodeados de compactas y nutridas masas enemigas, adquirieron los españoles el convencimiento de que tenían que elegir entre morir de hambre ó á manos de los indígenas. Eligieron esto último y bajaron á la llanura, comenzando en seguida el más sangriento combate que se haya librado jamás sobre suelo yucateca. Los españoles combatían por su vida, los indios por su libertad; si cayeron millares de éstos, también perecieron unos ciento cincuenta conquistadores, quedando heridos casi todos los demás, ó tan extenuados, que con gran trabajo consiguieron volver á sus trincheras.

Incapaces de poder resistir más tiempo, se aprovecharon los españoles de una noche obscura en que, habiendo sido rendidos los indígenas por las repetidas salidas de aquéllos, estaban descuidados. Cuando vieron que reinaba completo silencio ataron á un perro la cuerda de un badajo de campana, poniéndole algo de comida delante, pero de modo que no pudiera alcanzarla; poco después abandonaban los españoles el campamento

(1) Charnay, obra citada, págs. 334-357.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Fachada del castillo de Chichen Itza (De fotografía)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

todo lo silenciosamente que pudieron. El perro, que los vió marcharse, tiró de la cuerda para irse con ellos, y luego para coger la comida; los indios, creyendo que los españoles tocaban á la oración, permanecieron tranquilos; pero á la mañana siguiente vieron con asombro que había sido abandonado el campamento. Por más que emprendieron la persecución de los fugitivos, éstos, después de algunos combates, consiguieron llegar con felicidad á la costa occidental, donde probaron á establecerse en Kimbech, que fué llamado más tarde Campeche.

El capitán Dávila, enviado á Ba Khalal, no había sido tampoco más feliz en su empresa; cierto es que había llegado al lugar de su destino; pero cuando envió un mensaje al cacique que gobernaba aquella comarca en demanda de provisiones, recibió la altanera contestación de que le mandaría aves en las puntas de sus lanzas y maíz en las puntas de sus flechas. Fracasaron cuantas tentativas realizó en busca de oro, por lo cual tuvo que volverse á la costa, arrostrando inmensas penalidades para reunirse en Campeche al adelantado dos años después de su desgraciada separación.

Tampoco dió resultado el intento de penetrar por segunda vez en el interior del país, viéndose Montejo de nuevo sitiado por haber mandado otra vez á Dávila á hacer una exploración, y en inminente peligro de caer en manos de los salvajes. La situación del adelantado íbase haciendo cada vez más crítica, cuando llegó á aquellas costas la noticia del descubrimiento del Perú, con lo que tuvieron pretexto muchos soldados para desertar. Comprendiendo Montejo que no podría lograr jamás la conquista del país con la poca fuerza de que podía disponer, decidió ir á Nueva España en busca de refuerzos. Con la protección de aquel gobierno logró algunas tropas de refresco, pero en vez de concentrar toda la fuerza en un solo punto, no envió más que cierto número de hombres á Campeche, emprendiendo con los demás la tarea de sofocar una revuelta de los indígenas de Tabasco, que estaba bajo su jurisdicción. Esta empresa resultó más difícil de lo que creía y empleó en ella mucho tiempo; por otra parte, las tropas de Campeche estaban imposibilitadas de obtener resultado ninguno de provecho. Cercadas por todas partes y presas de la fiebre, además de sufrir grandes privaciones, había mermado de tal manera su número que sólo habían quedado cinco soldados útiles para cuidar y defender á los demás. Era imposible conservar por más tiempo la plaza, y por lo tanto decidieron abandonarla. González Nieto, aquel que había plantado el pabellón español en la costa de Yucatán, fué el último en efectuarlo, no quedando en el año de 1535 ni un español en aquel país.

Al cabo de dos años, después de haber conseguido el adelantado la sumisión de Tabasco, volvió á pensarse en conquistar nuevamente á Yuca-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tán, transmitiendo Montejo con este objeto el mando á su hijo don Francisco, el que logró desplegar por segunda vez en Champotón el pabellón de España en Yucatán el año de 1537. Pero los grandes ejércitos indígenas que acudieron poco después de este suceso estorbaron á los conquistadores el sacar provecho alguno digno de mención. A cada tentativa que hacían para penetrar en el interior de la península eran tan mal recibidos, que tenían que volverse á su campamento de Champotón. Reconociendo que en Yucatán no había ni laureles ni riquezas que cosechar, gran número de soldados huían del modo que podían, unos por tierra y otros en canoas, según se les presentaba la ocasión. Así fué disminuyendo el pequeño ejército hasta quedar reducido á diez y nueve hombres, los cuales, después de larga y seria deliberación, decidieron desistir de la empresa, ya que no se podía esperar resultado alguno satisfactorio. Reconociendo don Francisco de Montejo que, si retrocedían otra vez, desaparecería toda probabilidad de conquistar á Yucatán, consiguió de los pocos leales que le quedaban que aguardasen todavía, y fué en persona á ver á su padre para enterarle de su apurada situación. Desconfiando de su suerte el adelantado, y puesta toda su esperanza en el valor de su hijo, decidió dejar completamente en manos de éste la dirección de la conquista, transmitiéndole todos los poderes que á él le había conferido el rey. Hizo acopio de toda su influencia y del resto de su hacienda, pertrechó nuevamente á su hijo de todo lo necesario, y así pudo volver éste á Champotón el año de 1539 para intentar de nuevo la conquista de Yucatán por cuenta propia. Desde entonces se advirtió un cambio favorable á los españoles; consiguieron abrir el camino de Champotón á Campeche, fundándose en



Columna del castillo de Chichen Itza

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

este último lugar, el año de 1540, una ciudad, á la que se dió el nombre de San Francisco de Campeche. Desde allí emprendió Montejo una expedición á la provincia de Quepech, situada al Nordeste, donde había una gran ciudad llamada Tihoo.

Por más que tuvieron que conquistar palmo á palmo, y entre indeci-





Jambas de puerta en el castillo de Chichen Itza

bles trabajos y sangrientos combates, el camino hasta llegar allí, consiguieron al fin apoderarse de la ciudad. Informes españoles dicen que Tihoo ya estaba en ruinas en aquella época, y que las pirámides, sobre las que se asentaban los templos aún bien conservados, se hallaban ocultas por intrincada maleza y grandes árboles (1). Los indígenas que había

(1) *Relación de las cosas de Yucatán*, por Landa, sec. 42, pág. 333. Véase también *The Ancient Cities of the New World*, pág. 271.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en aquellos lugares habitaban chozas hechas de ramas de palmera y paja de maíz.

Mientras decidían los españoles fundar una nueva ciudad en aquel paraje, cerníase sobre sus cabezas una terrible tempestad. Todas las fuerzas combatientes del Nordeste de Yucatán habíanse reunido para, con un




Jambas de la puerta del Juego de Pelota en Chichen Itza

golpe decisivo, echar del país á los invasores. Era en el mes de junio del año de 1540, al anochecer de la fiesta de san Bernabé, cuando un numeroso ejército que, según datos manuscritos, exagerados sin duda, contaba de 40,000 á 70,000 guerreros, cayó sobre la hueste de los españoles, que apenas contaba 200 hombres. Al amanecer del siguiente día comenzó una horrible batalla que duró casi todo él, terminando al fin con la decisiva derrota de los yucatecas. Montones de cadáveres impidieron á los españoles perseguir á los que se habían quedado con vida. No volvió ya á efec-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tuarse ningún otro ataque contra los españoles, sino que, por el contrario, algunos de los principales caciques sometiéronse de buen grado á su soberanía, consiguiendo que otros sostuvieran la paz por medio de regalos ó amenazas. De este modo pudo fundar Montejo el 6 de enero de 1542, con las formalidades que exigía la ley, la *muy loable y noble ciudad de Mérida*, con el material de las ruinas de Tihoo y en el lugar ocupado por ésta.

En aquella aún hoy día floreciente ciudad elévase en el extremo Sur de la plaza el edificio que mandó construir para sí el conquistador de Yucatán. La fachada ostenta profusión de columnas, arabescos y otras esculturas que, hechas por picapedreros indígenas con arreglo á un diseño español, producen un efecto entre grotesco y salvaje. Lo que más llama la atención son las figuras de guerreros españoles armados que huellan con sus pies las cabezas de los indios decapitados.

En una losa se lee la siguiente inscripción:

ESTA OBRA MANDÓ HACERLA EL
ADELANTADO D. FRANCISCO DE MONTEJO
AÑO DE MDXLIX

Por más que Montejo consiguiera establecerse en Yucatán, no obtuvo de ello ningún resultado y parece que le persiguió la adversidad lo mismo que á su padre. Algunas circunstancias obligáronle á renunciar sus derechos de gobernador y á trasladarse á Nueva España, donde murió el año de 1564, completamente pobre y adeudando de 25 á 30,000 pesos.

Luego que la población española de Mérida aumentó por el gran número de personas llegadas allí procedentes de Europa y de las colonias de las Indias Occidentales y México, ya pudo intentarse dar mayor extensión al dominio español por el resto de la península. Primeramente fueron sometidas las provincias de Coni y Choaca, en las cuales se habían hecho las primeras tentativas de colonización; después fueron combatidos los habitantes de la provincia de Zotuta, los cuales, al ver que toda resistencia era inútil, huyeron á las montañas, fundando los españoles en el abandonado país la ciudad de Valladolid en el año de 1543, á la que se agregó al año siguiente, y después de haber conquistado la provincia de Ba Khalal, la fundación de la ciudad de Salamanca.

Por largo tiempo limitóse la soberanía española á estos territorios comprendidos en la parte Norte de la península, pues tenían bastante con dedicarse á sofocar los frecuentes levantamientos, en los que los yucatecas demostraban tanto amor á la independencia como odio á los invasores.

Estas continuas sublevaciones eran las que molestaban principalmente á los españoles en la parte meridional de Yucatán, donde tenía su asiento primitivo el guerrero tronco maya de los itzaos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Este pueblo, que habitaba los alrededores del lago de Petén en 1524, fué el primero que estableció relaciones con los europeos al llegar Hernán



Casa del adelantado D. Francisco de Montejo, en Mérida

Cortés á aquel punto en su célebre expedición á Honduras, cuando visitó la ciudad de Taiza ó Tayasal.

Por segunda vez llegaron europeos á esta ciudad en el año de 1618, y dos audaces frailes franciscanos concibieron el proyecto de convertir al Cristianismo á los independientes itzaos. Cuál era la religión de este pue-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

blo se deduce del hecho de hallar los monjes, con gran sorpresa y admiración suya, en un templo situado en las islas del lago de Petén, la figura de un caballo de piedra bastante bien ejecutada.

De las investigaciones practicadas resultó que esta escultura databa de la época de Cortés, que en su visita á Tayasal encomendó al cuidado de los indígenas un caballo herido de resultas de una caída que sufrió al ascender por una montaña.

Los indios, que consideraban al enfermo huésped como á un dios, creyendo que el heno era alimento harto grosero para una divinidad, le dieron á comer flores y pollos asados. El pobre animal murió de hambre, pues, como es natural, no probó siquiera aquella extraña alimentación, y esto produjo la mayor consternación en los itzaos, que para apartar de ellos la cólera y venganza de los dioses fabricaron un caballo de piedra, al que veneraban como á la divinidad suprema, y al cual denominaban Tziminchak, creyendo que ejercía su poder sobre el rayo, el trueno y la tempestad. Si se considera que los itzaos no habían visto armas de fuego antes de la aparición de Cortés, se comprenderá fácilmente que atribuyesen á aquel animal maravilloso semejante poder (1).

Cuando guiados de su celo religioso destruyeron los frailes la imagen del supuesto dios, por tal manera se exaltaron los ánimos de los habitantes de Tayasal, que sólo á una pronta fuga debieron los monjes la vida. Otras varias tentativas de conversión verificadas el año de 1623 y el siguiente terminaron con la muerte de los que tomaron parte en ellas. Hacia mediados y fines del siglo XVII emprendiéronse gran número de expediciones guerreras contra los itzaos, que ocasionaron vergonzosas derrotas á los españoles, consiguiendo al fin Martín de Ursúa, en el año de 1697 y á costa de grandes trabajos, conquistar á Tayasal. Parte de los vencidos volvieron más tarde á la ciudad, pero la mayoría refugióse en las montañas, donde aún viven en la actualidad sus descendientes como yucatecas completamente libres.

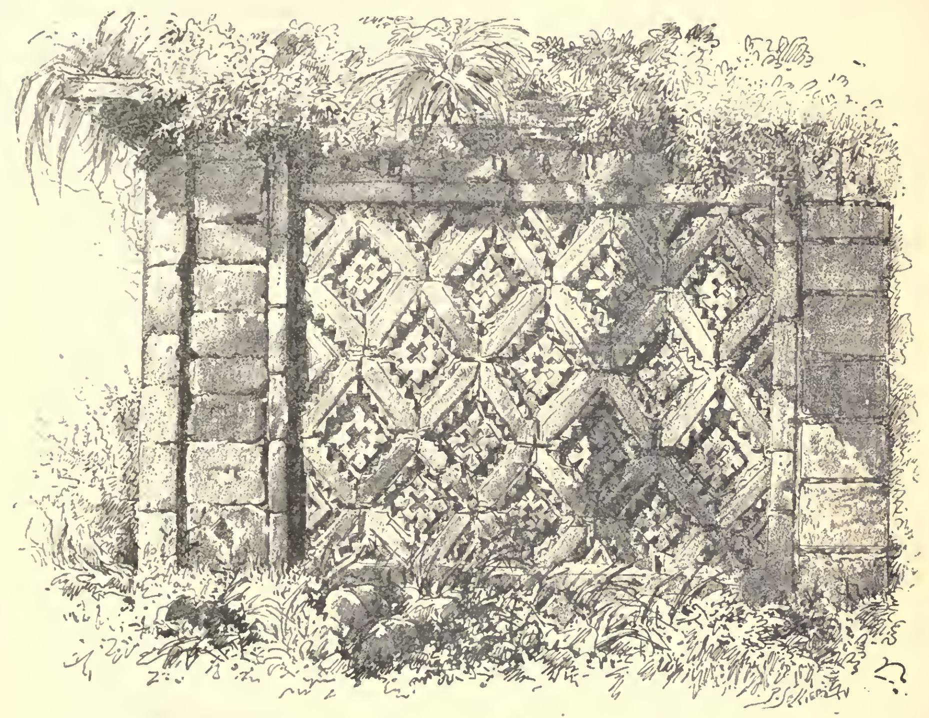
No poca parte en la pacificación del país se debió al clero español, que supo adquirir con el tiempo gran influencia sobre los indígenas, procurando ante todo con gran dureza desterrar el culto idólatra. Así como en Nueva España fueron destruídos gran número de ejemplares de escritura simbólica, cuya adquisición y conservación hubiera sido de gran importancia para la historia y mitología de los pueblos mexicanos, igualmente fueron demolidas por el fanatismo de los frailes casi todas las obras es-

---

(1) Véanse *Travels in Central América*, de Morelet; *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, é *History of Yucatán*, de Fancourt, página 202.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cultóricas de los pueblos mayas. A este trabajo dedicábase principalmente el obispo Landa de Mérida, que él solo destruyó millares de obras de escultura y manuscritos pintados sobre papel de agave. Todos los sacerdotes contribuían á esta obra de destrucción; y como los españoles no han dejado más que noticias escasas é inseguras acerca del antiguo Yucatán



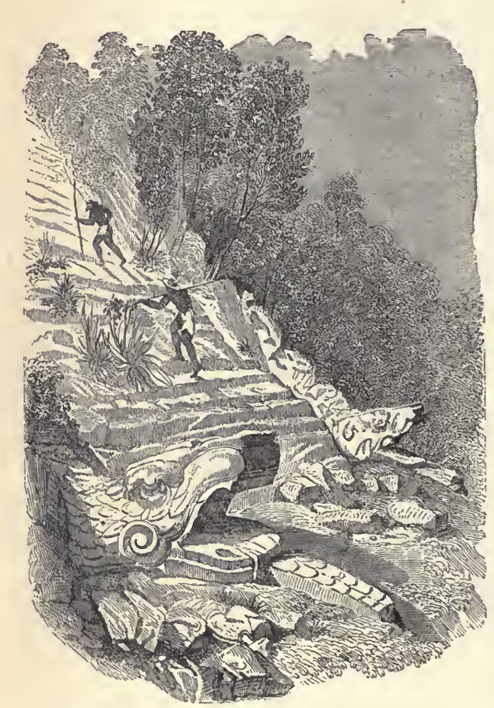
Ornamentación del palacio de las Monjas en Chichen Itza

y sus habitantes, resulta que sólo por conjeturas podemos formarnos idea de las circunstancias en que se hallaban los pueblos mayas en tiempo de la conquista. Lo que sí es seguro es que estos pueblos, antes de haber sido sometidos, tenían mayor cultura que los actuales habitantes de Yucatán. La más brillante prueba de esto la dan en primer lugar las ruinas de aquellos magníficos edificios, habitados en otro tiempo por los mayas.

La península de Yucatán, que estaba dividida en muchos reinos gobernados por caciques, poseía en las residencias de sus monarcas otros tantos centros con numerosos palacios y templos. En estas edificaciones, que en la actualidad se encuentran derruídas, desplegaban los yucatecas tal magnificencia que aún causa gran admiración.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Aunque en el primer volumen de nuestra obra, en las páginas 79 á 94, hemos descrito estas ciudades derruídas, todavía nos queda que añadir algo sobre su situación y construcción. El aspecto que ofrecía uno de estos pueblos mayas nos lo ha transmitido un capellán que iba en la expedición de Grijalva. Describe un pueblo de Cozumel con estas palabras: «Las calles se elevaban á los lados torciéndose oblicuamente en la mitad, y estaban todas empedradas con grandes piedras cóncavas; las casas estaban situadas á uno y otro lado, siendo hasta la mitad de su altura de piedra y cubiertas con tejados de paja. A juzgar por estos edificios eran muy ingeniosos los indios que los construían; y si no hubiéramos visto cierta cantidad de nuevas construcciones, casi hubiésemos creído que eran obra de los españoles.



Subida á un templo de Chicheu Itza
(Según Stephens)

»Vimos una gran torre blanca de gran altura, construída sobre una base muy sólida que medía ciento ochenta pies de circunferencia. Diez y ocho escalones conducían á la puerta de entrada de la misma. Hallamos también otras cinco hermosas casas hechas de piedra y adornadas con torrecillas: todas estaban construídas sobre macizas y espaciosas terrazas (1).»

Esta descripción concuerda con los resultados obtenidos en investigaciones más modernas, y permite reconocer claramente la situación de los pueblos mayas. Las casas del pueblo flanqueaban las calles, mientras que los palacios de los caciques y nobles se construían sobre grandes terrazas, las cuales tenían dos ó tres pisos, según puede verse en la célebre Casa del Gobernador de Uxmal. Sobre dichas terrazas elevábanse los edificios de piedra labrada, cuyas paredes generalmente eran lisas y sin adorno alguno hasta la mitad de la edificación, y desde la moldura de ésta hasta la cornisa

(1) Véase *Incidents of travel in Yucatán*, cap. 37, por Stephens.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Ruinas de un templo en Uxmal

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

estaban rica y artísticamente adornadas y divididas en cuadros cubiertos de esculturas, jeroglíficos, enverjados y figuras mitológicas de toda especie. La altura de estos edificios era por lo general de seis á ocho metros, mientras que su longitud solía ser diez veces mayor. Los aposentos eran casi todos largos y estrechos, y sólo recibían luz por el hueco de la puerta, pues no se conocían aún las ventanas. Los techos tenían por re-



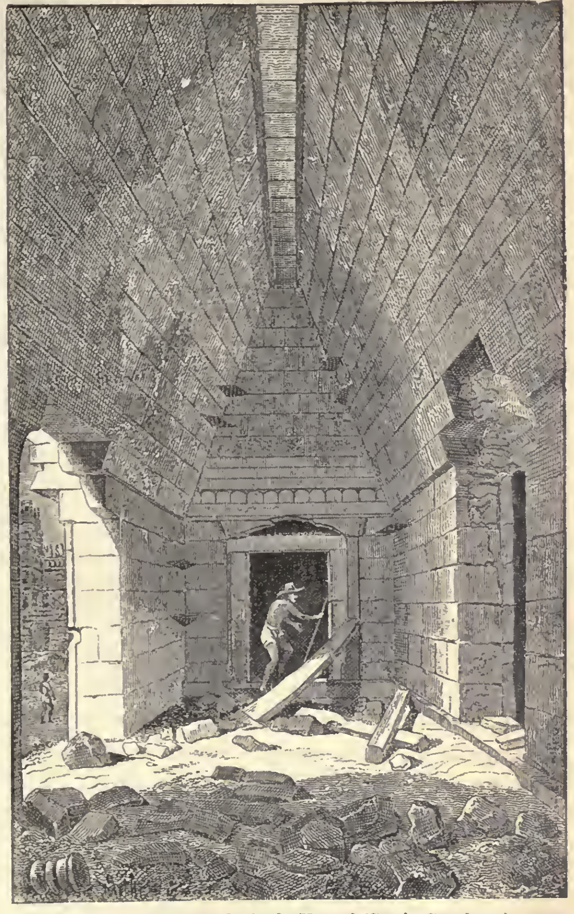
Inscripciones de la Casa del Gobernador en Uxmal

gla general la forma de bóveda en ángulo agudo, de modo que las piedras que formaban los muros laterales sobresalían unas de otras hasta llegar á juntarse arriba en el centro; el trecho que quedaba entre ellos cubríase por una fila de piedras planas. Como el fundamento de las construcciones arqueadas no era aún conocido de los arquitectos indígenas, por esta circunstancia se explica la extraordinaria estrechez que tenían que dar á las habitaciones, que sólo contaban de dos metros y medio á cuatro de anchura: las que llegaban á tener seis metros eran muy raras. Las paredes estaban revestidas de un magnífico estuco blanco, esmeradamente dado, y que se exornaba más tarde con pinturas al fresco de toda clase. Los pavimentos eran de un sobrepuesto de cemento. Los quicios de la puerta, que medían 2,33 metros, prueban, por los anillos y agujeros que se observan en los mismos, que en otro tiempo han tenido puertas de madera.

Los templos y santuarios elevábanse, como en México, sobre la plataforma de colosales pirámides, alguna de las cuales tiene más de treinta metros de altura, siendo visibles á gran distancia. Estas pirámides estaban

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hechas casi siempre de tierra unida por una masa cementosa. Escaleras muy pendientes y cuyas barandillas solían estar formadas por dos gigantescas serpientes de piedra, conducían á las plataformas y al templo.


Aposento en un palacio de Uxmal (Según Stephens)

En algunas grandes ciudades, por ejemplo en Chichen Itza, parece haber habido sitios donde los hombres y adolescentes hacían ejercicios corporales, tales como jugar á la pelota, combates de apuesta y carreras.

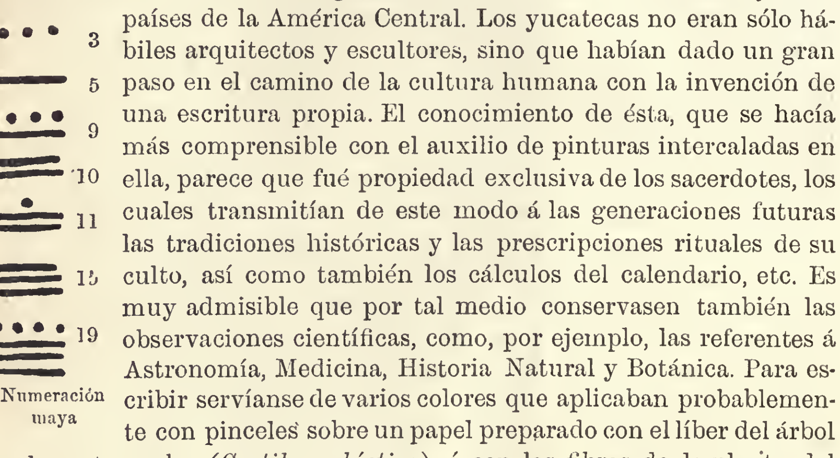
El explorador francés Charnay cree haber hallado en el citado paraje uno de estos gimnasios, y opina que las esculturas, bien conservadas en parte, que ostentan algunos de estos edificios, deben suponerse emblemas de virtudes humanas. La culebra, por ejemplo, representa la sabiduría, el águila la perspicacia, y la zorra la astucia.

De gran importancia para los mayas, habitantes de un país tan caluroso y pobre en manantiales, era la provisión de agua, pues el Yucatán no es otra cosa que un poderoso arrecife de corales, sin eminencias que sean dignas de mención, ni ríos, ni lagos. Necesitaban, por lo tanto, utilizar el agua de lluvia, la cual recogían en agujeros hechos en las rocas, y además en grandes cisternas abiertas en la dura piedra de coral y revestidas de cemento. En los calurosos meses del verano no bastaba esta provisión y se veían obligados á proporcionarse el agua de las cavernas subterráneas, que abundan mucho en Yucatán La más célebre de estas *zenotas* es la que se aprovecha aún hoy día en Bolonchen, á 150

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

metros de profundidad, y para bajar á la cual hay un paso sumamente dificultoso por en medio de escarpadas rocas y estrechos pasadizos. Diariamente bajan los habitantes de Bolonchen á aquel antro en busca de agua.

También eran verdaderos maestros los mayas en la construcción de calzadas. La mayoría de las capitales estaban en comunicación unas con otras por este medio. Dichas calzadas estaban construídas de sólidos bloques de piedra revestidos de una gruesa capa de cemento y tenían de siete á ocho metros de anchura. Algunas conducían hasta Guatemala y otros países de la América Central. Los yucatecas no eran sólo hábiles arquitectos y escultores, sino que habían dado un gran paso en el camino de la cultura humana con la invención de una escritura propia. El conocimiento de ésta, que se hacía más comprensible con el auxilio de pinturas intercaladas en ella, parece que fué propiedad exclusiva de los sacerdotes, los cuales transmitían de este modo á las generaciones futuras las tradiciones históricas y las prescripciones rituales de su culto, así como también los cálculos del calendario, etc. Es muy admisible que por tal medio conservasen también las observaciones científicas, como, por ejemplo, las referentes á Astronomía, Medicina, Historia Natural y Botánica. Para escribir servíanse de varios colores que aplicaban probablemente con pinceles sobre un papel preparado con el líber del árbol de la gutapercha (*Castiloa elástica*), ó con las fibras de la planta del maguey, sobre las que se extendía una capa de yeso muy permanente. Este papel se fabricaba según la extensión del dibujo, que á veces tenía bastantes metros de largo por veinte ó treinta centímetros de ancho, y se plegaba en la forma que nuestros tan usuales álbums de *souvenir*. A esta hoja de papel daban el nombre de *Analté*, *Analtehé* ó *Anahté*. La reproducción de un facsímile de una hoja de escritura maya existente en la Biblioteca Real de Dresde la hemos dado en la página 85 del tomo I.



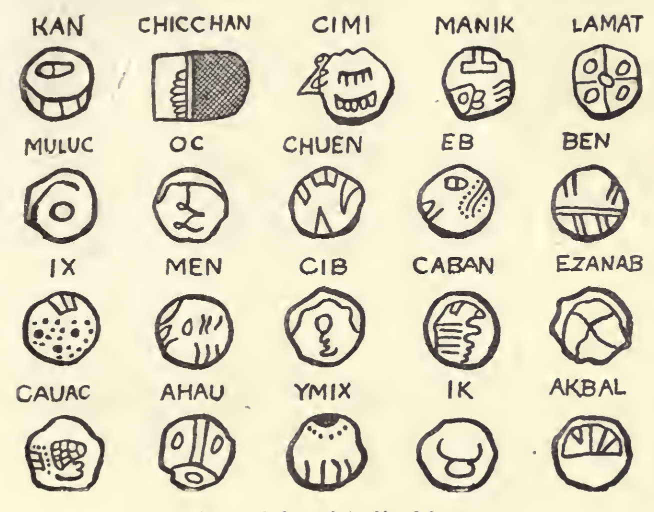
Numeración maya

Además de los signos de escritura empleaban los mayas otros especiales para la aritmética. El número 1 se representaba con un punto, el 2 con dos, y el 4 con cuatro; el 5 con una línea horizontal; el 10 por dos, y el 15 por tres. Los números intermedios se escribían por medio de los puntos correspondientes. El 20, 30, 40 y 50 tenían signos distintos.

El calendario de los antiguos yucatecas era semejante al de los aztecas, dividiéndose el año, que era de 365 días, en 18 meses de 20 días cada uno; el año empezaba el 16 de julio de nuestra cuenta. Los cinco días restantes eran considerados como funestos, y los agregaban al fin del año. Tanto los meses como los días tenían cada cual su nombre propio y eran designados por los signos que reproducimos á continuación.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Al igual que los aztecas tenían también los mayas en su calendario un ciclo de 52 años llamado *Katun*, y además otro mayor de 312, titulado *Ajau Katunes*. Así como el sistema de división del tiempo de los yucatecas era parecido al de los aztecas, del mismo modo en el culto á los dioses de ambos pueblos existían analogías que demostraban el parentesco de los mayas con los pueblos mexicanos del Nahuatl. Por ejemplo, algunos dioses heroicos, uno de los cuales era *Kukulkán*, fundador del reino de



Signos de los veinte días del mes

Mayapán, es idéntico hasta en el nombre al dios del viento de los aztecas, *Quetzalcoatl*, y venerado como creador de la humanidad y profeta maestro. Otro dios héroe era *Zamná* ó *Itzamna*, que llevaba los sobrenombres de *la mano maravillosa*, *el fuerte*, *el jefe de la mano larga*, y que estaba considerado como el rocío bienhechor del cielo. Era el fundador de Itzamal y Chichen Itza, había vivido en la primera de estas ciudades, había sido profeta, y curó muchos enfermos sólo con tocarles con la mano. Atribúyesele también la invención de los signos de la escritura (1).

Hunab Ku era considerado como la divinidad suprema; no podía ser reproducido por escultura ó pintura alguna y se le consideraba como al incorpóreo creador del mundo que estaba en todas partes.

Su esposa era *In acal Voh* ó *Ix Kaulcox*, madre de *Itzamna*. A ella había que agradecer la introducción del arte de tejer vestidos del algodón. Había otra diosa, llamada *Ixchebelyax*, que era la inventora de la pintura;

---

(1) *History of Yucatán*, de Fancourt, pág. 123.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Xocbitum y *Ahkin Xooc* eran los dioses del canto y de la música; *Pizlimtec*, el dios de la poesía.

La diosa *Chac* era la soberana del rayo y del trueno, y al mismo tiempo de la agricultura. Había además otro dios y otra diosa de la guerra, y otros muchos dioses de categoría inferior. En general el culto de los yucatecas era mucho más humano que el de los aztecas; cierto es que se rea-



Signos de los diez y ocho meses del año

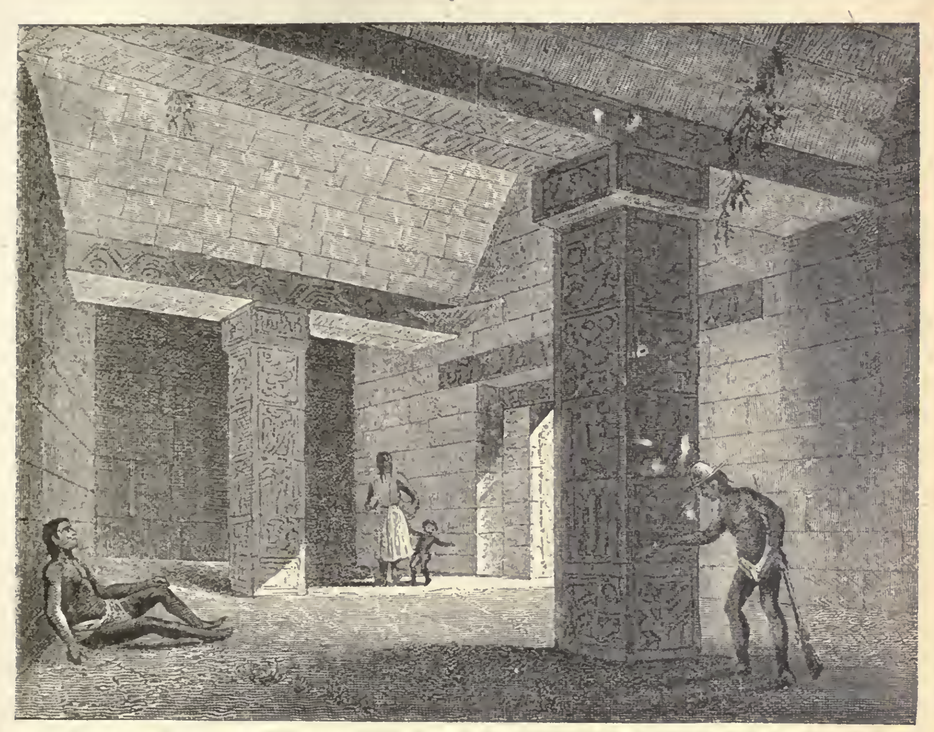
lizaban sacrificios, pero éstos no tomaban nunca las proporciones que hacían tan horripilante el rito mexicano.

En los sacrificios inmolaban no sólo á los esclavos y á los enemigos hechos prisioneros en la guerra, sino también á los niños que cambiaban con los pueblos vecinos, y hasta perros. Eran ejecutados también por los sacerdotes, con la diferencia de que éstos llevaban mantos blancos y largos en vez de los negros de los mexicanos; por lo demás su aspecto era igualmente horroroso.

Los sacerdotes, en unión de los soberanos, que es muy posible fueran de su misma casta, ejercían dura presión sobre el pueblo, al cual tenían, por medio de toda clase de sortilegios y maquinaciones, en el más alto grado de ignorancia y superstición. De algunos datos se deduce claramente que los sacerdotes yucatecas eran consumados ventrílocuos, que sabían hipnotizar, y que conocían muy bien el espiritismo. Uno de sus principa-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

les lugares para los oráculos era un célebre y muy visitado templo de la isla de Cozumel, donde, según datos, existía una gran estatua de barro cocido (1). Por una puerta secreta, oculta en la espalda de la figura, podía entrarse en el interior de ella, y desde allí contestaban los sacerdotes á las



Aposento interior de un templo derruído de Chichen Itza (De fotografía)

preguntas que les dirigían los creyentes. Como se comprenderá, estas respuestas sólo se alcanzaban después de haber hecho cuantiosos sacrificios.

Los monjes españoles llevados por los conquistadores observaron con gran sorpresa que los mayas tenían algunas prácticas religiosas muy parecidas á las de la religión cristiana. No sólo se asegura que habían hallado la cruz en Yucatán, y que ésta era venerada por los herejes casi lo mismo que por los cristianos, sino que descubrieron también que realizaban una especie de bautismo. De este último ha dado el obispo Landa una extensa descripción, en la cual dice que esta ceremonia era practicada en los niños de tres á doce años, no estándole permitido á nadie casarse sin

(1) *History of Yucatán*, de Fancourt, pág. 128.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

estar bautizado. Administraba el bautismo el gran sacerdote, que para esta ceremonia se ponía un manto de plumas rojas, y además, como adorno, largas cintas de algodón de colores que llegaban hasta el suelo. En la cabeza llevaba una mitra guarnecida de plumas, y en la mano un hisopo para el agua bendita, artísticamente trabajado. Después que el neófito había hecho una especie de confesión tenía que sentarse para recibir la bendición y el bautismo, y en este último no sólo rociaban la cabeza, sino también el rostro, las manos y los pies; el agua bendita era perfumada con ciertas flores, y no faltaban tampoco los padrinos.



Un bautizo yucateca, según un antiguo manuscrito maya.

Por regla general estaban envueltos los mayas en las tinieblas de la superstición, que, como hemos dicho, se afanaban en mantener viva sus astutos sacerdotes. Los monjes cristianos que reemplazaron á éstos después de la conquista de Yucatán hicieron muy poco, ó nada, para sacar á este pueblo de semejante oscurantismo; los gobernadores españoles, que consideraban á los indígenas como cosa propia repartiéndoselos entre sí, no hicieron nada para mantenerlos en el alto grado de cultura que habían alcanzado. Su política no tenía más objeto que derribar todas las instituciones de los indios, que apenas eran considerados como seres humanos, y destruir todos los usos y costumbres que les recordasen á sus antepasados y la independencia de otros tiempos.

Bajo esta opresión desaparecieron rápidamente las conquistas mayas en artes, escritura y otras muchas cosas, tanto que los humillados y oprimidos seres de esta raza en nuestros días contribuyen muy poco á que veamos en ellos á los descendientes de aquel altivo y generoso pueblo que vertía con gusto su sangre para conservar su herencia y libertad contra los ambiciosos ataques de los invasores extranjeros (1).

(1) *Relación de las cosas del Yucatán*, por Diego de Landa, pág. 144; *Contributións to North Américan Ethnology*, de Powell, vol. V, pág. 229.



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Paisaje de río en La Florida
(Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

EMPRESAS DE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA FLORIDA Y DESCUBRIMIENTO DEL MISSISSIPPÍ

Si los esfuerzos de los españoles para someter á Yucatán habían alcanzado escasa fortuna, los que hicieron encaminados á conquistar la península de La Florida, que cierra por el Nordeste el golfo mexicano, habían de ser aún más desdichados. Casi todos los

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que guiados por su afán de conquistas visitaron las playas de este país fueron tan mal recibidos por los guerreros indígenas, que se consideraban felices cuando escapaban con vida.

Uno de los pocos que fueron algo favorecidos fué el timonel Diego Miruelo, que en el año de 1516 salió de Cuba para hacer un viaje comercial, llegando á la ventura á las partes septentrionales del golfo mexicano, y entrando, por último, en una gran bahía que llevó por espacio de mucho tiempo su nombre, y que probablemente es en la actualidad la bahía de Pensacola. Allí estableció tráfico con los indígenas, que salieron con gran amabilidad á su encuentro, cambiando con tan gran ventaja su provisión de cuentas de vidrio y otras bujerías por objetos de oro y de plata, que volvió muy satisfecho á Cuba, no haciendo tentativa alguna para explorar más la costa. Al año siguiente fué arrojado Hernández de Córdoba, á su regreso de Yucatán á Cuba (véase la página 50 de este tomo), á la costa de La Florida, y al intentar el desembarque con su gente tuvo que hacer frente al empuje guerrero de los indígenas, pudiendo librarse después de sufrir grandes pérdidas.

Francisco de Garay, gobernador de la isla de Jamaica, conquistóse grandes merecimientos con motivo de la extensa exploración de la costa de La Florida, pues en el año de 1519 envió una expedición al mando de Alonso Alvarez de Pineda, cuyo más importante cometido era buscar en las partes septentrionales del golfo de México un paso que condujese á las islas de la Especería, del Asia oriental. Pineda dirigióse primero á la costa de La Florida; pero fué tanta la gente que perdió en los diferentes encuentros con los indígenas, que no se atrevió á fundar ninguna colonia. Limitóse á reconocer la costa durante una navegación de ocho á nueve meses, pero sin lograr el hallazgo del buscado camino que era el sueño dorado de todos los descubridores y geógrafos de aquella época. En vez de esto encontraron la embocadura de un poderoso río, al que dieron el nombre de río del Espíritu Santo. Este, que es indudablemente idéntico al actual Mississippí, fué seguido en un largo trecho por Pineda hasta llegar á un gran pueblo indígena, donde permaneció cuarenta días para comerciar y reparar los barcos.

Estaban tan pobladas las orillas del río, que Pineda observó que en un espacio de seis leguas había cuarenta colonias indígenas.

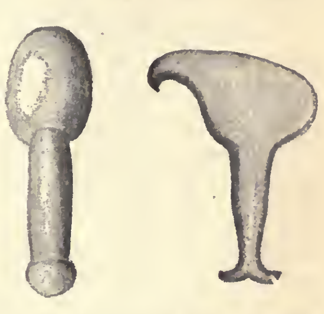
Luego que fueron reparados los barcos siguieron la costa hasta la embocadura del río Panuco, correspondiente á la jurisdicción de Cortés.

Las aventuras y extrañas peripecias de esta expedición, que decíase haber tenido encuentros con gigantes y enanos y descubierto oro en algunos ríos, decidieron los ánimos á nuevas empresas, y el año de 1520 fué enviado de nuevo Pineda por Garay al Panuco, donde fué atacado,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

muerto y devorado por los indígenas, lo mismo que la mayoría de su gente.

En el año de 1521 envió el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, desde Santo Domingo, un barco á las órdenes de Francisco Gordillo, con orden de pasar el grupo de las Bahamas y ver de hallar en las aguas septentrionales un terreno á propósito para la fundación de una colonia. Durante la travesía por las Bahamas tropezaron con una carabela aparejada por el licenciado Juan Ortiz de Matienzo y mandada por Pedro de Quexos, que cruzaba el grupo de dichas islas para ejercer la caza de esclavos en el país. Como hasta entonces habían resultado infructuosos sus esfuerzos, unióse á su paisano, llegando los dos barcos, á los ocho ó nueve días de navegación, á la costa de La Florida, y allí entraron en la embocadura de un río, al que dieron el nombre de río de San Juan Bautista. Este es conocido todavía al presente en las cartas geográficas con la denominación inglesa de Saint John's River. El 30 de junio de 1521 tomaron Gordillo y Quexos posesión del país en nombre del que les había dado el encargo, grabando cruces en los árboles de los alrededores para atestiguar aquel acto.


Armas de mano, de piedra, de Santa Cruz (Existentes en el Museo Etnográfico de Copenhague)

Los indígenas salieron amablemente al encuentro de los españoles, y se dejaron engañar por los cazadores de esclavos visitando las dos carabelas; pero pagaron bien cruelmente su candidez, pues repentinamente leváronse las anclas, y se hicieron los barcos á la vela. Unos 70 indígenas cayeron de este modo en poder de los traidores españoles.

Ayllón, en vista de los informes dados por Gordillo, determinó pedir al emperador Carlos V permiso para conquistar el país descubierto; y como le fuera concedido, aparejó en el año de 1525 dos carabelas á las órdenes de Pedro de Quexos, el cual exploró la costa occidental de La Florida hasta una distancia de 250 leguas, en cuyo trayecto hizo levantar de trecho en trecho cruces de piedra con el nombre del emperador Carlos V y la fecha de la toma de posesión.

Las tentativas de fundar una gran colonia fueron hechas el año siguiente por el mismo Ayllón en persona, que condujo á La Florida desde el puerto de La Plata, situado en La Española, á bordo de tres barcos, seiscientas personas de ambos sexos, entre ellas bastantes sacerdotes y médicos.

Erraron la embocadura del río de San Juan, entrando en otro situado

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

al Norte, al cual dieron el nombre de río Jordán. Con la entrada en éste comenzó la mala suerte de la expedición, yéndose á pique el mayor de los barcos, que iba cargado de provisiones. A esta desgracia agregóse la circunstancia de que se fugasen los intérpretes indios que llevaban consigo, dejando á los españoles en la playa sin saber qué partido tomar, pues la fertilidad del país no correspondía ni con mucho á sus esperanzas.

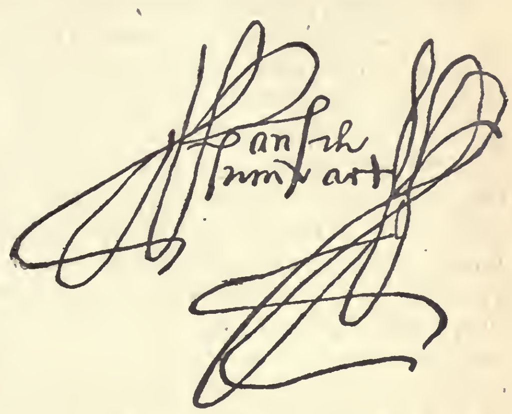
Como Ayllón tuviese el encargo, no sólo de conquistar La Florida, sino de buscar además un paso que uniese al Océano Atlántico con el Indico, desistieron de la fundación de la colonia á orillas del río Jordán, y buscaron, siguiendo la costa en dirección Norte, un terreno que reuniese mayores ventajas para este objeto. Cierto es que era más fértil el suelo del país de Guandapa, en el que fundaron la colonia de San Miguel; pero no tardaron mucho en verse atacados los colonizadores de fiebres perniciosas. Muchos murieron, entre ellos Ayllón, que falleció el 18 de octubre del año de 1526. Varias pendencias surgidas entre los colonizadores, como también los frecuentes encuentros de éstos con los indios, dieron al traste con la expedición, que quedó reducida á 150 personas, volviéndose los sobrevivientes á las Indias occidentales.

Este fracaso no acobardó á Pánfilo de Narváez, aquel que había sido vencido tan vergonzosamente por Cortés, que decidió probar también fortuna en La Florida.

Así como Ponce de León y Ayllón habíanse dirigido á la costa oriental, Narváez, por el contrario, decidió dirigirse á la occidental y someter este territorio hasta el río del Espíritu Santo. A causa de sus buenas relaciones con la Corte obtuvo fácilmente autorización para esto, así como también el título de adelantado y gobernador de La Florida y río de las Palmas y del Espíritu Santo. Muchos aventureros, soñando con cuantiosas riquezas, se alistaron bajo sus banderas, y de este modo pudo abandonar Narváez, con cinco barcos, el puerto de Sanlúcar de Barrameda. La desgracia que había perseguido á todas las demás persiguió también á esta expedición, que sólo después de grandes contratiempos y de sufrir la pérdida de uno de los barcos pudo arribar á la bahía de la Cruz (probablemente la actual bahía de Apalache). En ella desembarcó Narváez el 15 de abril del año de 1528 con 300 hombres, para emprender en seguida la marcha á lo largo de la costa y entrar en la ensenada interior; á la guarnición de la escuadrilla, compuesta de 100 tripulantes, diósele orden de seguir la costa á fin de que el ejército de tierra pudiera volver á embarcarse cuando lo juzgase conveniente. Poco se sabe acerca de la suerte que cupo á éste y de la ruta que emprendió; lo cierto es que á todos los que tomaron parte en la expedición estábanles reservados indecibles trabajos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y penalidades, y que no lograron ver realizadas sus esperanzas de oro y de riquezas. Emprendióse el regreso á la costa, llegando á ésta el 31 de julio. De la escuadrilla no se vió huella ni señal alguna, pues ésta, creyendo que Narváez se alejaría más hacia la costa occidental, habíase dirigido á los terrenos lindantes con el río del Espíritu Santo. Allí esperaron largo tiempo los barcos el regreso del ejército de tierra, hasta que al fin, cansados de esperar y suponiendo que habría perecido, volviéronse á Cuba.



Rúbrica de Pánfilo de Narváez

Entretanto las tropas de Narváez, que habían quedado reducidas á 250 hombres, maltratados por las privaciones y las enfermedades, tomaron la resolución de construir algunos botes y navegar en ellos á lo largo de la costa en dirección á Oeste hasta llegar á las colonias españolas del Panuco, de las que creían hallarse mucho más cerca de lo que estaban en realidad. Como carecían de herramientas, aprovecharon las espuelas, los estribos y los arreos de los caballos para hacer sierras, hachas y clavos. De las crines y colas de los caballos fabricaron cuerdas, y con sus propias camisas hicieron velas.

El 20 de septiembre quedaron terminadas cinco toscas barcas, en cada una de las cuales cabían cincuenta hombres, y en aquellas débiles embarcaciones emprendieron tan peligrosa travesía. Todo un mes navegaron á lo largo de la costa sufriendo toda clase de contratiempos y penalidades, viéndose obligados á sostener un combate con los indígenas hasta por un sorbo de agua y algunas provisiones, pues casi todos mostrábanse crueles é inhumanos. El 31 de octubre llegaron á la embocadura de un caudaloso río, que sería probablemente el del Espíritu Santo, del cual afluía tan gran cantidad de agua al mar, y con tal violencia, que las saladas olas de éste eran rechazadas á largo trecho. La corriente del río era tan impetuosa que no podían dominarla las frágiles embarcaciones de los españoles, y algunas de ellas volcaron, ahogándose sus tripulantes. El bote que conducía á Narváez fué arrastrado á alta mar y desapareció para siempre. Tan sólo unos cuantos españoles consiguieron llegar á tierra, donde algunos hallaron una muerte más espantosa aún á manos de los indígenas, ó sufrieron el más duro cautiverio por espacio de muchos años. Extraño é

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

interesante fué el destino de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, del cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

De la misma manera que habían sacrificado su vida Juan Ponce de León, Pineda, Ayllón y Narváez por la conquista de La Florida, así también tenía que perder la suya por la misma causa Hernando de Soto, natural de Barcarroto (Extremadura).

Este tenía ya una brillante carrera, pues no sólo había tomado parte en distintas campañas en Nicaragua, Castilla de Oro y otros países, sino que había desempeñado un brillante papel en la conquista del Perú. Las disidencias surgidas entre Pizarro y Almagro habíanle decidido á abandonar el país de los incas y volverse á España.

Por más que Soto hubiese acumulado grandes riquezas en el Perú, no se conformaba este guerrero, ávido de gloria y de proezas, á gozar tranquilamente el fruto de sus afanes. Decidióse, por lo tanto, á emprender una campaña de conquista contra La Florida, y apenas fué conocido su proyecto cuando se reunieron á su alrededor gran número de aventureros que, atraídos por la fama de sus brillantes hechos de armas, creían firmemente que todo aquel que militase á las órdenes de tan esforzado campeón haría suerte. De este modo vióse Soto á la cabeza de un ejército de cerca de mil hombres, al cual ejército condujo á Cuba, con objeto de completar allí todo lo necesario á la expedición, en abril del año de 1538. Más cauto en sus empresas que Narváez, envió primero con una carabela á La Florida al piloto Juan de Añasco para que reconociese la costa de aquel país y buscase un puerto seguro donde pudiese desembarcar el ejército.

Añasco regresó, siendo portador de buenas noticias, por lo cual Soto, dejando á su esposa en Cuba, se hizo á la vela desde la Habana en mayo del año de 1539. Componíase su ejército de mil hombres y doscientos cincuenta caballos, asegurando todos unánimemente que nunca hasta entonces se había visto en América un aparejo tan magnífico y grandioso.

La travesía á La Florida la hicieron con toda felicidad, anclando el 30 de mayo en una hermosa y espaciosísima bahía, á la que dieron el nombre de bahía del Espíritu Santo, y que por lo que se deduce de antiguas cartas geográficas es idéntica á la actual bahía de Tampa.

Quiso una feliz casualidad que consiguiesen libertar á un joven español llamado Ortiz, que había ido allí con la expedición de Narváez, y que, hecho prisionero por los floridanos, había vivido diez años entre ellos, pudiendo por lo tanto servir de intérprete á Soto y sus compañeros.

La provincia en la cual se hallaban llevaba el mismo nombre del cacique que la habitaba, llamado Chirihigua, que era enemigo encarnizado de los blancos. Su odio hacia éstos se explica fácilmente por el hecho de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

haberle cortado los soldados de Narváez la nariz y haber hecho que los perros destrozasen á su madre. Ni promesas ni amenazas consiguieron que abandonase este jefe su escondrijo, situado en los bosques vírgenes, y



Hernando de Soto

(De un grabado del siglo XVI, publicado en la *Historia general de los hechos de los castellanos* de Herrera)

que entablara relaciones con los españoles. En cambio, con ayuda de Ortiz, consiguieron obtener la amistad del cacique Mukoso, con el cual había estado aquél bastantes años.

Después de un largo descanso en Chirihigua, envió Soto á Cuba los mayores barcos que le habían conducido hasta allí á él y á su gente, de-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

jando sólo en la bahía algunas embarcaciones, cuya custodia confió á 40 jinetes y 80 soldados de infantería. El, á la cabeza de su ejército, penetró en el interior del país, en dirección Norte, llegando primero al territorio de Mukoso, llamado así por su cacique, y después á Urribarrakuxi, Akuera y Okkaly, teniendo que rodear pantanos muy extensos y peligrosos en los que abundaban los aligátores y serpientes venenosas. En algunos sitios tenían que construir puentes para cruzar dichos pantanos, á la vez que sostener á la continua combates con los indígenas que trataban de impedir la marcha de las tropas, siendo muy difícil poderse apoderar de ellos por la dificultad que les ofrecían los espesos bosques vírgenes donde aquéllos se ocultaban.

Toda la costa occidental de la península la constituía un solo é inmenso bosque de pinos, en el cual había infinidad de pequeñas lagunas, estanques y pantanos, tropezando á veces los españoles con lugares sumamente peligrosos, tanto más cuanto que, á juzgar por las apariencias, eran firmes y seguros, pero que en realidad vacilaban y se hundían sólo con poner el pie sobre ellos; frecuentemente caían en éstos, así hombres como caballos, los cuales hubiesen perecido bajo el fango que ocultaba la engañosa superficie á no haberles prestado inmediato auxilio.

Sólo cuando llegaron al país de Okkaly, que se encuentra algo más elevado, y por lo tanto menos expuesto á inundaciones, encontraron dilatadas llanuras cubiertas de encinas, magnolias, nogales y sasafrás, además de grandes campos de maíz indiano. Aquel país estaba muy poblado, pues sólo en la ciudad de Okkaly, situada en las inmediaciones de un profundo río en cuyas orillas se veían grandes bancos de arena, contaron unas seiscientas chozas hechas de madera, á las que servían de techumbre anchas hojas de palma ó palmito. Como los indígenas huyeron al aproximarse los españoles, regaláronse éstos con los frutos, nueces y pasas que encontraron en sus viviendas.

Después de haber pasado el río penetraron en el país del cacique Ochile, sorprendiendo á un pueblo de cincuenta chozas, en cuyo centro se hallaba la del jefe, que tenía un salón para celebrar sus reuniones ó asambleas, de 40 metros de largo por 13 de ancho, consiguiendo sólo apoderarse de este cacique y de su hermano Vitachuko. Este último gobernaba el país colindante á Ochile, y poco faltó para que los españoles fuesen víctimas de una emboscada hábilmente urdida. So pretexto de dar á Soto una gran prueba de aprecio, tributándole grandes honores, y demostrarle al propio tiempo la destreza guerrera de los floridanos, había reunido Vitachuko algunos miles de guerreros, que durante los ejercicios, y á una señal convenida, debían arrojarse sobre los españoles y matarlos á todos. Por fortuna para éstos, fuéles denunciada la intentona y se apercibieron á contra-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

rrestarla. Acercábase el día designado, y tanto los españoles como los indígenas tomaban sus disposiciones en una gran llanura que lindaba por un lado con un bosque y por el otro con dos grandes estanques.

Vitachuko había colocado á su gente formando una inmensa media luna, y sus guerreros ostentaban en su cuerpo brillantes pinturas que ofrecían un conjunto sumamente pintoresco.

Luego que los españoles, perfectamente armados, hubiéronse colocado enfrente de ellos, salió el cacique al encuentro del general para que fuese con él á pasar revista á sus tropas; pero éste mandó prenderle en seguida y empezar el ataque contra los sorprendidos indígenas. Por más que éstos opusieron viva resistencia, no pudieron luchar contra la táctica de guerra y armas de fuego de los europeos, mucho menos cuando se arrojaron sobre ellos doscientos jinetes, que les obligaron al poco tiempo á disolverse y emprender la fuga. Unos nuevecientos indígenas arrojáronse en uno de los estanques, que fué rodeado en seguida por los españoles; pero los sitiados no pensaban en rendirse, sino que seguían disparando sus flechas sobre ellos. Como el estanque era demasiado profundo para que pudieran hacer pie los floridanos, nadaban éstos constantemente tres ó cuatro reunidos en fila cerrada y llevando sobre sus espaldas á otros guerreros que amenazaban constantemente con sus flechas á los sitiadores.

El resto del día y toda la noche continuaron nadando aquellos valientes, obligándolos al fin el frío de la madrugada á rendirse en su mayor parte; los restantes permanecieron veinticuatro horas en el estanque y hubo que sacarlos de él á viva fuerza. Todos ellos, á causa del agua que habían tragado, tenían tan hinchado el vientre y estaban tan rendidos de fatiga que parecían más muertos que vivos, teniendo que estar tendidos sobre la arena de las orillas para reponerse un poco.

Los españoles se repartieron á los vencidos como esclavos, y algunos días después se convencieron de que no por la derrota sufrida había disminuído el odio de los floridanos contra los extranjeros. Por medio de mensajeros secretos consiguieron ponerse en comunicación unos con otros, acordando que un día, á una señal convenida dada por Vitachuko, caerían sobre sus opresores. La hora más á propósito para llevar á efecto su plan parecióles la del mediodía, que era cuando comían los españoles.

El día acordado, á dicha hora, Vitachuko, que estaba custodiado en la tienda de Soto, comenzóse á mover y á retorcerse, estirando los brazos y agitándose con tal ímpetu que le crujían todas las articulaciones, costumbre observada siempre por los floridanos cuando querían reunir todas sus fuerzas. Admirados contemplaban los españoles los ademanes del cacique, cuando éste, de repente y dando un grito espantoso, arrojóse de un salto sobre Soto, dándole un tremendo puñetazo en el rostro y tratando después

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de estrangularle; pero antes de que hubiese logrado por completo su intento fué muerto por algunos oficiales.

El grito de guerra del jefe, que era la señal convenida para el ataque, originó una gran confusión, pues todos los floridanos que se hallaban en el campamento cayeron sobre los españoles, esgrimiendo teas encendidas, pedazos de madera, piedras y cuantos objetos habían podido procurarse. Mataron muchos españoles, y es posible que hubiesen logrado completamente su intento á no hallarse encadenados, lo cual les entorpecía sus movimientos. El esfuerzo común de los blancos consiguió al fin, después de larga lucha, dominar la revuelta y vencer á sus contrarios, quedando más de nuevecientos muertos sobre el campo de batalla.

Soto, á consecuencia del golpe recibido, estuvo mucho tiempo sin volver en sí; la sangre brotaba en abundancia de su boca y nariz, había perdido varios dientes, y tenía la boca tan magullada que por espacio de veinte días sólo pudo alimentarse con líquidos.

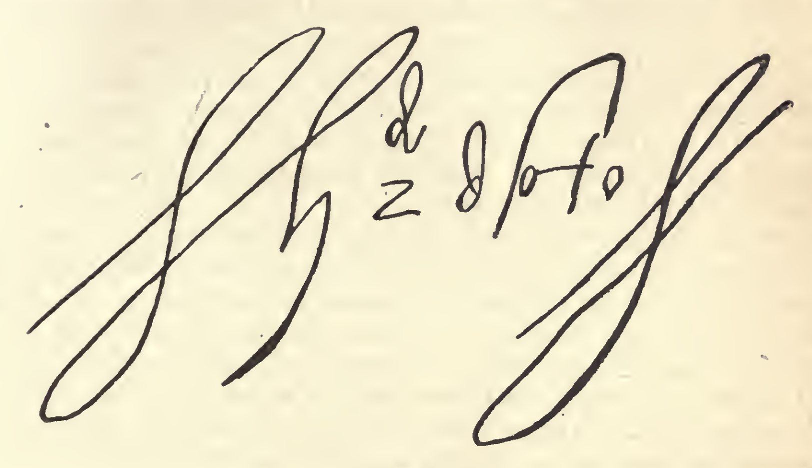
Los españoles permanecieron aún algún tiempo en Vitachuko para dar lugar á que se cicatrizasen por completo sus heridas; luego emprendieron la marcha, atravesando un gran río, probablemente el actual Suwanee River, que constituye la divisoria entre Vitachuko y Ossachile. De las descripciones que se conservan acerca de la expedición de Soto se deduce que los habitantes de aquellas comarcas meridionales eran parientes ó descendían de aquellos *mound-builders* que hemos descrito en el tomo primero, pues tenían, como ellos, la costumbre de construir sus chozas sobre espaciosas eminencias artificiales.

Indudablemente que las muchas inundaciones, y la gran humedad consecuencia de éstas, fueron las que determinaron á los primitivos habitantes á adoptar tal costumbre. Dichas eminencias tenían una elevación de seis á diez metros, y sostenían sobre su llana superficie de diez á veinte chozas de madera, caña y ramas de palmera, las cuales servían de residencia al cacique, su familia y servidumbre. Al pie de la eminencia había un espacio cuadrangular, rodeado de estacas clavadas en el suelo, formando una especie de valla. Alrededor de este espacio, que era el destinado á la celebración de reuniones públicas y fiestas, estaban las chozas de los más principales, y éstas á su vez eran rodeadas por las de la plebe. A la vivienda del cacique conducía una calle de ocho metros de ancho, que tenía á ambos lados gruesos postes clavados y terminaba al pie de la eminencia en una escalera de travesaños colocados á bastante distancia unos de otros. Como la terraza era sólo accesible por este lado y estaba cortada perpendicularmente en los demás, podía con facilidad defenderse la altura en tiempo de guerra, pues allí se refugiaban entonces todos los demás habitantes del pueblo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En regiones situadas á mayor altura, donde no había que temer á las inundaciones, estaban todas las chozas construídas sobre el suelo llano, distinguiéndose solamente de las demás la vivienda del cacique, por estar situada en medio del pueblo y por su mayor tamaño.

Estas ciudades por regla general estaban rodeadas de altas estacas, y era muy estrecha su entrada. Esta á veces formaba una espiral á fin de poder ser defendida más fácilmente si penetraban en ella los enemigos.



Rúbrica de Soto

La guarda de esta entrada encomendábase á esforzados guerreros que tenían su lugar de observación en una pequeña garita provista de troneras ó aspilleras, y que, según informes de antiguos cronistas, conocían por el olfato la aproximación del enemigo.

Alrededor del pueblo estaban diseminados los campos, que cultivaban con esmero los indígenas. Para remover ó cavar la tierra empleaban unos garfios cuyos extremos estaban formados por anchos huesos de pescado. Lo que les sobraba de la cosecha lo guardaban en pequeños almacenes construídos de piedra y tierra, y sólo en caso de necesidad se echaba mano de tal depósito; en estos almacenes guardaban también gran cantidad de carne curada al humo para el invierno.

Los floridanos no sólo eran buenos agricultores, sino excelentes guerreros y cazadores. Cuando iban á cazar ciervos acostumbraban á ponerse la piel de uno de estos animales, de modo que la cabeza con los cuernos se adaptara perfectamente á la del cazador, que podía con toda comodidad explorar el terreno mirando por los huecos de los ojos de la piel del animal. Ataviado de este modo deslizábase hasta llegar junto á la pieza,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que era cazada entonces con poquísimo trabajo. Gran osadía é intrepidez demostraban también los floridanos en la caza del aligátor, que era una verdadera plaga de aquel país, pues el voraz animal solía salir de noche é internarse en los pueblos para coger á los que se encontraban descuidados. Un cronista del siglo XVI (1) describe una caza de aligátores del modo siguiente:

«Diez ó doce indígenas cogen un árbol largo y van al encuentro del animal, que se dirige á ellos para devorarles, y le meten con gran destreza la parte más estrecha del tronco en las fauces, no pudiendo volver á sacárselo á causa de su desigualdad y de su ruda corteza, tirando de este modo de espaldas al cocodrilo y acribillándole después á flechazos el vientre, que es muy blando. Es tal el peligro que corren los indios con la vecindad de este animal, que tienen que hacer guardia día y noche, como si se tratase de su más temible enemigo.»

Para la caza y para la guerra servíanse principalmente de arcos y flechas bastante largas; la cuerda de los primeros era una correa de piel de ciervo, de dos dedos de ancho; esta correa la ablandaban en agua torciéndola después y sujetándola á la rama de un árbol colgando de ella bastante peso, hasta que se secaba y quedaba tan tirante como una cuerda de guitarra muy templada. Para evitar que, al disparar, la sacudida de la cuerda lastimase el brazo, llevaban un manguito de cuero y plumas que les cubría el brazo izquierdo desde la muñeca hasta casi la sangría (véase el grabado de la página 43).

Los españoles tuvieron ocasión de observar que los indios manejaban sus armas con extraordinaria fuerza y habilidad. Sucedió más de una vez que las flechas de los floridanos traspasaban de parte á parte á los caballos, y tampoco las cotas de malla con sus fuertes coletos de cuero les ofrecían gran resistencia. Un día quisieron someter los españoles una de estas cotas de malla, que había costado 150 ducados, á una prueba, para ver si podían fiarse de ella, y á este fin pusieron la armadura sobre un cesto y mandaron á un floridano que disparase contra ella. El salvaje cerró los puños, se retorció y estiró para reunir sus fuerzas, y disparó una flecha con tal violencia que no sólo traspasó la armadura y el cesto, sino que aún podía haber matado á un hombre. Entonces los españoles pusieron una segunda cota de malla sobre la primera, el indígena volvió á disparar, y la flecha se clavó sobre ambas armaduras, de modo que la punta salía por un lado y el mango por el otro; desde entonces no fiaron gran cosa los españoles en sus cotas de malla y las llamaban lienzo de Brabante. En lugar de éstas hiciéronse gruesas corazas forradas de fuer-

---

(1) *Historia antipodum, ó Newe Welt*, de Gottfried, pág. 163.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tes capas de fieltro puestas unas sobre otras para resguardar con ellas el pecho y los flancos de los caballos.

Cuando los españoles abandonaron Ossachile llevaban el propósito de ir al país de Apalache, al que únicamente podían llegar cruzando un pantano de media legua de ancho y cuya extensión se perdía de vista; ambas orillas estaban cubiertas de bosques, casi impenetrables á causa de la maleza y de gran cantidad de raíces. Sólo en un estrecho lugar había un paso que únicamente podía ser atravesado después de librar rudo combate con los indígenas. Entre continuas escaramuzas llegaron por fin á la ciudad de Apalache, rodeada de grandes campos de maíz, y en la cual Soto estableció su cuartel de invierno en la casa del cacique, situada sobre una eminencia.

Provisiones tales como maíz, calabazas, judías y otros frutos había bastantes, y Soto dedicó todo su interés á explorar el país, enviando al efecto una hueste de los suyos á la costa, en la cual hallaron éstos, en la bahía de Apalache, el lugar donde Narváez había mandado construir los cinco botes con los que abandonó La Florida en compañía de una parte de su ejército.

Envió además Soto treinta jinetes á Chirihigua para dar orden á la tripulación de los barcos que se dirigiese hacia Apalache y que durante el trayecto reconociera minuciosamente todas las bahías y puertos del país. Terminado este trabajo, mandó Soto reconocer la costa de los territorios de Occidente colindantes con Apalache, hallando al verificarlo un hermoso puerto, llamado Achusi por los indígenas. Soto mandó á la Habana un informe de los descubrimientos y conquistas hechos hasta entonces, lo cual produjo gran alegría.

En marzo de 1540 dirigióse Soto hacia el Norte, atravesó las florecientes comarcas de Altapaka, Achalaque y Cofaqui, llegando, después de haber atravesado un gran desierto, al reino de Cofaciqui, que linda con el actual río de Sabana, donde ejercía el poder soberano una joven y hermosa india.

Cuando Soto y su gente llegaron al mencionado río, en cuya orilla izquierda estaba situada la residencia de la reina, salió ésta, en compañía de ocho de sus más principales damas, en un bote ricamente adornado, al encuentro del general, no sólo para ofrecerle su amistad, sino para poner á su disposición su país y su vivienda. Al mismo tiempo entregó á Soto un collar con tres sartas de valiosas perlas; Soto sacó de su dedo una magnífica sortija adornada con rubíes para dársela como contrapresente, y tan impresionado estaba por la hermosura de la india que hasta se olvidó de preguntarla su nombre. Varias semanas permaneció Soto disfrutando la hospitalidad de la amable soberana, en cuyo país descu-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

brieron gran cantidad de perlas, principalmente en los lugares destinados á la conservación de los cadáveres. Estos cadáveres estaban embalsamados y metidos en cajas de madera, y al lado de ellos había pequeños cestos de mimbre llenos de perlas de todas clases. El templo donde se guardaban los restos de los caciques ofrecía un interesante aspecto. Esta construcción, que medía cien pies de largo por cuarenta de ancho, estaba, tanto interior como exteriormente, revestida de conchas. A lo largo de las paredes interiores había bancos, sobre los que estaban colocadas las cajas de los muertos, encima de las cuales se hallaban sujetos los escudos, hechos de mimbre, con la inicial de la persona que allí descansaba. Pero si esta sala encerraba incalculable riqueza en perlas y plumas de colores, la casa de provisión, situada enfrente, poseía grandes cantidades de armas artísticamente trabajadas, y además preciosas y bien curtidas pieles de ciervos, martas, gatos monteses, etc.

Soto permaneció bastante tiempo en la residencia de la hermosa soberana, enviando desde allí una expedición de reconocimiento á las comarcas de Chalaqua y Xualla, situadas en la parte Norte del actual estado de Georgia, que poseían gran riqueza en metales.

Lo que se hallaba en mayor abundancia era cobre, y oro en las arenas del río; para obtener este precioso metal usaban el siguiente procedimiento. Abrían zanjas en el fondo del río, donde se depositaban las arenas arrastradas por la corriente, así como las pepitas de oro de mayor peso, y de este modo podían lavarlo con poco trabajo.

Impulsado por el deseo de hallar comarcas más ricas en este metal, atravesó Soto las de Guachoule, Ichiaha, Cossa, Akoste y Talisse, que se distinguían por su fertilidad, llegando después al territorio del poderoso cacique Taskalusa, el cual recibió con gran pompa á los extranjeros. Este jefe indígena era el tipo más perfecto de un indio norteamericano; una altiva gravedad se veía impresa en los duros rasgos de su fisonomía, y ni el menor ademán demostraba la más mínima curiosidad por conocer á los extranjeros. Era de estatura verdaderamente gigantesca, pues sobresalía dos veces la cabeza por encima de todos sus soldados. Esperaba á los españoles en un pueblecillo guardado por cien de sus más valientes guerreros, sentado sobre un sitial ricamente labrado, teniendo junto á sí un floridano que sostenía un estandarte hecho de piel de ciervo, que ostentaba tres rayas azules y era el *totem* ó divisa del jefe. A algunos oficiales que iban delante de Soto para anunciarle no se dignó mirarles siquiera. Sólo cuando se presentó el general levantóse el cacique, yendo á su encuentro para saludarle. Empeñóse Taskalusa en guiar él mismo á los españoles á su capital; y á este fin montáronle sobre un caballo; era tan alto que casi rozaba el suelo con los pies.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Después de larga marcha, llegaron á un lugar llamado Movila ó Mauila, compuesto de 80 sólidas casas, tan grandes algunas de ellas que podían albergar de 600 á 1,000 hombres. La ciudad estaba emplazada sobre una gran llanura á orillas del río Alabama, y rodeada de una valla de bastante elevación, sobre la que había además altas empalizadas. Cada cincuenta pasos se alzaba una torre atrincherada que podía contener ocho hombres. Dos puertas daban acceso á estas fortificaciones, en el centro de las cuales había una gran plaza.

Por varios detalles sospecharon los españoles que se tramaba alguna traición contra ellos, y de las pesquisas practicadas resultó que unos diez mil floridanos, perfectamente armados, estaban reunidos en la fortaleza juntamente con gran número de mujeres jóvenes, las cuales tomaban á menudo activa parte en las batallas.

El combate, por lo tanto, no se hizo esperar mucho tiempo. Durante él retiróse Soto del fuerte con sus gentes, mas no sin haber incendiado antes algunas casas, y desde la llanura mandó atacar la fortaleza. La lucha duró horas enteras, sin que la victoria se declarase en favor de uno ú otro bando, y fué una de las más sangrientas que hayan tenido lugar entre blancos y pieles rojas en el suelo de la actual Unión. Las mujeres indias tomaban también parte muy activa en ella, defendiendo las empalizadas con un valor digno de elogio. Entretanto propagóse el incendio por toda la ciudad, consiguiendo al fin los españoles entrar en ella, y entonces los floridanos buscaron su salvación en la fuga; después de nueve horas de combate pudieron considerarse los españoles dueños de la ciudad, pero tenían que lamentar la muerte de 82 hombres y 47 caballos. Las pérdidas de los indígenas ascendieron según algunos cronistas á 2,500, y según otros á 10,000 muertos (1).

A larga distancia alrededor de la fortaleza veíanse los cadáveres de los fugitivos que habían sucumbido á causa de sus heridas. No pudo saberse si Taskalusa halló la muerte en el combate ó pereció abrasado, ó si, como aseguran algunos, quedó sepultado entre los escombros de una casa que se hundió; lo cierto es que desapareció para siempre.

Las importantes pérdidas sufridas llevaron el mayor desaliento á las tropas, y á esto había que agregar el convencimiento de que el país no poseía oro ni plata ni cosa alguna que les indemnizase de los indecibles peligros y penalidades que originaría lograr la sumisión de los valientes floridanos. Muchos soldados deseaban emprender el regreso y dirigirse al puerto de Achusi, situado á treinta leguas de distancia, y en el cual se

(1) Véase *El valiente español durante la conquista de La Florida*, por Garcilaso de la Vega.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hallaban los barcos; pero Soto, que no estaba dispuesto en modo alguno á desistir de la campaña proyectada, decidió proseguir á marchas forzadas, á fin de alejarse lo más pronto posible de la costa, sin dar tiempo á que aumentase el descontento entre las tropas. Partieron, pues, el 14 de noviembre, llegando, después de cruzar la comarca de Pafallaya, al territorio de los guerreros chikassas, que trataron de impedir á los españoles el paso de un río allende el cual se hallaba su capital; pero Soto logró efectuar el paso de éste, y en diciembre apoderóse de la ciudad, en la que decidió invernar. En enero del siguiente año cayeron una noche los indígenas sobre su ciudad, y la incendiaron valiéndose de antorchas y flechas encendidas. En este ataque nocturno perecieron cuarenta soldados y cincuenta caballos, veinte de estos últimos abrasados. La pérdida de equipajes y provisiones fué también considerable.

Como el pueblo quedase después de esto completamente derruído, los españoles levantaron un campamento en un sitio seguro, situado á una legua de distancia de la que fué capital de los chikassas; en aquel paraje, llamado Chicacilla, permaneció Soto defendiéndose de los ataques de los enemigos hasta fines de marzo; atravesó después, librando continuados combates, el territorio de Alibama, y en mayo del año de 1541, ya en el país de Chiska, llegó á orillas de un caudaloso río, que era tan ancho que de una á otra orilla no podía distinguirse la figura de un hombre que estuviera de pie; su lecho era extraordinariamente profundo, la corriente rápida, y el agua cenagosa y llena de troncos de árboles desarraigados.

Era el Mississippí, más arriba de la embocadura del río de San Francisco; este inmenso torrente, llamado Chukagua (1) por los indígenas, causó á Soto el mayor asombro.

Caminaron río arriba algunas leguas, construyendo después cuatro botes para cruzarle; á pesar de la resistencia enemiga consiguieron su deseo, penetrando luego en los países de Casquin y Capaha.

---

(1) Hay que advertir que el Mississippí ha cambiado diferentes veces de nombre en el transcurso de los siglos. Pineda, su primer descubridor español, dióle el nombre de *Río Grande del Espíritu Santo;* otros españoles le bautizaron con los nombres de *Río Grande*, *Río de la Empalizada* y *Río de la Eulata.* Los franceses llamáronle *Riviere de Saint Louis;* La Salle llamóle, en honor del gran ministro de Luís XIV, *Riviere de Colbert.* Los nombres indígenas son: *Chukagua (la gran agua); Mico (el rey de los ríos); Namon-Sipon (el río de los peces); Okimo-Mitto (el gran camino de agua); Meact-Massipi (el padre de los torrentes); Mescha-Sibi (el gran río).* Desde su nacimiento hasta la embocadura del Ohio era conocido por los indios con el nombre de *Pehetonat.*

El nombre de Mississippí empezó á usarse con más frecuencia á mediados del siglo XVII, pero escribiéndolo de distinto modo. Merinou, en el año de 1666, escribía *Messippi;* Dablon, en 1671, *Mississippi;* Marquette, en 1673, *Mississippy;* Hennepin, en 1680, *Meschonipi;* Coxe, en 1698, *Micissip*, y Charlevoir *Mechaseba.*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En unión de los habitantes del primero tomaron parte Soto y su gente en una sangrienta batalla de destrucción contra los del segundo, conquistando y destruyendo su fortificada ciudad. Persiguieron á los fugitivos, que se habían atrincherado en una isla situada en el Mississippí, y bajaron el río con sus aliados en ochenta canoas sin haber podido hacer nada contra sus valientes enemigos, que defendieron su último baluarte con el valor de la desesperación.



Escultura tolteca de piedra (existente en el Museo Etnográfico de Stokolmo)

Durante esta campaña observaron los españoles que los indios tenían la costumbre de arrancar la cabellera, juntamente con la piel, á sus enemigos muertos en combate, poniéndola después á secar al fuego, y una vez seca la colgaban en largas estacas delante de las puertas de sus viviendas. A sus prisioneros cortábanles los tendones de las piernas para impedir que huyesen.

Confusas noticias sobre la aparición de un brillante metal dorado en las montañas situadas á cuarenta leguas de distancia de Capaha, determinaron á Soto á enviar algunos españoles en busca del supuesto oro; pero pronto se vió que era una variedad de cobre muy claro. Desde Capaha dirigióse el ejército por las comarcas de Quiguate, Coligua ó Colima y Tula, países cuya situación no puede precisarse exactamente. Los habitantes de este último eran de una fealdad espantosa, pues tenían la costumbre de dar á su cabeza una forma puntiaguda y desfigurarse además el rostro por medio de piedras cortantes, con las cuales se hacían incisiones en la piel, sobre todo alrededor de los labios, rellenando las heridas con pintura negra.

En el pueblo de los Tulas, situado sobre una lengua de tierra, hallaron carne seca y cuero curtido de búfalo, el bisonte americano, que fué tomado por vacas por los españoles. Sus velludas pieles las aprovechaban como mantas, y sus grandes é informes cabezas veíanse á veces como trofeos de caza sobre las puertas de las chozas.

Después de varias correrías que, según parece, les condujeron muy hacia Occidente, invernaron los españoles en el país de Utianque, donde permanecieron hasta principios de abril de 1542, dirigiéndose después hacia el Mississippí por Naquetex, Guakan y Anilko. Todos estaban can-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

sados de las indecibles fatigas que habían tenido que sufrir, y Soto reconoció que había cometido una gran falta habiendo llevado á su gente años enteros de aquí para allá sin haber construído una sólida ciudad, desde la cual hubiese podido emprender con éxito la colonización del país. El pequeño ejército, á causa de las enfermedades y continuos combates, había disminuído en una mitad, y á ésta decidió Soto conducir hasta la embocadura del Mississippí para edificar en sus inmediaciones una ciudad. Hacia fines de abril llegaron á un gran lugar llamado Guachoya, lugar situado sobre dos eminencias y en el sitio donde emboca hoy día el Red River en el Mississippí. Los habitantes huyeron con su hacienda por el río en ligeras canoas; los españoles estableciéronse en aquel lugar, y en unión de los habitantes del país, cuyas simpatías se habían captado, realizaron una campaña contra Anilko, bajando por el Chukagua é incendiando aquel pueblo. Los aliados de Soto dieron rienda suelta á su crueldad contra sus enemigos, pues hasta cogían á los niños de pecho por las piernas y los tiraban á lo alto, atravesándolos con sus lanzas antes de que cayeran al suelo. A su vuelta á Guachoya empezó Soto á trazar un plano para la construcción de una gran ciudad, pero durante estos trabajos fué presa de una violenta fiebre que acabó con él en pocos días. Poco antes de morir se despidió de sus capitanes y soldados, y entregó el mando á Luis Moscoso. Soto murió el 21 de mayo del año de 1542, á los cuarenta y dos años de edad. Los españoles, temiendo que la noticia de su muerte alborotase á los vecinos pueblos, y que éstos desenterrasen al general para ultrajarle, cosa que habían hecho ya en casos análogos, diéronle sepultura por la noche. Mas no obstante tal precaución lo supieron los salvajes, y entonces los españoles lo exhumaron, construyeron un ataúd con tronco de una gran encina y sumergieron los restos de Soto en el Mississippí.

La muerte de su general puso término á todas las empresas de los españoles, pues en todos dominaba la idea de abandonar cuanto antes, y del modo más seguro, el país. Como creían que no se hallaban á gran distancia de México, decidieron irse allí, poniéndose en camino el 5 de julio desde Guachoya, haciendo largas marchas por el día hasta haber andado más de cien leguas hacia Occidente; pero al entrar en el actual estado de Texas halláronse en unos aridísimos desiertos donde los pocos indígenas que encontraron llevaban una verdadera vida nómada, habitando en unas miserables chozas de pieles, de fácil transporte, en las que hallaron otra vez carne y pieles de búfalo. Como no vieron ningún bisonte vivo, siguieron los españoles en su creencia de que los indígenas criaban una variedad de vacas, por lo que dieron á aquel país el nombre de «país de los pastores de vacas.» Penetrar más en aquellos inhospitalarios desiertos era empresa muy peligrosa, y en su vista enviaron algunos jinetes á que se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



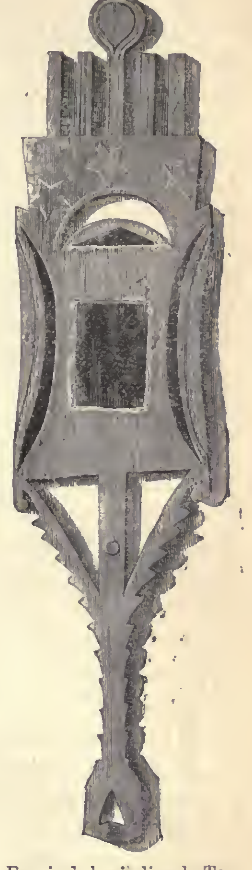
La ciudad de México después de reconstruída por los españoles

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

enterasen del estado del país más hacia Occidente. Los jinetes partieron en distintas direcciones, llegando probablemente hasta la frontera occidental del estado de Texas; pero sólo pudieron decir á su regreso que, cuanto más penetraban en el país, peor y más desconsolador era su aspecto.

Esta noticia arrebató á los españoles toda esperanza de posibilidad de ir á México por tierra, y decidieron regresar al Chukagua.

La entrada del invierno hacía el regreso sumamente peligroso. Los ríos, á causa de los fuertes aguaceros y nevadas, habían experimentado una gran crecida y no podían pasarse sino á costa de grandes trabajos; á esto había que agregar el constante temor al hambre al ver que sus provisiones disminuían, y además que los indios, que los acechaban constantemente, arrojaban sobre ellos verdaderas granizadas de flechas. No transcurría día sin combate; no había hombre ni caballo que no estuviesen heridos, y casi todos iban enfermos á causa de tantas penalidades. Más de uno se arrojaba al suelo y allí moría sin tener siquiera una piadosa sepultura, pues sus compañeros no tenían fuerzas para abrir una fosa. Sumamente reducidos, pues sólo quedaban ya 370 hombres, llegaron los sobrevivientes al Mississippí en los últimos días de noviembre, saludando con tal regocijo el ancho cauce del río como si allí hubiesen terminado ya todas sus miserias y penalidades.



Espejo de los indios de Texas (existente en el Museo Etnográfico de Stokolmo)

A viva fuerza apoderáronse primero del lugar de Aminoja, que estaba rodeado de profundos fosos llenos de agua, cayendo en manos de los españoles gran cantidad de maíz, nueces, ciruelas-pasas y otros frutos. Después de haber fortificado bien el pueblo cortaron leña para construir siete bergantines con los cuales pensaban descender por el Mississippí para llegar á México. Como para su construcción tuvieron que emplear algunos meses, viéronse obligados á sufrir todos los rigores de un invierno excepcionalmente frío, en el que murieron sesenta españoles más. Apenas había pasado éste, cuando comenzaron las inundaciones primaverales del río, que retrasaron la partida. El 10 de marzo del año de 1543 empezó á desbordarse el río, ocasionando en poco tiempo tal inundación, que todo el valle del Mississippí, que tiene muchas leguas de ancho, parecía un inmenso

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mar, del que sólo sobresalían las puntas de las copas de los árboles y algunos puntos más altos. También el refugio de los españoles fué inundado, teniendo que trasladarse en barcas por las calles de Aminoja de una casa á otra de las que estaban situadas sobre altos postes para defenderlas de las aguas. La inundación alcanzó su mayor grado el 20 de abril, desde cuya fecha empezaron á descender las aguas, pero con tal lentitud que el 20 de mayo apenas podía aún andarse por las calles.

Cuando al fin volvió el río á su estado normal apresuraron los preparativos de la marcha, á causa de haberse confirmado un rumor que corría desde largo tiempo de que los pueblos vecinos pensaban reunirse para dar un ataque decisivo á los españoles. Y como les dijeran que este ataque sería por agua mientras los españoles bajasen el río, adoptaron éstos toda clase de precauciones para defenderse de las flechas de los salvajes. En los costados de los bergantines pusieron gruesas tablas cubiertas con pieles. A fines de junio quedaron listos todos los preparativos de marcha, embarcándose cincuenta hombres en cada embarcación; para transportar los pocos caballos que les quedaban emplearon barcas, que fueron remolcadas por los bergantines.

El primer día y la noche siguiente no se vieron molestados por sus enemigos, pudiendo regocijarse con la vista del gigantesco torrente, cuyas brillantes ondas bajaban con tranquila majestad hacia el Sur; á ambas orillas veíanse inmensos bosques vírgenes. Por cuantos sitios pasaban los barcos ofrecíase á la vista de los navegantes una inmensa selva en la que la mano del hombre no había podido imprimir su huella, viéndose en ella muchas y diversas manifestaciones del reino animal. Bandadas de patos de brillantes colores, zancudas, pelícanos y rojos flamencos veíanse volando sobre las aguas de las poco profundas bahías; sobre los troncos de los árboles que arrastraba la corriente se veía al martín pescador, al negro grajo y al cormorán acechando su presa; oíase en los bosques el alboroto que armaban innumerables papagayos y cacatúas, mientras que por la azulada atmósfera volaba majestuosamente el águila de cabeza blanca. De vez en cuando se encontraban grandes y graciosos ciervos metidos en el agua hasta la mitad de su cuerpo para saciar su sed; á veces deslizábanse por la espesura la pintada pantera y el tigre de gran tamaño

Ya empezaban á creer los españoles que se habían adelantado á sus enemigos, ávidos de su sangre, cuando de improviso vieron á la mañana siguiente ante sí una escuadra india que aguardaba la llegada de los españoles para cerrarles el paso. Más de mil piraguas, tan grandes como no las habían visto hasta entonces, se balanceaban sobre las ondas, llenas de hombres vigorosos y dispuestos para el combate, que esgrimían sus armas lanzando salvajes aullidos. Algunas embarcaciones eran tan grandes que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

llevaban 25 remeros á cada lado, y además 30 guerreros. Los indígenas, arrodillados en el fondo de la piragua, manejaban unos remos de seis pies de largo. A causa de la uniformidad con que aquéllos remaban cortaban estas embarcaciones, que estaban hechas de grandes troncos de árbol, con tal rapidez las aguas, que difícilmente un caballo á todo correr hubiera podido adelantarlas. Durante sus maniobras entonaban diferentes cantos, y según eran éstos, así remaban más ó menos de prisa. El aspecto de esta escuadra india era sumamente pintoresco, pues no sólo llevaban los salvajes vistosas y magníficas plumas en la cabeza, sino que habían adornado sus armas, remos y piraguas con los más fantásticos adornos de vivos colores.

Animándose unos á otros con sus canciones guerreras, acercáronse á los españoles, arrojando sobre ellos una lluvia de flechas y dardos, y dando al mismo tiempo tan terribles gritos que hacían retemblar el espacio. Después de este primer ataque, del que costó á los españoles gran trabajo defenderse, dividieron los indios su escuadra en tres partes: la primera marchaba delante de los barcos españoles molestándoles á corta distancia, y las otras dos atacaban al propio tiempo los flancos y parte posterior de los bergantines. En estas maniobras cambiaban constantemente de lugar las piraguas, pues tan pronto iba una división delante como la otra; así es que los españoles tenían siempre ante sí nuevas fuerzas enemigas, que no les daban tiempo á reponerse. Diez días enteros duró este espantoso combate naval, en el que los españoles perdieron setenta hombres y todos los caballos.

Al llegar cerca de la embocadura del Mississippí desistieron los salvajes de su persecución y volvieron triunfantes á sus países, de los que tanto se habían alejado. Los españoles comprendieron que se hallaban cerca del mar, no sólo á causa de la anchura del río, que era enorme en algunos sitios, sino por la circunstancia de que las orillas del río no estaban ya pobladas de bosque, sino de altas cañas. Pero todavía navegaron tres días más sin que cambiase gran cosa el paisaje, y al cuarto denunciaron las olas, más altas, que habían entrado en el mar. A la izquierda de la embocadura del río vieron un montón grandísimo de árboles, arrancados por la corriente durante las avenidas y que habían sido empujados río arriba por las olas del mar. Para pasar la noche anclaron en una desierta y cenagosa isla, en la que descansaron también de las fatigas de los últimos diez y nueve días y noches transcurridos en el viaje, y pudieron reponerse para los percances que les esperaran.

A falta de brújula y carta, decidieron los españoles navegar á lo largo de la costa hasta llegar á Nueva España; efectuaron esta temeraria empresa, y transcurridos cincuenta y tres días, en los que abundaron toda clase de peligros y privaciones, llegaron á las colonias del Panuco y desde allí

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se dirigieron á México, donde el virrey Mendoza recogió á estos infelices, hambrientos y casi desnudos, pues sólo iban cubiertos con pieles. Apenas quedaban 300 hombres de aquel lucido ejército que había salido con Soto á la conquista de La Florida; los esqueletos de los demás blanqueaban en los bosques y praderas de los lejanos países que habían recorrido por espacio de tres años en busca de oro y riquezas.

Los espantosos relatos que hicieron acerca de los profundos pantanos y espesos bosques de La Florida, así como de sus belicosos habitantes, consiguieron que, después de la expedición de misioneros franciscanos y de otra emprendida el año de 1561 por Angel de Villafañe, que tuvieron también un fin desastroso, los países situados entre el bajo Mississippí y el Océano Atlántico, que eran conocidos por el nombre de La Florida, no volviesen á ser objeto de conquista ó colonización por parte de los españoles. Es más: el 23 de septiembre del año de 1561 apareció un real decreto que prohibía terminantemente toda clase de empresas á La Florida, á fin de que no fueran sacrificadas más vidas ni riquezas á la conquista de este país.



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Vista de Zuñí, aldea de los indios de Pueblo (Dibujada del natural por Rodolfo Cronau.)

CAMPAÑA DE CORONADO CONTRA CIBOLA Y QUIVIRA

Poco después de la caída de la orgullosa ciudad de Tenochtitlán dirigieron los españoles con avidez sus miradas á aquellas comarcas que lindaban por el Norte con los países de los aztecas. Corría el año de 1530 cuando Núñez de Guzmán, gobernador de Nueva España, obtuvo por medio de un indio natural del país de Tegos (Texas?) la primera y obscura noticia de un gran reino titulado *Cibola*, que lindaba con su país natal y poseía siete grandes ciudades que podían compararse en riqueza y extensión con México. El viaje hasta allí duraba cuarenta días, teniendo, para ir, que atravesar grandes desiertos, situados entre el golfo de México y el mar del Sur. Aseguraba el indio que en las siete ciudades había calles enteras habitadas exclusivamente por trabajadores de oro y plata.

Guzmán, vivamente exaltado por estas noticias, organizó en seguida un ejército compuesto de 400 españoles y 20,000 indios para penetrar en el

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

país de las siete ciudades; pero á causa de los inmensos obstáculos que encontró á su paso, sólo llegó á los países de Culiacán y Sinaloa, contentándose con colonizarlos.

Transcurrió una larga serie de años; el indio de Tegos, que había servido de guía á Guzmán, falleció, y las fabulosas noticias de las siete ciudades de Cibola hubiesen caído en el olvido si un memorable acontecimiento no las recordara.

Era el año de 1536 cuando llegaron á Culiacán cuatro hombres cubiertos de harapos y sumamente pobres, cuyos relatos causaron la mayor admiración en todas partes. Estos hombres eran Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo Maldonado y un esclavo moro llamado *Estebanico*, que en el año de 1528 habían ido con Pánfilo de Narváez á La Florida y hecho toda la campaña contra ésta, contándose entre los pocos que salvaron su vida cuando la dispersión de los botes en la embocadura del Mississippí.

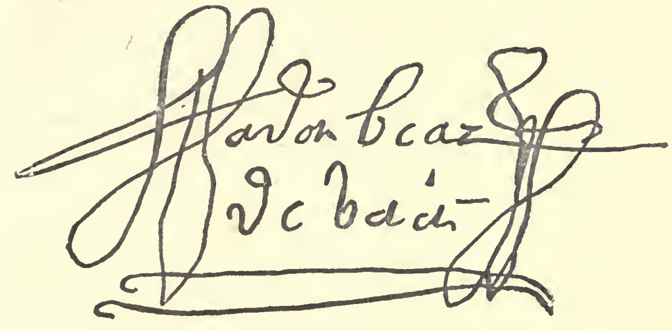
Cabeza de Vaca, que está descrito en las crónicas como el más hermoso y apuesto de todos los conquistadores, y cuyo valor y serenidad en el peligro y firmeza y perseverancia en las mayores calamidades le habían conquistado el honroso título de *esclarecido campeón*, atravesó como un nuevo Odiseo, con sus tres compañeros, todos los territorios comprendidos desde la embocadura del Mississippí hasta el golfo de California. Ninguna novela puede compararse con las vicisitudes y peligros que habían experimentado en su errante marcha, pues Cabeza de Vaca, en su *Relación* (1), cuenta que los bárbaros salvajes le habían tenido, en unión de sus compañeros, años enteros sufriendo el más duro cautiverio, y martirizándoles diariamente del modo más cruel; que los mosquitos les habían picado de tal modo que en su cuerpo se veían las mismas llagas *que en el de San Lázaro;* describía también cómo habían logrado fugarse, llegando después á los desiertos situados al Oeste del Mississippí, donde les faltó poco para morir de hambre, pues viéronse precisados á comer carne de perro y alimentarse con los frutos del cacto y con raíces. Más tarde llegaron á un pueblo que vivía en sólidas y magníficas viviendas hechas de piedra y tierra, situadas al lado de un río, entre dos cordilleras. Fueron recibidos por aquel pueblo de la manera más hospitalaria; los salvajes cayeron de hinojos á sus pies, adorándoles como á *hijos del Sol*, y llevábanles los enfermos para que fueran curados por el solo contacto de su mano, rogando á aquellos dioses descendidos de lo alto que ordenasen á las nubes derramasen sobre los secos campos sus rocíos bienhechores.

(1) *Relación que dió Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaescido en las Indias en la armada donde yúa por gouernador Panphilo de Narbáez.* Zamora, 1542.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Obsequiaron á los españoles con un gran banquete compuesto de caza, calabazas y pan de maíz, pero no pudieron ofrecerles oro alguno.

Prosiguiendo hacia Occidente pasaron por una comarca sumamente poblada, en la que se veían sólidas ciudades y dilatados campos de maíz y judías. Por todas partes hallaban civilización, orden y prosperidad, y eran muy bien recibidos. Los indios les regalaban turquesas y pieles de extrañas vacas (búfalos), y además puntas de flechas de esmeraldas, que los indígenas consideraban sagradas, las cuales habían ellos adquirido, á cambio de plumas de vivos colores, de los habitantes de las altas montañas del Norte, donde había populosas ciudades de grandes y sólidas casas.



Rúbrica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Después pasaron los intrépidos aventureros por Arizona, siguiendo el curso del río Gila hasta su embocadura, y llegaron al fin, rendidos de cansancio, hasta México, donde el virrey Mendoza les recibió con grandes honores.

Los informes dados de este país por Cabeza de Vaca se abultaron de una manera fabulosa, y pronto el nombre de Cibola corría de boca en boca. Hablábase de las ciudades que se hallaban en él, diciendo que estaban rodeadas de altas vallas é inexpugnables fuertes; que poseían numerosos y magníficos palacios cuyas columnas y puertas estaban hechas de turquesas, y en los cuales la luz no penetraba por vidrieras, sino á través de piedras preciosas que constituían las ventanas; que los soberanos del país eran servidos por hermosas esclavas en vajillas de oro, siendo sus festines dignos de Lúculo; que alrededor de estas ciudades existían montes de ópalo que brillaban á larga distancia, y entre ellos había valles con campos de piedras preciosas y ríos de cristal cuyos lechos eran de arenas de plata.

Estas fábulas, que, como veremos más tarde, tenían su parte de verdad, decidieron al virrey Mendoza á encargar al gobernador de los países de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Culiacán, Petatlán y Sinaloa, comprendidos en la provincia de Nueva Galicia, que se llamaba Francisco Vázquez de Coronado, que ordenase practicar investigaciones para ver si las maravillas contadas de las siete ciudades de Cibola tenían algún fundamento. Siguiendo este mandato envió Coronado al fraile franciscano Marcos de Nica con el encargo de penetrar hasta Cibola y cerciorarse por sí mismo del estado de aquel país. El hermano Honorato, algunos indígenas y Estebanico el moro, compañero de Cabeza de Vaca, acompañaban al monje, que á causa de haber hecho largos viajes por el Perú parecía muy á propósito para desempeñar la misión que se le confiaba. El hermano Honorato tuvo que quedarse en Petatlán enfermo, prosiguiendo los demás hasta llegar al río Gila, donde fué enviado Estebanico delante para avisar á los habitantes de Cibola la visita que les esperaba. Pero algunos indios que acompañaron al moro volvieron algunas semanas después llenos de heridas y con la noticia de que Estebanico había sido muerto por los habitantes de la ciudad.

A pesar de esta desgraciada noticia aseguraba Marcos de Nica que había llegado hasta las inmediaciones de Cibola y visto desde un montecillo la ciudad, que se hallaba situada en la llanura, y que le había parecido mayor y más importante que México; pero que no se había atrevido á bajar á ella y se había limitado á hacer un montoncillo de piedras en aquel lugar poniendo encima una cruz, tomando al propio tiempo posesión del país en nombre del virrey, y dándole el nombre de Nuevo Reino de San Francisco.

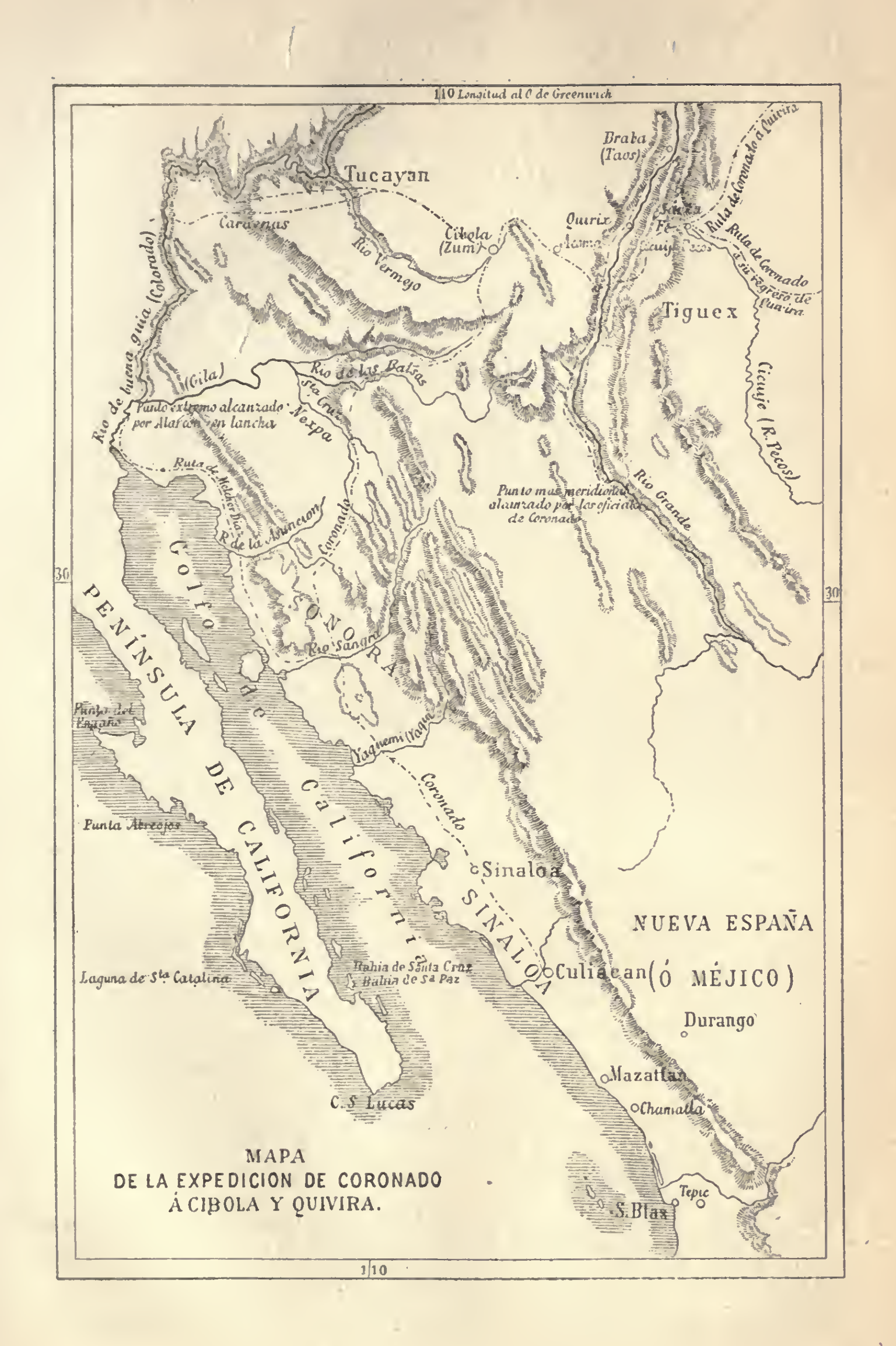
De vuelta á Nueva Galicia hizo Marcos de Nica tal relación de lo que había visto, que Mendoza no dudó un momento en enviar una expedición á Cibola con objeto de conquistarla. Atraídos por aquellos maravillosos relatos reuniéronse en pocos días 300 españoles y 800 indios, ansiosos de tomar parte en la campaña. Coronado, el gobernador de Nueva Galicia, de donde debía partir la expedición, decidióse á acompañarla en persona, por lo cual le fué transferido el mando.

En la primavera del año de 1540 partió Coronado con su ejército desde Compostela, pasando por Chiamatla, Culiacán, Petatlán y Sinaloa. Dos barcos, á las órdenes de Fernando de Alarcón, salieron al propio tiempo del puerto de La Natividad para llevar provisiones á Xalisco y estar en todo caso á disposición de Coronado.

En Chiamatla incorporáronse al gobernador sus dos capitanes Melchor Díaz y Juan Saldíbar, enviados por éste el invierno anterior á explorar el camino y buscar la mejor ruta para llegar á Cibola.

Pero los informes que dieron ambos acerca del carácter de los territorios que habían cruzado fueron tan contradictorios á las descripciones hechas por el franciscano Marcos de Nica, que se desanimó de tal modo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



MAPA
DE LA EXPEDICION DE CORONADO
Á CIBOLA Y QUIVIRA.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el ejército que muchos españoles, que habían pasado ya muchos trabajos durante la marcha, querían emprender el regreso, consiguiendo que se quedasen á fuerza de hacerles grandes promesas.

En efecto, cuanto más penetraban mucho mayores eran los obstáculos que se oponían á su paso, y muchas fueron las maldiciones lanzadas sobre el fraile cuando por fin llegaron al paraje llamado Chichilticalli, donde, según había dicho el monje, existía una magnífica colonia, con casas de piedra, y en lugar de esto no hallaron más que las ruinas de algunas grandes casas de piedra rojiza. Indudablemente dichas casas eran idénticas á las *Casas grandes*, situadas á corta distancia de la actual Reserva de los indios maricopas y pimaindos, existentes en Arizona, que han sido descritas tantas veces (1).

Rúbrica de Francisco Vázquez de Coronado

Después de haber seguido un trecho del río de las Balsas ó Gila, tomaron dirección Nordeste para cruzar en línea recta el desierto de Gila, situado entre el río de este nombre y el reino de Cibola, y pasar las cordilleras de las montañas de Pinal y Mogozloh. Las penalidades sufridas en su marcha por el desierto, que duró semanas enteras, fueron espantosas. Hacía un calor inaguantable y era grande la escásez de agua; los caballos apenas encontraban comida, teniendo que contentarse á veces con algunas hierbas secas. Todo el día caminaban sobre arena ardiente y peñascos de extrañas formas que se elevaban unos tras otros á guisa de bastidores. La única flora de estos desiertos la constituían algunos cactos de original figura, de los cuales los más gigantescos y extraños causaron gran asombro á los españoles. Estas singulares plantas elevábanse á quince y veinte metros de altura, y sus brazos, que subían paralelos con el tronco principal, presentaban el aspecto de grandes candelabros (2).

(1) Una de las mejores descripciones se halla en la obra titulada *Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexiko, California*, etc., de Russell Bartletts, vol. II, págs. 270 á 284.

(2) Véase *En el lejano Oeste*, de Cronau, pág. 297.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Pueblo Bonito, reconstrucción hecha por Rodolfo Cronau

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Al cabo de otros quince días de marcha llegaron á una ancha llanura y á orillas de un río, cuyas aguas, á consecuencia de la tierra que arrastraban, tenían un color rojizo sucio. Dieron á este río el nombre de Bermejo, y es idéntico con el que en la actualidad lleva el nombre de Colorado pequeño. Después de pasarlo llegaron á un país más fértil, en el cual, á orillas de un estrecho riachuelo que corría hacia el Bermejo, había extensas plantaciones cercadas por bajas tapias de adobes, y á poco vieron dibujarse en el horizonte el objeto de sus deseos y viaje: la ciudad de Cibola.

Si los aventureros españoles habían recibido un amargo desengaño á la vista de las ruinas de Chichilticalli, no fué menos grande el que les produjo el aspecto de Cibola, pues en lugar de la maravillosa ciudad soñada, y de sus palacios atestados de riquezas, sólo se ofreció á sus ojos un gran pueblo indígena cuyas casas de adobes, extrañamente hacinadas una sobre otra, apenas contarían de 2,000 á 3,000 habitantes. Tampoco concordaba la situación de la ciudad con los informes dados por Marcos de Nica, pues en vez de estar en un valle, la ciudad de Cibola de aquel tiempo estaba sobre la plataforma de una roca de unos 250 metros de altura que terminaba la montaña, destacándose cual imponente baluarte sobre el valle del actual riachuelo de Zuñi (1).

Maldiciendo del fraile por sus engañosas y exageradas descripciones, dispusiéronse los españoles á atacar á los guerreros de Cibola, que se habían reunido en número de 200 al pie del baluarte de roca para defender la entrada de la ciudad.

Estos, armados de arcos, flechas y lanzas, no pudieron resistir el violento choque de los españoles, y se retiraron á la altura, desde la que arrojaron una granizada de piedras y riscos sobre sus enemigos. Como la senda que conducía á la ciudad era muy pendiente y estrecha, y además formaba numerosas curvas, así Coronado como muchos de sus compañeros recibieron graves heridas; mas al fin consiguieron escalar la altura, y penetrar más tarde en la ciudad. Los habitantes refugiáronse en las azoteas de las casas, quitaron las escalas que conducían á ellas, y siguieron oponiendo tenaz resistencia á los ataques del enemigo; pero por último tuvieron que abandonar este postrer baluarte, y entonces los españoles se posesionaron de la ciudad, que estaba muy bien surtida de provisiones, para someter desde allí al resto del país.

Por más que viesen defraudadas los españoles sus esperanzas de ri-

---

(1) Más tarde trasladaron los indios de Zuñi su residencia á la llanura, elevándose aún hoy día la ciudad de ese nombre sobre una pequeña eminencia, á los pies del baluarte de roca. (Véase el grabado cabecera de este capítulo.)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

queza, no dejó de causar en ellos Cibola grandísimo asombro, pues dicha ciudad constituía un solo cuerpo coronado por una inmensa terraza, estando las casas colocadas una sobre otra.

Las casas del piso inferior no poseían más que pequeños huecos de ventanas, pero sin puerta alguna, y sólo podía entrarse en el interior de estas viviendas por una puerta colgante, especie de escotillón que se hallaba sobre la terraza, desde la cual descendía una escalera hasta abajo. A dicha terraza se llegaba desde la calle por medio de una escalera de mano que podía quitarse con facilidad.

Este dificultoso modo de penetrar en las casas de la terraza inferior se usa aún en todas las construcciones de Pueblo, y ha sido adoptado con el fin de hacer más difícil la conquista del lugar á los vecinos enemigos.

Las casas de los pisos superiores de la terraza tenían, por el contrario, puertas, comunicando las terrazas unas con otras por medio de escaleras de mano, de modo que desde el tejado de las primeras casas podía subirse á la segunda plataforma, y así sucesivamente.

Los huecos, bastante estrechos, de las puertas permitían la entrada en los grandes y limpios aposentos de las viviendas, que recibían la luz por unas pequeñas ventanas que se cerraban en días lluviosos ó de tempestad con planchas de selenita, yeso cristalizado, ó espejuelos. En los ángulos de la habitación veíanse hogares de extraña forma, desde los cuales salía el humo por unas chimeneas más raras aún, hechas con barro y pucheros sin fondo. Por la noche iluminaban los aposentos valiéndose de fogatas ó encendiendo una variedad del cacto empapada en aceite mineral.

La monotonía de las casas, todas ellas construídas de adobes, según hemos mencionado ya, se veía interrumpida tan sólo por las escaleras de cedro y los canalones que sobresalían á larga distancia, contribuyendo á animar el cuadro la presencia de los indios; éstos eran de figura hermosa y bien formados, y vestían ropajes de vivos colores. Veíaseles bajar y subir con gran agilidad por las escaleras y trabajar en sus diferentes oficios sobre las terrazas ó en los estrechos pasillos de las plataformas.

Los hombres, cuando no estaban en la guerra ó de caza, reuníanse en algún rincón á la usanza india, para hablar de la gloria y fama de sus antepasados; las mujeres, que eran muy hacendosas y trabajadoras, ocupábanse en tejer las telas para los vestidos, en trabajos de alfarería ó en amasar el pan. La primera de estas ocupaciones la ejecutaban lo mismo que en los tiempos primitivos, valiéndose de unos telares que se componían sólo de dos palos, de los cuales el superior se sujetaba en cualquier sobresaliente viga de la pared, mientras que el inferior descansaba en el suelo. Sin modelo alguno, tejían magníficas cubiertas de hermosos colores,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hechas de algodón ó del fino pelaje de las cabras y ovejas monteses; la cualidad principal de estas cubiertas consistía en ser impermeables. Así como cada familia tejía toda la tela necesaria para vestirse sus individuos,



Vasijas de barro pintado, de los indios de Pueblo

del mismo modo hacía los pucheros, cazuelas y vasijas necesarias; algunos hombres y mujeres habían logrado perfeccionar notablemente este oficio. Gran número de estas vasijas, hechas de un barro muy fino, recuerdan los antiguos productos etruscos ó griegos; al lado de estos acabados trabajos construían con singular destreza figuras de hombres ó animales.



Grotescas figuras de barro, de los indios de Pueblo

Veíanse figuras de los primeros, de anchas piernas ó en cuclillas, riéndose al parecer á carcajadas, con el brazo extendido, ó con la mano puesta patéticamente sobre el corazón. Los segundos representaban mochuelos, ciervos, osos, búfalos, ranas, etc., haciendo reir á veces su infantil modelado.

Los habitantes de Cibola, al igual de los de todos los demás lugares de Pueblo, eran excelentes agricultores y conocían el procedimiento de fertilizar los campos por medio del riego. Cultivaban, además del maíz, sabrosas judías grandes calabazas, algodón, tabaco y pimientos. No sólo comían el maíz aún verde, sino que también lo molían, obteniendo de él una harina finísima con la que hacían pan. Para confeccionarlo mezcla-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ban la harina con agua formando una masa ligera, la cual extendían rápidamente con la mano sobre una losa llana caldeada. Como la masa, según se ha dicho, era poco consistente, se cocía en un momento, resultando una torta de color gris del grueso de un pliego de papel. Estas tortas las colocaban unas sobre otras hasta que alcanzaban una altura regular. Para introducir variaciones, al coger el maíz reunían las mazorcas por órden de colores, y así, cuanta más variedad de éstos tenía la harina, tanto más diferentes eran las capas del pan, apareciendo tan pronto grises como amarillentas, verdes, color de café ó rojizas.

Los indianos de Pueblo (este era el nombre que daban los españoles á aquellos indígenas) eran idólatras del sol, y todas las mañanas, poco antes de salir éste, subían los sacerdotes á las terrazas más altas de las casas, para desde allí, entre continuados rezos, dirigir afanosas miradas hacia Oriente. Era además objeto de gran veneración el agua, puesto que de su existencia dependía principalmente, en aquellos pedregosos y estériles países, la vida de todos. Tenían gran número de oraciones y cantos para pedir á los dioses que condujesen desde el Océano las nubes y que derramasen sobre aquellas tierras la bienhechora lluvia.

Los sacerdotes celebraban sus reuniones en aposentos subterráneos, de unos veinte metros de circunferencia, llamados *estufas*, como ya hemos dicho en el tomo primero, página 66, al tratar de aquellas construcciones cavernosas en Pueblo Bonito.

Es indudable que á los indios de Pueblo debemos considerarlos como descendientes de aquella otra tribu de los *cliff dwellers* que construían sus viviendas de tierra y piedras sobre las cimas y hendiduras de los casi inaccesibles paredones de piedra, como si fueran nidos de águilas. Las noticias que damos en el tomo primero nos servirán para completar nuestro grabado.

Durante su permanencia en Cibola tuvo noticia Coronado de que al Noroeste de esta ciudad había otro segundo reino con siete ciudades. Su nombre era Tusayán, y á él envió á don Pedro de Tobar con diez y siete jinetes y algunos soldados de infantería. Este penetró hasta el territorio de los indios de Moqui, que aún existen en el mismo sitio, y que al igual de los habitantes de Cibola construían sus viviendas sobre altas rocas apenas accesibles. Los siete ciudades de estos indios existen todavía y llevan los nombres de Oraibe, Schungapavi, Mischongenavi, Schipaviluvi, Wolpi, Schichoamavi y Tewa.

Una de las más interesantes es Wolpi, situada sobre una alta roca. La dificultuosa subida que conduce á ella termina al pie de un paredón de piedra cortado perpendicularmente; así es que el que quiere visitarla tiene que pasar por un sitio sumamente peligroso, estrecha hendidura en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la cual hay practicados unos agujeros en forma de media luna para poder colocar los pies y las manos, pues de otro modo no sería posible la ascensión.

Se comprende fácilmente que esta dificultad facilitaba mucho á sus



Wolpi, pueblo de los indios de Moqui, en la antigua provincia de Tusayán
(Dibujado por Rodolfo Cronau)

habitantes la defensa, y parece ser que Pedro de Tobar y su gente trataron en vano de apoderarse de uno de estos pueblos (1).

---

(1) El mayor J. W. Powell, el célebre explorador del territorio del cañón del río Colorado, halló entre los actuales habitantes de Oraibe tradiciones que se remontaban á la época de la primera visita de los españoles á Tusayán, y acerca de esto dice, en su artículo *The ancient province of Tusayán* (*Scribners Monthly*, vol. XI, pág. 193), lo siguiente: «En una roca de Oraibe hallé una notable escritura jeroglífica esculpida en la misma. Representaba á la izquierda tres españoles, uno de los cuales tenía en la mano una espada, y lanzas los otros dos. A la derecha y sobre ellos veíanse tres indígenas que tiraban al parecer pedazos de roca sobre los forasteros. Al lado de esta escultura se halla otra que muestra á un español tendido en tierra, cuya cabeza rocía con agua un indígena. Talti, un habitante de este pueblo, me explicó que esta escultura había sido hecha hacía muchísimo tiempo por los antepasados de los actuales habitantes de Oraibe en recuerdo á un ataque de los españoles contra esta ciudad. Que al terminar éste había sido abandonado por los españoles su jefe, que tenía una grave herida en la cabeza á consecuencia de una pedrada; pero los habitantes de Oraibe habíanle recogido y cuidado esmeradamente á causa de su valor, hasta que pudo ponerse en camino

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En Tusayán oyeron hablar los españoles de un grande y maravilloso río que lindaba con el país por la parte Oeste á larga distancia, por lo cual Coronado, á la vuelta de Pedro de Tobar, envió á García López de Cárdenas con doce hombres á explorar su curso. Según todas las probabilidades, esta expedición emprendió la marcha por Tusayán, siendo provistos de guías por los habitantes de aquella provincia, los cuales guías condujeron á los españoles, después de una penosa marcha de veinte días á través de áridos desiertos, hasta el borde de un espantoso abismo, á cuya vista retrocedieron los españoles horrorizados.

Como si la tierra hubiera sido desgarrada hasta su centro, abríase ante los ojos de los aventureros un precipicio de más de mil metros de profundidad, y que presentaba un aspecto de los más imponentes del mundo. Eran las escarpadas gargantas del Colorado, inaccesibles pasadizos de roca que en el transcurso de muchos siglos habían sido socavados por las aguas en las duras masas de arena, pórfido, granito y mármol, y que en unión de las innumerables gargantas y de las cataratas de que eran tan ricos los vecinos afluentes, formaban un intrincado y enorme laberinto de profundas simas, que embocaban unas en otras. Por entre las obscuras sombras de la mayor de éstas distinguieron los españoles á gran profundidad una pequeña faja de color rojo sucio, sin brillo ni reflejo, é inmóvil al parecer, y sin embargo aseguraban los indios que esta insignificante faja era un caudaloso y ancho río, que con vertiginosa rapidez se estrellaba contra altas rocas y formaba imponentes cascadas y torrentes.

Muchos días anduvieron los españoles por el borde de aquellos *Cañones grandes*, tratando en vano descubrir un punto desde el cual les fuese posible bajar hasta el río. Todos sus esfuerzos en este sentido resultaron infructuosos; Cárdenas y sus compañeros tuvieron que contentarse con mirar los terribles abismos, sin poder reconocerlos ni pasarlos.

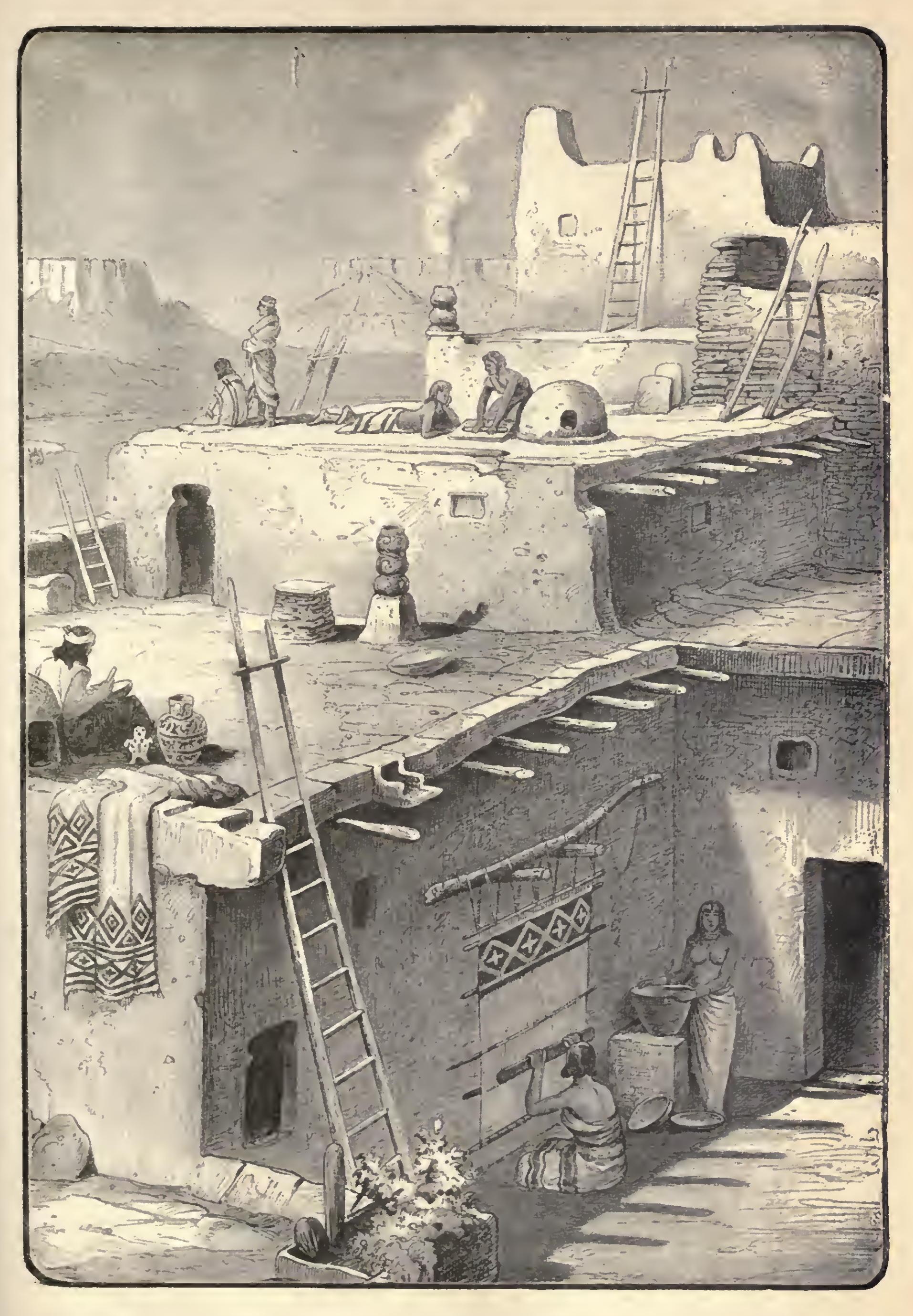
Cierto es que dos de los más valientes intentaron bajar por un sitio que parecía á propósito, pero sólo pudieron llegar hasta la tercera parte de la alta muralla, y esto á costa de grandes trabajos y peligros, teniendo que retroceder sin haber conseguido su objeto. Era ya bastante tarde cuando volvieron al lado de sus compañeros, asegurando que desde el punto donde habían llegado veíase en realidad mucho más ancho el río, y que algunas rocas, que desde arriba parecían del tamaño de un hombre, eran más altas que las torres de la catedral de Sevilla.

Luego que se convencieron los españoles de la imposibilidad de llegar

---

para reunirse con los suyos. La descripción de estas escenas, transmitida de unos á otros, era muy animada. sobre todo cuando Talti, imitando á los españoles en su ataque, daba gritos salvajes gritando: *¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago!*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Casas de una aldea de Pueblo-Indio (De un dibujo copiado del natural por R. Cronau)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hasta el río regresaron á Cibola, contándole al gobernador maravillas de los altos paredones del Tizón, que tenían de tres á cuatro leguas de altura.

Cárdenas no fué el único que penetró hasta el Tizón, el actual Colorado del Oeste; casi al mismo tiempo descubrió Fernando de Alarcón, que, como se recordará, había salido con dos barcos desde La Natividad, navegando á lo largo de la costa occidental de México, la embocadura del Tizón, que vertía sus aguas en el golfo de California, del mar de Cortés. Dejó sus barcos, y el 26 de agosto del año de 1540 subió con dos chalupas el río, y parece ser que al cabo de quince días de rudo trabajo, durante los cuales tenían que conducir los botes á la sirga, llegó á las inmediaciones del actual fuerte de Yuma, en la embocadura del Gila. Como al llegar á aquel punto le faltasen provisiones, volvió por ellas á los barcos, y el 14 de septiembre probó de nuevo á penetrar por el río, al que dió el nombre de Río de Buena Guía, hacia el Norte. Según parece, Alarcón llegó hasta los 33° de latitud Norte, y al terminar su travesía erigió una cruz y dejó al pie de un gran árbol próximo á ella una copia de su diario de navegación y una descripción de su viaje, con la esperanza de que fuesen hallados por el ejército de Coronado. En la corteza del árbol grabó estas palabras: *Alarcón llegó hasta aquí; debajo del árbol hay escritos.* Después de algunas tentativas inútiles para reunirse á las tropas de aquél, volvióse Alarcón á Nueva España.



Tipo de un indio de Pueblo de Nuevo México

Estos documentos fueron hallados, en efecto, por Melchor Díaz, que por orden de Coronado había ido á ver si hallaba á Alarcón y sus barcos. Díaz siguió el curso del Tizón hasta cerca del cañón de éste, y cruzó en balsas dicho río, que corría en aquel territorio por anchos desiertos. Después bajó por la orilla derecha y se dispuso á explorar la península de California, pero murió víctima de un accidente, quedando con

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

su muerte terminada la expedición, pues sus compañeros se volvieron á Sonora.

Durante las exploraciones de Pedro de Tobar, de García López de Cárdenas y de Melchor Díaz en dirección Noroeste y Occidental, permaneció Coronado en Cibola, donde se le presentaron un día algunos indios forasteros procedentes de un pueblo llamado Cicuye, situado setenta leguas más hacia el Este. Su guía era un jefe que, por usar bigote, cosa bastante rara entre los indios, fué llamado *Bigotes* por los españoles. Este cacique, que á causa de su valor era conocido á la redonda, había tenido noticias de la llegada de los españoles á Cibola, y se puso en camino con algunos de sus guerreros para conocer á aquellos raros extranjeros y conquistar su amistad.

Como regalos les llevaba pieles, armas y turquesas, recibiendo en pago las acostumbradas sartas de cuentas de vidrio y algunos cascabelillos de cobre.

Bigotes invitó á los españoles á visitarle en Cicuye, y Coronado no dudó en dar al capitán Fernando de Alvarado la orden de acompañar al cacique con 20 hombres para enterarse del estado de aquel país.

Al cabo de cinco días de marcha divisaron los españoles una ciudad india construída, como Cibola, á vertiginosa altura sobre la cima de una roca. La subida era sumamente dificultosa por irse estrechando á medida que se ascendía. Cerca de la cima terminaba en una escarpada pendiente, que tan sólo podía escalarse aprovechando las hendeduras abiertas en ella para apoyar los pies y las manos. Los indios llamaban á este nido Acuco, y era idéntico al actual Acoma. Si añadimos que sus habitantes habían amontonado gran cantidad de bloques de piedra, que sólo necesitaban empujar para aplastar á cualquier enemigo que se acercase; que la planicie era bastante grande para producir respetable cantidad de granos, y que sus numerosas cisternas estaban bien provistas de agua, podemos creer las afirmaciones de los españoles que aseguraban que este fuerte indio no podía ser tomado. Estos consiguieron que los habitantes de Acuco tomasen con ellos un acuerdo, el cual consistió en darles como tributo un presente de pan, pieles de ciervo curtidas, nueces, maíz y harina, con cuya dádiva compraban la retirada de los españoles. Desde allí encamináronse éstos más hacia el Este, llegando al cabo de tres días á la provincia de Tiguex (1). Esta poseía doce ciudades situadas á orillas de un gran río al que dieron los españoles el nombre de río de Tiguex, y que lleva hoy el de río Grande del Norte y en su parte baja el de río Bravo del Norte.

---

(1) El general americano J. J. Simpson, autor de la obra *Coronados March in search of the seven cities of Cibola, Report of Smithsonian Inst. for* 1869, cree deber co-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Los habitantes de Tiguex apresuráronse á recibir á los españoles, que iban en compañía del temible cacique *Bigotes*, con las mayores muestras de amistad, pues la fama del invencible valor de los forasteros había llegado hasta allí, contándose que montaban sobre seres salvajes que se comían á la gente.

Admiróse tanto Alvarado de la fertilidad de esta provincia, que decidió enviar un mensajero á Coronado para proponerle que invernara en aquel sitio.

Después de un corto descanso prosiguieron su marcha en compañía de *Bigotes* á la residencia de éste, situada cinco días más de marcha al Este. En Cicuye fueron recibidos el jefe y sus acompañantes con toda la salvaje pompa que pueda desplegar una nación semibárbara. Esta ciudad, cuyas ruinas son tenidas por algunos exploradores mexicanos como idénticas á las de Pecos (1), estaba muy bien fortificada y rodeada de un muro de piedra. Las casas se elevaban en cuatro terrazas y cercaban un gran patio cuadrado, construído en medio del lugar, en el que se celebraban las fiestas y reuniones públicas; la ciudad estaba tan poblada que podía disponer de quinientos guerreros.

En Cicuye hallaron los españoles un esclavo indio, indígena de La Florida, el cual probablemente, durante las guerras de los pueblos del Mississippí, había sido hecho prisionero, y después de cambiar muchas veces de dueño en el transcurso del tiempo, fué al fin á parar á aquellas regiones occidentales tan alejadas de su patria.

Como diese este esclavo á los españoles informes sumamente curiosos acerca de los distintos países habitados por él durante su cautiverio, creyó prudente Alvarado apoderarse de su persona para que en un caso dado pudiese servirles de guía. Llevóle, por lo tanto, consigo á Tiguex, donde había llegado entretanto el general con su ejército.

El floridano dijo al gobernador que su patria nativa poseía un gran

---

locar la provincia de Tiguex más abajo de la embocadura del río Puerco, en el río Grande, opinando que sólo así concuerda la descripción del cronista Castañeda, que dice que la provincia de Tiguex comprende un valle de dos leguas de ancho, limitado al Oeste por montañas muy altas cubiertas de nieve. El general Simpson sustenta la errónea opinión de que al hablar de estos montes nevados sólo puede tratarse de las montañas del Socorro, siendo así que hay que observar que también las de Sandia en Albuquerque están cubiertas de nieve la mayor parte del año.

Aquí se encuentran, al lado de numerosas ruinas de antiquísimas construcciones de los indios de Pueblo, las aldeas indígenas de Isleta, Bernalillo y otras, mientras que en los alrededores de las montañas del Socorro faltan por completo ruinas de este género.

(1) Véanse: *Coronados March*, de Simpson, pág. 29, y *Visit to the Aboriginal Ruins in the Valley of Pecos*, de Bandelier, pág. 113.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

río de dos leguas de ancho, en el cual se hallaban peces que no eran de menor tamaño que un caballo. Pero si al hablar de este río se trataba del Mississippí, en el que existen realmente peces de ese tamaño (por ejemplo el *cat*), no es menos cierto que la narración del esclavo era verídica al mencionar que los pueblos que habitaban las orillas poseían barcos tan grandes que podían acomodarse 20 remeros en cada uno de sus costados.

Más dudosos aparecen, por el contrario, los datos de que el soberano de Quivira, país situado en las cercanías del río, durmiese la siesta debajo de un árbol cuyas ramas estaban cuajadas de campanillitas de oro, que sonaban dulcemente mientras él dormía. También la versión de que los habitantes del país comían tan sólo en vajilla de oro y usaban todos los enseres de este metal ó de plata, y que además adornaban la quilla de sus piraguas con grandes águilas de oro, parece que fué invención del indio, que, no contento con esto, aseguraba haber recibido del soberano de Quivira, como regalo, algunos adornos de oro de los que había sido despojado por los habitantes de Cicuye.

Coronado, que tenía gran empeño en ver estos objetos antes de emprender una campaña de conquista contra aquel país, comisionó nuevamente á Alvarado para que fuese á Cicuye á reclamarlos. No haciendo caso de las afirmaciones de los indígenas de esta ciudad, que aseguraban que no habían hallado tales objetos sobre la persona del floridano, y que éste era sólo un desvergonzado embustero, mandó el capitán encadenar al cacique *Bigotes* y llevarle á Tiguex, donde le tuvieron preso un mes.

Este atropello sublevó á los indios, pero los españoles sofocaron pronto con mano fuerte el alboroto. Durante aquellos combates conquistaron los españoles la ciudad de Tiguex al cabo de cincuenta días de sitio, y además la de Chía, ocupando también la provincia de Quirex ó Querez.

Coronado, que seguía creyendo en las afirmaciones del floridano, decidió buscar aquella tierra de Quivira tan rica, para apropiarse los tesoros que encerraba. Después de pasar el invierno en Tiguex partió con parte de su ejército el 23 de abril del año de 1541, pasando por Cicuye en dirección al Este; cruzó un ancho río, al que dieron el nombre de Río de Cicuye (el actual Pecos River), penetrando después en dirección Nordeste en las ilimitadas praderas que comprenden todo el territorio que media entre las montañas Roqueñas y el Mississippí.

En estas estepas, cubiertas sólo de hierba, sin árbol alguno, tropezaron con indios nómadas llamados querechos, que habitaban en chozas de pieles, y que vivían exclusivamente de los productos de la caza, muy abundante en aquellas regiones.

Estas chozas componíanse de una armazón de largos palos dispuestos en círculo y atados unos con otros cerca de su remate superior; alrededor

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de ellos sujetaban los indios cubiertas impenetrables de piel de búfalo curtida, que cerraban completamente el interior de la choza, dejando tan sólo arriba, donde se unían los palos, una pequeña abertura para dar salida al humo. Cuando cambiaban de residencia, quitaban las cubiertas, desataban los palos de la armazón, y cargaban con todo esto á sus numerosos perros, únicos animales domésticos que poseían los indios.

En el país de los querechos vieron los españoles por vez primera aquellos extraños animales cuya piel tanto había admirado á los soldados de Soto, es decir, el búfalo ó bisonte americano. En grandes manadas ó rebaños que se perdían de vista pastaban en las ilimitadas estepas. No deja de ser interesante la descripción que de estos animales hace el antiguo cronista español Gomara en los términos siguientes: «Estos búfalos tienen el tamaño y color de los toros padres españoles, á no ser que sus cuernos son mucho más cortos. En la parte delantera del lomo tienen una gran joroba, siendo también los delanteros de este animal la parte que tiene el pelo más largo; éste es muy lanudo, y en el espinazo semeja la crin de un caballo, siendo también parecido el que les cuelga en espesas madejas desde las rodillas hasta el suelo. La cabeza, el cuello y el pecho de este cuadrúpedo están asimismo tan poblados de largos pelos que parecen adornados de espesas y larguísimas barbas. Los machos tienen la cola bastante larga, terminada en una gruesa borla; así es que estos animales recuerdan por un lado al león y por otro al camello. Cuando está irritado, alcanza el búfalo á un caballo por veloz que sea su carrera, arrójalo al suelo y lo mata á cornadas. En una palabra, estos monstruosos animales tienen un aspecto tan terrible y repulsivo, que espanta á los caballos. Los indios de aquellas regiones acorren á todas las necesidades de la vida con estos animales, que les proporcionan alimento, vestido y calzado; comen la carne, y del cuero fabrican tiendas, cubiertas, zapatos, rodelas y correas; de los cuernos, huesos y pezuñas hacen toda clase de armas y enseres; de su pelo é intestinos el hilo para coser y las cuerdas de sus arcos, y su excremento seco les proporciona excelente combustible.» Los españoles tomaron parte diferentes veces en las cacerías de los tan intrépidos cuanto pacíficos querechos, viendo con asombro que éstos manejaban sus primitivos arcos y flechas con tal fuerza que atravesaban á los búfalos de parte á parte. Que no dejaba de ser peligrosa la caza de los búfalos lo comprendieron los españoles al ver que durante una de estas cacerías perdieron bastantes caballos. Esta pérdida fué originada en parte por haber introducido los pies, en el ardor de la persecución, en las madrigueras de los innumerables perros de las praderas, que han sido clasificados por los españoles como pertenecientes á la familia de los roedores.

Semanas enteras hacía que habían penetrado los españoles en la di-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

rección indicada por el esclavo floridano, sin haber hallado aún el fabuloso país de Quivira. Coronado decidióse á mandar pequeños destacamentos de su gente en distintas direcciones en busca del citado territorio; el destacamento que iba á las órdenes de Rodrigo Maldonado halló un día, entre una banda de indios querechos, un anciano y ciego indígena que dió á entender por señas que hacía mucho tiempo había visto á cuatro españoles, que por lo que pudieron comprender Maldonado y su gente debían de ser Cabeza de Vaca y sus compañeros. Otra de las secciones llegó al territorio de los indios de Texas, que estaban en guerra con los querechos y que acostumbraban á pintarse todo el cuerpo. Por las versiones de estos indios supusieron que Quivira se hallaba aún á cuarenta días de camino en dirección Norte, y Coronado, que no quería exponer temerariamente á todo su ejército en aquellas dilatadas estepas, dió orden de volver á Tiguex, siguiendo él con una pequeña hueste de hombres escogidos en la indicada dirección.

Mientras el ejército principal, conducido por algunos indios de Texas, emprendió el regreso, prosiguió Coronado su viaje de descubrimiento, llegando al cabo de treinta días á un gran río, al que denominó Río de San Pedro y San Pablo, y que es posible fuese el actual Arkansas. Pasado éste siguieron su curso durante algún tiempo, tomando luego una dirección más Nordeste, en la cual caminaron dos semanas. En vez del soñado país del oro de Quivira, con sus inmensos tesoros, no encontraron por todas partes más que miserables chozas con techos de paja de maíz, y cuyos habitantes no poseían oro ni plata, sino á lo más algunos adornos de cobre sin valor alguno. A pesar de que el país mostrábase hermoso y fértil, tal era la ira de Coronado por la decepción experimentada que mandó dar de puñaladas al floridano, al que habían llevado consigo cargado de cadenas.

No se sabe á punto fijo hasta dónde llegó Coronado en su atrevida expedición; pero parece verosímil que llegase hasta el corazón del actual estado de Kansas, ó quizá hasta Nebraska. En sus cartas al emperador Carlos V asegura haber alcanzado los 40° de latitud Norte y que la distancia de este punto á contar desde México era de 950 leguas.

Un gran río, del que oyó hablar Coronado, y al que daban el nombre de Teucarea, era probablemente el Missuri (1).

Después de permanecer veinticinco días en aquellas apartadas regiones sobre las cuales quería Coronado obtener todas las más noticias que pudiera, emprendió á fines de julio el regreso á Tiguex, adonde llegó al cabo de cuarenta días de penosa marcha.

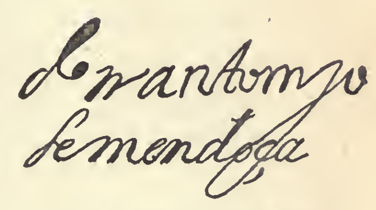
---

(1) Véanse: *History of New Méxiko*, de Prince, pág. 141; *Coronados March*, de Simpson, pág. 15; *Narrative and Critical History of América*, de Winsor, II, pág. 494.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Entretanto Arellano, al que había confiado el general el mando superior, emprendió una excursión desde Tiguex, subiendo el Río Grande hasta llegar á las provincias de Yemez ó Hemes y Yuque-Yunque, situadas al Norte, internándose hasta la fortificada ciudad Braba, la actual Taos.

Luego de haber invernado por segunda vez en Tiguex, hicieron, al principio del año de 1542, todos los preparativos necesarios para una gran expedición que tendría por objeto ver si encontraban al fin Quivira, cuando Coronado, á causa de un accidente sufrido, le puso término antes de empezar. En un torneo en el cual luchaba contra Pedro Maldonado cayóse del caballo, y fué herido tan gravemente de una coz que recibió en la cabeza, que estuvo luchando con la muerte semanas enteras.



Rúbrica de Antonio de Mendoza

Un consejo de guerra celebrado resolvió, después de largas deliberaciones, abandonar los países conquistados, cuyas riquezas no correspondían, ni con mucho, á las esperanzas abrigadas, puesto que no había que esperar beneficio alguno de aquellos territorios. Acordaron además volver cuanto antes á México, cosa que efectuaron en el mes de abril del mismo año. Tras largas y penosas marchas llegaron al fin á dicha capital, terminando de este modo una de las más costosas y grandes expediciones que hayan pisado jamás el suelo americano, sin haber obtenido el menor provecho.

A fines del siglo XVI se llevaron á efecto nuevas campañas contra los países del Norte. Desde los años de 1568 á 1581 visitaron el actual Nuevo México Francisco Cano, Juan de Orozco, Francisco Sánchez Chamuscado y el fraile Agustín Ruiz. A éstos siguió en el año de 1582 Antonio de Espejo, que con un pequeño ejército llegó hasta el territorio de los indios de Yuma, que vivían en la parte baja del Gila, visitando también Cibola, Acuco y Tiguex, pero sin poder apoderarse de estos territorios. La primera colonia sólida fundada por los españoles consiguió establecerla al fin, en el año de 1597, Juan de Oñate, cerca de la embocadura del riachuelo de Chama en el Río Grande; pero en el año de 1605 fué trasladada á un pueblo indígena, convirtiéndose con el transcurso del tiempo en la Villa Real de Santa Fé, capital de Nuevo México. En los primeros siglos de su fundación fué este lugar teatro de espantosas guerras, cambiando rápidamente de dueños, pues tan pronto era gobernado por caciques indios, como por conquistadores españoles, invasores texanos y gobernadores americanos. Pero desde que Nuevo México fué anexionado

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á los Estados Unidos, en el año de 1848, por el contrato de Guadalupe, reina paz en aquel país, centro de cultura y civilización.

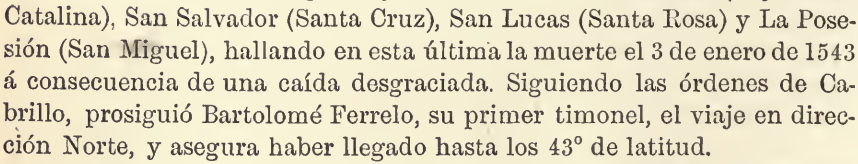
De las posteriores expediciones de los españoles en América del Norte hay que mencionar las de Antonio de Mendoza al territorio de los Chichimekas (año de 1541); de Francisco y Diego de Ibarra á Copala (años de 1554 y 1563), y de Guido de Lavazares y Tristán de Arellano á Panuco y al Río del Espíritu Santo (años de 1558 y 59); pero de todas ellas son muy insignificantes los informes que han llegado hasta nosotros.



Figura grotesca de los indios de Pueblo

En cambio los apuntes de Juan Rodríguez Cabrillo, escritos durante una travesía emprendida el año de 1542, se han conservado en el original. Según este diario, abandonó Cabrillo con dos barcos, el 27 de junio de 1542, el puerto de La Natividad, situado en la costa occidental de Nueva España, navegando á lo largo de ella hasta tener ante la vista la península de California, cruzando á ésta para seguir después por su costa occidental.

Descubrió las magníficas bahías de San Miguel (hoy de San Pedro) y de Fumes (Santa Mónica), situadas al Sur y Oeste de la actual ciudad de Los Angeles, y además las islas Desierta (hoy Santa



Catalina), San Salvador (Santa Cruz), San Lucas (Santa Rosa) y La Posesión (San Miguel), hallando en esta última la muerte el 3 de enero de 1543 á consecuencia de una caída desgraciada. Siguiendo las órdenes de Cabrillo, prosiguió Bartolomé Ferrelo, su primer timonel, el viaje en dirección Norte, y asegura haber llegado hasta los 43° de latitud.

La costa, azotada casi continuamente por tempestades, caía por todas partes como una escarpada muralla hacia el mar, divisándose sobre ella á larga distancia en dirección oriental los nevados picos de una poderosa y alta sierra á la que dieron el nombre de Sierra Nevada.

Fuertes tormentas les impidieron acercarse á la costa, quedando sin descubrir por este motivo el magnífico puerto de San Francisco, con su célebre *Calle de oro*, universalmente conocida.

El 14 de abril del mismo año volvieron los barcos á Natividad, sin haber realizado el objeto principal de la expedición, que era hallar un paso de unión entre el Océano Atlántico y el gran Océano, parecido al descubierto mientras tanto por Magallanes en el extremo meridional de América del Sur.



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Fernando de Magallanes. (Facsímile de un grabado en cobre de F. Selma)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Cacharros de arcilla barnizados, del Brasil, $^1/_5$ de su tamaño
(Existentes en el Museo Etnográfico de Munich)

FERNANDO DE MAGALLANES Y EL ESTRECHO MERIDIONAL QUE LLEVA SU NOMBRE

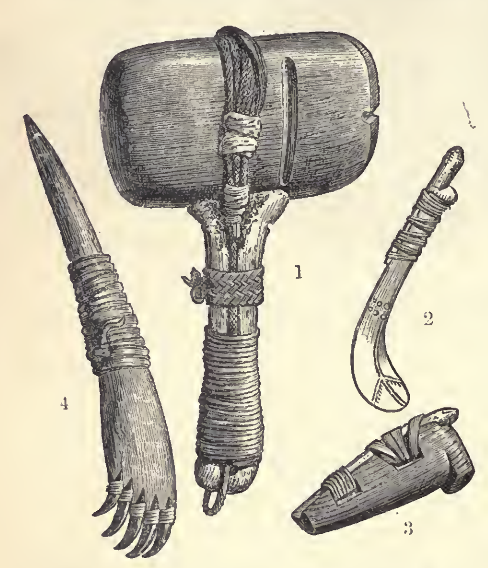
Dos acontecimientos de gran importancia fueron los que en el primer cuarto del siglo XVI suspendieron el extender más las posesiones de los españoles en la América del Norte, haciéndoles fijar toda su atención en la parte meridional del Nuevo Continente.

Estos dos acontecimientos fueron el hallazgo de un paso meridional á las Indias por Fernando de Magallanes y el descubrimiento y conquista del Perú por Francisco Pizarro.

Si nos ocupamos en primer lugar del hallazgo de Magallanes, tenemos que advertir que es porque desde poco después de la muerte de Cristóbal Colón empezó á ganar terreno de día en día entre los cosmógrafos del siglo XVI el convencimiento de que las islas y países descubiertos por él y sus sucesores no tenían ninguna relación con Asia y las Indias, sino que debían de pertenecer á un nuevo y hasta entonces desconocido continente.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Acerca de la forma de éste se tenían aún ideas muy vagas y confusas. La mayoría de los países descubiertos se consideraban como islas de mayor ó menor circunferencia, y hablábase de una «isla de Santa Cruz» (Brasil), de una «isla Bimini» (Florida), de una «isla de Yucatán,» de otra «isla Cortereális» (Labrador), de una «isla de Bacalar» (Nueva Funlanda?) y otras muchas más, á las cuales se creía situadas muy cerca de la costa oriental de Asia y de la isla de Zipangu (Japón). Estas apreciaciones de los cosmógrafos de aquella época se ven expuestas claramente en el globo terráqueo diseñado en el año de 1515 por el profesor Juan Schoner de Nurenberg, que es, entre los trabajos de este género de Silvanus, Leonardo de Vinci, Frisius, Coppo, Münster y otros, la representación más característica. Por esta carta se ve que su autor se figuraba al Nuevo Mundo como un amontonamiento de muchas y diversas grandes islas, y que no tenía idea de que estas supuestas islas no eran en realidad sino partes de un solo y unido continente que se extendía como una inmensa barrera desde el polo Norte hasta casi el polo Sur.



Utensilios de los esquimales de Labrador: 1, Martillo de jade. – 2 y 3, Instrumentos para fabricar las puntas de flecha de cuarzo. – 4, Rascador. (Existentes en la *Christy Collection*, Londres.)

Que había pasos desde dichas islas á la India y á Zipangu era cosa corriente entre todos los contemporáneos de Schoner, y por eso se ven también representados en su carta tres estrechos que conducen á las islas de La Especería, situadas al Oeste de América, y á Zipangu.

La creencia de que existía el estrecho de la América Central, con tal porfía buscado por Colón y sus sucesores, hizo que Schoner señalase éste en dirección del istmo de Darién. Un segundo paso, buscado también inútilmente por espacio de muchos siglos, lo consigna Schoner entre La Florida y «Terra Conterealis» (Labrador), descubierta ya en los años de 1500 á 1502 por los hermanos Cortereal, y por último el tercer estrecho, en el extremo Sur de Terranova (América del Sur).

De especial interés es la consignación de este tercer paso, pues nos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

vemos ante el hecho especial de que Schoener, ya el año de 1515, es decir, muchos antes del verdadero descubrimiento del Estrecho de Magallanes, lo consignase en su globo de una manera muy aproximada á la realidad de la situación que ocupa.

Está plenamente probado (1) que los dos ejemplares casi iguales de este globo que se hallan uno en Francfort del Maine y el otro en la Biblioteca Militar de Weimar, fueron hechos antes de la travesía de Magallanes y del año de 1520.

Las diversas opiniones acerca de esto, no están conformes en los datos ó medios de que se valió Schoener para consignar la situación del Estrecho del Sur de un modo tan rayano á la verdad.

Algunos investigadores acarician la idea de que Schoener supo combinar felizmente los distintos acontecimientos acaecidos en las expediciones realizadas hasta el año de 1515, y que de ellos dedujo acertadas conclusiones; pues si bien es verdad que de las travesías llevadas á efecto por Cabral, Vespucio y Coello á las costas del Brasil, que ya anteriormente hemos mencionado, se podía deducir que la costa oriental de la supuesta isla de Santa Cruz retrocedía cada vez más en dirección S. O., en cambio por las noticias de Balboa, el descubridor del Grande Océano, constaba que la costa occidental de dicho país se extendía hacia el Sur en una gran distancia, y esto debió servir á Schoener para sacar la conclusión de que las dos costas debían de encontrarse en alguna parte al Sur, lo cual hacía posible el que se pudiera dar la vuelta al mencionado país, que formaba sin duda una punta hacia el Mediodía.

Wieser, por el contrario, apoyándose en sus propias investigaciones, deduce que Schoener, para su representación del Estrecho del Sur, se sirvió principalmente de un impreso titulado *Copia der Nevven Zeitung aus Presillg Landt*, que apareció á principios del siglo XVI en Augsburgo. Dicho impreso, que no llevaba nombre de autor ni fecha, parece que daba noticias de una expedición particular que, probablemente á las órdenes del portugués Cristobal Yaquez, se hizo á la vela por el año 1509 con dirección á la tierra de Santa Cruz descubierta por Cabral, siguió luego por la costa del Brasil hasta el río de La Plata, y tomó erróneamente la gran desembocadura de este último por un estrecho.

Sin ocuparnos más en este asunto, queremos, sin embargo, hacer observar que cuanto más desaparecía la esperanza de hallar en la América central un paso que condujese á la India, mayor era la seguridad que se tenía de encontrarlo en las regiones septentrionales y meridionales del

(1) *El Estrecho de Magallanes y el Continente austral en el Globo de Johannes Schoener*, por Wieser, págs. 19 á 28.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Nuevo Mundo, por lo cual ya en la primera década del siglo XVI se ocupaban seriamente en España en el proyecto de hallar un paso meridional. Principalmente Américo Vespucio, nombrado el año de 1508 piloto mayor del reino, parece que acogió calurosamente esta empresa y es más que probable que á su iniciativa se debió que tuviese efecto la expedición que en el año de 1508, y á las órdenes de los dos bizarros navegantes Juan Díaz de Solis y Vicente Yáñez Pinzón, llevaba la misión de intentar su arribo á las islas de Las Especias pasando por el Estrecho del Sur.

Siguiendo la costa del Brasil la expedición llegó hasta los 40° de latitud S.; y por más que se viese obligada á regresar sin haber conseguido su objeto, siguióse creyendo firmemente en la existencia del paso.

En el año de 1509 Solís entabla negociaciones con el gobierno español para realizar una nueva expedición con el mismo fin que la precedente; mas habiendo protestado contra esto el rey de Portugal por creerse lastimado en sus derechos sobre el país de Santa Cruz, quedaron paralizadas las negociaciones hasta el año de 1515, en el cual año obtuvo al fin Solís tres barcos bien equipados.

La estación era entonces mucho más á propósito para realizar el viaje, y además ya en aquella época había alcanzado mayores probabilidades de realidad la existencia del paso del Sur, atendido á que en 1513, al descubrir Balboa en las inmediaciones del Golfo de Darién el mar del Sur, los indígenas le manifestaron que dicho mar era dilatadísimo y que la costa de la América del Sur se extendía en aquella dirección en una gran distancia. Alentada por la esperanza de que la costa llegaría á unirse con la del Brasil en algún punto del Mediodía, autorizó la Corona de España á Juan Díaz de Solís para que navegase á lo largo de la costa del Brasil con rumbo al Sur, con objeto *de descubrir por la otra parte de Castilla del Oro*. Con este nombre de «Castilla del Oro» se denominaba en aquella época todo el territorio de la jurisdicción de Pedro Arias Dávila como igualmente los colindantes del Sur, ó sea los actuales Estados Unidos de Colombia.

Si Solís lograba llegar á Castilla del Oro, debía entregar al gobernador de aquélla una carta para el rey, con el encargo de hacerla llegar cuanto antes á su destino. En dicha carta describiría con toda exactitud el viaje, y en cuanto la dejase en poder del gobernador proseguiría su marcha sin dilación á lo largo de la costa (Méjico no había sido aún descubierto) en dirección Norte, procurando internarse por este camino hasta el mar Caribe y Cuba, punto este último donde entregaría una segunda carta para el rey, hecho lo cual emprendería inmediatamente el regreso á la patria.

Desgraciadamente no estaba destinado Solís á realizar este grandioso plan tan maduramente pensado. Cierto es que después de haber

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

zarpado el 8 de octubre de 1515, con tres barcos, del puerto de Lepe (Huelva), llegó al Brasil, cuya costa reconoció minuciosamente, descubriendo la magnífica bahía de Río de Janeiro, y siendo el primer europeo que penetró en ella. En el año de 1516 llegó, por los 36° de latitud meridional, á la desembocadura del río de La Plata al cual dió Solís el nombre de Mar Dulce, mas sólo para hallar allí la muerte, pues al desembarcar en la costa en unión de dos oficiales y siete soldados, para tomar posesión de



Bahía de Río de Janeiro (De un grabado de la *Weltkunde de Harnisch*)

aquellas tierras en nombre del rey de España, tuvo un encuentro con los habitantes del país y fué muerto y devorado (1) por ellos, juntamente con ocho de sus compañeros (2).

(1) Han dicho algunos autores que Solís fué devorado en seguida; pero escritores de gran autoridad sostienen que los pobladores de la margen oriental del caudaloso río no eran antropófagos, y en su consecuencia niegan el hecho (N. del T.).

(2) Creíase que sólo un español había quedado con vida en esta ocasión, y que éste vivió once años con los indígenas; pero el Dr. Andrés Lamas, con fecha 11 de octubre de 1884, insertó en la *Nueva Revista de Buenos Aires* un notable trabajo acerca de la muerte de Juan Díaz Solís, en el cual decía: «Con el correr del tiempo se supo que no

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Habiendo agregado á esta desgracia la pérdida de uno de los barcos que se fué á pique en la laguna de los Patos, pereciendo toda su tripulación, desanimáronse por completo los demás expedicionarios y emprendieron el viaje de regreso á España con cargamento de palo de Brasil, sin haber llegado más allá de la desembocadura del río de La Plata al que dieron el nombre de Río de Solís en recuerdo del malogrado y célebre navegante.

Durante algunos años abandonáronse todas las tentativas encaminadas á hallar el paso del Sur; sólo á un capitán portugués llamado Hernando de Magalhaes le estaba reservado el emprender esta empresa y verla coronada por el éxito.

Magalhaes ó Magallanes (1), pues con este último nombre es más conocido, nació por el año de 1480 en Saborosa, provincia de Tras os Montes, y dejaba un borrascoso pasado tras de sí cuando emprendió su célebre travesía, pues ya había realizado diversos viajes de algunos años de duración á las Indias y tomado parte muy activa en las guerras de los portugueses contra los moros, habiendo sido gravemente herido en una pierna durante una de estas campañas, de resultas de la cual herida quedó cojo. A pesar de haberse distinguido repetidas veces en dichas navegaciones y campañas, no halló en la corte de Portugal la acogida que merecían sus aptitudes y servicios, y hasta le fué denegada la petición que hizo al rey en solicitud de un ascenso en su categoría y el aumento de medio ducado mensual en su sueldo. Y al ver Magallanes que gentes más jóvenes y de menos merecimientos que él eran preferidas, sintióse profundamente lastimado en su orgullo, y á principios del año de 1518 renunció formalmente á la plaza subalterna que ocupaba en la corte portuguesa y ofreció sus servicios al rey de España. Dos amigos suyos, el astrónomo Ruy Faleiro y el rico comerciante Cristóbal de Haro, imitaron su conducta.

En la corte española halló Magallanes la más favorable acogida, y su proyecto pareció de la más alta importancia á los individuos del Consejo de Indias. Como es sabido, el papa Alejandro VI, en el año de 1493, había dividido de tal modo entre España y Portugal los países aun no descubiertos, que á los españoles les correspondían las tierras situadas al Oeste de

---

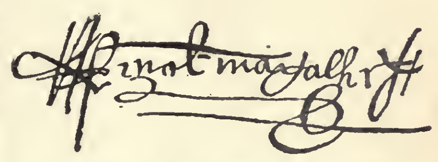
todos los compañeros de Solís habían sido muertos. Cuando Gabotto vino á este río (el de la Plata) en 1527, encontró vivos tres de los hombres de Solís: Melchor Ramirez, vecino de Lepe; Enrique Montes y Francisco del Puerto.» (N. del T.)

(1) Creemos deber hacer constar que el nombre de Magalhaes ha sido alterado por la posteridad del mismo modo que el de Motecusuma y Fernando Cortés, transformados en Hernán Cortés y Montezuma. La transformación del nombre de Magalhaes en el de Magellán se debe á los franceses.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la célebre línea de demarcación, mientras que los portugueses tenían derecho sobre los países situados en la mitad oriental del globo terráqueo.

Magallanes, que compartía el error de sus contemporáneos al creer que la India y el Nuevo Mundo estaban situados muy cerca el uno del otro, creía poder demostrar, tanto por propia experiencia, como por las cartas de su amigo Serrano, que aún permanecía en la India, que las ricas Molucas ó Islas de las Especias, no estaban situadas, como se creía generalmente, en territorio portugués, sino comprendidas entre las pertenecientes á los españoles, y que, por lo tanto, eran propiedad de España.



Facsímile de la firma de Magallanes

Magallanes se comprometía á descubrir un camino más corto para llegar á dichas islas, aprovechando un estrecho que debía de hallarse, sin duda alguna, en el extremo meridional del Nuevo Mundo; y como se comprometiera á llevar á efecto esta expedición á expensas suyas y de su amigo Haro, no vaciló la corte de España en utilizar los valiosos servicios de un hombre por medio del cual podía verse España rica y próspera con la posesión del más renombrado y maravilloso país de la Tierra.

Las negociaciones entabladas tuvieron por remate la celebración de un contrato que concedía á Magallanes el privilegio de ser el único que durante los primeros diez años pudiese ir á la India por el paso ó estrecho que descubriese, salvo el caso de que el rey tuviera necesidad de enviar allí algunas personas. Aparte de esto, le correspondería un tanto por ciento determinado de los beneficios que produjesen las islas descubiertas por él, y tendría también derecho á proveerse en cada expedición de objetos de tráfico hasta la suma de 1,000 ducados. Además, tanto á él como á sus hijos se les concedió el título y rango, hereditarios, de Adelantado y Gobernador. Creyéndose conveniente que la expedición fuese aprestada en nombre y á expensas de la Corona, no se aceptó la oferta del comerciante Haro, de adelantar el dinero necesario para esta empresa.

El convenio fué firmado el 22 de marzo de 1518 y se pusieron á disposición de Magallanes cinco barcos abastecidos para dos años y con 234 individuos de tripulación.

Pero antes de que esta pequeña escuadra se hiciera á la vela hubo que vencer innumerables dificultades, pues Portugal, que se creía lastimado en sus derechos, puso en juego todo género de ardides é intrigas para impedir su salida. Procuraba por todos los medios hacer volver á Magallanes al servicio de la corona lusitana; y al convencerse de que eran

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

inútiles sus esfuerzos, se trató de quitarle violentamente de en medio, á la vez que se protestaba oficialmente en la corte española contra la empresa, entablándose con este motivo una larga correspondencia diplomática entre ambos países, que dilató mucho la partida de Magallanes, el cual no pudo salir del puerto de Sanlúcar de Barrameda hasta el día 20 de septiembre de 1519. Los cinco buques que llevaba se llamaban *Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria* y *Santiago.*

La tripulación de las embarcaciones era sumamente heterogénea, pues además de la mayoría de españoles que la componían, había 17 portugueses, 23 italianos, 10 franceses, bastantes alemanes, ingleses, flamencos, noruegos y griegos.

La escuadrilla emprendió el acostumbrado derrotero: pasando por las islas Canarias cruzó el Océano y llegó al fin á la costa de Santa Cruz, el actual Brasil. La travesía se efectuó sin otro incidente que el de verse obligado Magallanes á poner preso al comandante del *San Antonio*, capitán Juan de Cartagena, y destituirle de su empleo por desacato y mal comportamiento.

En enero del año de 1520 llegó la expedición á la desembocadura del río de Solís, y del minucioso reconocimiento practicado, resultó que no existía estrecho alguno. En una de estas exploraciones se dió á una colina en forma de sombrero, situada en la costa Norte, el nombre de *Monte video*, el cual nombre, transformado en Montevideo, se ha conservado en la Geografía hasta el presente (1).

A principios del mes de febrero abandonaron la desembocadura del río de La Plata, navegando hacia el Sur por aguas completamente desconocidas. Magallanes, que observaba minuciosamente cada recodo y cada desembocadura de río, siguió la costa baja y sin puertos de Patagonia, y llegó, á los 42° de latitud Sur, á la espaciosa bahía de San Matías.

Aunque Magallanes no había hallado aún el buscado estrecho, como observara con satisfacción que la costa conservaba hasta entonces su tendencia de retroceso hacia el Oeste, prosiguió con buen ánimo la travesía hacia el Sur, á pesar de las borrascas.

Después de haber doblado los promontorios Blanco y Deseado de bastante altura, llegaron el 31 de marzo, bajo los 49°15′ de latitud Sur, al anchuroso puerto de San Julián.

Como empezaran á sentirse en toda su crudeza los rigores del invierno y fuertes temporales pusieran á los buques en gran peligro, decidió Magallanes invernar allí y esperar estación más favorable para proseguir el viaje.

---

(1) Véase: *Historia de los viajes de descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, de Kohl (*Diario de la Sociedad für Erdkunde*, de Berlín, tom. XI, pág. 337).

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Esta decisión halló gran resistencia en los capitanes y tripulación de los barcos, á causa de presentar el país un aspecto por demás árido y triste, á la vez que por ser sumamente desagradable la crudeza del clima. Todos creían que llegarían á morirse de hambre en aquella inhospitalaria costa, é insistían vivamente en su deseo de regresar á España, mucho más cuando los resultados obtenidos hasta entonces en el viaje, habían demostrado suficientemente que el estrecho buscado por Magallanes era una presunción irrealizable. Decían también que se habían internado hacia el Sur más que ninguno de los navegantes que habían surcado aquellos mares, y que en las futuras tentativas hallarían indudablemente un fin desastroso. Con gran firmeza demostró Magallanes que el invierno que tan fundados temores les infundía pasaría pronto, y que los productos de la caza y de la pesca bastarían para no sentir el hambre. Dijo también que no pensaba volver á España hasta haber hecho algo y prestado algún importante servicio y que estaba firmemente resuelto á morir antes que emprender cobardemente el regreso.

Estas declaraciones no consiguieron tranquilizar á la gente, sino que, por el contrario, no tardaron en estallar las discordias alimentadas por los descontentos en abierta y franca rebelión. A la cabeza de los revoltosos pusiéronse el capitán Gaspar de Quesada y Juan de Cartagena; este último, como ya hemos dicho anteriormente, había sido destituído de su empleo por Magallanes.

Los sublevados, después que hubieron conseguido atraerse á los tripulantes de la *Concepción*, apoderáronse durante la noche, empleando para ello la fuerza y la astucia, de la gente de otros dos barcos, encontrándose Magallanes á la mañana siguiente con que sólo disponía de las tripulaciones de la *Trinidad*, que capitaneaba, y del *Santiago*.

Los amotinados, que eran superiores en fuerza, exigieron á Magallanes que pasara á bordo de sus barcos para tratar en consejo lo que sería más conveniente hacer para el mejor servicio del rey. Pero el almirante no era hombre que se dejase sorprender, y rechazó enérgicamente semejante exigencia, haciendo observar que, siendo como era capitán general de la escuadra, á él competía exigir que todos los capitanes fuesen á bordo del buque almirante en el cual se procedería con justicia.

Como los rebeldes le contestasen que no se atrevían á pisar su barco y de nuevo le exigiesen que fuese él á bordo del *San Antonio* donde se hallaban todos reunidos, decidió Magallanes vencerlos uno á uno por medio de la astucia y de la fuerza. Al efecto, envió un bote con seis hombres armados á bordo de la *Victoria* para que entregasen una carta al capitán Luis de Mendoza, jefe de aquella tripulación rebelde. Antes de que éste hubiese concluído de leerla recibió en el cuello una puñalada que le

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dió el contramaestre Espinosa dejándole muerto en el acto. Completamente trastornados los tripulantes, no se opusieron á que Espinosa tomase el mando, izase la bandera de Magallanes y condujese al barco junto al almirante. Viéndose así debilitados los rebeldes, quisieron huir por la noche con los dos barcos que les quedaban; pero Magallanes, con sus embarcaciones, cerróles la salida del puerto y atacó á los enemigos con descargas de fusilería venciendo primero al *San Antonio*. A la cabeza de sus leales subió á bordo y preguntó á la tripulación espada en mano:

—¿Por quién estáis?

—Por el rey y por vuestra merced, contestaron á una voz.

Después de esto, con poco trabajo conquistó el otro barco rebelde, cogiendo y encadenando á los causantes del motín.

Magallanes juzgóles con gran severidad. Quesada fué inmediatamente decapitado, y el cadáver de Mendoza descuartizado; Cartagena, como asimismo el capellán Sánchez de la Reina, que había hecho causa común con los rebeldes, siguieron encadenados para desembarcarlos más adelante allí cuando se continuase el viaje.

Restablecida que fué la disciplina con tan severas medidas, tomó Magallanes las disposiciones convenientes para defenderse del invierno. Los buques fueron atracados á la orilla, y se edificó en tierra firme una casa de piedra, bastantes chozas, una herrería y un pequeño observatorio, desde el cual el cosmógrafo y astrónomo Andrés de San Martín llevó á efecto diferentes observaciones, fijando con bastante certeza la situación de aquel paraje, en los 49°18′ de latitud meridional.

La estancia en este cuartel de invierno fué de cuatro meses y veintiocho días, empleando los navegantes este tiempo, en reparar los barcos, cazar, pescar y hacer pequeñas excursiones al interior del país. Este último tenía un carácter sumamente monótono: altas, onduladas y áridas llanuras cortadas por algunos valles y que subían en diversos puntos formando verdaderas colinas. Transcurrió bastante tiempo sin que los expedicionarios supieran que estaba habitado este país, hasta que un día vieron un hombre de tan elevada talla que un español de regular estatura tan sólo le llegaba al pecho. Iba vestido de pieles; la cara y lo que se le veía del cuerpo lo llevaba pintado de color rojo, y dos grandes círculos amarillos rodeaban sus ojos, llevando además en cada mejilla una mancha en forma de corazón. Tenía el pelo cortado al rape y embadurnado con una especie de masa blanca. Iba armado de un sólido arco y flechas con puntas de pedernal.

Las gentes de Magallanes consiguieron captarse la simpatía del salvaje y que visitara los barcos, donde devoró un cesto entero de galleta. Más tarde hallaron algunos pequeños grupos de este pueblo, que llevaba

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

verdadera vida nómada, y que tan pronto levantaba en una como en otra parte sus chozas, hechas de pieles de animales.

La casualidad, según parece, hizo que entre estas hordas que vieron los españoles se hallasen algunos individuos de extraordinaria estatura (1). Las exageradas descripciones hechas, andando el tiempo, por algunos españoles relativas á estos indígenas, dieron origen á la creencia de que los patagones eran gigantes.

La palabra *patagón*, que significa *pie grande*, fué dada por los españoles á los indígenas, sin duda porque estos salvajes calzaban durante el invierno unas informes abarcas hechas de pieles de animales, que imprimían grandísimas huellas en la nieve; por lo cual los viajeros españoles dedujeron que éstas sólo podían proceder de gigantes.

La fuerza de los patagones, que sólo se alimentaban de carne cruda y fresca y de una especie de raíz dulce llamada *capar*, tuvieron ocasión de apreciarla los españoles al tratar de coger á uno de estos gigantes para llevarle á España. Nueve marineros no bastaron á sujetarle, pues aun después de haberle arrojado á tierra y atado fuertemente, levantóse de un salto, rompió las ligaduras y huyó. Después de algún tiempo lograron por medio de la astucia apoderarse de algunos de estos hombres gigantescos, pero no arribaron á España, pues murieron todos en la travesía.

Cuando después de larga permanencia en San Julián pudo pensarse en proseguir el viaje, envió Magallanes delante al *Santiago* á fin de que su capitán reconociese la costa y que el resto de la escuadra no tuviese que detenerse en explorar las bahías. Este barco, mandado por Juan de Serrano, llegó hasta la bahía de Santa Cruz, donde fué sorprendido por un fuerte huracán que le destrozó arrojándole contra la costa. Con gran trabajo pudo salvarse la tripulación, que consiguió volver al cuartel de invierno después de penosa marcha á lo largo de la costa.

Poco después continuó el viaje el almirante con toda la escuadra; dejó á los dos rebeldes, Cartagena y Sanchez de la Reina, en el solitario desierto, y se hizo á la vela el 24 de agosto.

De nuevo tuvieron que luchar con fuertes temporales, á consecuencia de los cuales tanto los marineros como los oficiales llegaron á amilanarse. Pero Magallanes continuó impertérrito sin conmoverse ante ninguna observación, por más que fueron hechas «entre muchas lágrimas y suspiros» según dice el cronista Antonio Pigafetta, que acompañaba la expedición.

(1) Aunque la talla general de los patagones es de 1,72 metro, hay sin embargo algunos individuos, lo mismo entre éstos que entre los pueblos de las praderas de la América del Norte, por ejemplo entre los dakotas y mahoves, que exceden de 2 metros.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El almirante declaró que no regresaría hasta que los barcos hubieran perdido dos veces sus jarcias.

Navegando de esta suerte alcanzaron al fin, teniendo siempre á la vista la desolada costa, una espaciosa bahía á la que denominaron puerto de Santa Cruz. Y como los temporales hubiesen maltratado en gran manera los barcos, permanecieron allí hasta el 18 de octubre, en cuya fecha prosiguieron navegando más hacia el Sur, llegando el 21 del mismo mes, después de doblar un promontorio que se elevaba atrevidamente en dirección Sudeste, á un ancho brazo de mar que se internaba en el país hasta perderse de vista.

Inmediatamente envió Magallanes dos pequeñas carabelas á practicar un reconocimiento, mientras él, con el corazón palpitante de ansiedad, esperaba noticias con los otros barcos á la entrada del estrecho. Uno de los barcos volvió pronto, manifestando su tripulación que sólo habían encontrado una bahía cerrada por altas montañas hacia occidente. La otra carabela, por el contrario, trajo mejores noticias. Su capitán se había atrevido á más que el de la otra, pues luego de haber cruzado la primera bahía penetró en un estrecho bastante angosto que le condujo á otra segunda bahía, y desde ésta, navegando por otro estrecho, llegó á otra mayor que las anteriores. La sonda encontró en todas partes un gran fondo surcado por fuertes corrientes, lo cual llegó á darles la seguridad de que aquel canal era realmente el tan buscado paso del Sur que conducía á la India.

Inmediatamente convocó el almirante á sus capitanes y pilotos para tratar de las medidas que había que tomar. Y por más que en esta reunión se demostrase que sólo se contaba con provisiones para tres meses, y que el piloto Esteban Gomez dijese que era una temeridad penetrar con tan pocos víveres en los desconocidos recodos del extrecho, decidióse pasarlo en cuanto Magallanes, con su inquebrantable firmeza, declaró que pensaba cumplir la palabra dada al rey, aun cuando tuviese la certeza de que para llegar al fin hubiese de comer el velamen de los barcos. Bajo pena de muerte prohibióse volver á hablar de regreso, y después de haber confesado y comulgado todos, entró la escuadra en las desconocidas aguas del estrecho, el cual, lo mismo que toda la costa de Patagonia, ofrece pocos é inseguros puertos, al paso que las fuertes corrientes, los arrecifes que se encuentran debajo del agua y los furiosos huracanes, hacen sumamente peligrosos aquellos mares para los buques de vela.

La primera ensenada espaciosa situada al Oeste del Cabo de las Once mil Vírgenes pasáronla pronto; salvada ésta, iban estrechándose sensiblemente las áridas y escarpadas mesetas de la Patagonia y del país situado al Sur, á tal extremo que sólo había un estrecho canal que daba

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

paso á una segunda ensenada. Por todas partes se presentaban á los ojos de los descubridores altos y negros riscos que impedían toda vista á mayor distancia de kilómetro y medio, pareciéndoles que se hallaban en un inmenso laberinto del que sólo podrían salir retrocediendo. No se veía el menor arbusto sobre las peñas, que en su desaliñado conjunto presta-



Carta del Estrecho de Magallanes

ban al país aspecto semejante al que nos figuramos al pensar en el paisaje que ofrecería un planeta en descomposición.

Con una avanzada de algunos botes que sondeaban constantemente las aguas cruzó Magallanes, después de pasar la segunda ensenada, un estrecho canal. Como con frecuencia divisaran fogatas en las costas meridionales, dió á este país el nombre de *Tierra de los Fuegos*, ó *Tierra del Fuego* que aún conserva. No vieron ningún ser humano en aquellos inhospitalarios desiertos.

Después de haber pasado felizmente el segundo estrecho formaba éste una curva é iba ensanchándose gradualmente en dirección al Sur, á la vez que la costa de Patagonia tomaba carácter más montañoso, pues allí

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se elevaban los últimos remates de las Cordilleras cuya formidable cadena no habían de conocer los españoles hasta mucho después. Todos estos remates estaban cubiertos de obscuros bosques de hayas y magnolias, entre los cuales divisábanse extensas llanuras sin árbol alguno.

En el centro del estrecho, en el sitio mismo donde terminan las Cordilleras, en el promontorio más saliente, ó sea el actual cabo Froward, dividíase el estrecho en varios canales. Magallanes envió al *San Antonio* á que reconociese uno de éstos, con la orden de estar de vuelta dentro de tres días, mientras él reconocía otro. Inútilmente esperó el almirante en el sitio convenido el regreso del barco, pues éste entre tanto, desplegando todas sus velas, había emprendido el regreso á España. El piloto Gómez, que se hallaba á bordo, había conseguido con sus funestras pofecías desanimar de tal manera á la tripulación, que ésta, aprisionando al capitán y sustituyéndolo con Jerónimo Guerra, emprendió el regreso á España á las órdenes de éste. Navegando á lo largo de la costa de Patagonia llegaron al cuartel de invierno del puerto de San Julián, recogieron al capitán Cartagena y al capellán Sanchez de la Reina, lleváronlos á bordo, y el 6 de mayo de 1521 llegaron á España, donde declararon que el comportamiento del almirante les había obligado á desertar, pues era un loco que había engañado al rey y no tenía idea alguna de la stiuación de las islas de las Especias.

Magallanes, al ver que eran infructuosas cuantas pesquisas se hacían en busca del *San Antonio*, adivinando lo ocurrido, decidió proseguir sin dilación el viaje. Antes de abandonar el extremo más meridional del continente, cuya latitud había sido fijada en los 53°40′, dirigió á los capitanes y principales marineros de los tres barcos que le quedaban, ó sean el *Trinidad*, *Concepción*, y *Victoria*, una afectuosa circular dada el 21 de noviembre de 1520 en el *Canal de todos los Santos*, en el cual los exhortaba de nuevo á perseverar en su empresa; emprendieron después su marcha por el canal que les pareció el más ancho y cómodo de todos. Este torcíase marcadamente hacia Nordeste ofreciendo al principio buenas aguas para la navegación, cuyo cauce se iba estrechando más adelante por gran número de islas, ensanchándose de nuevo hacia la salida al Océano Pacífico.

Paisajes verdaderamente grandiosos desarrollábanse á la vista de los descubridores. Pasaron por cerca de unos compactos paredones cortados perpendicularmente que parecían labrados y pulimentados por los cíclopes, y que estaban cubiertos de musgo y hiedra. Al Sur, y al final de un ancho canal lateral, relucía una pirámide de hielo y nieve que se divisaba desde muy lejos y que elevaba su cúspide á gran altura entre las nubes: era el Montblanc de la Tierra del Fuego, el actual Monte Sarmiento.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Magallanes dió á este elevado pico, que tiene unos 2,400 metros de altura, el nombre de *La campana de Roldán.* En otros parajes veíanse brillar entre angostas gargantas y hendiduras de roca, formidables glaciares que, cual congelados Niágaras, colgaban entre los negruzcos riscos empujando sus cristalinas masas verde-azuladas hasta las obscuras olas del mar. También veíanse descender de las altas cumbres nevadas centenares de torrentes que rebotaban por los paredones formando magníficas cascadas convertidas en espuma al llegar al fondo.

En esta parte del estrecho tuvieron que proceder los marinos con gran precaución, pues en aquel sitio se desencadenan casi sin interrupción fuertes huracanes que, bajando de las peladas rocas, engendran en aquellas aguas limitadas para la navegación gran número de esas rompientes coronadas de espuma que el marino conoce con el nombre de «olas del diablo,» y que son principalmente peligrosas para los barcos de vela. A esto hay que agregar que allí se encuentra la marea del Atlántico con la que viene del Pacífico desde el Oeste. Terrible estruendo produce el choque de los dos Océanos, sobre cuyas agitadas aguas flotan espesos nubarrones como si quisieran aplastar con su peso las altas olas.

Con gran precaución siguió Magallanes su curso hacia el Noroeste, andando siempre por la noche y haciendo por el día que fueran sondeando los botes de avanzada. Gran suerte fué la suya en no meterse en la profunda bahía de Otway Water, inmenso callejón sin salida cuyo reconocimiento hubiera costado meses enteros.

Después de haber navegado bastante por la parte occidental del estrecho, al quinto día volvió precipitadamente uno de los botes sondeadores con la alegre noticia de que habían llegado al extremo del estrecho, y que desde más allá de un promontorio se veía un ilimitado mar. Profundamente conmovido, y con lágrimas en los ojos, dió orden Magallanes de disparar todos los cañones, y al estruendo de estas salvas de júbilo salió la pequeña escuadra, el 28 de noviembre, á las azuladas olas del mar occidental. El gran problema estaba resuelto, y Magallanes se tenía por el hombre más feliz, pues veía abierto ante sí el camino para la India y pensaba en las grandes mercedes y recompensas que le concedería el rey de España (1).

Efectivamente Magallanes podía considerarse dichoso por haber pasado el peligroso estrecho tan pronto y sin contratiempo alguno, pues sólo había empleado tres semanas, y de éstas había que descontar los días que había pasado esperando al *San Antonio* y á los barcos enviados para el sondeo. Si consideramos algunos viajes emprendidos posterior-

(1) Véase: *Historia de las Indias*, de Gomara.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mente por otros navegantes, entre ellos B. Loaysa, que tardó ciento veinte días; Byron, cincuenta y uno; Bougainville, sesenta; Wallis, ciento dieciséis, en atravesar el estrecho á causa de lo que tuvieron que luchar con las tempestades y corrientes, se verá que la travesía de Magallanes, que no estaba como los otros provisto de cartas, ha sido una de las más rápidas hechas por los buques de vela que han surcado aquel estrecho.

En recuerdo del resultado obtenido dió Magallanes al promontorio situado á la salida del estrecho, y que eran dos peñas cónicas, el nombre de *Cabo Deseado* (1), y al punto situado enfrente el de *Victoria*, en recuerdo del barco que había surcado por primera vez el paso del Sur. Al estrecho mismo, cuya longitud se apreciaba en 110 leguas, le bautizó el almirante con el nombre de *Canal de Todos los Santos*, cuyo nombre se ve en todas las antiguas cartas españolas. Más adelante se le dieron los nombres de *Estrecho Patagónico*, *Estrecho de la Nave Victoria* y *Estrecho de Magallanes*. Este último ha prevalecido sobre los demás, conservándose en la Geografía como un monumento dedicado á los inolvidables servicios prestados por el gran navegante.

Después que Magallanes penetró con su escuadrilla en el mar del Sur, siguió en dirección Norte á lo largo de la costa occidental del Continente, que formaba un verdadero laberinto de islas y fiordos hasta llegar á los 37° de latitud meridional, emprendiendo desde allí nuevo rumbo Noroeste en dirección á las islas de las Especias. Desde aquí deja de ser interesante para la historia de América la continuación del viaje.

Mencionaremos brevemente que un destino singular quiso que Magallanes, en su travesía por el Océano occidental, al que denominó Océano Pacífico á causa de la suavidad de sus vientos, sólo descubriese de la rica región de las islas polinesias dos pequeños, áridos y desolados desiertos, que no ofrecieron ocasión alguna de reponer las escasas provisiones. Sin duda alguna pasó el Ecuador bajo los 152° de longitud occidental. El aterrador fantasma del hambre presentábase cada vez más imponente; enfermedades desconocidas hasta entonces diezmaban á la tripulación, y principalmente el escorbuto, el mayor enemigo del marino, hacía numerosas víctimas. «Navegamos, dice Pigafetta, el cronista de la expedición, tres meses y veinte días sin repostarnos de vituallas. La galleta se había convertido en polvo, que estaba lleno de gusanos y excremento de ratas; el agua potable estaba turbia y olía mal. Comiamos cuero de vaca, del que se pone debajo de las vergas para que no se estropeen las jarcias. Como este cuero había estado expuesto constantemente al sol, al

(1) Hoy se llama Cabo Pilar ó Pilares.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

viento y á la lluvia, teníamos que dejarlo ablandar días enteros en agua de mar y tostarlo después entre ceniza caliente para poderlo comer. Las ratas se pagaban á media corona cada una. Si no hubiéramos tenido la ayuda de Dios y vientos tan favorables durante la larga travesía, hubiésemos muerto todos de hambre. Creo que ningún hombre emprenderá jamás viaje semejante.»

Por fin el 6 de marzo del año 1521 descubrieron algunas islas pertene-



Cabo Deseado (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

cientes al archipiélago de los Ladrones, desde el cual llegaron después á las islas de San Lázaro ó Filipinas. Allí encontró Magallanes la muerte, en un combate con los habitantes malayos de Mactan el 27 de abril. Al intentar con escasas fuerzas un ataque contra los isleños, fué herido por una flecha envenenada y tuvo que dar la orden de retirada. Esta retirada terminó en precipitada fuga en vista de la insistente persecución de los vencedores; así es que el almirante tuvo que sostener con unos pocos compañeros el formidable ataque de los indígenas y sucumbió al fin. Un tremendo tajo le hizo caer de bruces contra el suelo, y entonces se abalanzaron los enemigos contra él para rematarle.

«Ya en tierra, dice Pigafetta, volvió los ojos el almirante hacia nos-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

otros para ver si estábamos todos en salvo. ¡Así murió nuestro ejemplo, nuestro faro, nuestro consuelo y fiel guía!»

Magallanes murió á los cuarenta y un años de edad. Por más que no llegó á recoger los frutos de su empresa, que ha sido alabada con justicia como la mayor hazaña náutica de los siglos, su nombre está escrito con caracteres indelebles en el libro de la Historia, pues fué el primero que se atrevió á dar la vuelta al mundo siguiendo un plan fijo y bien trazado, resolviendo brillantemente el problema en sus puntos más difíciles, y dando con esto la primera prueba decisiva de la redondez de la tierra. Igualmente sus conocimientos náuticos, su perseverancia y su carácter decisivo, que no pudieron siquiera amenguar ni la miseria ni el peligro, hacen de él una figura altamente simpática. El sistema que empleó para reconocer la costa de Patagonia, la del estrecho que lleva su nombre, como igualmente para consignar la situación de éste, fué verdaderamente científico; otra prueba de su capacidad se encuentra en el hecho de haber dicho á sus timoneles que tuviesen en cuenta la desviación de la aguja magnética para conservar con seguridad el rumbo hacia las Molucas.

Con juicio acertadísimo ha demostrado el maestro de la ciencia, Alejandro de Humboldt, la gran importancia de la travesía llevada á efecto por Magallanes, añadiendo que el descubrimiento y navegación del mar del Sur, implica para la Cosmografía una etapa tanto más importante, cuanto que por ella empezó á verse libre de ideas erróneas el cálculo de las dimensiones reales de los continentes y mares del planeta.

Por los resultados obtenidos en este viaje súpose con certeza que la Tierra constituía una circunferencia mucho mayor de lo que se había creído hasta entonces, y que América no era en modo alguno un grupo perteneciente á las islas del mundo asiático, sino que estaba separada de Asia por un dilatadísimo mar y era un continente propio.

La muerte de Magallanes fué para la expedición un golpe tremendo, y en su vista los navegantes acordaron volver cuanto antes á España. Como la tripulación era insuficiente para el servicio de los tres barcos, decidieron incendiar la *Concepción*, que era el peor de ellos, realizado lo cual, y corriendo múltiples aventuras, visitaron las islas de Mindanao, Cagayán, Palauán y Borneo, y el 8 de noviembre de 1521 llegaron á las Molucas ó islas de las Especias, que fueron el constante y único objeto del viaje, objeto tan deseado como costosamente conseguido.

En este punto entablaron los españoles con el rajá de Tidor ventajosos contratos de tráfico, cargaron sus barcos con un rico cargamento de especias, y ya se disponían á emprender el regreso á la patria el 17 de octubre por el extremo meridional de Africa, cuando de improviso sufrió la *Trinidad* una gran avería, á consecuencia de la cual fué necesario hacer á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

este buque una reparación completa. La tripulación de la *Victoria* no quiso esperarse, y el 21 del mismo mes se hizo á la vela, á las órdenes de Sebastián del Cano. Durante la travesía tuvieron que luchar con grandes peligros; de los 47 europeos y 13 malayos que componían la tripulación, perecieron 21; otros 13 fueron presos al llegar á las islas de Cabo Verde, que se hallaban en poder de los portugueses (1) y retenidos por éstos, mientras los demás, entre los que había 18 europeos, anclaron el 6 de septiembre de 1522 en el puerto de Sanlúcar, de donde había salido la escuadra hacía tres años.

La tripulación de la *Trinidad*, que había quedado en Tidor, intentó en vano entretanto, después de concluída la reparación del barco, cruzar el Grande Océano, para llegar á México. Rechazados por fuertes borrascas, tuvieron que abandonar el buque y pedir auxilio á los portugueses habitantes de las Molucas; pero éstos, en vez de auxiliar á los náufragos, los hicieron prisioneros y los detuvieron algunos años en sus colonias. La mayoría de estas pobres gentes fué víctima de las enfermedades, pues con toda intención los mandaban á habitar lugares malsanos con el fin de librarse, sin verter sangre, de aquellos sus rivales en la posesión de las islas de las Especias. Tan sólo tres de aquellos infelices llegaron á España después de algunos años de cautiverio. Por consecuencia, de las 239 personas que habían partido con Magallanes, nada más que 21 volvieron á pisar el suelo patrio.

«¿Qué son, pregunta el cronista Gomara, los trabajos y peligros de Ulises, en comparación de los que tuvieron que sufrir Magallanes, Sebastián del Cano y sus compañeros? El *Argos* de Jasón, con tanta frecuencia citado por los historiadores y poetas, es de escaso mérito al lado del *Victoria*. Las travesías realizadas por los barcos del rey Salomón fueron grandes; pero la llevada á efecto por el del Emperador Carlos V fué infinitamente más grandiosa é importante. Este buque debía de haberse conservado, como recuerdo eterno de tales triunfos, en el arsenal de Sevilla; pues él fué el primero que, á semejanza del sol, había circundado por completo el planeta.»

Poseído de la misma admiración que Gomara, dice Transilvanus:

«Verdaderamente, estos intrépidos navegantes son mucho más acree-

(1) En las islas del Cabo Verde tuvieron los navegantes una gran sorpresa. «Cuando quisimos ver, dice Pigafetta, si nuestra cuenta del tiempo estaba en orden, supimos con gran admiración que era jueves cuando nosotros teníamos miércoles. Y sin embargo, yo, que siempre disfruté de perfecta salud, había llevado con el mayor cuidado mi diario. No podíamos explicarnos tan extraño suceso, hasta que supimos más tarde que esta diferencia de tiempo tiene lugar cuando se circunda la Tierra de Oriente á Occidente.»

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dores al recuerdo y fama universal que los argonautas, y su barco *Victoria* merece, con mayores títulos que el *Argos*, figurar en los anales históricos.»

Los pocos expedicionarios que regresaron en compañía de del Cano, además de la justa fama que alcanzaron, obtuvieron considerables beneficios pecuniarios, pues las quinientas treinta y tres arrobas de clavos de especia que constituían el cargamento de su buque produjeron tal rendimiento que el costo de la escuadra fué cubierto con exceso, quedando un buen sobrante para repartirlo entre la tripulación. Todos alcanzaron un buen dividendo; además se les dió una considerable gratificación, y á del Cano se le asignó una pensión vitalicia de 500 ducados, y un escudo conmemorativo del descubrimiento de las islas de las Especias, cuya cimera ostentaba un globo terráqueo con esta inscripción: *Primus circumdedisti me* (tú eres el primero que me has rodeado) (1).»

(1) Juan Sebastián del Cano, que vió en Valladolid al emperador Carlos V, obtuvo de éste, como premio principal de su atrevida empresa, título de nobleza con un escudo de armas: en su primera mitad, en lo alto, llevaba en campo de gules un castillo de oro; en la mitad inferior, un campo dorado sembrado de especería con dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa y dos clavillos de especia; encima un yelmo con la visera calada y por cimera un globo con la citada inscripción.

(N. del T.)



La Victoria. De un grabado en madera del siglo XVI

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Francisco Pizarro. De un grabado del siglo XVI

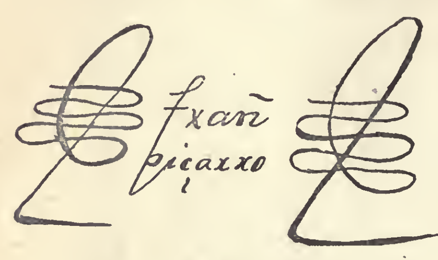
FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA DEL PERÚ

Más de diez años habían transcurrido desde que Vasco Núñez de Balboa descendiera, el 29 de septiembre del año de 1513, de las montañas que cruzan el istmo de Darién para tomar posesión solemne del Mar del Sur y de todos los países colindantes.

Ya en el primer volumen de nuestra obra hemos consignado que Balboa en aquella época había logrado obtener noticias precisas acerca de un gran reino situado al Sur, y que se había ocupado asiduamente en el plan de descubrir y conquistar dichos territorios, el cual plan quedó paralizado á causa de las intrigas de que el descubridor del mar del Sur fué víctima por parte de su rival Pedro Arias Dávila.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En el año de 1522 el caballero Pascual de Andagoya, nombrado inspector general de los indígenas del istmo de Darién, volvió á ocuparse en el proyecto de Balboa, y al efecto emprendió una travesía á los territorios situados al Sur de la bahía de San Miguel, donde el cacique de la comarca de Chuchama se le quejó de que su pueblo sufría los frecuentes ataques de los habitantes de Birú, distrito situado más al Sur. Andagoya prometió auxiliar á los oprimidos, y en unión de éstos y de un refuerzo que pidió á Panamá, combatió á los biruanos; pero las víctimas que entre sus gentes causaba la fiebre, de la que él mismo sintióse violentamente atacado, obligáronle á emprender el regreso. Una de las consecuencias de su viaje fué, que el nombre de Birú, que primitivamente sólo designaba un pequeño distrito, se extendiese á todos los países de la costa occidental de la América del Sur hasta los 18° de latitud meridional, y que las expediciones organizadas á éstos se denominasen sencillamente *Travesías á Birú.* Este nombre transformóse en el de Perú con el tiempo.

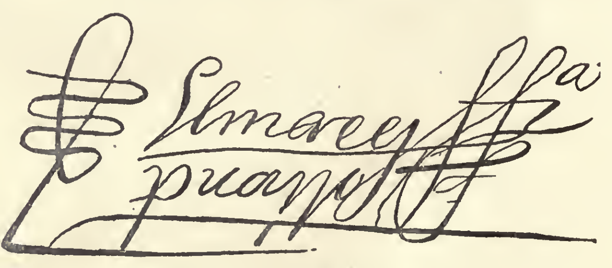


Facsímile de una firma de Pizarro

La primera de estas travesías fué proyectada por un rico plantador de la Española llamado Juan de Buzurto, pero sorprendióle la muerte cuando preparaba el viaje.

En su lugar, tres hombres audaces hasta la temeridad, tomaron á su cargo la empresa de conquistar el Birú en el año de 1519.

Los tres eran habitantes de la floreciente ciudad de Panamá, y el primero de ellos fué Francisco Pizarro, hijo natural del capitán Gonzalo Pizarro y de Francisca González. Cuéntase que, nacido en Trujillo (Extremadura), en el año de 1471, fué abandonado por su madre á la puerta de una iglesia. Las noticias de los cronistas están contestes en que Pizarro había guardado cerdos en su juventud, por lo que sus enemigos políticos, cuando Pizarro llegó al apogeo de su poder, le motejaron llamándole *el porquero.* La educación intelectual del futuro



Facsímile de una firma de Pizarro

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

virrey del Perú era por demás deficiente, pues ni sabía leer ni escribir, viéndose obligado á que todos los documentos que debían llevar su rúbrica fuesen firmados por un escribano, poniendo él tan sólo á los lados los dos garabatos que se ven en los dos facsímiles que reproducimos.



Diego de Almagro.
(De un grabado del siglo XVI inserto en la *Historia general de los hechos de los Castellanos* de Herrera)

El primero data de la época en que penetró Pizarro en el Perú; el segundo del período en que fué agraciado con el título de marqués, y el cual título se ve antepuesto al nombre del conquistador. Francisco Pizarro había estado en el Darién con Ojeda el año de 1509, y distinguídose en algunas campañas por su audacia como soldado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El segundo de los tres hombres que acometieron la empresa del descubrimiento del Perú era Diego de Almagro, también de obscuro origen, y que según parece nació en el año de 1463 en Almagro, provincia de Ciudad Real. Era también hombre de armas y muy experimentado en la guerra contra los indígenas. Su carácter era más íntegro y resuelto que el de su compañero Pizarro y poco dispuesto á hacer uso de la intriga.

El tercero, llamado Hernando de Luque, era un eclesiástico, que había sido arrojado por un temporal al Darién, de cuya catedral fué maestrescuela, y luego desempeñaba las funciones de cura en Panamá, habiendo adquirido con tal caracter grandísima importancia.

Siendo como era cosa sabida que la corona de España rara vez abría sus arcas para facilitar medios á las expediciones marítimas, dirigiéronse Pizarro y Almagro á Luque á fin de que facilitase el dinero necesario para llevar á efecto la empresa que se proponían, mientras ellos tomaban por su cuenta el alistamiento ó enganche de las tropas y tripulaciones y preparaban los barcos.

La energía y los esfuerzos de estos tres hombres consiguieron poner á flote hacia fines del año de 1524 dos barcos, el primero de los cuales salió del puerto de Panamá el día 14 de noviembre con 112 hombres á las órdenes de Pizarro. Se había convenido que Almagro le seguiría con el segundo barco después de reunir víveres y tripulaciones. Entre grandes borrascas, cruzó Pizarro hacia las islas de las Perlas y desde allí al continente, cuyas costas estaban cubiertas por todas partes de impenetrables y pantanosos bosques que exhalaban pestilentes miasmas engendradores de fiebres, y cuyo ambiente era una verdadera nube de mosquitos. Después de setenta días de navegación, cuando largaron anclas en una bahía de regulares condiciones, habían muerto ya 34 personas á consecuencia de las fiebres, y esto sin haber conseguido nada provechoso al objeto que guiaba la expedición. Como hubiesen disminuído bastante las provisiones, envió Pizarro el barco á Panamá, al mando de Montenegro, para que volviese dentro de doce ó catorce días con víveres. Pero Montenegro invirtió setenta y cuatro días en la travesía, y al volver á la bahía, á la que más tarde dieron el nombre de Puerto del Hambre, se encontró con que la miseria había hecho tales estragos entre la gente de Pizarro que sólo quedaban sesenta personas.

Toda la energía de Pizarro fué necesaria para que aquellos desgraciados, en la fiebre delirante producida por el hambre, pues se alimentaban de animales marinos, caracoles, lagartijas y frutos dulces ó amargos, no se entregasen con loco arrebato á la ejecución de actos criminales. Algo fortalecidas aquellas pobres gentes con las provisiones que llevó Montenegro, continuaron el viaje hacia el Sur y descubrieron sobre la cima de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

un monte un pueblo indígena rodeado de empalizadas, y cuyos habitantes huyeron al aproximarse los españoles. En sus chozas hicieron acopio en gran cantidad de provisiones de maíz y de cacao como también de crecido número de adornos y vasijas de oro; pero á la vez tuvieron ocasión de convencerse, con toda seguridad, por el contenido de algunos calderos puestos al fuego, de que aquellos indígenas eran antropófagos.

Hallábanse los españoles ocupados en la distribución del botín, cuando fueron acometidos de improviso por gran número de indios. En el encarnizado combate que se entabló, murieron cinco españoles y fueron heridos diecisiete, entre ellos Pizarro, éste tan gravemente que cada una de sus siete heridas podía considerarse mortal. A la oportuna intervención de Montenegro, que regresaba de realizar algunas correrias, debieron su salvación los españoles, que pudieron ser transportados al barco. Como de momento no había que pensar en volver á penetrar en el país, regresaron á Panamá cargados con los tesoros tan costosamente pagados.

Almagro, que entretanto había salido de Panamá con el segundo barco para llevar á sus compañeros setenta hombres y provisiones, llegó poco tiempo después al saqueado pueblo, en el cual tuvo que sostener también sangrientos combates con los naturales, en uno de cuyos combates perdió un ojo. A pesar de esto no desistió de buscar á su compañero de armas; asaltó durante el viaje hacia el Sur algunos otros pueblos, descubrió el Río de San Juan á los 4° de latitud Norte, y no habiendo hallado por parte alguna huellas de Pizarro, volvióse á Panamá con un botín que constituía un verdadero tesoro.

Aunque esta tentativa no llegó á realizar el descubrimiento del verdadero Perú, quedó demostrado que realmente existían al Sur ricos países abundantes en oro, y en su consecuencia, el día 10 de marzo de 1526, ya restablecido Pizarro por completo, firmaron los tres aliados aquel famoso contrato que había de ser la ruina del poderoso reino del Perú y de la dinastía de los Incas. Por segunda vez comprometióse Luque á contribuir con veinte mil pesos en oro para una nueva expedición; los otros dos compañeros se convinieron á que cada uno percibiese una tercera parte de las tierras, gente, oro, plata y piedras preciosas que descubriesen y conquistasen. Este contrato fué jurado solemnemente con la mano puesta sobre los Evangelios, comulgando además los tres con una hostia consagrada que partieron en tres pedazos.

Los preparativos de esta segunda expedición hiciéronse rápidamente, y en la primavera de aquel mismo año salieron de Panamá Pizarro y Almagro con dos barcos tripulados por ciento setenta españoles, para dirigirse en línea recta hasta la embocadura del río de San Juan. Bartolomé Ruiz, que era un excelente piloto, dirigía la expedición.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En cuantas partes de la costa desembarcaban veían á los indígenas en posesión de adornos de oro, y en un pueblo situado en la embocadura del citado río hallaron abundante botín de este metal y de piedras preciosas. Como los territorios situados más al interior eran sumamente fértiles, y, según datos de los prisioneros que los españoles hicieron, había en ellos muchas y grandes ciudades, decidió Pizarro enviar á Panamá en busca de refuerzos al barco mandado por Almagro, y hasta que volviese le esperaría él en un pueblo conquistado. Ruiz, por el contrario, recibió orden de explorar entretanto con el otro barco la costa en dirección Sur. Ambos emisarios desempeñaron perfectamente sus comisiones. Ruiz llegó hasta los dos ó tres grados de latitud meridional. Poco después de pasar el Ecuador vieron con gran sorpresa él y su gente que se dirigía hacia ellos un extraño barco con las velas desplegadas. Creyeron al principio que aquella embarcación era europea, pero fué muy grande su asombro cuando vieron al acercarse más, que toda la tripulación era indígena, y que el barco era una balsa construída de gruesos troncos de cañas, puntiaguda por la proa, y con unas bajas paredes laterales. Sobre aquellos troncos había una cubierta ó piso hecho de cañas más delgadas, en el cual se elevaba una pequeña cámara. Para hacerle navegar se servían de unas velas de algodón sujetas con cuerdas de cáñamo á mástiles bastante altos, pero delgados, y por anclas llevaban pesadas piedras. Se comprendía que iba tripulado por comerciantes en vista de los objetos que constituían el cargamento, tales como cinturones, sombreros, armaduras, adornos para la cabeza, vasijas, espejos, vestidos, gran número de joyas de oro y plata y otros objetos; veíanse también muchas balanzas, grandes y pequeñas, destinadas sin duda á pesar algunas de estas mercancías. Tanto los comerciantes que se hallaban á bordo como sus mujeres llevaban vestidos de lana muy fina, sobre los cuales, en color amarillo, negro, azul, verde, carmín y blanco, había bordadas muchas figuras de animales, como pájaros, gatos, peces, y también flores. Estas gentes subieron sin temor alguno al barco de los españoles, y según dijeron procedían de la ciudad de Túmbez, en la cual ciudad, según manifestaron por señas, había grandes templos que encerraban mucho oro y plata. No tardó en establecerse animado tráfico entre los indios y los blancos, gracias al cual obtuvieron estos últimos, á cambio de fruslerías sin valor alguno, considerable cantidad de objetos preciosos.

Después que Ruiz hubo penetrado más hacia el Sur, á los setenta días de ausencia volvió al lado de Pizarro, cuyos compañeros oyeron asombrados las halagüeñas noticias de que era portador. Poco después regresó Almagro con ochenta hombres y grandes provisiones, y con este refuerzo decidieron ir á Túmbez, y al efecto hiciéronse á la mar, navegando toda

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la hueste en los dos barcos, que habían vuelto á reunirse, hasta llegar á la bahía de San Mateo, donde en el centro de unos grandes campos cultivados divisaron el ameno pueblo de Tacamez. Con intención de asaltarlo desembarcaron noventa españoles, pero desistieron cuerdamente de su propósito al ver que les hacía frente un ejército de diez mil combatientes. Los expedicionarios demostraron por señas que iban en actitud pacífica, en vista de lo cual bajaron los indígenas las armas amenazadoras y llevaron á los forasteros á su ciudad, compuesta de más de tres mil casas y grandes plazas plantadas de árboles, así como calles rectas cruzadas por canales.

Por todas partes veían los españoles muestras inequívocas del bienestar que disfrutaban aquellos habitantes, y en virtud de su debilidad numérica para luchar con ellos limitáronse á hacer algunas transacciones y cambios de objetos, marchando después á una isla situada á los 1°57′ de latitud Norte, á la cual dieron el nombre de «Isla del Gallo.» Allí convinieron Almagro y Pizarro en que el primero volviese otra vez á Panamá en busca de más refuerzos, pues eran aún muy pocos para intentar algo contra aquellos indígenas, en tan gran número y tan bien armados.

Pizarro pensaba esperar en la isla el regreso de su compañero, pero tal pensamiento no fué aprobado por la tripulación, que había sufrido ya extraordinarias privaciones y quería volver á Panamá, como se lo expusieron á Pizarro; y habiéndose éste negado á semejante pretensión, dirigieron una carta al gobernador del Darién dentro de un ovillo de algodón pintándole su desgracia con los más negros colores, y suplicándole que les librase de una segura perdición. El escrito terminaba con estas palabras:

«Pues señor Gobernador,
mírelo bien por entero
que allá va el recogedor
y acá queda el carnicero (1).»

Estos ruegos no fueron desatendidos por el gobernador Pedro de los Ríos, que había reemplazado á Pedro Arias Dávila, y no sólo prohibió á Almagro el reclutamiento de nuevas fuerzas, sino que envió inmediatamente al capitán Tafur con dos barcos á la isla del Gallo, para que recogiese á los descontentos.

La llegada de éste causó extraordinaria alegría, pues en los meses que habían permanecido en aquella desierta isla sufrieron indecibles privaciones y todas las inclemencias del tiempo. Casi todos los soldados saludaron entusiasmados á los barcos, y tan sólo Pizarro, que había recibido

(1) *El Imperio de los Incas*, del Doctor Brehm.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por ellos cartas de Almagro y de Luque diciéndole que esperase un pronto auxilio, negóse á ir á bordo, y en cuanto Tafur comunicó la orden del gobernador convocó al momento á sus soldados, trazó rápidamente con su espada una línea en la arena, púsose en la parte Sur de la misma y dijo: «Allí hacia el Sur está el Perú con sus tesoros; á vuestro lado, hacia el Norte, Panamá con su pobreza eterna. Ahora escoged. ¡Yo voy al Sur!»

Francisco Rodriguez de Villafuerte fué el primero que se puso al lado de Pizarro, á éste siguieron el piloto Bartolomé Ruiz, Pedro de Candia, Cristobal de Peralta, Alonso Briceño, Nicolás de Ribera, Juan de la Torre, Francisso de Cuéllar, Alonso de Molina, Domingo de Soria y Luco, Pedro Alcón, García de Jerez, Antonio de Carrión, Martín de Paz, Diego de Trujillo y Alonso Ribera (1).

En atención á que Tafur les dejara muy escasas provisiones, aquellos hombres inquebrantables construyeron una balsa y se dejaron arrastrar por la corriente en dirección norte hasta la pequeña isla Gorgona, situada á los 3° de latitud Norte, por ofrecer ésta mayor abundancia de víveres. Allí permanecieron los aventureros, sufriendo las mayores privaciones, siete meses, esperando siempre que sus aliados de Panamá lograran llevarles más hombres y comestibles. Al fin asomaron por el horizonte las tan deseadas velas, mas el pequeño barco mandado por el piloto Ruiz sólo conducía provisiones de boca y municiones, pero ningún soldado. Por el contrario, era portador de la severa orden del Gobernador de que Pizarro, en el término de seis meses, volviese á Panamá con sus compañeros fuese cual fuese el resultado de su empresa.

Pero no bien Pizarro volvió á encontrarse sobre la cubierta de un buque, cuando renació de nuevo su sed de gloria y de aventuras con toda su fuerza. Otra vez dirigió la proa del barco hacia el Sur, llegando á los veinte días de navegación al gran Golfo de Guayaquil, frente á la ciudad de Túmbez, perteneciente al Imperio de los Incas. Gran asombro causó á los españoles esta ciudad magnífica, defendida por poderosas fortificaciones, y rodeada en cuanto alcanzaba la vista de llanuras verdes y bien cultivadas, surcadas por canales. Por medio de algunos indios intérpretes consiguieron entrar en amistosas relaciones con los habitantes de la ciudad, á tal punto que Pizarro pudo enviar á dos de sus hombres, Alonso de Molina y Pedro de Candía, á tierra para que llevasen algunos regalos á la primera autoridad, é investigasen al propio tiempo la situación de la ciudad. Fueron recibidos magníficamente; sobre todo Pedro de Candía

(1) Muchos cronistas españoles limitan á trece las personas que siguieron á Pizarro; Jerez, secretario de éste, dice que fueron dieciséis; Herrera habla de trece, mientras que Garcilaso de la Vega anota el nombre de las otras tres personas en su *Historia de la conquista del Perú*.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con su brillante armadura, causó entre los naturales la mayor admiración. Enseñáronles cuanto había de notable en la ciudad, conduciéndoles también al templo del Sol, que estaba vedado visitar á los profanos, y que á ellos les fué permitido por suponerlos hijos del Sol; condujéronlos además al palacio que habitaba el soberano de *Tahuantinsuyu* (así llamaban los indígenas á su país) cuando visitaba la ciudad. En ambos edificios vieron



Ruínas de una antigua fortificación peruana de Paramonga
(Copiada por Rodolfo Cronau de un modelo peruano.)

los españoles inmensos tesoros de oro y plata; las paredes del templo estaban cubiertas de arriba á abajo de planchas de oro, y en los jardines que rodeaban el palacio había figuras de hombres y de animales hechas del mismo precioso metal.

En aquella ciudad extraordinariamente limpia reinaba el mayor orden: gran número de canales surtían de agua en abundancia á todas las calles, y árboles muy bien cuidados prestaban fresca sombra por todas partes. También la sólida fortificación rodeada de tres murallas, situada en una eminencia sobre la ciudad, fué visitada por los españoles, que vieron que el baluarte estaba pródigamente surtido de todo género de provisiones y de agua, esta última conducida por medio de cañerías subterráneas que llevaban el precioso líquido á los puntos más elevados.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Túmbez era en aquella época el puerto más floreciente del norte del Imperio de los Incas, y una animada ciudad comercial,de cuyos habitantes, unos surtían de mercancías á todos los distritos de la costa, y los que no se dedicaban al comercio, como los artífices, jornaleros, pescadores, lavadores de oro y criadores de llamas, vivían desahogadamente con el producto de sus diversas ocupaciones.

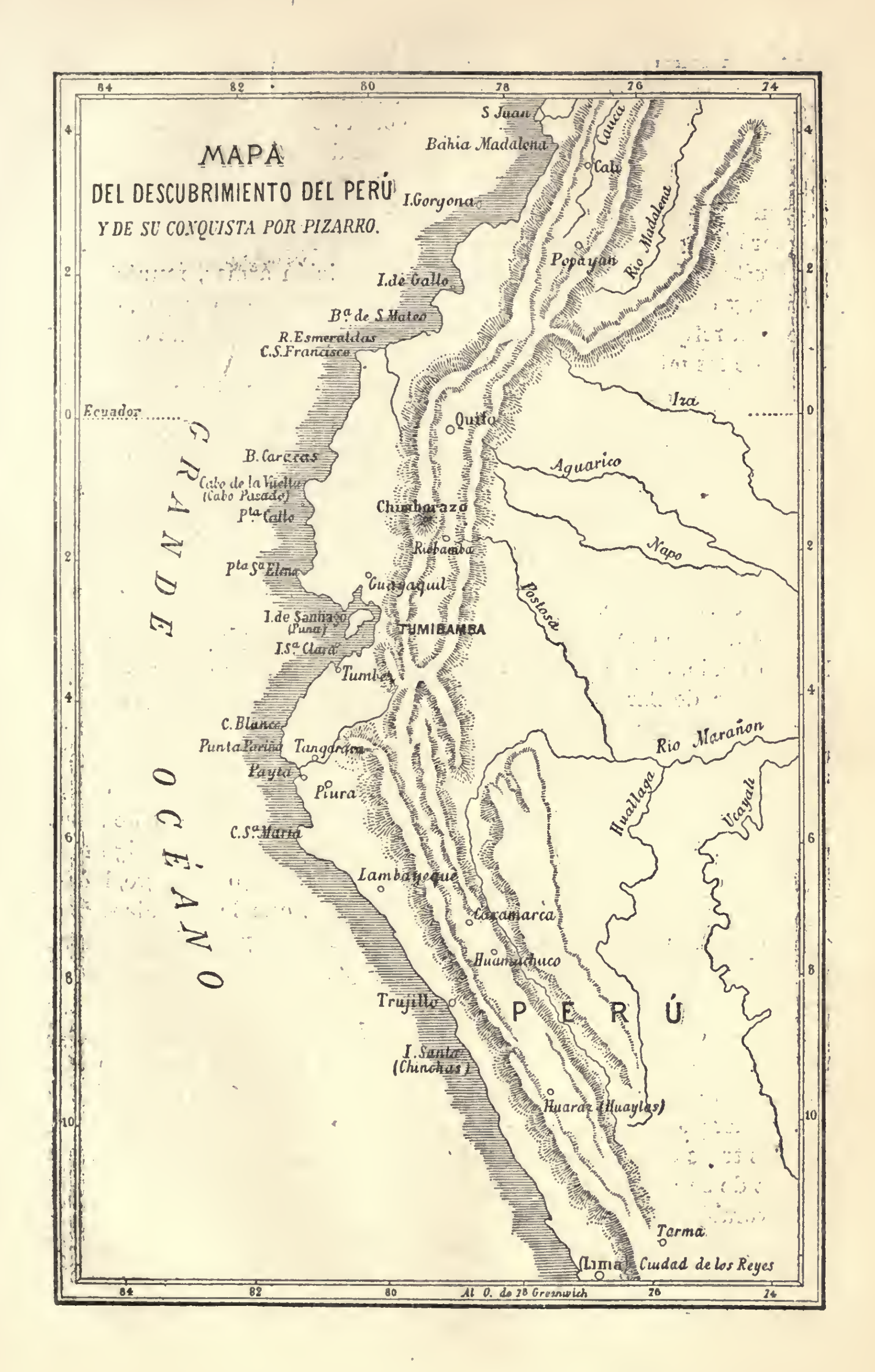
No atreviéndose Pizarro á acometer con su pequeña hueste á un pueblo tan perfectamente organizado, mandó á sus gentes observar la más pacífica actitud, como lo efectuaron, y poco después continuaron su viaje hacia el Sur, llegando hasta los 9° de latitud meridional ó sea hasta la ciudad de Paita y el río Santa, cuyo valle fertilísimo pertenecía tambien al imperio de los Incas.

Los españoles habían visto ya bastante, y cargados de oro y plata, metales obtenidos en parte traficando con los indígenas y el restante encontrado en los sepulcros de la isla de Puna, volvieron á Panamá precisamente el día mismo en que expiraba el plazo de seis meses fijado por el Virrey.

Aunque muy tentadoras las noticias de que eran portadores los aventureros, cuando enteró Pizarro al Gobernador, Pedro de los Ríos, del proyecto de la conquista del Perú, hízole este último enérgica oposición, pues decía que las expediciones de descubrimiento y conquista llevadas á efecto hasta entonces en los países del Sur, habían ocasionado numerosas víctimas, y que no quería dejar despobladas sus colonias. Convencidos los compañeros de Pizarro de que los Ríos no transigiría en lo más mínimo, resolvieron los tres aventureros que Pizarro marchase á España para hacer personalmente un relato al Emperador Carlos V de sus descubrimientos y demandar su protección.

Cuando Pizarro llegó á España con dicho objeto, así los presentes de oro y plata que llevaba, como los magníficos tejidos, mantas y alfombras de finísima lana, los indios y dos llamas vivas, llamaron tan poderosamente la atención del monarca que después de haber estudiado con detenimiento tanto las condiciones de aquel país como la carta geográfica trazada por Bartolomé Ruíz, accedió á hacer un contrato el 26 de julio del año de 1529, en el cual contrato nombraba á Pizarro adelantado del Perú, á Almagro gobernador de la fortaleza de Tumbez, y al sacerdote Luque obispo de la misma ciudad. Ruíz obtuvo el título de piloto mayor del mar del Sur, y los demás compañeros que habían permanecido fieles á Pizarro fueron agraciados con el de hidalgos. A todos se les prometieron pingües beneficios, y á Pizarro una renta anual vitalicia de 725000 maravedises, y á Almagro de 300000, obteniendo además el primero en el Perú, al que bautizaron con el nombre de Nueva Castilla, todos los derechos y fueros

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de virrey, así como su correspondiente guardia de honor. Todas las recompensas estipuladas en el contrato eran de muy problemática realización ó cumplimiento, puesto que habían de resultar de los beneficios que proporcionasen aquellos países que había aún que conquistar. Además, la corona, fiel á su principio de hacer sacar por otro las castañas del fuego, guardóse muy bien de prometer su ayuda á la expedición con metálico, limitándose tan sólo á poner á su disposición armas, municiones y caballos, y conceder el permiso para el reclutamiento de tropas, en pago de lo cual retiraría la quinta parte de todo botín y la décima de los productos de las minas.

Con este contrato en el bolsillo, que le imponía además la obligación de alistar en el término de medio año 250 soldados bien armados, visitó Pizarro á Trujillo, su ciudad natal, obteniendo en ella, auxiliado por sus hermanos, los principales medios para poder llevar á cabo la expedición. Cuatro hermanos de Pizarro llamados Hernando, Gonzalo, Juan y Martín, hijos ilegítimos todos también, á excepción del primero, acompañaron á Pizarro en su expedición al país del oro impulsados todos del ardiente deseo de enriquecerse.

Sin embargo de no haber Pizarro conseguido completar su hueste en el plazo fijado, hízose á la vela el 19 de enero de 1530 desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda, llegó sin contratiempo al istmo, y entró en Panamá con gran pompa.

Allí tropezó con nuevas contrariedades á causa de los violentos reproches que le dirigió Almagro, diciéndole que sólo había procurado por sí mismo sin tener en cuenta los intereses de sus compañeros de armas, para los cuales no había pedido al emperador más que puestos insignificantes. A duras penas consiguió calmar Pizarro al irritado Almagro, haciéndole todo género de promesas y sobre todo la de que le consideraría en todo como á sí mismo. Mas á pesar de todas estas seguridades, ya estaba arrojada la semilla de aquella rivalidad que había de ser más tarde la perdición de ambos.

Por fin, en enero de 1531, Pizarro pudo zarpar con tres barcos de Panamá. Ciento ochenta soldados de infantería y treinta y siete de caballería formaban el pequeño ejército con el que se decidía á combatir contra el poderoso imperio de los Incas

A los trece días de navegación, desembarcaron los expedicionarios en la bahía de San Mateo, penetrando por lo tanto en dicho reino en la época más favorable para sus planes.

Al considerar las circunstancias que hicieron posible que los españoles en el primer ataque se apoderaran de aquel país, tenemos que observar que desde tiempo inmemorial el poder supremo en Tahuantinsuyu, *el*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

reino de los cuatro puntos cardinales, estaba unido íntimamente á la sagrada persona del Inca.

«En ninguna parte ni nunca, afirma el Dr. Brehm en su interesantísima obra acerca del Imperio de los Incas, ha existido un jefe de gobierno que fuese, en la más lata acepción de la palabra, soberano absoluto, y no solo la cabeza, sino la base fundamental, de su reino. En él se unían todas las fuerzas, medios y voluntades de un gran pueblo; de él procedían la ley y el método; á su mano iban todas las contribuciones y todas las riquezas de sus gobernados, del mismo modo que sólo él derramaba sobre éstos bondades, bienestar y bendiciones..»

El origen de los Incas ó emperadores está envuelto entre las brumas de la Fábula, y la tradición hace del primero de éstos, llamado Manco Capac, un hijo del Sol, el cual, compadecido de la ignorancia y rudeza de los primitivos habitantes del Perú, envió á su hijo y á una hermana de éste, Mama Oello Huaco, que era á la vez esposa de su hermano, á la tierra para que instruyese á aquel pueblo desgraciado en las artes indispensables para el goce de una vida ordenada. Estos dos fundaron la ciudad de Cuzco, dando á los salvajes un alto grado de cultura. Prohibiéronles que adorasen á los ídolos y les inculcaron el culto al Sol, que les concedía luz y calor, que hacía fructificar los campos y que era fuente de toda vida.

Manco Capac fué el fundador de la dinastía de los Incas que, á la llegada de los españoles al Perú, hacía ya algunos siglos que gobernaba, habiendo sabido fusionar en un estado bien ordenado los muchos y distintos pueblos en que se descomponía antes el reino.

Según una tradición antiquísima, la dignidad de Inca era hereditaria, y desde mediados ó fines del siglo XII, época en que se había fundado verdaderamente dicha dinastía, había pasado por trece emperadores (1). Una

(1) Después de Manco Capac, que dejó de reinar en 1062, dirigieron los destinos del Perú los incas siguientes, los cuales gobernaron hasta el año que acompaña á sus nombres:

Sinchi-Roca.	1091
Lloque Yupanqui.	1126
Mayta Capac.	1156
Capac Yupanqui.	1197
Inca Roca..	1249
Yahuar Huácar.	1289
Huiiracocha.	1340
Urco.	1389
Titu Manco Capac ó Pachacutec.	1400
Yupanqui..	1439
Tupac Yupanqui.	1475
Huayna Capac..	1526
Huáscar y Atahualpa.	1532 y 1533

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ley rigorosamente observada consolidó esta monarquía, impidiendo pendencias con respecto á la sucesión. Dicha ley, hecha por Manco Capac, determinaba que, á fin de conservar limpia la divina procedencia de la dinastía y evitar las guerras de sucesión, el Inca se casaría siempre con su hermana mayor, y el hijo nacido de esta unión sería el heredero.

El primero que no observó esta ley fué Huayna Capac, poderoso guerrero al que su pueblo agradecido había dado el sobrenombre de *Grande*, y que gobernó desde fines del siglo XV hasta 1526. Además del príncipe heredero nacido del matrimonio con su hermana, y llamado *Inti Cusi Hualpa* ó *Huascar*, tenía otro hijo habido con la hija del rey de Puitu; dicho príncipe, que llevaba el nombre de *Hualpa Titu Yupanqui* ó *Atahualpa*, demostraba cariño grandísimo á su padre; y como éste también le quería mucho, celebró una conferencia con los grandes y en ella les manifestó que, puesto que desde su elevación al trono se había aumentado considerablemente el reino, no debían extrañar que dejase á su segundo hijo Atahualpa, una pequeña parte de los países por él conquistados, es decir, el reino de Puitu, al que pertenecía la ciudad de Tumbez. Nadie se atrevió á oponerse á tal decisión contraria á la ley de sucesión al Imperio de los Incas, y el mismo Huascar, heredero del trono, dió gracias á su padre por haber distinguido de aquella manera á su hermano.



Tipo de un indio del Oeste del Ecuador

Esta decisión de Huayna Capac habia de originar con el tiempo la perdición del reino, pues poco después de muerto él entablóse la lucha entre los dos hermanos. El origen de ella fué el haberse negado Atahualpa á prestar homenaje á su hermano Huascar. Hízose, por el contrario, monarca independiente de Puitu, lo cual dió lugar á una sangrienta gue-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

rra por la soberanía suprema, cuyo estruendo conmovió los cimientos del reino de los Incas, que entonces se extendía hasta más allá de los actuales estados del Perú y el Ecuador. La suerte de las armas favoreció á Atahualpa, cuyos generales vencieron al ejército de Huascar en la batalla de Ambato en 1531, haciendo á éste prisionero.

Por sorpresa trataba Atahualpa de alcanzar la soberanía absoluta del reino, y con el pretexto de tratar de la repartición del mismo entre él y su hermano convocó en el Cuzco á todos los individuos de la familia de los Incas, para una vez reunidos asesinarlos á todos de la manera más cruel. Había decidido exterminar toda la familia de su padre para que siendo él el único sobreviviente, poder con toda libertad ocupar el trono. Atahualpa había salido precisamente de su reino de Puitu y se hallaba en el camino de Cuzco, donde pensaba cerciorarse del fruto de su victoria, cuando Pizarro y su gente desembarcaban en la bahía de San Mateo.

Devastando cuantos pueblos hallaba á su paso siguió Pizarro con su gente á lo largo de la costa hasta llegar al Golfo de Guayaquil, atravesándolo en balsas hasta la gran isla de Puna, de la que se apoderaron por la fuerza y cuyo nombre sustituyeron con el de isla de Santiago. Allí recogieron importante botin, y en ella permanecieron durante la época de las lluvias. Por los intérpretes que llevaban en su compañía tuvieron noticia los españoles de la guerra fratricida qne había estallado en el reino, y en verdad que ninguna otra nueva hubiera podido agradar más á Pizarro, pues ella le daba ocasión de intervenir en los asuntos del reino y lograr ascendiente en la familia del soberano.

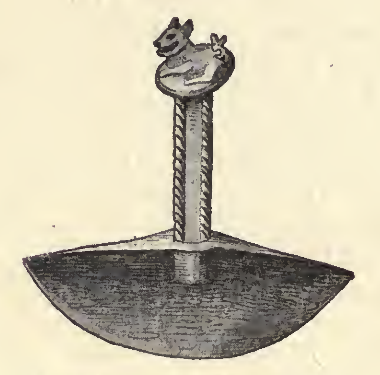
Como según datos adquiridos había vencido Atahualpa, y por lo tanto logrado la soberanía, creyó Pizarro prestarle un servicio poniendo en libertad á seiscientos hombres de Túmbez que tenían prisioneros los habitantes de la isla de Puna, enemigos de aquél. Pero si suponía Pizarro que con esto aseguraba á su hueste una hospitalaria acogida en Túmbez, los hechos demostraron que se había equivocado. Los habitantes de dicha ciudad habían oido hablar ya bastante de la dureza con que los españoles trataban á los indios, y no deseaban por lo tanto entablar relaciones con ellos. Así es que cuando trataron de desembarcar empuñaron los indígenas las armas para impedirlo y al ver que aquéllos lograban realizar el desembarco, destruyeron ellos mismos su floreciente ciudad y huyeron á la montaña.

Pizarro, cuyos guerreros habían aumentado con algunos refuerzos que le llegaron de Nicaragua, dirigióse más hacia el Sur, penetró en el frondoso valle de Tangarara, y fundó, en lugar del pueblo indio del mismo nombre, la colonia de San Miguel, dejando en ella cincuenta soldados y al tesorero real. El partió en octubre para dirigirse en línea recta al campa-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mento de Atahualpa. Si consideramos que Pizarro llevaba tan sólo sesenta y dos jinetes y ciento seis soldados de infantería, de los cuales solamente algunos tenían armas de fuego y ballestas, hay necesidad de consignar esta marcha de Pizarro como uno de los hechos más audaces que registra la Historia.

Pero antes de entrar de lleno en la descripción de esta campaña, haremos una pequeña digresión acerca del poderoso reino de los Incas y el estado en que se hallaba en la época de la invasión española.



Antigua cuchilla peruana de bronce

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Ruinas del palacio de los Incas en el lago Titicaca
(Dibujadas por Rodolfo Cronau de una reproducción
del natural hecha por Jorge Squier)

EL IMPERIO DE LOS INCAS TAHUANTINSUYUS

El teatro donde se desarrollaron los sucesos que vamos á describir en este capítulo es uno de los más interesantes y grandiosos de la Tierra.

«En ninguna parte del mundo, dice el explorador americano Jorge Squier, en su célebre obra de viajes del Perú (1), toma la naturaleza formas tan majestuosas, imponentes y variadas, como en los dilatados países en que fueron un tiempo soberanos los Incas. A desiertos tan áridos y medrosos como el Sahara suceden valles tan ricos y frondosos como los de Italia. Montes que parecen tocar al cielo elevan sus cimas, cubiertas de nieves perpetuas, sobre uniformes y tristes mesetas situadas

(1) Perú, *Incidents of travel and sploration in the Land ot the Incas,* de Jorge Squier.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á mayor altura que las cimas de los Alleghanis, de 2000 metros de elevación. Ríos que deben su existencia al derretimiento de la nieve de las altas montañas se precipitan por profundas vertientes en el Océano Pacífico, ó rodean las majestuosas cordilleras de los Andes para traspasarlas en distintos sitios y engrosar las olas del caudaloso Amazonas. Existen allí lagunas iguales en circunferencia á los lagos de la América del Norte y cuya superficie está casi al nivel de la cúspide del Mont Blanc. Estas lagunas forman el centro de una inmensa cuenca con sistema de corrientes propio, que no tiene desaguadero alguno en el Océano.

Las dos cordilleras que corren paralelas, y que determinan el relieve físico del continente Sud americano, alcanzan su mayor altura y sus más característicos rasgos en el antiguo Imperio de los Incas. La cordillera occidental corre paralela á la costa en toda su longitud, y á tan poca distancia de ésta, que al viajero que la contempla le parece tener el Océano á sus pies. Aun en los parajes donde está á mayor distancia del mar son tan formidables sus remates, que sólo pierden importancia al compararlos con la poderosa masa principal. Hay entre las cordilleras y el mar un terreno interrumpido á veces, que desde Guayaquil al Sur es tan agreste como son áridos y pelados los flancos de la montaña. Es un desierto de arena y peñascos, un reino de la muerte y del silencio, este último sólo interrumpido de vez en cuando por el graznido de las aves acuáticas y los bramidos del león marino que se reunen en aquella impenetrable ribera.

Este desolado paraje, que mide de 40 á 50 kilómetros de ancho, y donde llueve raras veces y en indeterminadas épocas, encierra en su circuito, á pesar de esto, valles fértiles y hermosos. Estos están surcados por los arroyos y torrentes de la montaña, y en otro tiempo contenían gran número de habitantes que sabían aprovecharse por modo asombroso de su fertilidad. Como dichos valles estaban separados en su parte baja por desiertos casi impenetrables, de bastantes leguas á veces, y en la alta por montes inaccesibles, sus habitantes formaban comunidades separadas é independientes en un principio y que tenían escasas ó ningunas relaciones entre sí. En casos aislados, donde como por ejemplo en Trujillo y Lima, hay diversos valles unidos ó próximos unos á otros, llegaban á establecerse comunidades grandes, fuertes, burguesas y políticas, que se organizaban á la manera de un Estado. Mas por regla general, los habitantes de los diferentes valles estaban aislados, y por lo tanto eran débiles, debiendo principalmente su seguridad contra la ambición y rapacidad de enemigos, más poderosos que ellos á las fronteras de los desiertos y montes que los rodeaban. Por eso se comprende que no hallasen seria resistencia los españoles al desembarcar en la costa.

Detrás de dicha estrecha lengua de tierra se halla situada la gigantes-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ca masa de la cordillera, inmensa ondulación coronada de volcanes y de agrios y nevados picos, que no está perforada por parte alguna. Su cúspide se dilata á veces formando extensas y onduladas llanuras situadas á 4000 ó 6000 metros sobre el nivel del mar, y que son tan agrestes, frías y desiertas, que sólo las vicuñas y los cóndores se atreven á penetrar en ellas. Esta desolada y lúgubre región es la parte deshabitada del Perú. Allende estos territorios escalonados, que tienen en algunos parajes más de 120 kilómetros de anchura, se pasa á la planicie más baja, pero á bastante elevación todavía, que media entre la cordillera y la muralla de los Andes, situada más al Este.

Esta meseta es de muy diferente anchura, pues ambas cordilleras están cortadas en algunos trechos en un espacio de 100 á 200 kilómetros, mientras que en otros se unen por completo formando un nudo con sus montes y colinas que presentan llanuras, valles, lagos y ríos propios, un pequeño mundo colocado sobre las altas cimas de los Andes y de las Cordilleras, en la región de las nieves perpetuas.

Dicha planicie se encuentra al Sur del paso de La Raya, en el sitio mismo donde se confunden los Andes con las Cordilleras, mediante el grandioso depósito acuático de los lagos de Titicaca y Aullagas que, no teniendo vertiente alguna para desaguar en el mar, forma una cuenca fluvial propia. Esta parte de la alta llanura de los Andes ofrece el mayor interés. Si se la mira desde las cumbres de las Cordilleras, se divisa una región extensísima que, tanto por su estructura como por la situación en que se halla colocada, parece que se encuentra á mucha mayor altura que aquel pequeño mundo, al cual contempla fría y silenciosamente sin participar de ninguna de sus sensaciones.

La tranquila vicuña que nos mira con sus claros y grandes ojos sin pestañear, la astuta llama, el cóndor que traza sus círculos en el aire á gran altura, ó que mira amenazador hacia nosotros, la carencia de bosque, las blancas nubes que se elevan en el horizonte desde las llanuras del Brasil para deshacerse sobre los nevados picos que no pueden franquear; el claro azul del cielo; el pavoroso silencio que reina......, todo infunde en el espíritu del viajero la creencia de que se halla fuera del mundo de los vivos.

Tal es el actual estado de aquella región, en la cual, sobre las ruinas de un pueblo culto ya desaparecido y al cual se desconoce por completo, se desarrolló en el transcurso de los siglos la singular civilización de los incas, hecho que representa la fase más brillante, bajo el punto de vista de la cultura y de la historia de los primitivos pueblos de América.

Queda mencionado ya en el primer tomo de esta obra, que las diferentes naciones y razas que habitaban los actuales Estados del Perú y del

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Ecuador, se confundieron en una nacionalidad perfectamente organizada por la previsión y genio organizador del Inca.

Con la ayuda que les prestaron los pequeños estados dispersos por todas partes, los emperadores fueron dominando un pueblo tras otro, logrando por este medio ensanchar los límites de su nación hasta los 4° de latitud septentrional, y hasta los 37° de latitud meridional. A tan dilatado territorio diósele el nombre de *Tahuantinsuyu*, como queda dicho anteriormente, y estaba dividido en cuatro provincias que eran: al Norte Chinchasuyu, al Este Antisuyu ó Andesuyu, al Oeste Contisuyu y al Sur Collasuyu, y de ahí el nombre de *Reino de los cuatro puntos cardinales.* Todos los asuntos de la nación se resolvían á voluntad del Inca, cuyo omnímodo poder era tanto menos discutido cuanto que el derecho de ejercerle se fundaba en la procedencia divina de los hijos del Sol.

Después de haber dado á conocer la posición que el Inca ocupaba ante su pueblo, sólo nos resta añadir que todos, hasta sus propios parientes, tenían que observar respecto de él el más severo ceremonial. Para acercarse á su persona debían ir descalzos y con la cabeza baja, y además llevar alguna carga sobre la espalda en señal de humillación. Al dirigirle la palabra tenían que empezar con la siguiente salutación: «Poderosísimo Inca, único señor y dueño, hijo del Sol; dígnese éste preservarte de desgracia y concederte felicidad, bendición y magnificencia sobre todos los nacidos del polvo.» Así como el Inca se diferenciaba de todos los mortales en la manera de presentarse, distinguíase también por su especial vestimenta. El adorno que llevaba en la cabeza consistía en una cinta de lana de varios colores que, puesta en disminución á la manera de las coronas de la tiara pontificia, le daba cinco vueltas alrededor del cráneo, cuyo cabello estaba cortado al rape. Debajo de este adorno llevaba la insignia de la dignidad soberana, que era el llamado *Paicha*, ó sea un fleco color de escarlata del ancho de la mano, que le abarcaba de una sien á otra cubriéndole la frente hasta las cejas. En los lóbulos de las orejas llevaba metidos unos discos de oro de tan gran tamaño, que á causa de él y de su peso les llegaban hasta los hombros, lo cual dió origen á que los españoles, lo mismo al Inca que á sus parientes, que llevaban discos parecidos pero más pequeños, les llamarían *orejones* (1). Blancas y finas vestiduras y sandalias de oro eran el traje diario del divino soberano.

Cuando aparecía éste en alguna gran solemnidad ostentaba en su cabeza áurea y valiosa diadema, y el rojo fleco de la frente iba metido hasta la mitad en unos delgados canutillos de oro. Cubría su pecho una imagen del Sol, del mismo metal, y todas sus vestiduras estaban tejidas con hilos

(1) *El imperio de los Incas*, del Dr. Brehm, pág. 53.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de oro y plata; en la mano llevaba un cetro de oro adornado de esmeraldas. Todas estas prendas, que tenían que ser tejidas por las vírgenes del Sol, sólo eran usadas una vez. Tan pronto como se las quitaba el Inca eran llevadas á un edificio destinado al efecto, donde se guardaban junto con todos los demás objetos que había llevado ó tocado el soberano, siendo quemados al cabo de seis meses. Tan magníficas como las vestiduras del Inca eran las de su esposa y hermana, que se distinguía de todas las demás mujeres de aquél por una cinta de oro de una pulgada de ancho que llevaba en la frente.

La corte era en extremo brillante y ceremoniosa, y exigía un verdadero ejército de sirvientes.

Si moría el Inca se sentaba su cadáver después de embalsamado sobre una silla de oro que se guardaba en una bóveda sepulcral compuesta de departamentos, y que en vida había mandado edificar aquél. Tanto sus mujeres como la mayoría de sus servidores le seguían al otro mundo, pues las primeras se dejaban emparedar voluntariamente en la citada bóveda; los otros se quitaban la vida con su propia mano para poder seguir sirviendo á su amado Inca.



Antigua vasija peruana de barro, que representa probablemente la figura de un inca. El original se halla en el Museo de Instrucción Pública de Berlín.

Transcurrido un año de duelo abrían la bóveda, sacaban la momia del Inca y la llevaban al Cuzco, donde tenía un lugar reservado en el templo del Sol, al lado de las otras momias de sus antecesores. Estas estaban colocadas en sillas de oro, á derecha é izquierda de la gran imagen del sol, que ocupaba el fondo del templo. Todas las momias estaban ataviadas con gran lujo, inclinadas sus cabezas, cruzados los brazos sobre el pecho, y descansando los piés sobre grandes planchas de oro. Las fosas oculares estaban cubiertas con unas delgadas plaquitas del mismo metal.

Lo mismo que mientras vivían, los peruanos demostraban la mayor veneración á sus incas muertos, elevando hacia ellos los ojos con el mayor respeto.

La religión de los antiguos peruanos era una mezcla de culto á la naturaleza y á los antepasados.

Todo aquello que por su hermosura ó por cualquiera propiedad llamaba su atención, representaba para ellos un objeto animado por algún

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

espíritu divino; á estos objetos los llamaban *Huacas* y los veneraban atribuyéndoles poderes misteriosos. Gran número de antecedentes de diversa procedencia demuestran que creían en una divinidad suprema, un creador del mundo, invisible y presente en todas partes, al cual tenía que acatar todo el universo, incluso el mismo sol (1).

Su nombre era *Illa Tecce* (el Dios sin origen; el principio de todas las cosas sin principio), llamado también *Pachacamac* (el creador del mundo).

Fuera del divino Inca ningún mortal podía pronunciar su nombre, y si acaso observando las sagradas ceremonias, que consistían en bajar la cabeza, subir los hombros, é inclinarse diferentes veces profundamente, elevando las manos hasta la altura de los hombros, abriendo y cerrando los ojos y besando el aire. Como ya hemos dicho en el tomo primero, en el valle de Irma había un templo consagrado al Creador del mundo, que era un lugar de peregrinación sumamente visitado.

El hijo mayor de Pachacamac era Inti (el dios del sol), que enviaba al mundo, luz, calor, bienestar y vida. Los templos á él consagrados estaban revestidos de oro. Junto á él se veneraba á *Quilla* ó *Coya* (la diosa de la luna, su hermana y esposa, la diosa protectora de las mujeres). En el templo del Sol había una capilla dedicada á ella, enteramente chapeada de plata. Illapa ó Catoylla era el soberano del rayo y del trueno y servidor del Sol; así como las estrellas eran las sirvientas de la diosa Luna. Además de éstos eran venerados como séres divinos las siete constelaciones, la Tierra, el mar, los volcanes y las fuentes y arroyos. Al lado de estas divinidades de la naturaleza rendían homenaje á las momias de los antepasados, culto del cual ya nos hemos ocupado minuciosamente en el tomo primero. Los peruanos creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección, como también en una vida mejor llamada *Hurín Pacha*, donde los cuerpos de los justos, resucitados del polvo, se unirían de nuevo á sus almas, para disfrutar vida eterna y feliz, mientras que los pecadores y malvados serían condenados á un martirio eterno en *Uku Pacha*, el averno.

Así como estas creencias guardan relación inmediata con las propagadas por las religiones del antiguo mundo, del mismo modo poseían también los peruanos en su rito otras prácticas iguales, tales como la confesión, el ayuno y las mortificaciones. Entre su numeroso estado eclesiástico había también frailes ó monjas que vivían en comunidad, y otros que llevaban una vida tan ascética como los monjes de Europa. Las vírgenes del Sol eran semejantes á las monjas de la Iglesia católica y á las vestales de la antigua Roma, siendo elegidas entre las jóvenes más hermosas del

(1) Winsor, *Narrative and Critical History of America*, vol. I, pág. 233.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

país. Llevaban hábitos blancos y una guirnalda de oro en la cabeza en forma de corona, y pasaban la vida consagradas al servicio del Sol. Al propio tiempo hilaban y tejían las vestiduras destinadas al Inca, amasaban el pan sagrado, preparaban las bebidas para aquél, mantenían el fuego sagrado y cuidaban de la conservación y aseo del templo. Lo mismo que las vestales, tenían que guardar la más exquisita castidad, siendo emparedadas vivas las que delinquían. Si se acercaba á ellas un perseguido, hallaba la misma seguridad que si se acogía al sagrado de un templo. Mientras eran novicias el Inca podía elegir entre ellas las que más le agradasen para aumentar el número de sus mujeres.



Tipo de una india del Perú

A la cabeza del cuerpo eclesiástico había un gran sacerdote llamado *Huillac Umu*, que era la primera autoridad del Estado después del Inca, y que, así como éste disponía de un ejército de empleados, mandaba él sobre otro tan grande de sacerdotes de categoría inferior.

Siempre bajo la tutela de estos empleados y de los sacerdotes, carecía el pueblo de toda iniciativa propia, conformándose, sin hacer la menor objeción, con las leyes dictadas por sus soberanos, que, en honor de la verdad, debemos consignar que eran siempre justas y benignas.

Como todo el poder estaba en manos del Inca, el pueblo bajo no poseía bienes de ninguna clase y las riquezas del país se dividían en tres porciones, perteneciente la primera al Inca, la segunda al templo y la tercera al común de los habitantes. Todos trabajaban para el bien general; estaba severamente prohibida la holganza y no había pobres ni pordioseros, pues la comunidad tenía que atender á todos los ancianos ó imposibilitados para el trabajo. Cada cual daba y recibía. Era, como dice muy acerta-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

damente Ratzel, un estado socialista en el que en muchísimas ocasiones tenía realización práctica cuanto han imaginado en Europa los más soñadores utopistas respecto de la vida en familia de todo un pueblo. Pero si bien es cierto que la pobreza era desconocida en Tahuantinsuyu, en cambio carecían los peruanos de todos los medios para mejorar su suerte. Una rigurosa división de castas exigía que cada cual permaneciese en la esfera en que había nacido. Como no le era permitido al pueblo poseer ni haciendas ni dinero, tenía que pagar sus contribuciones con su trabajo. Esta subordinación, esta absoluta anulación de la personalidad, fueron causa de que no se desarrollasen entre los peruanos los dos impulsos más poderosos del hombre: la ambición y el deseo de distinguirse de los demás, desapareciendo por completo toda iniciativa individual, y deslizándose la existencia de aquel pueblo en medio de una obediencia sumisa y tranquila en conformidad con las leyes establecidas, pasividad que aún en el día caracteriza á la población indígena del Perú, y que da la clave para comprender que un puñado de aventureros pudiese someter tan por completo y en tan poco tiempo á un reino constituído por millones de habitantes.

La familia era la base de la comunidad, la cual estaba obligada, cuando dos jóvenes tomaban estado, á construirles una casa y proveerla de todo lo necesario para la vida. La mujer trabajaba tanto como el hombre, y todos los cronistas alaban la incansable actividad y aplicación de las peruanas y su habilidad en todas las ocupaciones domésticas.

La orientación de los pueblos y ciudades estaba sometida á una regla invariable. Todas las grandes poblaciones tenían en el centro una plaza, en la que se celebraban las fiestas y bailes públicos. De ella partían calles más ó menos rectas en todas direcciones. Del mismo modo estaba orientada la ciudad de Cuzco, observándose esta ley hasta el extremo de que las diferentes clases que constituían la población tenían sus barrios propios designados por el gobernador.

Tan varia como el clima del Perú era la arquitectura. En las llanuras secas construían casi exclusivamente las casas de adobes, las cuales, después de embadurnadas con barro de diversos colores, se cubrían con un techo á modo de terrado ó azotea. En la montaña y en las altas mesetas se hacían, por el contrario, las viviendas casi todas de piedra, y este material era también el que empleaban en las construcciones de palacios, templos y edificios públicos. Jérez menciona unos edificios singulares, cuyos muros estaban hechos de grandes vigas unidas entre sí con cuerdas de esparto. No sabían acoplar las vigas con clavos, pero en algunas construcciones parece que utilizaban abrazaderas de cobre.

Para las construcciones de piedra empleaban losas grandísimas. Acosta y León midieron algunas que tenían 12 metros de largo por 6 de ancho

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y 2 de espesor. En la labra de estas losas ponían los picapedreros el mayor esmero, ajustándolas tan perfectamente unas á otras que era imposible introducir la hoja de un cuchillo por entre la juntura. Tan perfecto ajuste hacía inútil el empleo de la argamasa en los muros gruesos, medio de unión de que se hacía uso en los construídos con piedras más pequeñas.

Los templos y palacios formaban en el centro un gran patio, eran lar-



Abertura de puerta hallada en las ruinas del templo de Huanuco Viejo.

gos y estrechos y generalmente solo tenían un piso. Squier, que ha reconocido minuciosamente los restos de las construcciones incásicas de Cuzco, deduce que hubo edificios de varios pisos y de más de quince metros de altura, con ventanas para dar luz á los aposentos interiores. En los edificios de un solo piso parece que penetraba la luz por las anchas y altas aberturas de las puertas.

El interior de estos edificios formaba á veces un solo é inmenso aposento, y tanto en Cuzco como en otros lugares había salas que tenían hasta 200 pies de largo y 50 de ancho, y que servían para celebrar en ellas grandes fiestas, bailes nacionales, y otras reuniones.

Si el interior tenía varios aposentos, éstos, por regla general, estaban incomunicados unos con otros, pues cada uno tenía entrada propia por el exterior. El tejado, constituído por una sólida armazón, de una especie

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de caña de bambú y un tejido de mimbre muy fino, era tan fuerte y estaba tan bien hecho y unido, que podía durar siglos enteros. Algunas de estas techumbres tenían hasta dos metros de espesor, y formaban un alero de un metro para resguardar la pared exterior de la lluvia.

El ornato de los muros exteriores era casi siempre muy sencillo y algunos de ellos llamaban la atención por contener nichos ú hornacinas primorosamente construídas que daban aspecto muy agradable á todo el conjunto. También interrumpían la monotonía de las líneas, frisos y otros ornamentos pintados.

El adorno interior de los aposentos era aún más rico; para embellecer los muros empleaban pinturas, hornacinas y frisos, y á veces hasta columnas salientes ó piedras cilíndricas, destinadas sin duda á colgar en ellas las armas y trofeos.

En los templos del Sol y en los palacios de los Incas estaban cubiertas las paredes con gruesas planchas de oro y plata.

Jerez dice que los muros de algunos edificios estaban adornados con figuras plásticas de hombres, mujeres, pájaros y fieras, de tamaño natural, y colocadas sobre pedestales. Veíanse también plantas trepadoras tan perfectamente imitadas que parecían haber nacido en las paredes. Los artistas peruanos animaban estas plantas con lagartijas, mariposas, ratones y culebras, los cuales unos subían y otros bajaban por los muros (1).

Como todos los afanes del Inca se cifraban en la seguridad del país y en mantener á su pueblo dentro de los límites de una perfecta subordinación, se comprende que pusiera el mayor cuidado en la construcción de las fortificaciones y caminos para el paso de ejércitos. Caciques expertos en el arte de la guerra indicaban los sitios á propósito para levantarlas, y hábiles arquitectos trazaban en seguida los planos por los cuales construían los edificios miles de trabajadores. El Perú era muy rico en fortificaciones de segundo y tercer orden. No faltaban tampoco formidables baluartes de los cuales Ollanta y también Pisac, Piquillacta, Choquequirán, Sacsahuaman eran los más importantes. El primero de estos estaba situado quince leguas al Norte de Cuzco, y no sólo dominaba el fértil valle de Yucay, sino también la entradaN orte de dicha capital.

El fuerte se eleva en la estribación de un elevado monte coronado de nieve, cuyas dos vertientes se dividen en grandes mesetas en los puntos que no están cortados á pico. Las murallas exteriores de la fortaleza rodean en ziszás las paredes perpendiculares del monte hasta un paraje donde un

(1) *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, de Jerez.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

abismo de 300 metros de profundidad hace inútil la continuación. Las murallas están revestidas por ambos lados y á más de ocho metros de altura, de una capa de estuco, coronadas de almenas y provistas de aspilleras para los defensores. Squier las compara á las fortificaciones de la Edad Media que colgaban sobre los abismos de las colinas en Salerno (Italia).

El mismo investigador, que ha reconocido también las ruinas del fuerte de Pisac, dice de éste que es gigantesco y que estaba también construído sobre un escarpado promontorio de tres millas inglesas de largo, y cuyos sitios más altos pasan de 1300 metros. Una profunda garganta separa dicho promontorio de la parte principal de la montaña, á la que sólo está unido por un estrecho espaldar de unos 100 pies de altura. En todos aquellos puntos á donde podían trepar los intrépidos habitantes de la montaña, construían los Incas altos murallones de piedras y en algunos parajes se ven torres, sobre cuyas aberturas de puertas había grandes bloques de piedra á los que sólo era necesario empujar un poco para hacerlos rodar y aplastar de este modo á los enemigos. En una palabra, todas las entradas estaban cerradas y asegurados cuidadosamente todos los sitios. No había un punto siquiera hasta llegar á la cúspide al que no se alcanzase desde algún paraje y que no estuviera defendido por una red de fortificaciones. Un ingeniero de nuestros días difícilmente podría trazar con más habilidad que lo hicieron los de aquellas épocas estas indescriptibles fortalezas (1).

El fuerte de Sacsahuaman, situado sobre una colina de 250 metros de altura, dominaba la ciudad de Cuzco y tenía una triple muralla de gigantescos bloques ciclópeos tan íntimamente unidos entre sí sin necesidad de cemento alguno, que toda la fortificación parecía construída de una sola pieza.

Garcilaso de la Vega escribe á este respecto: «Si causa grande asombro considerar cómo los constructores de la fortaleza, que no poseían ni carretones ni animales de arrastre, pudieron mover tan colosales masas de piedra, el asombro llega á su colmo al pensar cómo aquellos bloques, algunos de los cuales tenían siete varas de altura por cinco de ancho y cuatro de espesor, pudieron ser labrados con tal precisión que resultaran tan bien unidos é iguales al colocarlos unos sobre otros. Muchos hay en que apenas es posible distinguir las junturas, y esto es tanto más de admirar por cuanto los indios no conocían ni la escuadra ni el metro para igualarlos y medirlos. ¡Cuántas veces se verían obligados á bajar las pie-

---

(1) *El Perú*, de Squier, pág. 650.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dras y volverlas á colocar para cerciorarse de que encajaban bien unas en otras! Y para esto tampoco poseían aquellos hombres ni cabrestantes ni poleas ú otras máquinas elevadoras.»

La altura total de la triple muralla de piedra es de unos 20 metros, de los cuales nueve corresponden á la muralla exterior. Entre cada una de éstas, colocadas en forma de terraza una sobre otra, mediaba un ancho espacio destinado á residencia de los guerreros, resguardados del enemigo detrás de aquellos formidables parapetos. Por fuertes y bien defendidas puertas se entraba en el interior de la fortaleza, donde había tres torres colocadas formando un triángulo. La mayor era redonda y en su centro tenía una fuente que proveía de agua riquísima al fuerte por medio de conductos subterráneos. El manantial que la alimentaba tan sólo era conocido del Inca y de los nobles del reino. Debajo de las torres, que contenían un verdadero parque de armas y provisiones de guerra, había varios almacenes y departamentos, casi todos del mismo tamaño, y que formaban una especie de laberinto en el que aun las mismas personas que conocían sus revueltas, tenían que orientarse, para no extraviarse, valiéndose de un ovillo de hilo.

Especial interés reclama una eminencia situada enfrente del fuerte, formidable mole de traquita que por el lado de aquél forma diversas mesetas. Precisamente sobre la cúspide de esta eminencia, llamada *Rodadero*, distínguese una fila de anchos asientos colocados uno sobre otro delante y á los lados, y trabajados con irreprochable exactitud en la misma roca. Llámase á este paraje «la silla del Inca», pues según refiere la tradición, los soberanos que construyeron aquella fortaleza iban de vez en cuando á ver los progresos de las obras, ocupando el asiento superior el Inca, y los inferiores las personas de su séquito.

El mismo esmero que observaban en la construcción de la fortaleza empleáronle también en la de los caminos para la movilización de tropas de un punto á otro, con lo cual consiguieron que, en poco tiempo relativamente, pudieran ponerse en comunicación los más apartados puntos del reino. Aquellos caminos aventajaban á los vecinales de la Europa de la Edad Media, y hasta pueden compararse con las carreteras de nuestros tiempos. Había carreteras que iban en línea recta desde Pasto, en el Sur de Colombia hasta Chile, pasando por Cuzco, y que tenían más de 1,200 leguas de longitud. Calzadas semejantes cruzaban el país en todas direcciones, y los restos de estos llamados *Caminos del Inca* causaron la admiración de hombres como Humboldt, Tschudi y otros. Humboldt los compara con las más hermosas vías militares de los romanos, y León pregunta lleno de asombro que cuáles fuerzas humanas han sido capaces de destruirlos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Estas carreteras, que tenían de 5 á 8 metros de anchura, subían hasta la cima de las más altas montañas y bajaban hasta los más profundos valles, guardando todo lo posible la línea recta. En los sitios más escarpados había anchas escaleras ó galerías de varias leguas de longitud; en otros los caminos habían sido abiertos en la misma roca; murallas y pretiles protegían los lugares más peligrosos.



Un puente colgante en los Andes. (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

Los peruanos, que no retrocedían ante ningún obstáculo, habían hallado también el medio de echar puentes sobre los más profundos abismos é impetuosos torrentes, fabricando con las fuertísimas fibras de una especie de mimbre cables del grueso de un hombre, que les servían para la construcción de aquellos singulares pasadizos que han sido los verdaderos prototipos de nuestros puentes colgantes. Por regla general, el suelo del puente lo constituían tres fuertes cuerdas que eran llevadas por hábiles nadadores y trepadores de un lado al otro del abismo, las cuales cuerdas quedaban sujetas en sitio conveniente á tres grandes piedras. Este piso ó suelo se reforzaba además con travesaños de madera y con un entramado de mimbres, formando las barandillas otras dos cuerdas que se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

unían al verdadero puente por medio de fuertes sogas. Dichos puentes, que aún se usan en la alta montaña del Perú, tenían generalmente tres ó cuatro metros de ancho, y algunas veces hasta 200 piés de largo, y eran muy á propósito para facilitar las comunicaciones. En parajes poco frecuentados se ponía á veces un solo cable de un extremo á otro colgando de él un cesto en el que se metían las personas que querían pasar de uno á otro lado, deslizándose con ayuda de una delgada cuerda.

Empleaban el esmero más exquisito para conservar en buen estado los caminos y los puentes, á cuyo efecto tenían destinadas varias personas encargadas de inspeccionar y dirigir cuantas reparaciones hubiese que hacer en ellos. Contaban á la vez con otras instituciones provechosas, tales como un servicio de guías, que daban razón de las distancias que mediaban entre uno y otro punto, y grandes posadas ó mesones llamados *Tambos*, que ofrecían hospitalidad á los viajeros. Del mismo modo se cuidaba también de que nunca faltase alojamiento á grandes masas de ejército, para cuyo objeto había de distancia en distancia unos *tambos* mucho mayores, que servían á la vez de almacenes, y que en todo tiempo encerraban grandes cantidades de comestibles, vestuario y armas.

En lo concerniente á la escultura artística de los pueblos incásicos, debemos hacer constar con sentimiento que de las obras de pintura y escultura es sumamente poco lo que ha llegado hasta nosotros. En diferentes ruínas de templos y palacios, y también en algunos paredones de roca, se conservan pinturas que representan hombres, llamas, pumas, perros, culebras y árboles, demostrando en su concepción una habilidad inapreciable. Hay algunos datos que afirman que en el templo del sol de Poquen Caucha veíanse representadas en pintura las hazañas de los antiguos incas; pero nada se conserva ya de esto.

Aun es más limitado nuestro conocimiento acerca de la ciencia de los antiguos plateros peruanos, pues todo lo que habían creado fué destruído por los conquistadores españoles. Los más delicados trabajos fueron fundidos sin consideración alguna; pero los escasos restos de este arte que han llegado á la posteridad demuestran que habían alcanzado los peruanos una más que regular destreza en la ejecución de figuras plásticas. Si hemos de dar crédito á los cronistas, tendremos que mencionar que en los jardines del Inca había árboles hechos de oro, con las hojas y frutos del mismo metal. Algunos de éstos estaban cuajados de capullos; en otros veíanse las flores á punto de abrirse y en otros ya del todo abiertas. «Lo que es aún más maravilloso, escribe Jerez, secretario particular de Pizarro (1), es que se veían campos de maíz con las mazorcas hechas de plata,

(1) *Historia de la conquista del Perú*, por Jerez.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y el tallo, los granos y las hojas de oro; estando el todo soldado. Veíanse también en los jardines del Inca diferentes especies de animales fabricados de oro y plata, tales como liebres, ratas, lagartijas, culebras, mariposas y pájaros, tan perfectamente imitados estos últimos que unos parecían cantar sobre una rama y los otros extender las alas para volar.» La gran habilidad con que los peruanos imitaban todos estos objetos la atestiguan gran número de obras de barro, y sobre todo las llamadas jarras de cabeza, de las que se conservan muchos ejemplares en los Museos de Etnografía del Antiguo y del Nuevo Mundo. Estas jarras representan de un modo singular retratos expresivos, y pertenecen, en lo concerniente á concepción, modelado y exactitud, á lo mejor que hayan hecho jamás los indígenas de América.



Vasija. Esta fué encontrada en Trujillo y pertenece al doctor Maceda en Lima. Representa uno de los trabajos más acabados del arte cerámico de los antiguos peruanos. Va adornada con figuras de guerreros peruanos antiguos, y la altura total es de 28 centímetros.

Otras vasijas de barro representan individuos de cuerpo entero, y son por lo tanto de gran interés por los trajes. Ya hemos dicho en el tomo primero que en algunas de aquellas vasijas se veían pintadas escenas etnográficas, danzas funerarias, fiestas, batallas, etc.

Ningún pueblo de América podía igualarse á los peruanos, en el arte de tejer, pues era tal la habilidad de éstos



1



2



3

1. – Jarro de barro con asas y agujeros para pasar cuerdas. Altura 21 centímetros. – 2. Vasija de barro encarnado con figuras blancas pintadas. Diámetro mayor 145 milímetros. – 3. Vasija figurando un indio llevando en la espalda un llama cuya cabeza se ve en el grabado. Altura 225 milímetros.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que los españoles tomaron al principio algunos tejidos de finísima lana de vicuña por seda. Los Museos que poseen mayor riqueza de esta clase son los de Berlín y de Leipzig, en los que está expuesta la colección de los exploradores alemanes Reiss y Stuebel, algunos de cuyos dibujos han ser-



1. – Vasija casi esférica de 18 centímetros de diámetro. – 2. Vasija de barro rojizo cubierto de una capa de barro amarillento sobre cuyo fondo hay pintados adornos de color morado. – 3. Resto de una jarra de barro fino negro, representando una india que lleva una vasija en la cabeza cubierta con un pañuelo. Altura mayor 21 centímetros.

vido de modelo á la industria de tejidos moderna. Ya hemos consignado que se empleaban con predilección, en el adorno de estos tejidos para trajes, varias figuras de hombres, animales y flores. Asegúrase que algunos hábiles obreros consiguieron tejer los sutiles pelos de diversas especies de vampiros, haciendo con la tela que de ello resultó mantos delicadísimos que sólo podía usar el Inca. Además de que conocían la manera de blanquear las telas de un modo deslumbrador, sabían darles también brillantes matices, y enriquecían los trajes de los nobles con adornos cuajados de figuras de oro y plata batidos, plumas de vivos colores, y sartas de perlas y de piedras preciosas. Además de estas industrias, hay que mencionar la agricultura, el comercio, la pesca y la cría de animales.



Botella de barro encarnado. Altura 165 milímetros.

La agricultura ejercíase en toda su intensidad, y el Inca acostumbraba, para animar y enseñar á sus súbditos con el ejemplo, á abrir anualmente la época de la sementera, lo cual hacía con toda solemnidad, rodeado de los grandes del reino, echando con un azadón de oro en un campo sagrado dedicado al Dios Sol, las primeras semillas, que regaba después con granos de maíz de oro.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Según la calidad del terreno, cultivábase maíz, judías, patatas, pepinos, calabazas, plátanos, ananas y otras clases de legumbres y frutos. Para aumentar la fertilidad de las tierras abonábanlas con los excrementos de las aves marinas que anidaban en las costas, con los restos de peces y otros desperdicios, siendo también cuidadosamente regadas, operación que se practicaba en las comarcas pobres de aguas por medio de grandes acueductos y acequias que llevaban el preciado líquido de los valles, de los ríos ó de las altas montañas. Todo pedazo de tierra donde se pudiera sembrar, por pequeño que fuera, estaba aprovechado, y hasta de los estériles terrenos de la costa del mar y de los ásperos declives de la montaña procuraban sacar algún provecho.



Modelo de tejido peruano. Especie de velo mortuorio de tela blanca de algodón, montado sobre cañas y con los bordes cosidos en el dorso para que quede tendido. No ha podido descifrarse el objeto ni el sentido de las figuras. Altura 32 centímetros.

Un interesantísimo ejemplo de esto lo ofrecen los aún existentes jardines colgantes de Vilcamayu cerca del Cuzco. Desde la fértil llanura subían, formando estrechas mesetas de tierra cultivada por las escarpadísimas faldas de los montes, las cuales mesetas eran más estrechas cuanto más se elevaban. Los últimos bancales, que apenas tienen un metro de ancho, están situados á 500 metros sobre la superficie del valle; y á pesar de que sólo producen un poco de maíz, se emplea en su cultivo y riego el mismo cuidado que en las mesetas inferiores. Los resultados de un cultivo tan esmerado correspondían también á sus afanes. En bondad y riqueza no puede competir ninguno, aún actualmente, con el maíz blanco de Cuzco, y las patatas del Perú son las más grandes y sabrosas que se hayan criado en parte alguna. Jerez cuenta que una sola semilla había producido doscientas setenta patatas, y que había visto nabos tan enormes que un hombre no los podía abarcar.

Casi iguales resultados había que consignar en la cría de animales. Por más que en estado de domesticidad no conociesen más que las llamas y las alpacas, éstas eran criadas en grandes rebaños en las altas llanuras y montañas. Estos animales, tan útiles para el Perú, no servían para las

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

faenas del campo ni para montar, pero sí para llevar carga, y además la carne, la leche y el pelo de estos camellos de la América del Sur eran de gran utilidad y aprovechamiento.

El ramo de minería era poco importante: no conocían el hierro, y sólo poseían oro, plata, cobre, azogue, plomo, zinc y bronce. El oro lo encontraban en gran cantidad en las arenas de los ríos, y además algunas minas eran muy abundantes de este metal. Con el bronce construían palas, azadones, lanzas, azagayas, punta de flecha, espadas, cetros, mazas de guerra y cuchillas con filo en forma de media luna. (*Véase el grabado de la página* 290).

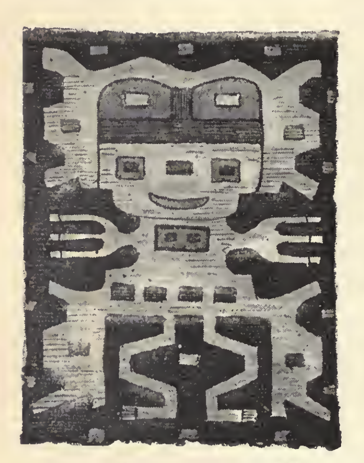


Figura humana sacada de un antiguo tejido peruano existente en el Museo de Instrucción Pública de Leipzig

Estaban tan adelantados en conocimientos geográficos que sabían modelar con barro cartas en relieve, y especialmente planos y panoramas de grandes ciudades con sus alrededores. Garcilaso de la Vega cuenta que había visto uno de estos panoramas de la ciudad del Cuzco, y que esta obra, hecha de tierra, piedras y pedacitos de madera, reproducía tan fielmente todas las plazas, manzanas de casas, calles, ríos, colinas, valles y montes, que el más experto cosmógrafo no habría podido hacerlo mejor. En aritmética sabían perfectamente sumar, restar, multiplicar y dividir. Para facilitar las operaciones se servían de tablas ó piedras numerarias, sobre las que colocaban cuentas de granos de distintos colores. Este procedimiento lo usaban principalmente cuando se trataba del tributo que le correspondía satisfacer á cada pueblo, representando con un color diferente á cada uno. La piedra numeraria constaba de varias casillas, y de éstas las superiores presentaban cada cual diez veces el valor de cada una de las inferiores. Por lo tanto, un grano colocado en la casilla correspondiente al ángulo superior indicaba una cantidad cien veces mayor que otro puesto en la más inferior.

Para deducir el resultado de las cuentas se servían de los *quipus*, ó sea los célebres cordones de nudos. Estos *quipus*, cuyo nombre significa *anudar* ó *contar*, porque los varios nudos eran el total que arrojaba la operación, consistían en unos cordones del grueso de un fuerte alambre de hierro, y de uno ó dos tercios de metro de longitud. Estaban sujetos por un extremo á un cordón más grueso y colgaban en forma de fleco. Algunos cordones tenían diferente color, con lo cual significaban diversos ob-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

jetos, como por ejemplo, el amarillo, oro; el blanco, plata; el verde, grano; el encarnado, guerrero. Los objetos que no podían clasificarse por medio de colores se ordenaban en una fila especial empezando por los más valiosos y terminando por los de inferior calidad. Así, por ejemplo, tratándose de armas, ocupaban el primer lugar las lanzas, como las más nobles, después seguían las azagayas, los arcos, flechas, espadas, hachas de combate y hondas, y por último, siempre de mayor á menor el número de guerreros. En cuanto á los súbditos, se contaba el número de éstos por las poblaciones. Unos cordones especiales designaban á su vez el total de hombres, mujeres y niños, y otros el de nacimientos y defunciones. Del mismo modo contaban los peruanos sus ganados, los animales rapaces que mataban y otras varias cosas.


Antigua punta de cetro peruano, de bronce. (Según Tschudi)

Las cifras se consignaban por medio de nudos sencillos ó complicados, de los que los superiores significaban las decenas de millar, siguiendo después, en escala descendente los millares, las centenas, las decenas y las unidades.

Para el manejo de los *quipus* había unos empleados especiales llamados «quipucamayus,» ó maestros de cuentas, gentes aptas que tenían que sufrir un detenido examen de sus conocimientos en contabilidad antes de ser admitidas.

Además de los *quipus* destinados á la contabilidad de las contribuciones y de toda clase de tributos, había otros para la transmisión de las leyes y órdenes, acerca de lo cual escribe el viajero Tschudi, lo siguiente (1):

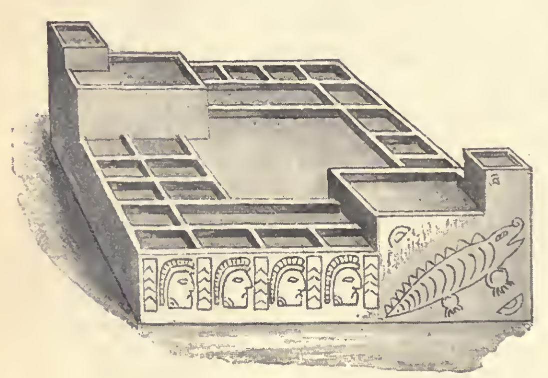
«Aunque al principio no tuvieran los *quipus* otro objeto que el de resolver cuestiones aritméticas, no hay duda de que con el tiempo los maestros de cuentas, ensanchando cada vez más el círculo de sus conocimientos, llegaron á expresar palabras y conceptos por medio de los cordones con nudos, y en el siglo anterior á la conquista del Perú por los españoles, llegó á alcanzar esta ciencia una gran perfección. Algunos *quipus* que se conservan de aquella época contienen colecciones de leyes, biografías

(1) *El lenguaje de los quechuas*, de Tschudi, pág. 25. *Bureau of Ethnology*, 1882-83, página 79.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de los Incas, crónicas exactas de los acontecimientos principales del reino y hasta poesías. Está probado que había unos sabios llamados *amautas*, que enseñaban la historia del país, á la vez que otras ciencias, en las escuelas, y que para ello empleaban lo mismo la disertación verbal que la explicación por medio de los *quipus.*

»Esta clase de *quipus*, cuyos cordones encierran los anales de la historia peruana, pueden extraerse en gran profusión de los cementerios del país; pero la singular y riquísima literatura del idioma quechúa permanecerá por siempre oculta bajo un velo impenetrable en atención á que la clave para su interpretación sólo la poseen escaso número de indígenas que, los unos por miedo y odio á los españoles, los otros por respeto á las instituciones de los antiguos y por temor de descubrir el secreto, la han conservado. De que todavía existe tengo íntima certeza...»



Antigua piedra numeraria peruana
Se conserva en el Museo de Instrucción Pública de Berlín

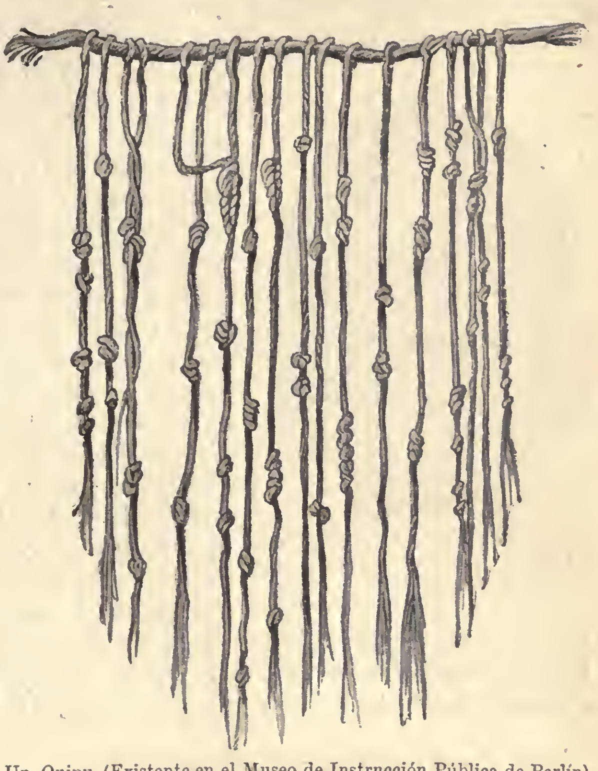
Los *amautas* ó sabios del antiguo imperio de los incas, eran especialmente los conservadores de las ciencias. Además de la historia del país dedicábanse á las observaciones astronómicas y á la medicina. En esta última, limitábanse á ordenar sangrías y plantas marinas, y según parece conocían también saludables y bienhechoras pomadas y ungüentos. Que aquellos médicos llegaron á practicar arriesgadas operaciones quirúrgicas, quedó demostrado en vista de un cráneo llevado á Alemania por Squier, que lo había extraído de un antiguo sepulcro del valle de Yucay (Perú). Los detenidos estudios científicos llevados á efecto sobre este cráneo, dieron por resultado la evidencia de que en vida del individuo á que perteneció se había practicado en él la trepanación, una de las más difíciles operaciones quirúrgicas, y la cual operación debió realizarse introduciendo una punta de lanza en la capa del cráneo para producir un derrame sanguíneo en su parte interior.

Para facilitar la salida de la sangre al exterior y evitar una violenta inflamación, parece verosímil que procedieron á la extracción de un pedazo de hueso de la pared del cráneo, haciéndola de manera que se desprendiese el cuero cabelludo en el sitio donde tuvo lugar la trepanación

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hasta llegar al periostio, practicando la extracción del pedazo dicho por medio de cuatro incisiones, dos de ellas en sentido horizontal y las otras dos perpendiculares.

Del estudio detenido de dicho cráneo han deducido los hombres de ciencia que el operado sobrevivió á tan arriesgada operación de ocho á catorce días. Por consiguiente, es indudable que en el Perú, antes de la conquista, la cirugía se hallaba en un estado de adelanto bastante regular (1).



Un Quipu (Existente en el Museo de Instrucción Pública de Berlín)

Los *Amautas* poseían también algunas nociones acerca del movimiento de los cuerpos celestes. Para determinar los solsticios, sobre los que se fundaba la división del año, habíanse erigido al Oeste de Cuzco algunas columnas de piedra de diversa elevación, y por la sombra que éstas proyectaban se medía la altura del Sol, y por lo tanto se determinaban aquéllos. Las columnas de un lado indicaban el verano y las del otro el invierno, cuyo solsticio designaba la entrada del año. Destinada al mismo objeto había otra columna de piedra en el atrio del templo de Cuzco. En el del templo de Quito había también una columna, situada precisamente debajo del Ecuador.

Esta columna, como es natural, no daba sombra en las horas del mediodía en la época del equinoccio, y por ello los peruanos consideraban

(1) Acerca de este asunto encontrará el lector más informes en la obra *El Perú*, de Squier, y en la *Contributions to North American Ethnology*, vol. V, pág. 24.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aquel sitio como lugar sagrado, pues le creían especialmente favorecido por el Dios Sol, y era por todos venerado.

El año de los peruanos, llamado *Huata*, constaba de 365 días y seis horas, y tenía doce meses. Mil años formaban un gran año solar, y diez grandes años solares un gran ciclo solar.

Los *Amautas* eran muy diestros en el arte de componer comedias y tragedias, que se representaban ante el Inca y su servidumbre en las grandes festividades, y que tenían por objeto generalmente enaltecer los hechos de armas y los triunfos de los soberanos muertos y de otros hombres célebres. Escribían también sainetes que reproducían escenas de la vida comun, y tenían gran número de canciones de amor que acompañaban con una flauta. Algunas muestras del antiguo Arte poético peruano se han conservado hasta nuestros días, siendo el más completo el célebre drama *Ollanta*(1), que trata del desgraciado amor que sintió el caudillo del mismo nombre por la hermosa hija del Inca Pachacutec. El tal caudillo, al verse rechazado por el Inca por no tener sangre real en sus venas, sale apresuradamente de la capital y reune sus huestes para vengar el ultraje recibido. Luego, subiendo á la cima de elevada montaña; contempla á sus pies la ciudad residencia del soberano, y con acento dolorido y á la vez enérgico exclama:



Cráneo trepanado del antiguo Perú (Existente en el «Army medical museum de Washington»)

«¡Oh Cuzco! ¡Oh hermosa ciudad!
Estás llena de enemigos.
Quiero abrir tu innoble pecho,
Y arrojar tu corazón á los cóndores.
¡Orgulloso enemigo! ¡Altivo Inca!
¡Quiero buscar las filas de mi Antis;
Quiero pasar revista á mis valientes soldados!
¡Quiero darles flechas!
Y cuando en las alturas del Sacsahuaman
Se reunan mis hombres como una nube,
Entonces encenderán una hoguera,
Entonces se precipitarán como un torrente:
¡Tú has de caer á mis pies, altivo Inca!
¡Tú me has de suplicar encarecidamente diciendo: «Toma mi hija!
¡De rodillas te ruego por mi vida!»

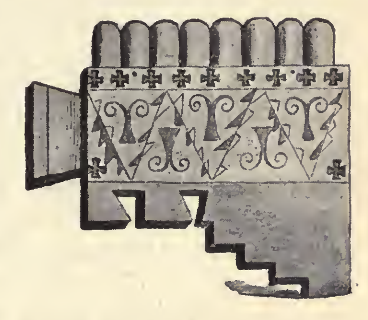
(1) Este drama ha sido traducido á varias lenguas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Muchas veces tomaban parte hasta los mismos soberanos en la composición de estas obras teatrales, pues en sus ratos de ocio se ocupaban mucho en la Poesía y especialmente en la Filosofía. El cronista Jerez nos ha legado algunas sentencias filosóficas y políticas del inca Pachacutec.

Las segundas, que se refieren á la buena organización de un Estado, son las siguientes:

«El hombre que no reune condiciones para guiar y gobernar á su propia familia, menos podrá ponerse al frente de una nación; por lo tanto, no se debe consentir que ejerza autoridad sobre nadie.



Antigua flauta peruana. (Según Squier)

La paz y el orden dominarán en un reino si sus súbditos y empleados obedecen al jefe del Estado por amor y por voluntad.

Los inútiles y los vagos no debieran tolerarse en ninguna nación bien organizada, porque en vez de ganar honradamente su sustento viven del robo ó se aprovechan de lo que produce el trabajo ajeno. Por lo tanto, es justo que se les ahorque como á ladrones.

Los jueces que se dejan sobornar y engañan á los litigantes deben ser considerados como bandidos.»

Las sentencias puramente filosóficas son las que siguen:

«La bondad y grandeza de corazón se revelan en la resignación con que se sobrellevan las adversidades del destino.

La envidia es un gusano que corroe las entrañas de los envidiosos.

Quien siente envidia de los justos se rebaja á sí mismo. Y así como la araña sólo extrae de las flores más hermosas el veneno que contienen, del mismo modo él sólo copia los defectos que aquéllos puedan tener.

Aquel que no conoce el arte de contar con los *quipus* y se hace la ilusión de que es capaz de contar las estrellas, merece que se burlen de él.

Si me viese obligado á prestar adoración á algo de lo que hay sobre la Tierra, adoraría, sin vacilar, á un hombre sabio y justo, porque un ser con tales condiciones está por encima de todas las cosas del mundo. Pero me detiene de rendir culto á un hombre semejante la consideración de que ha nacido, como yo, entre lágrimas, que para llegar á ser hombre ha tenido antes que ser niño, y que no es inmortal, pues vino ayer al mundo para abandonarle mañana, sin que le sea posible sustraerse á la muerte ni conseguir renacer después de ésta.»

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Si consideramos en conjunto los trabajos intelectuales realizados por los pueblos de Tahuantinsuyu, tenemos que confesar que habían llegado á un grado de cultura bastante desarrollado, cultura tanto más elevada, cuanto que fué el primer despertar de aquella raza. Con frecuencia han dicho ciertos viajeros, tratando de enaltecer orgullosamente á sí mismos, que la raza americana carece de aptitudes salientes, y que aún permanece sumida en una mediana civilización. Al decir esto han olvidado la alta cultura del antiguo Perú, y que ésta no ha sido, como las muy alabadas de Occidente, cultivada en un terreno preparado por los antiguos egipcios, babilonios, griegos y romanos, sino que ha crecido, por el contrario, cual flor maravillosa, en un rincón de la tierra, separado del resto del mundo por las montañas más colosales y agrestes, por los bosques más impenetrables y por el mayor de todos los mares.

Seguramente, la civilización del pueblo americano, tal y conforme la encontraron los españoles en las altas mesetas de las Cordilleras, era mucho más completa que aquella con que la sustituyeron los conquistadores, pues con la llamada civilización introducida por éstos, no se ha conseguido otra cosa que destruir la que habían alcanzado los indios, y que aquel bendito Perú, tan rico en otro tiempo, pertenece hoy á los países más pobres y desgraciados del planeta.



Antigua vasija de cabeza, peruana
(Se conserva en el Museo de Instrucción Pública de Berlín)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Espadas, mazas y hondas peruanas de la época de los incas.
(Dibujadas por R. Cronau á la vista de los originales que se conservan en los museos de Berlín, Leipzig, Copenhague, Cámbridge y Wáshington).

CONQUISTA DEL IMPERIO DE LOS INCAS

Hemos dejado á Pizarro cuando estaba á punto de marchar con su hueste desde San Miguel para dirigirse al campamento de Atahualpa.

Si muy audaz era este viaje, no menos temerario y loco era el proyecto que abrigaba Pizarro en su mente, pues había decidido en secreto nada menos que apoderarse de la persona del Inca por astucia ó por la fuerza. Así como Cortés había conseguido instalarse en Méjico por un golpe de mano, del propio modo esperaba Pizarro conquistar el Imperio de los Incas.

Atravesando por el magnífico valle del río Piura, sin perder nunca de vista la cadena de la Cordillera con sus altos picos coronados de nieve, avanzaban los aventureros hasta la población de Sana, donde poco después de la llegada de Pizarro se presentó una embajada de Atahualpa. No se sabe con certeza la misión de ésta, pues algunos cronistas afirman que llevaba presentes á Pizarro y le invitaba de parte de su soberano á visitarle en su campamento, mientras otros aseguran que el Inca había man-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dado decir á los españoles que abandonasen inmediatamente el país, «si estimaban sus ojos y sus dientes.» Pizarro mandó á decir al Inca que iba como embajador del más poderoso monarca de la cristiandad á fin de acordar ó concertar con él una alianza amistosa, y que estaba además dispuesto á ayudarle contra su hermano Huascar si le necesitaba. Sin esperar respuesta de Atahualpa avanzó por las bien cultivadas tierras hacia el Sur, llegando al poco tiempo á una magnífica carretera, á la cual prestaban sombra frondosos árboles plantados á ambos lados, lo que causó en los extranjeros gran admiración. Dicha carretera conducía hasta Cuzco, y era una de aquellas vías de comunicación de cuatro á siete metros de anchura y perfectamente cuidadas que cruzaban el país en todas direcciones.

Pizarro siguió por ella hasta el sitio donde se bifurcaba en una estrecha senda que conducía, transponiendo las Cordilleras, á la ciudad de Cajamarca, en cuyas inmediaciones había instalado Atahualpa su campamento de guerra. Emprendió entonces Pizarro la tarea de conducir á su pequeña hueste á través de la formidable cadena de montañas cuyas altas cimas parecían tocar al cielo. La estrecha senda que seguían, abierta entre las peñas, llegaba unas veces hasta el borde de enormes abismos en cuyas profundidades se precipitaban espumosos torrentes, y otras casi se internaba en agrias gargantas para ascender después á vertiginosas alturas.

No había que pensar en utilizar los caballos, pues tenían que llevarlos cogidos de las riendas por entre las resquebrajadas piedras. En algunos pasos difíciles elevábanse sólidos fuertes, en los que con muy pocos guerreros hubiera sido empresa fácil cerrar el paso á todo un ejército. Ninguno de dichos fuertes estaba guarnecido, y por lo tanto, después de siete días de marchas penosísimas, llegaron las gentes de Pizarro á las altas y dilatadas llanuras, donde los helados vientos hicieron sufrir entonces tanto á los españoles, como antes el sofocante calor que reinaba en las llanuras situadas entre la montaña y el mar.

En aquel punto salieron al encuentro de Pizarro algunas embajadas de Atahualpa, las cuales eran portadoras de varios presentes para el conquistador, como asimismo del encargo de invitar á éste en nombre del Inca á visitar el campamento. Además, estos enviados llevaban la misión secreta de enterarse del número de guerreros que componían la hueste y de la clase de armas que usaban, pues el Inca abrigaba sus dudas acerca de las intenciones de aquellos singulares extranjeros.

Pizarro reiteró al Inca las seguridades de su amistad, y el día 15 de noviembre de 1532 avanzó por un valle muy fértil en cuyo centro se veían relucir los blancos edificios de la ciudad de Cajamarca rodeada de frondosos jardines y de verdes campos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Una legua más allá de la ciudad divisaron los españoles el campamento del Inca, que se extendía sobre una cadena de colinas de una legua de extensión, y á su vista apoderóse de ellos el temor y la confusión. «Tantas tiendas vimos, escribe uno de los conquistadores, que experimentamos gran miedo; pero fuímos lo suficientemente prudentes para no dejarlo traslucir. Además no podíamos pensar en retroceder, porque, de intentarlo, hubiéramos perecido á manos de los indios. Después de haber admirado largo rato la ciudad y el campamento, descendimos al valle con la cabeza erguida y penetramos en Cajamarca (1)».

Con gran admiración suya, los españoles hallaron despoblada la ciudad; pero los mensajeros de Atahualpa explicaron el hecho diciendo que los habitantes se habían ausentado para que se pudieran alojar los extranjeros.

Los edificios de la ciudad eran de piedra y adobes y estaban revestidos de estuco blanco ó rojo. En el centro de la ciudad había una gran plaza triangular rodeada de grandes edificios, y la cual plaza se comunicaba, por medio de una ancha escalera de piedra, con una fortificación situada á mayor altura. Sobre una colina que dominaba á la ciudad había un segundo fuerte cercado de triple muralla.

Como Pizarro no conocía las intenciones de Atahualpa y temía que le fuera hostil, formó á su gente en la plaza en orden de batalla, y hecho esto mandó al capitán Hernando de Soto (el mismo que en los años de 1539 á 1542 atravesó la Florida y llegó hasta el Mississippí) que fuese con 20 jinetes al campamento del Inca, para notificarle su llegada é invitarle á que le visitase en Cajamarca. Y como advirtiese Pizarro desde el fuerte que al aproximarse los españoles



Armas peruanas

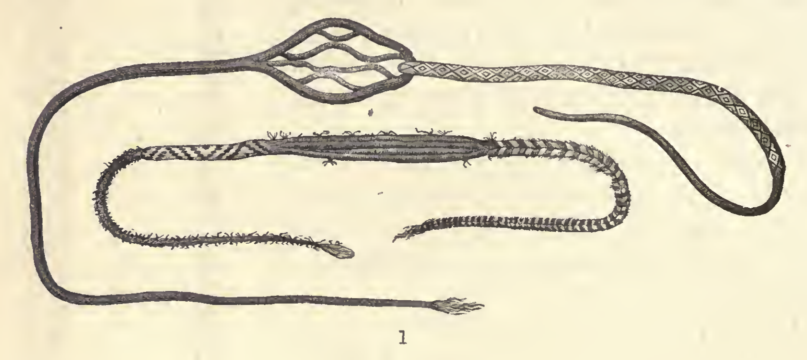
1. Palo con porra de piedra en forma de estrella, encajada con un trapo de algodón. Longitud 115 centímetros. – 2. Porra de madera dura. Longitud 105 centímetros.

(1) *El Imperio de los incas*, del doctor Brehm, página 596.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se formaban los guerreros del Inca en actitud belicosa, envió á su hermano Hernando con otros veinte jinetes para que ayudase á Soto en caso necesario.

Sin contratiempo alguno llegaron los soldados de Pizarro al campamento peruano, en el que no supieron qué admirar más: si el perfecto orden que reinaba ó el excelente atavío de los combatientes indígenas, cuyas armas consistían en arcos y flechas, lanzas muy largas con puntas de bronce y cobre, hachas de combate y mazas, estas últimas con una cubierta de cobre ó bronce provista de gruesos pinchos en la punta. Veíanse



1

Armas peruanas

1. Honda. Longitud 192 centímetros. Se solían hacer de fibras de pita, de lana, de algodón y de cabellos de persona. – 2. Otra honda. Solían llevar los peruanos las hondas frecuentemente ceñidas á la cabeza.

también hondas y cortantes espadas de metal ó de pesada y negra madera de palmera. Para defenderse del enemigo llevaban los peruanos yelmos ó caperuzas de madera cubiertos con el cuero de la cabeza del puma y del jaguar, representando caras de animales. Los capitanes y soldados distinguidos vestían además gruesas cotas de algodón acolchadas y pequeñas rodelas de madera, mimbre, ó conchas de tortuga.

Las armas de los guerreros de categoría inferior eran de cobre ó bronce, mientras que las de los capitanes y generales eran de plata y las del Inca de oro.

Durante la batalla dábanse las órdenes necesarias por medio de tambores, pitos de caña y trompetas de cobre; para distinguir los diferentes grupos, llevaba cada división una divisa especial en forma de estandarte.

Sin que nadie les molestase atravesaron los españoles á caballo, acompañados de dos intérpretes, por entre las largas filas de guerreros indios, siendo conducidos, al preguntar por el Inca, á un edificio situado en mitad del campamento y rodeado de un jardín, en cuya anteplaza hallábanse

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

reunidos los grandes del reino, ataviados con sus más brillantes trajes de campaña. El Inca Atahualpa, que tendría unos treinta años de edad, era un hombre bien formado, de hermoso rostro y ojos vivos, que daban á veces á su fisonomía una expresión salvaje; estaba sentado delante de su casa sobre un bajo cojín y se le reconocía desde larga distancia á causa de la roja borla, signo de soberanía, que adornaba su frente. Atahualpa tenía los ojos bajos; y como no se dignara siquiera contestar al saludo de Soto con una mirada, éste dudó si habría oído su saludo. Después de una pequeña pausa, uno de los nobles que rodeaban la Inca pronunció estas solas palabras: *bien está.*

Sólo cuando Hernando, el hermano de Pizarro, fué presentado por Soto, levantó el Inca los ojos, contestando á su saludo del modo siguiente: «Maizabilica, un cacique que me sirve á orillas del río Turicara, me ha mandado á decir que habéis maltratado á mis empleados encadenándoles después; me ha remitido una de las argollas que les habéis puesto al cuello, participándome al mismo tiempo que había conseguido matar tres cristianos y un caballo. A pesar de vuestro indigno proceder con mis súbditos, visitaré á tu hermano y apareceré ante él como amigo.»



Enseña de guerra con un fleco de lana negra y encarnada, y un paño en el cual se halla envuelto aquel para protegerlo contra el polvo. Longitud del asta 94 centímetros.

Hernando Pizarro contestó que Maizabilica era un charlatán. Que un solo cristiano le hubiera muerto á él y á todos los indios del río, y que ningún indígena podía matar á un cristiano; que dentro de poco se convencería Atahualpa de lo utilísimos que serían para él los españoles en el combate contra sus enemigos, pues diez jinetes bastarían para poner en fuga á todo un ejército indígena. El Inca se sonrió y ordenó á algunas mujeres magníficamente vestidas que sirviesen á sus huéspedes en grandes vasijas de oro la bebida de bienvenida, después de lo cual despidió á los españoles diciéndoles que visitaría al día siguiente á Pizarro en su alojamiento.

Muy abatidos regresaron Soto y Hernando Pizarro á Cajamarca, pues su visita al campamento les había demostrado que el Inca mandaba un ejército de unos treinta á cuarenta mil hombres, bien armados y disciplinados, y por lo tanto, si toda tentativa de ataque contra dicho ejército hubiera sido una temeraria locura, no lo hubiera sido menos emprender una retirada sin que los indios se enterasen.

Después de haber dado cuenta á Pizarro de lo sucedido, reunió éste á sus capitanes en consejo, en el cual les hizo presente que la única salva-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ción que les quedaba para librarse de tan gran peligro consistía en apoderarse violentamente del Inca y tenerle en rehenes para su seguridad, como había hecho Cortés con Motezuma. Discutido extensamente el asunto fué aceptado tan temerario proyecto, tomándose en seguida cuantas disposiciones creyeron necesarias para llevarlo á cabo, pues de su buen éxito dependía la suerte de todos. Pizarro dividió á su hueste en tres grupos, que se colocaron en los edificios que rodeaban la plaza de la ciudad.

Todos los jinetes tenían ensillados sus caballos, y fueron situados dos cañones en la fortaleza que dominaba la plaza de manera que podían barrer con gran facilidad al enemigo; Pizarro se quedó con veinte soldados escogidos para apoderarse del Inca. A todos se les dió la consigna de no atacar hasta que Pizarro diese el grito de ¡Santiago y á ellos!

Acababa Pizarro, al amanecer, de tomar estas disposiciones, cuando los vigías de la fortaleza comunicaron que Atahualpa había salido de su campamento. Y en efecto, pronto se vió que el soberano avanzaba con gran pompa hacia la ciudad. Delante iba una avanzada de indios vestidos de varios colores cuyo dibujo formaba un tablero de damas, y la cual avanzada iba limpiando con sumo cuidado el camino que había de recorrer el soberano de toda piedrecita y tallitos de hierba. A esta avanzada seguía gran número de divisiones de cantores y danzantes á los que se unía una hueste de altos dignatarios que lucían arneses de oro y plata. En medio de éstos iba Atahualpa, sentado en un magnífico trono adornado con piedras preciosas, plumas de papagayos de brillantes colores y planchitas de oro y plata. Este trono estaba colocado sobre unas andas y era llevado en hombros por ocho indios. Dichas andas formaban dos arcos de oro incrustados de piedras preciosas, y sobre ellos se extendía un toldo de magníficas telas para preservar del sol al soberano y ocultarlo á la vista de la multitud. Exteriormente estaban adornadas las andas con un sol de oro, una luna de plata y las armas del Inca que eran un arco Iris.

Seguían al monarca algunos parientes y altos dignatarios, conducidos en tronos magníficos ó en literas. Gran número de nobles y oficiales lujosamente ataviados, luciendo yelmos de oro y plata ó coronas de brillantes plumas, formaban el resto del aparatoso cortejo, al que seguían cinco mil guerreros. Muy lentamente caminaba la comitiva imperial, y ya doraban los rayos del sol poniente las nevadas cumbres de las Cordilleras cuando llegó el Inca á la plaza de Cajamarca.

Un fraile que iba con las gentes de Pizarro, llamado el Padre Vicente de Valverde, tomó á su cargo la misión de apresurar el desenlace. Acompañado de un intérprete se abrió paso por entre las filas de los dignatarios indios, y provisto de una cruz y un breviario paróse ante el trono del

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Inca, y en una larga arenga le explicó que él instruía á los cristianos en la doctrina del Señor, y que había ido allí para convertir á él y á sus súbditos al cristianismo. Que lo que enseñaba era la palabra de Dios, contenida en la Biblia, en la cual podía verse también que Jesucristo, el hijo de Dios, había dado todo el poder sobre la tierra á su apóstol San Pedro, y á sus sucesores los Papas, los cuales habían comisionado á su vez al rey Carlos de España á fin de que con su auxilio fuesen instruídos los pueblos herejes del Nuevo Mundo en la fe cristiana.



Objetos y adornos de oro y plata del Perú.

Tranquilamente escuchó el Inca la explicación del fraile; y cuando éste hubo terminado su discurso, pidió que le proporcionasen la Biblia, y una vez que la tuvo la hojeó durante algún tiempo y dijo después: «A mí no me dice nada este libro. No conozco al Dios que ha creado el cielo y la tierra, mas sé, por el contrario, que Pachacamac es el creador del mundo, y que el Sol y la Luna que veneramos son inmortales, mientras que el Cristo de que tú hablas ha muerto. No he oído hablar nunca de vuestro Papa, que regala países que no le pertenecen, y nadie tiene derecho á disponer de mi reino sin mi consentimiento.» Y dicho esto, tiró Atahualpa despreciativamente el libro al suelo. Apenas vió el fraile la Biblia en tierra, cuando con el grito de *¡Venganza, cristianos! ¡Atacad á los herejes que ultrajan la Biblia!* dió la señal de ataque. Al grito de *¡Santiago y á ellos!* salió Pizarro con sus huestes del escondite y arremetió contra los indios, que no llevaban armas. Al propio tiempo, entre el estruendo producido por las trompetas y por los disparos de los arcabuces y cañones, penetraron los sesenta jinetes acorazados en medio de aquel remolino de gente, atropellando á todos con sus caballos, y arrojándolos al suelo á los golpes de sus espadas y lanzas. Dando tajos á diestro y siniestro abrióse paso Pizarro, seguido de algunos soldados, hasta llegar al trono del Inca. En un instante fueron derribados los que le sos-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tenían sobre las andas, y arrancado de su asiento el monarca; despojáronle al punto de sus adornos y le amarraron y encerraron en lugar seguro. La matanza de los indios sitiados en la plaza continuó hasta que aquellos infelices, horrorizados al ver la muerte ante sus ojos, se replegaron en tan compacta masa contra una cerca de ladrillos, que ésta se derrumbó, y por el ancho boquete abierto pudieron huir. Cual impetuosa corriente desparramáronse por las llanuras, pero también allí hallaron muchos la muerte á los golpes de sus perseguidores.

Escasamente media hora duró la espantosa carnicería, y sin embargo casi todos los grandes del reino habían sucumbido. Tan sólo en la plaza se contaron dos mil cadáveres. La noche con sus sombras puso término á la matanza, pero la luz del nuevo día alumbró la sangrienta hecatombe que tuvo lugar cuando los españoles atacaron el campamento peruano, á cuyas numerosas huestes, ya privadas de guía, lograron dispersar después de una corta refriega.

Riquísimo botín cayó en poder de los vencedores: adornos de oro y plata de variadísimas formas; valiosos tejidos; magníficas esmeraldas y grandes rebaños de llamas. Los prisioneros, entre los que se hallaban unas cinco mil mujeres y sirvientas del Inca, fueron repartidos como esclavos, y más de un español se encontró por esta causa dueño y señor de doscientos individuos de ambos sexos.

Por consecuencia de aquel atrevido golpe se habían hecho los españoles dueños absolutos de la situación. Los pueblos del Perú no pensaban en oponer resistencia; pues con la persona del Inca les habían quitado la fuerza, por ser aquél el alma de todo el Estado, y sin cuyo asentimiento nadie se atrevía á intentar lo más mínimo, como lo patentizan claramente las siguientes palabras que Atahualpa contestó á Pizarro, al decirle éste que corría la noticia de que un poderoso ejército indígena se reunía en Huamachuco, para atacar á los españoles: «Sin mi voluntad y sin mi permiso no se atreve á volar ningún pájaro en mi reino ni á moverse una hoja en el árbol; pero yo no seré tan necio que azuce á mis guerreros contra vosotros mientras me halle en vuestro poder.»

El prisionero comprendió desde luego que, más que su conversión evangélica, lo que importaba á los españoles eran sus tesoros. Y con objeto de lograr su libertad é impedir que su hermano Huascar, que aún vivía, y que se hallaba bajo la custodia de los generales de Atahualpa, Quizquiz y Chalcuchima, fuese elevado por ellos al trono, ofreció el Inca á Pizarro un verdadero tesoro por su rescate.

Con gran tacto procuró saber Pizarro la cantidad de oro que el prisionero le daría, á lo que contestó Atahualpa que estaba dispuesto á llenar de vasijas de oro y plata la gran sala que le servía de cárcel (tenía siete

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

metros de largo por seis de ancho) hasta la altura que alcanzase su mano, lo cual admiró sobremanera al castellano, y añadió, que en el término de dos meses lo tendría todo reunido para ponerlo á su disposición. Y en cuanto Pizarro le hubo prometido ponerle en libertad tan pronto como cumpliese su promesa, ordenó el soberano que saliesen mensajeros en todas direcciones para reunir los tesoros del reino. Penosamente arrastradas por caravanas de indígenas afluyeron como un torrente á Caja-



La casa de Atahualpa cerca de Cajamarca en la cual tuvo Pizarro prisionero al Inca

marca todas aquellas riquezas trabajosamente acumuladas por muchas generaciones en los templos del Sol y en los palacios que el Inca tenía en Cuzco, Huamachuco, Huaylas, Puitu y Siclapampa, las cuales riquezas consistían en vasijas y platos, planchas, adornos y estatuas de hombres y de animales, reproducciones de frutas, árboles y flores, objetos todos de oro y plata primorosamente trabajados. Al lado de esto veíanse además artísticas fuentes con los recipientes de oro y los surtidores de plata.

Y todas aquellas preciosidades, que representaban el gusto artístico de varias generaciones y siglos de trabajo, fueron arrojadas con indiferencia en el horno de fundición y convertidas en barras.

Por fin, el 25 de julio de 1533 procedióse al reparto del botín. Con gran descontento de Pizarro habíase presentado de improviso Almagro, procedente de Panamá con 150 soldados de infantería y 80 jinetes, y el cual alegó que, según el contrato, les pertenecía á él y á su gente la tercera parte del botín. Inútilmente quiso hacer valer Pizarro que él solo había llevado á cabo el golpe de mano contra el Inca; Almagro, que, como ya sabemos, era de carácter violento, no se dejó convencer y obligó á su compañero á darle una indemnización.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El peso de las barras de oro arrojó un valor de 1.326,539 pesos, que, teniendo en cuenta que el precio de este metal en aquella época era por lo menos cuatro veces más elevado que en nuestros días, ascendió á unos quince millones y medio de duros. Además de esto repartiéronse 25.805 libras de finísima plata. Descontada la parte perteneciente á la corona, tomó Pizarro para sí 57,222 pesos de oro y 1,175 libras de plata, además de la gran silla de oro ó trono del Inca, tasado en 25,000 pesos. Hernando Pizarro, hermano del conquistador, obtuvo 31,800 pesos de oro y 1,175 libras de plata; el capitán Soto 15,740, y 362 respectivamente. Cada jinete fué recompensado con 8,880 pesos de oro y 181 libras de plata, y cada soldado de infantería con 4,440 y 90 $^1/_2$. Almagro obtuvo 30,000 pesos de oro y 5,000 libras de plata, y á sus soldados 20,000 pesos de oro, á los que habían quedado en San Miguel 15,000, quedando en depósito 2,200 para la construcción de una capilla en Cajamarca. El segundo aliado de Pizarro, el sacerdote Luque, había fallecido entretanto en Panamá, y del licenciado Espinosa, instituído por él su heredero universal, no hicieron el menor caso.

En posesión los españoles de tanto dinero, entregáronse á la vida propia del soldado en campaña y algunos perdieron al juego en una noche el premio obtenido á costa de tantos peligros y privaciones.

Además, las riquezas que habían llegado á manos de los soldados tuvieron rápida depreciación á consecuencia de haber descendido el valor del oro y aumentado el de las mercancías europeas. Por un caballo se pagaban 2,500 y hasta 3,500 pesos de plata; una espada costaba 40 ó 50; una capa 100 ó 120; un par de botas 30 ó 40 pesos de plata.

Por más que Atahualpa hubiese cumplido su promesa dando un rescate que parecía fabuloso hasta al mismo Pizarro, éste no pensaba devolver la libertad al Inca, pues temía que una vez libre reuniese inmediatamente todas las fuerzas de su reino para arrojar de él á los españoles, mucho más por haber éstos cometido lamentables excesos durante varias excursiones, no respetando ni á las vírgenes del Sol, que eran consideradas como sagradas. Por lo tanto, para quedarse dueños absolutos del país era preciso retener prisionero al Inca ó quitarlo de en medio. Se optó por esto último, pues la custodia del Inca proporcionaba serios cuidados, y además se entretenía gran parte de las tropas para este objeto. Arraigada la idea de que la muerte del Inca era una necesidad impuesta por las circunstancias, echó cada vez más sólidas raíces en el ánimo del conquistador, que no halló dificultad en buscar pretextos que diesen á tal resolución justificadas apariencias.

En primer lugar consignóse que Atahualpa había dado orden á sus generales de matar á su hermano Huascar, que se hallaba en poder de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

éstos. En efecto, durante la prisión de Atahualpa, había sido arrojado Huascar por un impetuoso torrente de la montaña; pero no está comprobado que este asesinato se llevase á cabo por orden de Atahualpa.

Afirmaba además Pizarro que el Inca tramaba un levantamiento general de los indígenas contra los españoles, y aunque el soberano demostrase claramente lo infundado de tales sospechas, asegurando nuevamente que sin su consentimiento nadie tomaría las armas, y por más que el valiente Soto hubiese recorrido todo el país y visto que reinaba en todas partes tranquilidad absoluta, fué sostenido este pretexto para poder comenzar el proceso contra Atahualpa.

Además se le acusaba de haberse apoderado sin derecho del Imperio Inca, y también de haber dispendiado los ingresos del reino, perjudicando con ello á los españoles; acusábasele asimismo de rendir culto á la idolatría y á la poligamia. El escrito acusador redactado para justificar á Pizarro en el caso de que se le pidieran cuentas, comprendía doce severas acusaciones. Para presidir el tribunal fueron nombrados Almagro y Hernando Pizarro, y oídos como testigos un número de indígenas, cuyas respuestas traducían los intérpretes como les parecía. Ya puede comprenderse cuál sería el desenlace del proceso. Atahualpa fué declarado culpable y sentenciado á morir en la hoguera. Además decidió el tribunal que dicha sentencia, que según aseguraba el Padre Valverde era la más justa que se hubiera dictado jamás, fuése efectuada antes de media noche.

Hay que decir en honor de los soldados conquistadores, que algunos de ellos protestaron contra tal sentencia alegando que no se tenían pruebas ciertas de la culpabilidad del Inca ni se había oído su defensa, ni nombrado un defensor. Pizarro fingió ignorar completamente dicha protesta, mandó levantar una hoguera en la plaza de Cajamarca al anochecer de aquel mismo dia, 3 de agosto de 1533, é hizo conducir al prisionero al lugar del suplicio. Inútilmente se afanó el fraile Valverde, durante largo rato, para que Atahualpa se bautizara, á lo que accedió cuando se le prometió que sería ajusticiado en la horca en vez de morir en la hoguera. Si consintió en la expresada ceremonia, no fué por temor al fuego, sino porque, según la creencia de sus mayores, podía entrar en la vida eterna si su cuerpo era embalsamado, lo cual no era posible si era su cuerpo reducido á cenizas. Dejóse conducir después tranquilamente al banquillo fatal, y fué ahorcado por el verdugo mientras los soldados, provistos de hachones, entonaban el *Credo* y el *De profundis*. Su cadáver quedó expuesto durante toda la noche en el cadalso, y fué enterrado á la mañana siguiente en la capilla de Cajamarca por haber muerto el Inca como cristiano. Hicieron en su honor un solemne funeral, al que asistió Pizarro con sus capitanes vestidos todos de luto. Después de la marcha de los españoles

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

abrieron los indígenas el sepulcro de Atahualpa, embalsamaron su cadáver y lo llevaron á Puitu para depositarlo en la cripta de sus mayores.

La muerte de Atahualpa tuvo un funesto resultado para el país. Numerosos caciques importantes, que bajo el dominio del Inca habían ocupado altos cargos, se declararon soberanos en sus respectivos territorios, dividiéndose de este modo el poderoso imperio de Tahuantinsuyu en numerosas provincias independientes. No tardó en comprender Pizarro que la ejecución de Atahualpa había sido un acto de impremeditación, y trató de impedir el total derrumbamiento del reino haciendo aclamar por Inca á Tupac Hualpa, hermano menor de Atahualpa. Este había ido á visitar á su hermano á Cajamarca y demostró ser dócil instrumento de los conquistadores. En la plaza de dicha ciudad puso Pizarro por su propia mano las insignias del nuevo Inca, la borla encarnada en la frente, haciéndole jurar luego obediencia y fidelidad al soberano de España. Púsose después el conquistador á la cabeza de su hueste para acompañar á la capital de Cuzco al rey nominal, mas antes de llegar á ella murió Tupac Hualpa, envenenado sin duda por el cacique Chalcuchima, al que mandó inmediatamente Pizarro que quemasen vivo.

Tras algunos combates penetró Pizarro hasta las cercanías del Cuzco, viendo aparecer un día, con gran asombro y alegría, á un hermano del ahogado Huascar, llamado Inca Manco. Ninguna visita podía serle tan agradable como ésta al astuto español, que trató de hacer creer á su huésped que desde un principio sólo había tratado de ofrecer su auxilio á su hermano Huascar contra los ataques de Atahualpa. De tal modo supo Pizarro convencer al heredero del trono, que éste, que iba á rogarle que le ayudase á hacer valer sus derechos, tomó á su cargo el conducir á Pizarro y á los suyos á Cuzco. De este modo pudieron entrar el 15 de noviembre de 1533, y precisamente cuando hacía un año de su entrada en Cajamarca, en la antigua capital del Imperio de los incas sin oposición alguna. La orgullosa ciudad, que en aquel tiempo tenía unos 200,000 habitantes, causó gran impresión en los europeos. Por todas partes elevábanse imponentes palacios de los anteriores Incas, pues cada uno de éstos se había mandado construir uno al encargarse del mando.

La ciudad, edificada con gran regularidad, y sobre la que se elevaba el formidable fuerte de Sacsahuaman, estaba rodeada de sólidas murallas y torres, y tenía en su centro una plaza en la que empezaban las célebres carreteras del Inca. Una de éstas conducía hasta Puitu (Quito) y Pasto pasando por Chinchasuyu; otra, que atravesaba Andesuyu, iba por los Andes; una tercera, pasando por Collasuyu, iba á Chile; y otra, por fin, llegaba al mar atravesando Contisuyu.

Los habitantes de la ciudad eran en su mayor parte parientes de todos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

los pueblos sometidos por el Inca; y como los pertenecientes á cada uno de estos pueblos habitaban determinados barrios de la ciudad, era fácil ditinguirlos por su variedad de trajes y peinados.

El templo del Sol era el más grandioso de todos los edificios de la ciudad, y formaba, con las viviendas de sus sacerdotes que le rodeaban, sus jardines, y el *Aklljahuassi* ó habitaciones destinadas á las vírgenes del Sol, un barrio separado de la ciudad que llevaba el nombre de *El Dorado*. Cinco sólidas murallas rodeaban el santuario situado sobre una eminencia, y las dos más interiores tenían cuatro torres en sus ángulos. Todas estas murallas estaban hechas de bloques de piedra tan formidables que, según dice un antiguo cronista, «la razón humana no acierta á comprender cómo pudieron transportar los constructores estas piedras, pues son algunas tan grandes que apenas podrían moverlas cuarenta caballos.»

El templo era circular y tenía un tejado en forma de cúpula hecho de mimbres de Itchu. Las techumbres de los aposentos interiores eran, por el contrario, de cedro y planas. El departamento principal estaba dedicado al dios del Sol, y en el muro posterior ostentábase una imagen de oro de éste, de colosal tamaño. Tambien los demás adornos del santuario sobrepujaban en brillo y riqueza á lo que pudiera soñar la imaginación más exaltada. Las puertas tenían abrazaderas de oro y estaban cuajadas de esmeraldas y otras piedras preciosas. Todas las paredes se hallaban revestidas de planchas de oro, y, además de las momias de los Incas, cuajadas de este precioso metal, veíanse estatuas de oro macizo. El número de vasijas, copas, jarros y utensilios dedicados al culto era incalculable.

Una puerta tachonada de plata conducía á la capilla de la Diosa de la Luna, hermana y esposa del Dios Sol, la cual capilla tenía revestidas sus paredes de planchas del mismo metal. Una imagen de la Luna, también de plata, ocupaba el lienzo de pared que daba frente á la puerta de entrada, y á ambos lados de dicha imagen veíanse las momias de las esposas de los Incas, mientras que las de éstos se hallaban al lado de la del Sol. Había un tercer aposento consagrado á las estrellas, todo revestido de oro, y el cual se distinguía por un techo azul en el que brillaban multitud de estrellas del mismo metal.

Apenas establecidos los españoles en Cuzco, cuando ya comenzaron á saquear los templos y palacios; y por más que los indios se apresuraron á ocultar las mejores riquezas, sacaron de la ciudad tesoros mucho mayores que los dados por el Inca para su rescate.

Reprodujéronse las mismas escenas que en Cajamarca después de la repartición del botín, y más de uno perdió en pocas horas los enormes tesoros que un caprichoso destino había puesto en sus manos. Cuéntase que un tal Mancio Serra de Leguizano, al cual había correspondido la gran

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

imagen del Sol del templo del mismo nombre, la puso á una carta y la perdió. (1).

Con impaciencia esperaban los habitantes el día en que Inca Manco fuera coronado, pues acariciaban la engañosa esperanza de que entonces abandonarían el país los odiados extranjeros. La coronación tuvo lugar en la gran plaza de la ciudad, y consistió en que, después de una solemne misa mayor cantada por el Padre Valverde, puso Pizarro al Inca la borla roja sobre la frente, después de lo cual cogió éste la bandera de Castilla, la agitó varias veces al aire y juró ser vasallo del rey de España.

Luego de haber bebido uno á la salud del otro, brindando en copas de oro, abrazáronse el Inca y Pizarro ante la multitud, qne prorrumpió en gritos de júbilo al ver que el reino volvía á tener un Inca.

Pero pronto hubieron de convencerse los peruanos de que el Inca Manco sólo era un espantajo, y que Pizarro empuñaba con mano de hierro las riendas del Estado. Sin contar para nada con el Inca nombraba los empleados, repartía entre sus compañeros los palacios y posesiones de los antiguos soberanos del Perú, hizo transformar el templo del Sol en iglesia cristiana, distribuyó entre sus soldados las vírgenes que en él había é hizo que sus celdas ó habitaciones fuesen ocupadas por religiosas llevadas de España.

A fin de obtener comunicación estable con la costa fundó Pizarro, en 6 de enero de 1535, la Ciudad de los Reyes, la actual Lima. A una segunda ciudad fundada en el mismo año la bautizó con el nombre de Trujillo en honor á su ciudad natal.

Mientras Francisco Pizarro y Diego de Almagro se ocupaban en la conquista y sumisión de la parte Sur del Imperio de los incas, el capitán Sebastián Belalcázar (2), nombrado por Pizarro gobernador de la colonia

---

(1) Esta obra de arte volvió más tarde á poder de los Incas, para caer otra vez, el año de 1572 en manos de los españoles. Francisco de Toledo se la envió á Felipe II, rogándole que se la remitiese al Papa, pero no llegó á su destino, pues se extravió en el camino desde América al Escorial.

(2) Como complemento á los datos que acerca del célebre conquistador de Quito y fundador de Popayán da el Sr. Cronau, insertamos á continuación su biografía, tomada del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* que tiene en publicación la casa editorial de la presente obra.

Hela aquí:

«Nació Sebastián Belalcázar ó Belarcázar en los últimos años del siglo XV en Belalcázar (Córdoba), y murió por los años de 1549 á 1551 en Cartagena (Colombia). Hijo de una familia de aldeanos pobres, pero de limpio linaje, huyó de la casa de su hermano en temprana edad, cuando apenas contaría más de 15 años; se presentó en Sevilla á D. Pedro Arias Dávila, que se hallaba reuniendo tropas para marchar á Tierra Firme, y, no sin dificultad, consiguió de éste, que había sido nombrado gobernador de Castilla

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de San Miguel, trataba á su vez de someter la parte Norte del país. Esta comprendía el antiguo reino de Puitu (Quito) que, como recordará el lector, había regalado el inca Huayna Capac el Grande á su hijo predilecto



Francisco Pizarro
De un grabado publicado en la *Conquest of Peru* de Prescott

Atahualpa. Después de la muerte de éste, quedó Puitu sin dueño, y entonces el general Rumiñahuy, súbdito del difunto inca, habiendo escapado

del Oro, el ser admitido entre los expedicionarios. Sin duda para evitar que lo descubriese su hermano, cambió su verdadero apellido (Moyano) por el de Belalcázar, nombre

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de la matanza de Cajamarca, reunió los restos del ejército peruano y se proclamó soberano independiente.

Como se sabía que Rumiñahuy poseía 60,000 cargas de oro que había puesto en seguridad en Puitu, marchó Belalcázar con 140 españoles para

---

de su patria, que luego conservó por ser más famoso. En 29 de junio de 1511, ó algunos días antes, después de una navegación comenzada el 11 de abril, fecha en que la armada salió de Sanlúcar, llegó Sebastián con sus 1,500 compañeros á Darién. Subalterno y sirviente de los soldados, ninguna cosa notable hizo en algún tiempo. Sólo se sabe que era protegido por Francisco Pizarro y por Diego de Almagro, á quienes acompañaba en sus expediciones por el Istmo. En cierta ocasión que marchaba desde Nombre de Dios á Panamá, con una tropa mandada por el gobernador Pedrarias, como sus compañeros se extraviaran, subió á la copa del árbol más alto que pudo columbrar, y descubriendo desde allí humo y señales evidentes de habitaciones humanas, guió después al gobernador hasta el lugar en que tenía su asiento una tribu de indígenas, que recibió muy bien á los nuestros y los sacó del bosque. Belalcázar recibió en premio el nombramiento de capitán, y desde entonces, por su carácter modesto y apacible y su amor á la virtud, fué muy querido de todos. Hechos por el gobernador los repartimientos definitivos de la ciudad de Panamá, concedió solar y encomienda fuera de ella á Belalcázar, que apadrinó en la pila bautismal á un hijo de Almagro llamado Diego, el mismo que fué educado en el Perú como un príncipe y tuvo un fin desastroso. Hacia 1524 Sebastián partió á la conquista de Nicaragua, y estuvo presente á la fundación de la ciudad de León, de la que fué primer alcalde, prestando importantes servicios á la corona durante los años que permaneció allí.

A pesar de lo mucho que guerreó y expuso su vida en todas las expediciones emprendidas en el Istmo desde 1514 á 1529, sólo hizo mediana fortuna. Cuando en agosto de 1530, acudiendo al llamamiento de Pizarro, se embarcó para el Perú, hubo de empeñar todas sus haciendas para alistar 30 hombres, fletar un navío y embarcar seis caballos, además de los alimentos, vestidos y armas necesarios; y así, cuando se unió á Pizarro en Puerto Viejo, llevaba consigo todo cuanto poseía. Belalcázar acompañó á Pizarro hasta la villa que fundaron en Piura, denominada de San Miguel, que fué la primera población española en aquellas regiones, y en ella quedó con el grueso del ejército, en tanto que Pizarro avanzaba tierra adentro.

Luego resolvió tomar por su cuenta la conquista del reino de Quito, y, á la cabeza de 150 soldados aventureros y acompañado de un ejército de indígenas enemigos de Rumiñahui, general de los incas, que, después de haber asesinado á toda la familia de Atahualpa, se había coronado rey en aquella ciudad, emprendió la marcha á mediados de octubre de 1533. En vano Rumiñahui mandó abrir hoyos disimulados y clavar estacas ocultas para que los caballos cayesen en aquellas trampas. Los mismos indígenas traicionaban al antiguo general indio, y el cacique Chaparra regalaba al jefe español un plano ó mapa de las provincias de Quito, para que le guiase en la campaña. Decía Belalcázar á los habitantes que no pretendía hacerles la guerra, sino castigar al usurpador del trono de Atahualpa. Por este medio conseguía que los naturales le llevaran víveres y obsequios de oro y plata. Dos batallas, que costaron la vida á diez europeos y bastantes caballos, se dieron entre Rumiñahui y las fuerzas que mandaba Sebastián, vencedor en ambos combates. Luego entró en Quito el conquistador (á fines de 1533). La falta de subsistencias en aquella localidad, motivó que los españoles regresaran á Riobamba. Hacia fines del año siguiente, pacificado ya el reino de Quito, no sin que antes fuera menester librar varias refriegas, Belalcázar se dedicó á la organización civil, religiosa, militar y municipal del país conquistado, y admira el conocimiento que de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

arrebatarle la presa. El astuto general opuso gran resistencia á sus perseguidores, y á fin de dificultar su marcha mandó abrir porción de zanjas muy bien disimuladas en todos los caminos y guarnecerlas con agudas

---

las leyes españolas tenía el aldeano de otros días, á quien debió faltar tiempo para educarse. En 23 de julio de 1535 fundó éste, junto al río Guayas, la ciudad de Guayaquil. También envió á Juan de Ampudia á descubrir los territorios del Norte, hoy día la provincia de Pasto ó los Pastos. Ampudia llegó hasta un punto en que le atajó el rio Cauca, y á principio de 1536 comunicó á su general los descubrimientos hechos.

Créese que por este tiempo llegó á oídos de Belalcázar la existencia del *Dorado*, nombre dado por los conquistadores al rey de Cundinamarca. Unidas estas noticias con las que participaba Ampudia sobre la riqueza del país que había recorrido, determinóse Sebastián á dirigirse personalmente hacia aquellas comarcas. Preparó la expedición con lujo asiático, más propio del que viaja por recreo y ostentación que adecuado á una correría militar. En el valle de Patía derrotó fácilmente, con los 200 españoles que le seguían, á tres ó cuatro mil indígenas. Continuó adelantando hacia el territorio del cacique de Popayán, y fundó por aquellas regiones una villa en diciembre de 1536, y otra en un sitio entonces conocido por Lilí y hoy día por Calí, en el valle del Cauca.

Quiso Belalcázar venir á España, á fin de obtener del monarca el gobierno de aquellos territorios con independencia de Pizarro; mas tan atrasado se hallaba en conocimientos geográficos, que creyó fácil, para no tocar con Pizarro, salir al mar de las Antillas sin navegar por el Pacífico. Con estos pensamientos, y enganchados 300 hombres aguerridos, acopiados cuantos pertrechos pudo, regresó á Popayán, de donde salió en mayo de 1538 para ir á la conquista del territorio del Dorado, de paso para el mar de las Antillas. Atravesó sin desmayar por las tierras más fragosas de América, cruzó el valle de Neiva, siempre en demanda del Dorado y del mar de las Antillas, y en los primeros días de enero de 1539 se halló inopinadamente, cuando acampaba junto á las márgenes del río Sabandija con otros españoles que, por encargo del adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, hacían descubrimientos por aquellas tierras. Recibió Sebastián de estos compatriotas una cantidad de oro y algunas esmeraldas, y les tranquilizó respecto á sus propósitos, pero luego sus soldados le obligaron á seguir las huellas de los compañeros de Quesada, y entró en Santafé de Bogotá en febrero de 1539. Embarcóse para la península, á la que llegó á mediados de 1539, y obtuvo del emperador lo que ambicionaba.

Bancroft Library

Regresó Belalcázar al Cauca en 1541, pero no quiso hacer su entrada en Calí hasta que el cabildo reconoció los despachos en que se le otorgaban los territorios que median entre el Océano y los límites del Cauca y el Magdalena, y desde la provincia de los Pastos hasta donde descubriese por el Norte, dándole además el título de adelantado, capitán general y teniente del rey. El cabildo reconoció la justicia que asistía á Sebastián, le aclamó gobernador, y mandó preso á Popayán al usurpador Andagoya. Belalcázar, llamado por Baca de Castro, pasó (1542) al Perú con los recursos y tropas que pudo reunir. A su vuelta á Popayán, halló sublevados á los indios Paeces y Yalcones, y aunque atacó á los primeros no consiguió vencerlos. En 1544 recibió copia de las leyes dadas por Carlos I para proteger á los indígenas. Lejos de cumplirlas, escribió al emperador quejándose de ellas, é inventó, para calmar á los suyos, la frase luego tan repetida, *se obedece pero no se cumple*. En primero de enero de 1545, Sebastián, á la cabeza de 400 hombres bien pertrechados, se puso en marcha, acompañando al virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela, para imponer la autoridad de éste contra las pretensiones de Gonzalo Pizarro, contra quien luchó Belalcázar en Iñiquito ó Añaquito, cerca de Quito. Belalcázar quedó prisionero y salvó milagrosamente la vida. Puesto en liber-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

estacas ocultas, cubriéndolo todo después con tierra, para que al pasar cayesen en estas trampas los caballos; en otros parajes mandó abrir infinidad de hoyos del tamaño de una herradura de caballo, á fin de que éstos se rompiesen las piernas y sembrasen la confusión y el desorden entre los tan temidos soldados de caballería.

Pero los españoles supieron sortear cuidadosamente dichas trampas, y desde la batalla de Riobamba derrotaron siempre á sus contrarios.

Utilizando la gran carretera del Inca que partiendo del Sur atraviesa Quito hasta llegar á Cajamarca, cruzaron los españoles la magnífica y elevada llanura situada á unos 2,500 metros sobre el nivel del mar, que se extiende entre las Cordilleras y los Andes hasta el Ecuador, disfrutando desde ella los panoramas más encantadores que pueda soñar la imaginación, y contemplando aquellas formidables ondulaciones de la montaña, que figuran entre las primeras en la historia de la Tierra.

En la parte occidental de la cordillera divisábase el majestuoso Chimborazo, de 6,310 metros de altura, con su cima en forma de cúpula cubierta de nieve; al N. E. del mismo elevábanse los fantásticos picachos, de 5,106 metros de elevación, del Carhuairazo, mientras que el Igualata,

---

tad por Gonzalo y curado en pocos días de la grave enfermedad causada por las muchas heridas que recibió en la batalla, tomó la vuelta de su gobierno.

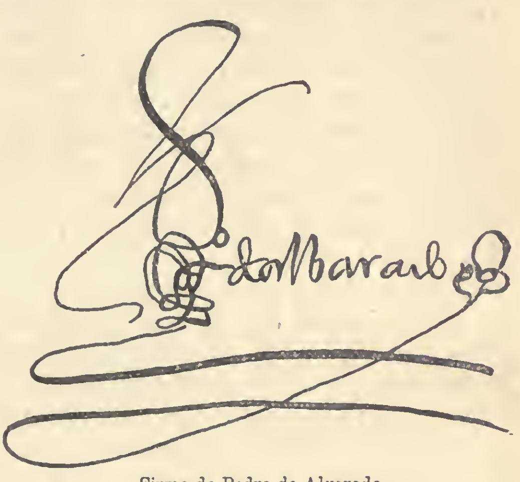
En 1546 derrotó y cautivó á Jorge Robledo, antiguo teniente suyo que ahora le disputaba la posesión de las tierras descubiertas y conquistadas en Antioquía. Verificóse el encuentro en un sitio llamado Loma del Pozo, y Belalcázar condenó al vencido y tres oficiales más á la pena de muerte, sentencia que se cumplió en 5 de octubre. Al año siguiente ayudó con 300 hombres á disolver los últimos restos del partido afecto á Gonzalo Pizarro, á cuya muerte asistió. Poco después, encontrándose en Popayán, le alcanzó una requisitoria con orden de procesarle, como responsable de los abusos cometidos por sus segundos Juan de Ampudia, Alonso Sánchez, García Tobar y Roque Martín en el reino de Quito, en tiempo de la conquista. Por otra parte la esposa de Robledo y sus amigos y partidarios le acusaron por la muerte de aquél, ante la corte española, que envió al licenciado Francisco Briceño para que residenciase á Sebastián y le juzgara también por haber mandado romper los sellos reales en Popayán para acuñar moneda. Venido el día de la desgracia, Belalcázar vió que le abandonaban los amigos á quienes más había favorecido. Briceño llegó á Popayán á principios del año 1551 y poco después Belalcázar era condenado á muerte y veía sus bienes confiscados. Concediósele la apelación ante el rey, dando fianzas. Salió entonces de la cárcel y se puso en camino para Cartagena, con ánimo de embarcarse para España. Llegado á Cartagena, creció la enfermedad que ya le atormentaba y aquí expiró en la época señalada. Don Pedro de Heredia le costeó un entierro muy pomposo y llevó su luto, ejemplo seguido por los más notables habitantes de Cartagena, que apreciaban las buenas cualidades de Belalcázar.

Aunque no consta que éste fuera casado, algún historiador afirma que dejó hijos «tan herederos de sus hazañas como lo acreditó el mayor don Sebastián de Belalcázar, en las sangrientas guerras de los Pijaos», y hoy mismo existen en el Estado del Cauca familias que pretenden descender del valiente caudillo español.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de 4,452, se extendía transversalmente, como una ancha faja, sobre la llanura.

No menos formidables eran los colosos que en la cordillera oriental elevaban sus cimas á la transparente y azulada atmósfera; tales como el Sangay, de 5,323 metros de altura, de cuyo cráter en constante actividad escapábanse entre formidable estruendo altas columnas de humo y ceniza. Al Norte del mismo brillaban los pintorescos conos de los gigantescos volcanes Altar (de 5,404 metros) y Tunguragua (5,087); más allá, en dirección á Quito, sobresalía en el horizonte el majestuoso Cotopaxi, de 5,994 metros, uno de los más terribles volcanes del mundo. Su ancha cima coronada de nieve relucía como plata á la luz del sol, para convertirse en su parte inferior en un caos de tenebrosas hendiduras y estrechas gargantas.


Firma de Pedro de Alvarado.

Aún acampaba Belalcázar en las cercanías del Cotopaxi cuando vió aparecer de pronto á Diego de Almagro que, acompañado de un fuerte destacamento de caballería, iba á darle la desagradable noticia de que se hallaba en el país un competidor que les disputaba su posesión.

Este rival era Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala y fiel compañero de armas de Hernán Cortés, que sabedor de los inmensos éxitos alcanzados por Pizarro, había salido de Guatemala con cinco barcos y 500 hombres para ir en busca de botín á la América del Sur. En marzo del año de 1534 desembarcó en la embocadura del río de Puerto Viejo, situado al O. de Quito, emprendiendo al momento con sus soldados, la mitad de los cuales eran de caballería, la marcha al antiguo reino de Atahualpa.

La comarca que tenían que atravesar es aún en el día una de las más intransitables del Ecuador y está llena de pantanos y bosques vírgenes. Por entre ellos tuvieron que abrirse camino los españoles á fuerza de talar árboles y arbustos valiéndose de hachas y aun de las espadas. Además de esto, eran tan grandes los tormentos del hambre y de la sed que sufrían, que seguramente hubieran sucumbido la mayor parte á no haber hallado

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en las gruesas cañas de una variedad de bambú un líquido potable con el que pudieron aplacar la sed. Para no exponerse otra vez al peligro de encontrarse sin agua cortaron aquellas cañas, que tenían el grueso de un brazo, de modo que cada pedazo quedara comprendido en sus dos extremos por los nudos peculiares á estos vegetales, obteniendo de este modo unos receptáculos de agua fácilmente transportables. Salido que hubieron de aquellos intrincados bosques, siguieron la marcha por la cadena occidental de las cordilleras del Ecuador, que precisamente en este paraje son de muy difícil ascensión, y que entonces no tenían pueblos ni ciudades. En ninguna parte hallaban refugio alguno contra los helados vientos procedentes de las alturas, ni encontraban alimento de ninguna especie con que poder aplacar su hambre devoradora. Un día quedaron sorprendidos en gran manera al ver que repentinamente se obscurecía el sol y todo el cielo y empezaba á caer una fría lluvia de ceniza que duró algunos días y cubrió el suelo con una capa de un pié de espesor. Aquella ceniza procedía del volcán Cotopaxi y había sido arrastrada hasta allí por el viento. A tan desagradable fenómeno acompañó un frío glacial á cuyos rigores perecieron helados sesenta españoles y centenares de indios.

Al fin llegaron á la cima de la montaña, y desde allí bajaron á la llanura de Riobamba, donde con gran admiración de Alvarado hallaron en la arena huellas de herraduras, lo que hacía presumir con seguridad que aquella parte del país había sido atravesada por europeos que debían haberse dirigido á Quito. Semejante creencia era justificada, puesto que las huellas procedían de los caballos que llevaba Belalcázar en su pequeño ejército. Muy disgustado por este descubrimiento, que le hacía comprender que otro se le había anticipado en la conquista del país, decidió Alvarado arrojar de él á su rival por la fuerza de las armas.

La noticia de la llegada del valeroso compañero de Cortés había entretanto llegado á Cuzco, por lo cual salió inmediatamente Diego de Almagro con muchas fuerzas, dirigiéndose á marchas forzadas hacia el Ecuador, donde se unió con Belalcázar para rechazar al inoportuno invasor.

En la alta llanura de Ríobamba encontráronse los dos ejércitos españoles y quizá hubieran llegado á las manos si Alvarado, para evitar el inesperado combate, no hubiese propuesto á sus contrarios un convenio.

Durante un armisticio de veinticuatro horas terminóse el dicho convenio, y no sólo consintió Alvarado en volverse á Guatemala, sino que cedió á Pizarro todo su ejército con armas, caballos y cañones, recibiendo en cambio como indemnización 100,000 pesos de oro.

Luego que Almagro y Belalcázar se vieron libres de su temido rival, prosiguió el segundo su marcha á la ciudad de Quito, en cuyas inmediaciones se estrechaban más y más los agudos picos de las altas montañas,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

como si quisieran impedir á los españoles la entrada en la ciudad. Además del Cotopaxi, elevábanse en la cadena oriental, el Quilindana, el Sinchulagua, el Antisana, el Rumiñagui y el Pasachoa, mientras que en la occidental brillaban como piedras preciosas á larga distancia, las nevadas cumbres del Quilatoa, el Iliniza, el Corazón, el Atacazo y el Pichincha.



Indio de las altas mesetas del Ecuador

Pero tampoco estas barreras de roca asustaron á los españoles, que penetraron vencedores en la antigua capital de los indios de Quito, que había sido abandonada por Rumiñahui después de haber incendiado todos los palacios y ocultado todas las riquezas. Más adelante consiguieron capturar al citado jefe indio, con muchos de sus guerreros; pero á pesar de darles los más atroces tormentos no consiguieron arrancarles el secreto de dónde habían escondido sus tesoros.

Mientras Pizarro permanecía en Lima ocupado en proporcionarse los medios que debían asegurarle la posesión del país, su compañero de armas Almagro había emprendido desde Cuzco una campaña de descubrimiento y conquista de Chile, en la cual campaña nos ocuparemos en el próximo capítulo. Después de su marcha quedó una reducida guarnición española en la capital, é Inca Manco creyó que debía de aprovechar aquella circunstancia para sacudir el yugo español.

Abandonó en secreto su residencia, convocó á sus pueblos instigándoles para que se levantasen contra los opresores, y alcanzó tan buen éxito en su empresa que consiguió hacerse dueño de la fortaleza de Sacsahuaman y empezar el sitio de la ciudad de Cuzco, el cual sitio duró cinco meses,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en cuyo tiempo casi todos los edificios fueron abrasados por las flechas incendiarias que arrojaron los indios. Los españoles tuvieron que refugiarse en la gran plaza situada en el centro de la ciudad para librarse de aquel mar de fuego que sólo terminó por falta de combustible. Después de algunos sangrientos combates consiguieron los españoles conquistar nuevamente la fortaleza, en uno de cuyos combates pereció Juan Pizarro, hermano del virrey. Por fortuna para los sobrevivientes, levantóse al poco tiempo el sitio de la ciudad. Después de la marcha de los sitiadores comenzaron las desavenencias entre los españoles por la posesión de la ciudad, la cual pretendía no sólo Francisco Pizarro sino también Almagro.

El emperador Carlos V, cuando llegó á España la noticia de las conquistas de Pizarro, había dividido en cuatro distritos, por decreto fechado en 21 de mayo de 1534, la costa occidental de la América del Sur, situada al Mediodía del Ecuador. De dichos distritos, el más septentrional, que comprendía desde la ciudad de Santiago, situada á los 1° 20′ de latitud Norte; hasta la ciudad de Ica, á los 14° 5′ de latitud Sur, había sido ofrecido á Pizarro. Este territorio recibió el nombre de Nueva Castilla. Por el Sur lindaba con el distrito de Nueva Toledo, que había correspondido en suerte á Diego de Almagro, y que se extendía desde Ica 200 leguas más hacia el Sur. Los dos distritos situados más al mediodía, hasta el Estrecho de Magallanes, fueron concedidos á Pedro de Mendoza y Simón de Alcazaba.

Cuando llegó al Perú la noticia de este reparto, creyó Almagro que la ciudad de Cuzco pertenecía aún á su distrito, y fundándose en el Real decreto citado pretendió tener derecho á la posesión de la ciudad. Mas cuando Hernando Pizarro tomó disposiciones para conservar el Cuzco á su hermano, asaltó Almagro la ciudad é hizo prisionero á Pizarro poniéndolo poco después en libertad por haber declarado hallarse dispuesto á reconocer los derechos de Almagro.

Pero no bien obtuvo la libertad cuando Francisco Pizarro declaró nulo el convenio, empezando por lo tanto de nuevo la lucha, que esta vez terminó mal para Almagro, pues fué cogido en las inmediaciones de Cuzco, el 26 de abril de 1538, por Hernando Pizarro, que sin compasión, y á pesar de deberle la libertad, le mandó dar garrote en la prisión el 8 de julio del mismo año.

Las rencillas que existían entre los españoles tomaron nuevo incremento transformándase en odiosas pendencias parciales, en las que la conspiración, la astucia y la traición estaban á la orden del día. De una de estas conspiraciones de los antiguos amigos de Almagro y de los partidarios de su hijo debía de ser víctima Francisco Pizarro, el protagonista del drama de la ruina del reino de Tahuantinsuyu. Algunos de los conju-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

rados reuniéronse el 26 de junio de 1541 en la vivienda que tenía en Lima el joven Almagro, penetraron armados en el palacio de Pizarro, que se hallaba comiendo con algunos amigos, y á pesar de la desesperada resistencia que opusieron, aquéllos mataron al Virrey.

Sin la menor pompa fueron enterrados los restos del temido conquistador en un rincón de la catedral construída por él, y hasta el año de 1607 no se les dió solemnemente sepultura.

En la época de su muerte tendría Pizarro unos 65 años de edad. Un retrato que parece haber sido hecho poco antes (véase la página 329) se conserva todavía en el antiguo palacio de los virreyes españoles de Lima.

No obstante ser Pizarro hombre de un valor sin ejemplo y de una intrepidez y perseverancia á toda prueba, en sus demás cualidades no ofrecía el menor rasgo simpático, pues no era más que un rudo soldado que inmolaba á sus mismos amigos cuando eran un obstáculo á sus planes. Careciendo de toda instrucción, y desconocedor del arte de gobernar, no consiguió nunca imitar á Hernán Cortés, y sólo dejó á su muerte un nombre odiado á causa de la sangre que vertió en el país, al cual había arrojado desde el alto asiento en que le habían colocado los Incas en el transcurso de los siglos.

Los virreyes españoles que se encargaron del gobierno del Perú después de la muerte de Pizarro también procuraron desembarazarse de los últimos soberanos del reino de Tahuantinsuyu. Inca Manco murió el año de 1544 á manos de un embajador español que le habían enviado; sus sucesores Xairi Tupac Yupanqui y Kusi Titu Kispe Yupanqui fueron probablemente envenenados, y el último inca, Tupac Amaru, fué víctima de la crueldad del virrey Francisco de Toledo que lo hizo decapitar el año de 1572 en la plaza de la Justicia de Cuzco.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas
Los sucesores de Colón.	5
Américo Vespucio y la denominación del Nuevo mundo.	17
Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del Grande Océano. . .	29
Juan Ponce de León y el descubrimiento de la Florida.	41
Descubrimiento de Yucatán y México.	47
Hernán Cortés y su desembarco en México.	59
Campaña contra México.	80
Los españoles en Tenochtitlán.	103
Conquista de Tenochtitlán.	133
Ultimas hazañas de Cortés y su muerte.	159
Conquista de Yucatán.	181
Empresas de los españoles contra la Florida y descubrimiento del Mississippí.	205
Campaña de Coronado contra Cibola y Quivira.	229
Fernando de Magallanes y el estrecho meridional que lleva su nombre. .	255
Francisco Pizarro y la conquista del Perú..	275
El imperio de los Incas tahuantinsuyus.	291
Conquista del imperio de los Incas.	315

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

INDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas.
Cerbatanas brasileñas para flechas envenenadas.	13
Lápida conmemorativa del almirante Rodrigo de Bastidas.	15
Arma de mano, de piedra, de la Española.	16
Retrato de Américo Vespucio.	17
Facsímile de la firma de una carta dirigida por Américo Vespucio al Cardenal Arzobispo de Toledo Jiménez de Cisneros.	21
Portada de la edición alemana de la carta escrita por Américo Vespucio á Pedro Francisco de Médicis refiriendo su tercer viaje.	22
Facsímile de una página de la carta anterior.	23
Facsímile del párrafo de la *Cosmographiæ Introductio* en que se estampa por primera vez el nombre de América.	25
Carta geográfica de la América del Sur.	26
Canoa indígena del país de Paria.	27
Vasco Núñez de Balboa.	29
Momia envuelta en vestiduras.	31
Carta del descubrimiento del Mar del Sur por Balboa	33
Collares del antiguo Perú.	35
Antiguas figuras de barro de Colombia.	37
Costa del istmo de Darién, para ver la ruta seguida por Balboa en su viaje de descubrimiento.	40
Retrato de Juan Ponce de León.	41
Guerreros de La Florida, del siglo XVI, en orden de batalla.	43
Facsímile de la firma de Juan Ponce de León.	46
Retrato de Juan de Grijalva.	47
Martirio y muerte del cacique Hathucci en Cuba.	49
Ornamentación de un antiguo templo indio de Yucatán.	51
Guerreros de Yucatán.	53
Bajos relieves encontrados en Kabah referentes á una victoria de los yucatecas sobre los mexicanos.	54
Vasijas de Yucatán y Teotihuacán.	55
Dintel esculpido perteneciente á la puerta central de un templo.	57

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Páginas

Efigie del ídolo Quetzalcoatl. 58
Retrato de Hernán Cortés. 59
Estatua del dios Tlaloc. 61
Retrato de Hernán Cortés. 63
Antiguas esculturas de piedra mexicanas. 67
Antiguas vasijas mexicanas. 69
Piedra tumular tolteca. 71
Cabezas y máscaras de piedra encontradas en Teotihuacán. 73
Aspecto de un templo mexicano. 75
Idolo mexicano. 77
Facsímile de la firma de Hernán Cortés. 79
Pintura mural de una casa tolteca de Tula. 81
Mapa de la conquista de Méjico. 83
Guerrero antiguo mexicano de alto rango. 85
Estandartes y enseñas mexicanas del tiempo de la conquista. . . . 87
Guerrero armado con el Cuauholloli. 89
Tlascalteca armado con el Maquahuitl. 89
Motezuma. 91
Santuario del interior del templo del Sol en Palenque. 95
Bóveda del palacio arruinado de Comalcaco. 97
Templo mexicano antiguo. 99
Antiguo escudo mexicano y maquahuitl. 101
Plato de barro pintado. 102
La piedra del Sol ó de Tizoc. 103
India del lago de Tezcoco conduciendo legumbres á la ciudad de México. 105
Mixteca; Huastekina. 107
Un comerciante. 108
Zapotekina. 109
Antigua moneda mexicana de oro. 109
Leñadores. 111
Antiguos cascos guerreros mexicanos. 111
Parte delantera de un manto de plumas con calavera y señales de sangre. 113
Plano de la ciudad de Tenochtitlán. 115
Sellos para marcar los tejidos y el cuerpo. 117
Huitzilopochtli. 119
Bajo relieve de la piedra de Tizoc. 121
Coatlicue. 123
Escena de sacrificio. 125
Escena de sacrificio. 127
Gran piedra conocida con el nombre de Calendario azteca. 129
Yugo de piedra y cuchillo de obsidiana. 132
Asalto del gran Teocalli de Tenochtitlán. 133
Escudo de guerra de Motezuma. 135
Ornamentación de la torre de Comalcaco. 137

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

	Páginas
Armadura de Hernán Cortés.	139
La arenga de Motezuma á los aztecas.	143
El entierro de Motezuma.	145
El ciprés de la *noche de la tribulación*.	147
Pila bautismal española existente en el convento de Franciscanos de Tlascala.	149
Casa que habitó Cortés en Coyohuacán durante el sitio de México.	151
Tipo de azteca.	153
Medalla con el retrato de Hernán Cortés.	155
Carlos V.	157
Figura azteca de piedra.	158
Aposento interior del derruído palacio de Mitla.	159
Cabeza de un sacerdote zapoteca.	161
Retrato zapoteca.	163
Urna zapoteca representando al dios Ocelotl.	165
Ruinas de un palacio de Mitla.	167
Tipo de una india de Guatemala.	169
Carta de la expedición de Alvarado á Honduras y de Cortés á Guatemala.	171
El monumento á Guatemozín en México.	173
Antiguas armas de pedernal y utensilios de Guatemala.	177
Altar guatemalco-tolteca en Copán.	179
Inscripción del altar de Copán.	179
Bajo relieve de la torre de Comalcaco.	180
Pórtico en Chichen Itza.	181
Bajo relieve de cimento en Aké.	183
Pirámide en Aké.	184
Pilares de la gran galería de Aké.	185
Fachada del castillo de Chichen Itza.	187
Columna del castillo de Chichen Itza.	189
Jambas de puerta en el castillo de Chichen Itza.	190
Jambas de la puerta del Juego de Pelota en Chichen Itza.	191
Casa del adelantado D. Francisco de Montejo, en Mérida.	193
Ornamentación del palacio de las Monjas en Chichen Itza.	195
Subida á un templo de Chichen Itza.	196
Ruinas de un templo en Uxmal.	197
Inscripciones de la Casa del Gobernador en Uxmal.	198
Aposento en un palacio de Uxmal.	199
Numeración maya.	200
Signos de los veinte días del mes.	201
Signos de los diez y ocho meses del año.	202
Aposento interior de un templo derruído de Chichen Itza.	203
Un bautizo yucateca.	204
Paisaje de río en La Florida.	205
Armas de mano, de piedra, de Santa Cruz.	207

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

	Páginas
Rúbrica de Pánfilo de Narváez..	209
Hernando de Soto.	211
Rúbrica de Soto.	215
Escultura tolteca de piedra.	221
La ciudad de México después de reconstruída por los españoles.	223
Espejo de los indios de Texas.	225
Vista de Zuñí, aldea de los indios de Pueblo.	229
Rúbrica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca..	231
Mapa de la expedición de Coronado á Cibola y Quivira.	233
Rúbrica de Francisco Vázquez de Coronado.	234
Pueblo Bonito, reconstrucción hecha por Rodolfo Cronau.	235
Vasijas de barro pintado, de los indios de Pueblo.	239
Grotescas figuras de barro, de los indios de Pueblo.	239
Wolpi, pueblo de los indios de Moqui, en la antigua provincia de Tusayán.	241
Casas de una aldea de Pueblo-Indio..	243
Tipo de un indio de Pueblo de Nuevo México.	245
Rúbrica de Antonio de Mendoza.	251
Figura grotesca de los indios de Pueblo.	252
Fernando de Magallanes.	253
Cacharros de arcilla barnizados, del Brasil	255
Utensilios de los esquimales de Labrador..	256
Facsímile de la firma de Magallanes.	261
Carta del Estrecho de Magallanes.	267
La Victoria.	274
Francisco Pizarro.	275
Facsímile de una firma de Pizarro..	276
Facsímile de una firma de Pizarro.	276
Diego de Almagro.	277
Ruinas de una antigua fortificación peruana de Paramonga.	283
Mapa del descubrimiento del Perú y de su conquista por Pizarro.	285
Tipo de un indio del Oeste del Ecuador..	288
Antigua cuchilla peruana de bronce.	290
Ruinas del palacio de los Incas en el lago Titicaca..	291
Antigua vasija peruana de barro, que representa probablemente la figura de un inca.	295
Tipo de una india del Perú.	297
Abertura de puerta hallada en las ruinas del templo de Huanuco Viejo.	299
Un puente colgante en los Andes.	303
Jarro y vasijas de barro..	305
Vasijas y resto de una jarra de barro.	306
Modelo de tejido peruano.	307
Figura humana sacada de un antiguo tejido peruano.	308
Antigua punta de cetro peruano, de bronce.	309
Antigua piedra numeraria peruana..	310

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

	Páginas
Un Quipu.	311
Cráneo trepanado del antiguo Perú.	312
Antigua flauta peruana.	313
Antigua vasija de cabeza, peruana.	314
Espadas, mazas y hondas peruanas de la época de los incas.	315
Armas peruanas.	317
Armas peruanas.	318
Enseña de guerra.	319
Objetos y adornos de oro y plata del Perú.	321
La casa de Atahualpa cerca de Cajamarca en la cual tuvo Pizarro prisionero al Inca.	323
Francisco Pizarro.	329
Firma de Pedro de Alvarado.	333
Indio de las altas mesetas del Ecuador.	337

Advertencia. La lámina cromolitografiada que lleva el título de
CERRO TRAQUÍTICO DE NUEVO MÉXICO,
deberá colocarse enfrente de la portada.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®







Digitized by Microsoft ®